
vidago
salus
ANTIGA
VIUVA CASTRO



PORTUGAL:

¿la revolución imposible?

Phil Mailer



Editorial Klinamen

Primera edición: Diciembre de 2015
Autor: Phil Mailer
Traducido por Jorge del Arco

Edición a cargo de: **Editorial Klinamen:**
www.editorialklinamen.org
editorialklinamen@gmail.com

ISBN: 978-84-942870-4-6

Coste de producción por ejemplar: 3,67 €

Impreso en Gráficas de diego

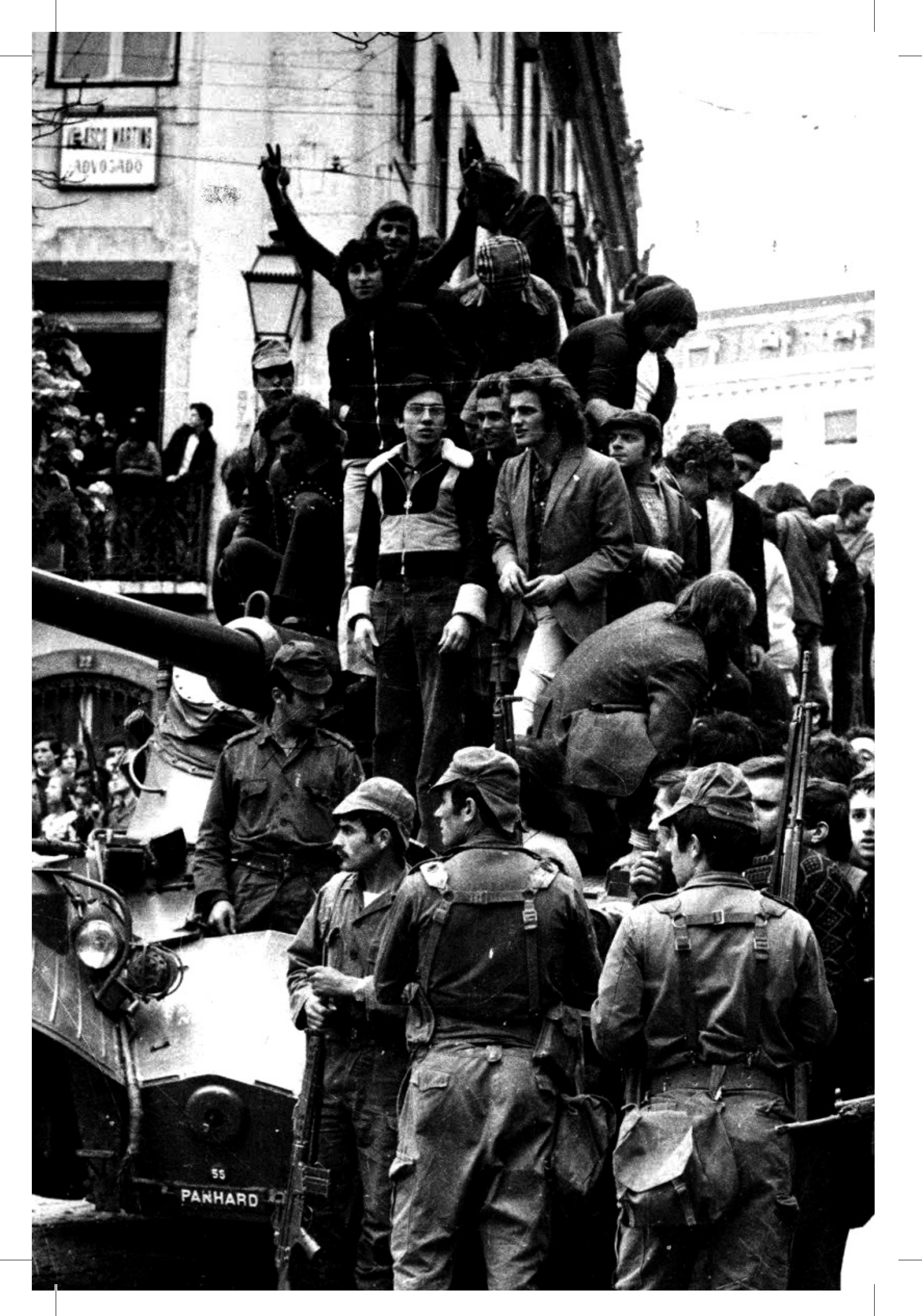
PORTUGAL:

¿la revolución imposible?





ÍNDICE


ADVOGADO
55
PANHARD

Introducción

Lo que tienes entre manos es un pedazo crudo de historia. El relato de lo que ocurrió en Portugal entre el 25 de abril de 1974 y el 25 de noviembre de 1975, tal y como lo vivió un participante profundamente involucrado. Una descripción de las esperanzas, el tremendo entusiasmo, la energía sin límites, el compromiso total, la potencia liberada e, incluso, la inocencia revolucionaria de miles de personas ordinarias tomando parte en la remodelación de sus vidas, contra un contexto en el que la realidad económica y social limitaba lo que se podía hacer. Esta tensión domina toda la narrativa.

El libro de Phil no es solo una lúcida descripción de acontecimientos reales; es un intento de hacer un nuevo tipo de historiografía. El texto es una explosión de vida. La vida de personas tratando de escribir un capítulo de su propia historia de maneras muy contradictorias.

Los personajes y los hechos tratan de salirse, literalmente, fuera de las páginas. Las imágenes son caóticas y desordenadas, como el fulgor después de la dicha. La euforia y la intoxicación de las primeras semanas. La política en primera persona.

Las multitudes en las calles. Civiles trepando a los tanques y los carros de combate. El ambiente de los grandes días: el Primero de Mayo y el 28 de septiembre de 1974; el 11 de marzo de 1975. Las huelgas y las ocupaciones. Las declaraciones de la gente en amarga lucha que, en su búsqueda de los clásicos, parecían ser el eco del Manifiesto Comunista. Los estibadores de Lisboa hablando de una «remodelación total de la sociedad», de una lucha que debía organizarse «al margen de los sindicatos», dada la total connivencia de sus aparatos con las iniquidades del antiguo régimen. La pura poesía en los documentos de algunos terratenientes, preguntándose qué ocurriría «ahora que el tiempo de la siembra ha pasado y las olivas han sido recogidas». Los comités de arrendatarios. La lucha irrecuperable de quienes se sitúan en lo más bajo de la escala social, los habitantes de las chabolas, a los que nadie tenía la audacia de asegurar representar. Los taxistas deseando que el Instituto de la Reorganización Agrícola tomara el control… de sus taxis. La Revolución creando sus propios antecedentes surrealistas. El Segundo Congreso de Consejos, en el Instituto Tecnológico de Lisboa, lleno de leninistas contemporáneos, soñando con Smolny y Putilov, y rodeados de toda la parafernalia de la televisión moderna. Los turistas revolucionarios y sus complejos. Soldados invitando a civiles a los cuarteles del RASP para una semana de festival, música y orgía… de debates políticos. Los aparentemente interminables dolores de parto que luego solo traían al mundo descendencia ya sentenciada, condicionada a haber muerto antes de nacer. La desmedida retórica revolucionaria y la vuelta a la realidad. Los problemas y las preocupaciones, los logros y los fracasos. La felicidad y la tristeza. Los anhelos y las frustraciones. Y, sobre todo, el interés (en palabras de Spinoza) de «ni reír ni llorar, solo comprender».

¿Por qué el proceso revolucionario no fue más allá en Portugal? Una verdadera revolución social se da cuando un gran número de personas buscan un cambio profundo en sus condiciones de existencia. Es cierto que durante el Portugal salazarista se fueron desarrollando presiones masivas, pero los objetivos de quienes se oponían a la vieja sociedad eran muy diferentes entre sí. Por distintas razones, había diversos grupos que querían acabar con las guerras coloniales, la futilidad y las frustraciones de un largo servicio militar obligatorio, la censura y la ubicuidad de la odiada PIDE, pero el consenso apenas fue más allá.

A partir de ahí los caminos se separaban. La sección progresista de la burguesía portuguesa tenía un objetivo: una sociedad capitalista liberal en la que acumular riqueza de forma «civilizada». El «antifascismo» era la coartada ideal para suplicar la modernización del Estado burgués. La sociedad capitalista liberal ofrecía un armazón más flexible para el negocio primordial de ganar dinero. El «problema» fue que la clase trabajadora también tenía sus propias metas, quizá formuladas menos explícitamente pero en claro conflicto con lo anterior, y eran sus propias condiciones de existencia las que le forzaban a luchar. Sin embargo, las miras del PCP y los distintos grupos izquierdistas apuntaban a otras formas de capitalismo de Estado. A cada paso, sus acciones buscaban canalizar el descontento popular por cauces que reforzaran el poder del Estado o de los propios partidos políticos. Manipulaban la insatisfacción social para lograr una sociedad en la que ellos mismos detentaran el poder político como los «legítimos representantes de las masas analfabetas». Fuera percibida o no, esta era la realidad tras su retórica.

Al intentar llevar a cabo sus propios objetivos específicos, la clase trabajadora, concentrada en las grandes conurbaciones

de Lisboa, Setúbal y Oporto, de Braga y Aveiro, pero débil y dispersa en el resto del territorio, se encontró con tantos éxitos como reveses. Inicialmente, consiguió un éxito momentáneo al imponer cierta redistribución del producto social total gracias al movimiento de huelgas que precedió al 25 de abril (y que iba a ganar un gran ímpetu tras esa fecha). También creó organizaciones autónomas como los comités de los trabajadores y las federaciones de estos, pero ningún deseo –ni bravuconada bolchevique– podía sortear la cruda realidad de la geografía social. En vastas áreas del país ejercía una fuerte influencia el campesinado minifundista de fuerte conciencia propietaria. Su espíritu era el legado de la intimidación ejercida por curas y policías, pero había también otros factores de igual relevancia. Una revolución social no es simplemente una respuesta automática a las iniquidades y opresiones de un orden existente. Tales respuestas pueden hacer caer una sociedad, pero no garantizan que sea reemplazada por una cualitativamente distinta. Un desenlace así requiere la perspectiva, compartida por un número significativo de personas, de una forma de vida completamente diferente.

¿Tenía tal perspectiva la clase trabajadora portuguesa, o al menos una facción significativa de ella? Quién sabe. Desde luego, se dieron ciertos intentos de reducir las diferencias salariales, de elaborar un patrón distributivo que superara los mecanismos tradicionales del mercado, de romper las barreras entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, de producir y vivir conjuntamente de acuerdo a normas diferentes, pero, a menudo, estas fueron adaptaciones prácticas a circunstancias específicas: la necesidad de mejorar los miserables niveles de vida de los obreros de la construcción en Cabo Verde, de disponer de los productos de algunas fábricas autogestionadas, de resolver problemas prácticos en algunos poblados chabolistas o de adminis-

trar algún latifundio ocupado. Ninguno de los objetivos sociales fundamentales, como la supresión de la jerarquía, el trabajo asalariado o la producción de mercancías, estuvo realmente en la agenda histórica.

El proletariado, tanto el urbano como el rural, fue una de las fuerzas que llevó a cabo la revuelta portuguesa, no cabe duda, pero su atrevido arrebato fue finalmente sepultado en los meses posteriores a abril de 1974. Poco a poco, la clase dominante consiguió reestablecer su orden, su disciplina, la propiedad de la tierra, las casas y las máquinas, y –con una mezcla sutil de coerción y cooperación– la productividad de «sus» trabajadores.

Una combinación de factores significativos bloqueó el avance de la clase trabajadora en todos los ámbitos de la dinámica revolucionaria. En primer lugar, el levantamiento no se dio en un vacío económico o geográfico. Portugal no podía ser aislado del mercado internacional. Se trata un país «pobre». Grandes áreas de su producción están destinadas a la demanda mundial y debe importar muchos de los bienes manufacturados. Ninguna de las cuestiones fundamentales podía ser resuelta exclusivamente en la arena portuguesa. El capitalismo portugués era solo un nodo de la vasta red internacional, por lo que el asalto estaba condenado al fracaso si permanecía limitado a Portugal. Los trabajadores de Portugal permanecieron aislados, privados de sus aliados naturales. En los meses cruciales, la yesca española no prendió.

En un contexto general de dependencia económica y aislamiento revolucionario hubo muchas dificultades concretas. Había miedo inducido por la realidad del desempleo, en parte provocado deliberadamente por los capitalistas portugueses. Entre 1974 y 1975, mantuvieron siempre a un 10% de la población trabajadora sin empleo. La vida era dura. Después de

algunas conquistas, los salarios fueron más o menos congelados durante un período de intensa inflación (hasta el 18% anual). El producto interior bruto cayó un 24%. Fue el doloroso despertar de ciertas ilusiones como, por ejemplo, la de que la clase trabajadora tenía «aliados». Al contrario, quienes sí los tenían eran aquellos dispuestos a «conducirla», como se conduce un caballo, a la «revolución». Esto tuvo implicaciones muy significativas que pronto saldrían a la luz para demostrar que los trabajadores no podían dejar que otros, ya fueran oficiales progresistas o estudiantes radicales resolvieran sus problemas. La primera medida que tomaron fue apropiada: la creación de organizaciones autónomas controladas desde abajo. Sin embargo, en ese momento reapareció el viejo enemigo bajo una nueva forma. Quienes dominaban las palabras, como el campesino su hoz o el obrero su paleta, comenzaron a organizar, dominar y manipular los plenarios. La repulsa del comportamiento de las sectas izquierdistas provocó una gran retirada de la actividad política. Había un sentimiento de desesperanza e impotencia ante la enormidad de las tareas a resolver. La clase trabajadora portuguesa demostró, en aquel momento, ser incapaz de desarrollar más allá las formas organizativas autónomas que necesitaba, siquiera para mantener lo que se había ganado. Y en esto, los grupos leninistas tuvieron una responsabilidad tremenda, casi histórica. En lugar de contribuir a desarrollar y consolidar las nuevas creaciones de la clase, hicieron todo lo que pudieron por adaptar el movimiento a los modelos de los manuales. Cuando la gente necesitaba confianza en su propia habilidad para organizar la producción textil, procesar y distribuir la temporada de corcho, encontrar formas de almacenamiento para enviar la producción agrícola directamente a las ciudades, etc., ellos hablaban de forma erudita de Kerensky y Kornilov. Se demostró que tanto sus preocupacio-

nes como su relación con el movimiento jamás fueron honestas. Ejemplo de ello era que quienes hablaban en voz alta de «armar al pueblo», en realidad, se aseguraban de que las armas disponibles fueran para sus propios grupos. Se identificaban a sí mismos con el proletariado, pero este no les devolvía el cumplido.

No obstante, queda aún un último hecho de enormes implicaciones. En abril de 1975 el pueblo portugués votó la Asamblea Constituyente. Un año después eligieron un Parlamento de la República. Incluso los grupos políticos más pequeños participaron en esas elecciones, proclamando su mensaje de la forma más llamativa posible en cada muro y cada azotea. Fueron los dos años «más libres» de la historia portuguesa en lo que a propaganda política y acceso a los medios se refiere. El aparato de represión estaba completamente desorganizado. Las campañas electorales fueron posiblemente más vigorosas y más prolongadas, más variadas y más corrosivas, que en cualquier otro momento en cualquier otra democracia burguesa. Los partidos pegaban legalmente carteles proponiendo la insurrección armada. No obstante, en junio de 1976 fue elegido presidente Eanes, el candidato de la ley y el orden, con una campaña contra los «Estados dentro del Estado» que se llevó más de un 60% de los votos.

Pero, por muy importantes que hayan sido, sería demasiado fácil atribuir este hecho únicamente a los factores que hemos mencionado. El voto también representó un anhelo de estabilidad, de espacio de respiro, de un patrón predecible para la vida cotidiana y de tomar la opción más sencilla; la de la autoridad delegada. Fue un rechazo –esperemos que temporal– al bullicio de la discusión, a la presión de participar, al estrés de la responsabilidad, al cansancio y a la frustración de un compromiso que parecía no llevar a ninguna parte. Fue el precio personal

que cada uno tuvo que pagar para escapar de la necesidad de la movilización permanente, dictada por el continuo callejón sin salida de la arena política y social. Una nueva forma de recuperación burguesa. Los realistas lo verán como un signo de la inmensidad de la tarea por hacer.

Se pueden extraer varias lecciones de la experiencia portuguesa que traspasan las fronteras de Portugal. En mi opinión, la más importante es que, en futuros levantamientos, las tradiciones revolucionarias demostrarán ser parte del problema y no de la solución. Los acontecimientos de Portugal son un testimonio irrefutable de esta aseveración. Las revoluciones pasadas se enfrentaron con dos peligros principales; podían ser aplastadas por aquellos cuyos privilegios amenazaban (Paris 1871, Alemania 1918-1919, España 1936, Hungría 1956) o podían ser destruidas desde dentro, a través de la degeneración burocrática (como le ocurrió a la Revolución Rusa de 1917). Ahora, asoma un tercer riesgo alarmante por el horizonte: que revueltas genuinamente radicales sean desviadas por canales del Estado capitalista. Es el peligro de que cualquier nueva iniciativa (en el ámbito de las ideas, las relaciones o las instituciones) sea recuperada, tomada, colonizada, manipulada y, en última instancia, deformada por hordas de «revolucionarios profesionales» sedientos de poder, factores clave del capitalismo de Estado, más peligrosos aún por estar adornados con la bandera roja.

Esta gente trae con ellos actitudes y patrones de comportamiento profundamente moldeados –aunque no siempre de forma consciente– por la noción de Lenin de que los trabajadores, abandonados a su suerte, «solo pueden desarrollar una conciencia sindicalista». Sus prácticas organizativas en el presente y sus propuestas para el futuro son burocráticas hasta la médula.

Debido al problema externo que arrastran en su recorrido histórico, y que, como moscas intentando anidar en carne viva, buscan introducir en las situaciones actuales, estos «revolucionarios profesionales» –estalinistas, maoístas, troskistas y leninistas de todo tipo– consiguen contaminar el propio concepto de acción política autónoma. Su ansiedad por el liderazgo acaba con la iniciativa, su preocupación por la dirección correcta desanima la experimentación y su obsesión con el pasado es una maldición para el futuro. Crean alrededor de ellos mismos un erial de cinismo e indignación, de esperanzas rotas y desilusión, que respalda el dogma más profundo de la sociedad burguesa, a saber, que la gente corriente es incapaz de resolver, por sí misma y para sí misma, sus propios problemas. Otelo Saraiva de Carvalho se equivocó cuando respaldó la broma anarquista de que el cocido era la única cosa específicamente portuguesa que mantener. Había otras. El levantamiento portugués de 1974-1975 acuñó una nueva palabra del léxico político, un adjetivo que denotaba una aspiración; la palabra *apartidário*, cuya traducción literal es «sin partido»[1]. Un término que refleja el deseo de una auténtica autonomía en la lucha, de una actividad que no sea manipulada por una camarilla política u otra.

Otra de las lecciones, íntimamente ligada a la primera, está relacionada con el MFA. La gente tenía muchas esperanzas en él, pero fueron hechas añicos el 25 de noviembre de 1975. Por su parte, la izquierda no solo no hizo nada por disipar tales ilusiones, sino que las reforzó continuamente. El ejército es un pilar fundamental del dominio de clase, y es un peligroso sinsentido creer que de alguna forma puede ser transformado en otra cosa, en un instrumento de cambio social, por ejemplo. Es un suicidio

1. En el libro, hemos optado por traducir ese término como «apartidista». (Nota del traductor).

seguro creer que es algo que se puede conseguir obteniendo el control de ciertos regimientos, o por medio de la creación de comités de soldados rasos en ciertos batallones. En Portugal, la «concepción golpista y militarista de la revolución social» tuvo consecuencias funestas para la clase trabajadora.

Los grupos leninistas están atravesados de parte a parte por nociones jacobinas –es decir, burguesas– relacionadas con la toma del poder. Es posible que los ejércitos ciudadanos de la Revolución Francesa derribaran las viejas estructuras feudales, permitiendo a la burguesía asumir el poder político y al modo de producción burgués (que ya existía antes de la revolución y era capaz de desarrollarse autónomamente) obtener plena supremacía, pero aquello fue algo completamente distinto, fue una revolución elitista. La clase trabajadora no posee su propio modo de producción funcionando dentro de la sociedad burguesa. La revolución será un largo proceso consciente de creación social. En ella, conquistar los corazones y las mentes de la gente corriente, así como rechazar las creencias obsoletas, es tan importante como la captura de un Palacio de Invierno o el derrocamiento de una monarquía feudal. Ni empieza ni termina con la cuestión militar. Esto no quiere decir que las clases dominantes vayan a ceder pacíficamente sus privilegios, pero eso es otra cuestión.

Dada su perspectiva, los grupos leninistas en Portugal fracasaron a la hora de llevar a cabo una propaganda sistemática contra la propia esencia del MFA. No fueron capaces de denunciar el concepto mistificador de la «alianza» entre el MFA y «el pueblo», y equipararon el poder político al militar de la peor forma posible. Una identificación desastrosa que las características concretas de la experiencia portuguesa ayudaron a alimentar. Sin duda, a partir del 25 de abril, se dio un solapamiento entre los apara-

tos militar y político del Estado. Es más, fue el debilitamiento de la acción autónoma de la clase trabajadora –una retirada a la que los leninistas contribuyeron notablemente– lo que creó una atmósfera en la que pudieron florecer las actitudes suplantadoras. Los «revolucionarios» depositaron su fe –y en ocasiones todos los cuadros que pudieron– en el COPCON. Alardearon, en forma de guiño, de sus contactos en lo alto del escalafón de este cuerpo y, en sus manos, la lucha social se vio reducida a una cuestión de intrigas, alianzas tácticas y maniobras como dar apoyo a un grupo de oficiales frente a otro, a una facción militar frente a otra, etc. Hubo grupos de extrema izquierda que definieron el MFA como el "garante de la Revolución". En palabras de Cohn-Bendit, «*[…] hablaban del poder como cualquiera. No había nada más vacío que su descripción. ¿No se cuestionan qué significa la conquista del poder social? No, no van más allá del poder político-militar centralizado*». El poder social era algo mucho más difícil de entender e infinitamente más difícil de lograr. «*Era la realidad de las relaciones de trabajo en la mente de la gente, jerarquía incluida*».

La debacle del 25 de noviembre (descrita por Phil con pasión e inteligencia) dejó un rastro de desorden y confusión. Si hay algo que aprender de todo ello, debemos hablar con franqueza: aceptar la primacía del Ejército –es decir, una institución moldeada por el capitalismo e impregnada de valores capitalistas– en la situación portuguesa fue doblemente ruin. Promovió la dependencia de otros, lo que ya era negativo de por sí, pero, más concretamente, lo hizo con un cuerpo que, en el momento crítico, demostró encontrarse en el bando contrario. Poner tanto énfasis en el papel preponderante del ejército equivalía a introducir ideas profundamente burguesas –sumisión a los líderes, centralización del poder en muy pocas manos, renuncia al derecho a establecer objetivos y participar en la toma de decisiones–

en lo que sin duda era un movimiento por el cambio social. Un daño que demostró ser incalculable.

Fue una mistificación extendida por extraños compañeros. El PCP hizo todo lo que pudo por impulsar al MFA como «guardián de la democracia», proclamando que *«ningún país, ni siquiera las democracias más consolidadas, permite llamadas explícitas a la deserción y la agitación en las Fuerzas Armadas»*. Presionó a los desertores, y a quienes trataban de evitar el reclutamiento, para «que cumplieran su servicio miliar, como cualquier joven portugués». Y mientras tanto, los grupos izquierdistas, con sus «contactos» e «influencias» en los mandos intermedios del MFA, encubrían el papel que cumplía el ejército contra las huelgas.

Todavía hay quien habla de la «particularidad portuguesa», de lo «específico de situación portuguesa», de que Portugal era «diferente»… Aún dicen que el MFA fue «el motor de la Revolución» y se exagera el papel de las Asambleas Unidas (ADUS) o de las organizaciones de soldados rasos, como el movimiento SUV. Es una mitología con la que hay que acabar antes de que se consolide.

Las ADUS fueron creadas en 1974, desde arriba, como «estructuras de participación para la tropa». Estarían basadas en una nueva disciplina «revolucionaria», «por consenso y no imposición», y tendrían una «jerarquía de aptitudes». Aun así, sus preocupaciones jamás fueron más allá de los cuarteles. Su implantación real variaba en función de la región, y el rol de los oficiales de la MFA siguió siendo preponderante, entre otras cosas, porque la comunicación entre las ADUS permaneció siempre en sus manos. Incluso, en la Asamblea General de uno de los regimientos «rojos» del área de Lisboa, en diciembre de 1974, se dejó claro que el papel de la asamblea era «consultivo, que tenía

la función de educar e informar». La Quinta División, en la que la penetración del PCP era profunda, hizo todo lo que pudo por promocionar las ADUS, y su influencia en el MFA alcanzó el momento álgido con el Quinto Gobierno Provisional de Vasco Gonçalves. Sin embargo, esa influencia, que buscaba convertir la Quinta División en un centro de educación política para el conjunto de las Fuerzas Armadas, no iba asociado con un cambio de poder real en la base. Los intentos por ampliar el área de autoridad de las ADUS provocaron un comunicado indignado del Gabinete de Dinamización del Ejército (vinculado a la Quinta División) en el que se exponía que *«las ADUS son órganos para aconsejar y apoyar al Mando […] De ninguna manera cuestionan la autoridad de dicho Mando en el ámbito de las decisiones»*.

Llegados a este punto, había conseguido hacerse escuchar una «izquierda» crítica con las políticas militares del PCP. Una izquierda que surgió en torno a oficiales cercanos al PRP –y al COPCON– que vieron en la pérdida de apoyo del PCP una vía para su propia implantación en el aparato militar y, a través de este, en el del Estado. Se trataba de una tendencia que buscaba tener una base en el movimiento social, fuera del ejército. Estas aspiraciones se reflejan en los documentos del COPCON de principios de verano de 1975.

Sin embargo, unas semanas más tarde, su expulsión del gobierno, junto con la victoria de «Los Nueve» sobre los gonçalvistas en el aparato militar, iba a llevar al PCP a un súbito cambio de opinión. Empezó a respaldar las propuestas «radicales» del COPCON que había denunciado previamente. Por último, algunos izquierdistas vieron la oportunidad de consumar el deseo de una vida: hacer un frente unido con el PCP. Contra este contexto, empezaron a emerger grupos SUV semiclandestinos que se

consideraban «realmente» de base, «comprometidos con la lucha de clases» y muy críticos con las «estructuras antidemocráticas de ADUS». No obstante, ellos estaban siendo manipulados por unos grupos izquierdistas que buscaban nuevas tácticas para tomar el poder del Estado. Su consigna era: «¡Reaccionarios, fuera de los cuarteles!». Evidentemente, este lema solo podía significar una cosa: «Cuarteles, sí, pero en manos de oficiales de izquierdas».

A la hora de la verdad, el 25 de noviembre, menos de doscientos comandos «vencieron» a varios regimientos «rojos» armados hasta los dientes. Y entre los que «se rindieron» estaban aquellos que más alto habían proclamado que «sus líderes no solo estaban tras ellos, sino delante, como revolucionarios que eran». El elaborado plan mistificador se vino abajo por completo. Las ADUS, las Comisiones de Soldados, los Comités de Vigilancia, los grupos SUV, todo se mostró exactamente como lo que era: nada. Aislados, divididos, sin vínculos entre ellos, sin información y, sobre todo, sin iniciativa, los soldados rasos eran completamente dependientes de la jerarquía militar, de los oficiales «progresistas». Los siguieron como corderos: órdenes de armarse, órdenes de desarmarse, órdenes de defenderse a sí mismos, órdenes de no defenderse, órdenes de quedarse en los cuarteles, órdenes de salir de ellos. Entretanto, estos oficiales «progresistas», envueltos en maniobras políticas, tratando de establecer pactos, con un ojo en los posibles «compromisos» que se cocían en el palacio presidencial, o abandonaron los cuarteles o fueron arrestados… «para evitar un derramamiento de sangre». Los soldados rasos fueron entregados en una triple trampa política, ideológica y organizativa. La máscara se hizo pedazos. La «política militar» de todos los izquierdistas se reveló como lo que era: una patética fe en la actitud que tomarían los «oficiales progresistas» cuando tuvieran que elegir.

Uno de los soldados del RAL-1 lo explicó de forma muy sencilla: «El 25 de noviembre nos dimos cuenta, de repente, que no había órdenes, ¡nada! Poco a poco, vimos que estábamos completamente solos». Después de meses de dieta leninista, quedarse repentinamente sin líderes «de izquierdas» suponía la inanición. «Después de un año de agitación en el ejército, los grupos de soldados rasos jamás tuvieron un papel importante. Nunca lograron el menor control sobre el funcionamiento de la máquina militar. Al contrario, había acabado reforzando la falta de iniciativa de los soldados y su creencia en un "ejército bueno", un ejército de oficiales progresistas».

No es necesario un gran esfuerzo para ver la similitud entre las «políticas» militares de la izquierda en Portugal y su actitud respecto a cuestiones como el parlamento, o los sindicatos en cualquier otro lugar. Siempre proponen al movimiento revolucionario que luche en el territorio y con las armas del enemigo de clase, para luego sorprenderse de ser derrotados o, en caso de «victoria», de que los frutos de su victoria sean muy diferentes de lo esperado.

Los acontecimientos portugueses trajeron como producto colateral la aparición, en este tiempo más estrambótica que siniestra, de un nuevo híbrido político: el socialdemócrata maoísta. A lo largo del levantamiento portugués, fruto de su odio hacia los «social-fascistas» del PCP, el MRPP forjó alianzas de lo más extrañas. En el verano de 1975, se congratularon por el bombardeo del cuartel general del PCP y lo consideraron una prueba de «la justicia popular contra los revisionistas». En las elecciones sindicales se aliaron con el PS y el PPD –e incluso con el CDS– para disminuir la influencia del PCP. Después del 25 de noviembre, les reprocharon a los oficiales victoriosos ser demasiado indulgentes con «el principal enemigo: el social-fas-

cismo». De hecho, se congratularon por el golpe de Estado. «*La situación es excelente*», proclamaban en diciembre de 1975, «*el revisionismo está siendo desenmascarado*». En las elecciones presidenciales de junio de 1976, incluso exhortaron a sus seguidores a que votaran por Eanes, el candidato de la ley y el orden respaldado por el PS. Pronto se olvidarían de las lúcidas críticas que habían hecho al PRB-BR, cuando describieron sus «consejos obreros» como «proveedores de una base de masas para COPCON», haciendo ellos lo propio para el PS o «Los Nueve». En ese momento, a pesar de todo su izquierdismo verbal y sus denuncias del MFA, el propio MRPP propone una «*revolución democrática y popular, no solo de trabajadores y campesinos, sino de otros sectores revolucionarios de la sociedad, como los pequeños y medianos tenderos, pequeños y medianos granjeros, pequeños y medianos industriales, etc*».

Este libro se enfrenta de forma clara, concreta y honesta con los problemas y las limitaciones del experimento de la autogestión en un contexto capitalista. Tomar una fábrica, o una granja, abandonada por sus dueños es una reacción bastante natural de los trabajadores, que buscarán mantener un puesto de trabajo en un ambiente que conocen. Sin embargo, es el mercado capitalista el que se impone inmediatamente. Hay que dar salida a los bienes producidos. No puede evitarse la relación de la «empresa autogestionada» con el resto del mundo. Disponer de mercancía almacenada –o incluso maquinaria– para abonarse uno mismo los salarios no es una solución a largo plazo. Persiste, inmutable, la «necesidad» de venderse como fuerza de trabajo, con todo lo que ello conlleva. En Portugal, el precio que hubo que pagar por el aumento de democracia interna en algunos talleres o granjas consistió en una ampliación de la jornada laboral, o en una intensificación del proceso de trabajo para «permitir» a la unidad

autogestionada seguir siendo económicamente «viable». Fue así como las islas de autogestión pasaron a ser islas de recuperación capitalista. En Guimarães visité una fábrica textil autogestionada cuyas paredes estaban forradas con extractos de los *Manuscritos económicos y filosóficos de Marx*. Los trabajadores no necesitan que se les diga que esto es la alienación autogestionada, lo viven diariamente en sus carnes. ¿Pero cuál es la alternativa real, práctica e inmediata? ¿La producción comunista? ¿El vertedero de desempleo capitalista? ¿O acaso es algo cambiante, creado cada día por primera vez, en un millar de lugares de trabajo diferentes, moldeado por la dispar relación de fuerzas de cada sitio? No se puede abarcar con una generalización todo lo que fue creado, la gran variedad de experiencias o la amargura producida por el fracaso. Fueran cuales fueran las formas concretas desarrolladas, lo esencial es, como siempre, evitar la mistificación, evitar mentirse, tanto a uno mismo como a los demás.

Obviamente, esto no tiene nada que ver con la relación esencial entre autogestión y socialismo. Hay quien asegura que la experiencia portuguesa, de alguna forma, invalida esta relación, como si se hubiera probado que la autogestión no tiene nada que ver con el socialismo, como si cualquier mensaje de autonomía fuera la última conspiración recuperadora del capitalismo maquiavélico. La confusión, cuando no es deliberada y, por tanto, deshonesta, muestra una pobreza conceptual bastante patética. No cabe duda de que, bajo el capitalismo, la autogestión puede convertirse en un medio potencial de recuperación capitalista, pero ¿qué tiene esto que ver con la pregunta de si la autonomía es la infraestructura institucional –no económica, sino institucional– esencial de la sociedad socialista? Desde luego, se puede concebir la autogestión sin socialismo, pero ¿puede uno imaginarse un socialismo de verdad sin instituciones, conductas e individuos

autónomos? Aquellos que puedan deberían compartir su visión tratando de ser lo más explícitos posible. Si no los directamente implicados, ¿quién tendría la última palabra en las decisiones fundamentales? ¿En qué se diferenciaría tal sociedad «socialista» no autogestionada de todas las sociedades monstruosas que vemos a nuestro alrededor hoy en día? Estas sociedades en las que una minoría toma todas las decisiones fundamentales y perpetúa sus propios privilegios a través del acceso a la información y el poder.

Para alguien extranjero hubo muchas cosas específicamente portuguesas en el levantamiento portugués. Los primeros meses era absolutamente evidente el deseo de atreverse a lo desconocido, de ignorar el consejo de los «expertos» y de coger la realidad y la historia por el cuello –todo lo cual está contenido en el término *sebastianismo*. Sin pestañear ante la enormidad de lo que estaban intentando, los jóvenes revolucionarios, al igual que los viejos, hablaban seriamente de una transición directa del fascismo al comunismo libertario. Actuaban como si la creencia en los milagros pudiera llevar a la gente a intentar, y quizá incluso lograr, lo imposible.

Al menos al comienzo, el levantamiento fue un asunto alegre, como todos los intentos radicales en la historia. Hubo una canción inmensamente popular tras el 25 de abril que fue titulada *Gaivota*. Aunque quizá nunca logró la profundidad que tuvieron en mayo del 68 en Francia, el ingenio de los carteles se convirtió en un instrumento eficaz de crítica social que los anarquistas se aseguraron de usar tan a menudo contra «la izquierda» como contra otros objetivos más tradicionales. No obstante, con esa alegría, vino una dureza también muy portuguesa.

El fado siempre estuvo presente, no como la encarnación de la desesperación y la resignación (como pretenden algunos psi-

cólogos superficiales), sino como una declaración irrenunciable de la vida de los pobres, una forma de mantener los pies en la tierra. Recuerdo una carta que me escribió Phil cuando estaba entrando en la región del Alentejo: «*Las pequeñas colinas comienzan a serpentear a lo largo del campo llano. Los retorcidos eucaliptos se esconden en los valles desiertos. Esta es una tierra de tradiciones, de fuertes luchas contra los elementos, de vino, aceitunas y música, de típicos terratenientes, una tierra de supervivencia diaria, difícil de penetrar, excepto para aquellos que sienten cariño por ella. Es como si el crecimiento raquítico de los árboles dijera todo lo que hay que decir sobre la adversidad, el abandono, el trabajo. Sobre la lucha constante contra una tierra pobre y dura en la que viven mujeres gigantes y hombres inmensos. Aun así, por ingrata que la tierra sea, el espíritu jamás se vio quebrado*».

Los fados, sin ser canciones de revuelta, sí son testigos de esta indestructibilidad de los oprimidos, de esa profunda unidad entre el ser humano y la naturaleza. Las raíces gitanas le dan a algunas canciones un orgullo fiero, mezclado con desprecio por lo que «los burgueses» piensen o digan, que les permite enfrentarse con valentía con temas como el derecho de las mujeres al placer sexual. Sin sentimentalismos, sin condescendencia. El amor puede significar dolor, pero merece la pena. Sin neurótica modernidad, solo las cosas tal y como son. ¿No es esta la materia prima con la que se hará la revolución?

Existen otros rasgos de la revolución portuguesa que también hunden sus raíces en la historia. Tal y como sus documentos lo demuestran, el MFA probablemente ha sido uno de los grupos de soldados mejor articulados y más prolíficos que el mundo haya producido jamás. En esto reflejaban el intelectualismo de la elite portuguesa. Intelectualidad no sería la traducción ade-

cuada[2] ya que, realmente, el término –tal y cómo me lo dijeron repetidas veces en Portugal– denota algo más. Una preocupación por hablar, antes que por hacer, y por la superficie de las cosas, antes que por el fondo. Su escenario son los cafés, no los claustros de Coimbra. Eça de Queirós, el novelista de Aveiro de finales del siglo pasado, comprendió esto e hizo de ello el centro de algunas de sus sátiras más mordaces. Su segunda novela, *Farpa*, publicada en 1871, podría haber sido escrita en el verano de 1975, como una parodia de las sectas leninistas del futuro antes que de los partidos burgueses de su tiempo.

Hay cuatro partidos políticos en Portugal: El Partido Histórico, el Partido de la Regeneración, el Partido Reformista y el Partido Constitucional. Por supuesto, también hay otros más anónimos que solo conocen unas pocas familias, pero estos son los principales. Los cuatro partidos oficiales, con sus periódicos y sus cuarteles generales, viven en un antagonismo perpetuo e irreconciliable, siempre peleando entre ellos en sus artículos destacados. Han intentado restaurar la paz y unificarse. ¡Imposible! Lo único que tienen en común son las calles de Chiado, que todos frecuentan, y la Galería que les da refugio…

Los cuatro son católicos, los cuatro mantienen un funcionamiento centralizado, los cuatro tienen el mismo deseo por el orden, los cuatro quieren progreso y citan el caso de Bélgica… la confrontación es total.

Cuarenta años antes de la Revolución Francesa, Sebastiâo José de Carvalho e Melo, el primer Marqués de Pombal, le declaró la guerra a la reacción clerical y al oscurantismo, cerró los monasterios y los conventos y expulsó a los jesuitas de Portugal.

2. Brinton se refiere a la traducción del concepto del portugués al inglés. (N. del T.)

La revolución de 1910 dio un nuevo impulso a sus ideas, pero el régimen de Salazar hizo las paces con la Iglesia y los jesuitas volvieron reptando. Una mañana, no mucho después de que Salazar hiciera efectiva esta reconciliación, los que pasaban delante de la gigantesca estatua de Pombal, al final de la avenida de la Libertad de Lisboa, se deleitaron leyendo la siguiente inscripción escrita con enormes letras negras brillantes sobre el mármol blanco:

Baja, Marqués,
están de vuelta otra vez

Hoy en día, son las viejas caras las que reptan hacia la luz una vez más. Las conquistas de los primeros meses están siendo recortadas una a una. Los propietarios reaparecen, a veces como gerentes. A uno le encantaría apelar al espíritu de 1974 para que descendiera de su pedestal cosificado y ayudara a limpiar toda esta basura. Pero incluso la desilusión generalizada tiene un cierto tinte portugués. Puede que la inocencia del principio se haya perdido, pero la nostalgia ligeramente divertida que los portugueses llaman *saudade* impide que la triste sofisticación degenere en puro cinismo.

¿Una revolución imposible? Algunos afirmarán que sí. Imposible dentro de los límites de Portugal. Imposible porque no puede existir ninguna isla de comunismo libertario en un mar de producción y consciencia capitalistas. Imposible porque el levantamiento hundía sus raíces, concretamente, en el subdesarrollo de la sociedad portuguesa. Imposible dada la composición social del Portugal moderno, el peso del pequeño campesinado propietario en el norte, la influencia de la Iglesia y los efectos erosivos y desmovilizadores de la pobreza crónica y el desempleo. Imposible, finalmente, porque era el capitalismo de Estado,

y no el socialismo, lo que estaba «objetivamente» en la agenda histórica, y en las mentes de los «socialistas» revolucionarios.

No obstante, los hombres y las mujeres siempre han soñado sueños «imposibles». Repetidamente han tratado de «agitar el paraíso» en busca de lo que creían que era correcto. Una y otra vez han luchado por objetivos difíciles de conseguir cuando sentían que en ellos se materializaban sus necesidades y deseos. Es esta capacidad lo que hace que los seres humanos sean los sujetos potenciales de la historia, y no sus perpetuos objetos. Este es el motivo por el que es tan importante un estudio de los acontecimientos portugueses de 1974 y 1975 para los revolucionarios modernos.

¿Cómo deberían haber reaccionado los libertarios ante los acontecimientos de Portugal? Quedarse en casa, dando la revolución por «imposible», queda descartado. ¿Deberían haber empezado la lucha antes que nadie –parafraseando a Lenin–, y haber sido los últimos en rendirse? «Luchar» puede tener tanto sentido, o tan poco, como cualquier otra actividad. Depende del fin por el que se luche y de los medios que se usen para hacerlo. Los libertarios tratan de convencer a los trabajadores de que pueden organizarse y gestionar sus propios asuntos para fomentar un espíritu crítico hacia quienes que pretenden estar de su lado –incluyendo ellos mismos– y para destapar las falsas ilusiones que siembran esos grupos (sobre todo leninistas). Esta es la tarea constante de cada día que los libertarios consideran su principal preocupación. Quizá la oportunidad de la revolución se haya esfumado por ahora en Portugal, pero el papel de los revolucionarios no termina nunca –y desde luego no ha terminado en Portugal. Pronto, en España los estalinistas desempolvarán el cadáver de la Pasionaria –un símbolo de resistencia mucho más potente que Álvaro Cunhal. Los ilusionistas volverán a la carga, sin haber

aprendido nada de la experiencia de Portugal, y reviviendo los gritos de guerra de 1936.

Las palabras «posible» e «imposible» tienen tanto una dimensión histórica como una inmediata. Lo que hoy es imposible, mañana puede ser factible. Es más, puede ser viable gracias a los esfuerzos fracasados de hoy. Declarar una revolución como «imposible» es dar un veredicto sobre un proceso como si fuera un hecho aislado. Es negar a los acusados el derecho a ser juzgados por la posteridad. En la historia, hay tantas derrotas fructíferas como victorias estériles. La derrotada Comuna de París de 1871 estaba en las mentes de los revolucionarios rusos de 1917. Aún resuenan los hechos de Kronstadt (1921) o de Hungría (1956), moldeando las actitudes revolucionarias de los libertarios que hoy forman parte del pensamiento contemporáneo. No solo eso, las ideas preconcebidas son bastante más que meras camisas de fuerza ideológicas. En determinadas circunstancias, declarar que una revolución es «imposible» puede contribuir a impedir que ocurra. Las masas en acción siempre son más revolucionarias que la más revolucionaria de las organizaciones. Por una razón muy sencilla; las organizaciones están comprometidas con los modelos pasados –normalmente 1917–, pero las masas lo que quieren es crear el futuro.

Algunos ven la historia como una línea de ferrocarril que conduce a una meta predeterminada. Ven la acción de las clases simplemente como generadora de una corriente que permitirá a la humanidad, o a los grandes partidos –«los maquinistas de la locomotora de la Historia», por usar la monstruosa frase de Stalin–, hacerse cargo de los acontecimientos. Esta es una receta para las prácticas burocráticas, para legitimar el poder –en el presente y en el futuro– de aquellos que creen conocer el camino y creen que pueden manejar la máquina.

Ninguna meta, y desde luego ninguna meta política, puede ser definida con semejante claridad. Las condiciones materiales, incluidas las culturales, influyen en lo que es posible y lo que no, pero no lo determinan en ningún sentido unívoco. Pocas veces, si acaso, hay una única manera de resolver los problemas creados por un modelo de organización económica y social. La historia nos muestra la infinidad de formas diferentes de vivir, la infinidad de cosmovisiones, que se demuestran posibles sobre la base de estructuras tecnológicas bastante similares. «Sé realista, pide lo imposible», rezaban las paredes de Paris en mayo de 1968. Las palabras tuvieron un significado que fue mucho más allá de su capacidad de generar alarma. Los primeros ecos se oyeron en Portugal. Allí donde la vida palpita, hay esperanza. Tarde o temprano la lucha derriba los obstáculos que se ponen a la satisfacción de todas las necesidades. ¿Quién sabe dónde, y de qué manera, volverá a surgir a la superficie la corriente subterránea de esperanza humana?

Maurice Brinton

I. La primera semana

La mañana del 25 de abril fue una mañana fría. A las 7:45, cientos de miles de portugueses se quedaron pasmados ante el siguiente comunicado emitido por la radio que anunciaba el comienzo de una nueva fase de su historia:

«Las Fuerzas Armadas portuguesas ruegan a todos los habitantes de Lisboa que permanezcan en sus casas y mantengan la calma. Esperamos sinceramente que la seriedad de la hora no se vea empañada por agresiones. Por ello, apelamos al sentido común de todos los comandantes militares para que eviten todo enfrentamiento con las Fuerzas Armadas. Una acción así, además de innecesaria, solo provocaría, o agravaría, serias divisiones entre el pueblo portugués. Algo que debe ser evitado a toda costa. Es debido a nuestro rechazo a que sea vertida sangre portuguesa por lo que apelamos al espíritu cívico. Todo el personal médico, sobre todo en los hospitales, debe estar preparado para prestar ayuda, aunque tenemos la esperanza de que esta no sea necesaria. A todas las fuerzas políticas y militares, el Mando les aconseja máxima precaución para evitar cualquier acción que pudiera conllevar algún tipo de riesgo. Nuestra intención es no derramar sangre innecesariamente; no obstante, responderemos ante cualquier provocación.

Vuelvan a los cuarteles y permanezcan a la espera de las órdenes que establezca el Movimiento de las Fuerzas Armadas. Los comandantes serán responsabilizados de cualquier intento, del tipo que sea, de dirigir a sus subordinados contra las Fuerzas Armadas. Ante la posibilidad de que hayan sido reclutados con un falso pretexto, queremos recordar a las fuerzas de la GNR y la PSP –al igual que a la DGS y la Legión Portuguesa– su deber cívico de mantener el orden público. En la situación actual el cumplimiento de ese deber pasa por no llevar a cabo ningún tipo de reacción contra las Fuerzas Armadas, sean unidades policiales o militares. Dado que las Fuerzas Armadas han decidido situarse en el lugar que ocupaban ustedes, cualquier oposición a las tropas que rodean la ciudad será drásticamente confrontada. En caso de no obedecer este consejo, podrían provocar un baño de sangre sin sentido, cuya responsabilidad recaerá únicamente en ustedes».

A las 8:15 me despierta mi vecina. En sus ojos hay una mirada estupefacta mientras permanece ahí de pie, en pijama. Me dice que no vaya hoy al colegio, que las escuelas están cerradas. El ejército ha tomado el control disparando, me dice. Todo el mundo debe quedarse en casa. Habla en un portugués fragmentado para ayudarme a comprender, simulando con los dedos el gesto de disparar.

Cierro la puerta pensando que está trastornada, enciendo la radio y vuelvo a la cama. Nada, los típicos anuncios. No me lo creo. Aunque lo necesito, no consigo dormir. Pruebo con otras emisoras. En Radio Nacional están poniendo música marcial. ¿Será verdad?

Son las 9:10 y llego tarde al colegio. No veo autobuses fuera. Me encuentro con R, un profesor siempre repleto de noticias. También está D, el fascista del colegio. Preguntamos si viene de la derecha o de la izquierda. En todo caso, ¿de qué derecha? ¿Los

generales o Spínola? La pregunta permanece en el aire toda la mañana. Nadie lo sabe.

A las 10:00 desayuno con R. Es una buena persona de gran corazón. Me muero de ganas por saber algo más, pero tengo miedo de ir al centro. Me tomo el café. En la radio suena Zeca Afonso, un cantante de izquierdas. ¿Será verdad? Emiten otra declaración:

«Se ha comunicado al Mando de las Fuerzas Armadas que la población civil no está respetando el llamamiento a permanecer en sus casas. Un llamamiento que se ha realizado repetidas veces. Aunque la situación parece prácticamente bajo control, dado que el exministro de Defensa ha abandonado el ministerio y está en contacto con los altos oficiales de nuestro movimiento, pedimos a la población, una vez más, que permanezca en sus casas y no se ponga en peligro. En breve, se emitirá un comunicado para aclarar la situación».

Le cuento a R lo que sé sobre Spinola: su entrenamiento nazi, su apoyo a Franco durante la guerra civil española, sus declaraciones como «héroe de guerra» en las colonias portuguesas. En la entrevista que le hizo unas semanas atrás la revista *Vida Mundial,* aparecían resumidas las opiniones de *Portugal y el futuro,* el libro que le granjeó el rechazo de Caetano. En él hacía un llamamiento a acabar con la búsqueda de una solución militar para la guerra y a llevar a cabo un cambio dentro de Portugal a través de vías «democráticas».

Hablamos también de la revuelta de marzo, cuando las tropas marcharon desde Caldas da Rainha, en el norte, en lo que en aquel momento pareció ser un absurdo intento de levantamiento. Quizá se trataba de un golpe llevado a cabo por algunos generales conservadores, descontentos con las políticas «liberales» de Caetano, que querían un retorno a formas más puras de

salazarismo. Nadie lo sabía. En cualquier caso, lo que parecía claro era que el golpe solo podía venir de la derecha.

A las 10:45 llamo a Joao, el hijo de Mário Soares. Comunica. Pruebo con C que trabaja en un banco de sangre. Tiene que estar siempre disponible. Me dice que las tropas están en las calles y que es imposible entrar en Lisboa si no es por la Plaza de España. No sabe de qué va todo esto. Decido ir a Lisboa a enterarme por mí mismo.

Conduzco por la Marginal, en paralelo al río Tajo. La grandeza de la historia del s. XVI está ahora muy lejos de mis pensamientos. Cuando llego a Infante Sato, un agente de tráfico me desvía. Definitivamente ocurre algo. Acelero para llegar al centro y aparcar el coche. No se ve nada fuera de lo normal, excepto que los bancos están cerrados. Camino hacia la parte baja de la ciudad. Chiado está tomado por las tropas y los tanques, hay soldados por todas partes. En las calles estrechas los tanques parecen gigantes con armas amenazantes. Es imposible entrar. Las tropas están alerta pero son amigables. En los ojos de la multitud, se percibe una mezcla de miedo y esperanza. Todo el mundo pregunta lo mismo: ¿Quién? ¿Qué defienden? Son las 11:30. Prometí a C comer con ella a mediodía. Tal vez haya oído algo. En su casa sintonizamos la radio de corto alcance y escuchamos los *walkie-talkies* del ejército. A través de la puerta del vecino, un viejo y entristecido salazarista, nos llegan noticias de que Caetano y Tomás han buscado refugio en Belem –el palacio presidencial– y el Cuartel de Carmo –el cuartel general de la GNR–, respectivamente.

Alguien llama diciendo que su coche ha sido requisado como barricada. No para de reír. El sentimiento general es exultante; la dictadura fascista se está desmoronando. Por el momento pocos pueden pensar más allá.

Nos adentramos de nuevo en la ciudad. Todavía no hay nada definido. Vamos a San Sebastao y vemos a las tropas junto a grandes grupos de gente que está hablando con ellas. Ya se han convertido en «fuerzas de liberación». Todavía nadie pregunta quién va a ser «liberado». Ni de qué. La confusión es inmensa. ¿Es posible que haya habido un golpe antifascista? ¿Liderado por un fascista? Intentamos buscar precedentes, pero descubrimos que somos testigos de algo completamente nuevo.

Compramos el periódico. Los titulares son alarmantes: «*Golpe Militar*», «*Movimiento Amplio de las Fuerzas Armadas*». Los reportajes ofrecen algunos detalles: La noche anterior, a las 23:30, se interrumpieron los programas de radio y comenzaron a sonar «*Depois do Adeus*» y «*Grandola, Vila Morena*». Pasada la medianoche se ocupó el Colegio Militar Portugués. A las 3:00, se tomaron los estudios de Rádio Clube Português y otras emisoras. Después cayó el aeropuerto y, al poco, el séptimo de caballería, las tropas de élite de Spínola, entro en la Plaza del Comercio, la gran plaza de la parte baja de la ciudad. A las 7:00, los tanques tomaron posiciones al otro lado del río apuntando a Lisboa.

Seguimos escuchando la radio. A las 10:15 fue detenido el general de intendencia Louro de Sousa. A las 10:30, las tropas de la calle del Arsenal se unían al levantamiento. A mediodía se anuncia que las Fuerzas Armadas controlan el norte y el sur. A la 13:00, el cuartel general de la DGS está rodeado y se liberan algunos presos políticos. Tres horas más tarde, el CDE y la mayoría de los grupos políticos aplauden el golpe. Marcelo Caetano se rinde poco después. Ha hablado con Spínola por teléfono. A las 17:00 la televisión emite una declaración que dice que el Movimiento de las Fuerzas Armadas «*ha liberado al pueblo*

de un régimen que lo había oprimido demasiados años». A las 17:30, para exaltación de la multitud, los prisioneros de la rebelión de Caldas da Rainha son liberados.

Llevo a C a casa y vuelvo a Lisboa. La PIDE ha resistido y se niega a rendirse. Las masas claman por su sangre. Quieren asaltar las oficinas y reducirlas a cenizas, pero están desarmados. La PIDE tiene artillería apuntando desde las verandas. Me siento inútil y decido irme. Después supimos que un agente disparó desde la ventana a la multitud matando a cinco e hiriendo a cincuenta. Están desesperados. Han torturado a sus víctimas demasiado, y durante demasiado tiempo, para esperar clemencia. Los marinos devolvieron el fuego.

De camino a casa paso por un bar. Bebemos vino y tratamos de imaginar qué significa todo esto. La gente está nerviosa, completamente excitada. Voy a casa de R a cenar. Cumpliendo con lo que decían los comunicados de radio, todos los restaurantes han cerrado. Nuestra cena consiste en un surtido de verduras. Como a todo el mundo, nos ha pillado completamente desprevenidos. Tratamos de escuchar emisoras extranjeras para ver si tienen noticias. No podemos creer lo que oímos. Todavía no se han dado nombres, el golpe es completamente anónimo. Telefoneo a un amigo que vive cerca de la radio. El área está completamente rodeada y no puede salir. Llamo a otro. Me dice que está muy cansado, que lleva en pie desde las 6:30. No me quiero ir a casa, quiero volver a Lisboa.

Estoy eufórico. A mi lado hay una chica francesa compartiendo mi entusiasmo. Todo es confuso. Spínola ha pasado de ser un fascista por la mañana a un «libertador» por la tarde. Tratamos de ordenar nuestros pensamientos y analizar la situación. ¿Qué clase ha movilizado a sus fuerzas? Spínola estaba casado

con una de las familias más ricas de Portugal, los Melos, y era un «individualista». En Guinea-Bissau, a menudo volaba directamente al campo de batalla y sus tropas le profesaban un gran respeto. Su monóculo, sus maneras conservadoras, nada de eso se ajustaba al papel de libertador radical. Las ambigüedades del «antifascismo» ya se hacían evidentes.

Demasiados intereses en juego. La clase media ve Europa y la CEE como el único futuro posible para Portugal, mientras que la «burguesía» de las «cien familias» todavía posee numerosas empresas en África, especialmente en Angola. Algunos sectores de la clase media tienen el ojo puesto en el crecimiento económico y otros apoyan una ideología salazarista moribunda que supone un lastre para el crecimiento. En África, los «colonos» blancos dan la espalda a los africanos negros. Sin embargo, el enfrentamiento más grande de todos es, sin duda, el de todos ellos contra la clase trabajadora.

Era maravilloso, anfetamina natural. M y yo nos fuimos juntos. Queremos salir fuera a pesar del toque de queda, así que vamos hacia la casa de un amigo que vive cerca de la estación de radio. Las calles están bloqueadas. Hablamos en inglés. Un sonriente soldado de 19 años llama a su oficial y le explicamos que queremos dormir en casa de un amigo, cerca de ahí. Fue el joven soldado quien nos escoltó hasta la casa. Llevaba una manta sobre los hombros y el rifle parecía gigante a su lado. Sonreía feliz durante todo el camino. También él estaba encantado.

Cuando llegamos todo el mundo estaba dormido, rotos de un día de agitación y discusión, pero conseguimos encontrar un par de mantas. Exhaustos, también nosotros nos quedamos dormidos casi al instante.

Viernes 26 de abril. Segundo día

Despertamos intrigados sobre lo que habría pasado durante la noche, doloridos por dormir en el suelo y con una resaca terrible. Mientras M hace café, yo voy a por los periódicos.

Los titulares, de nuevo, son perturbadores. Spínola, jefe de la nueva Junta, ha prometido democratizar la política, nuevas elecciones lo antes posible, el final de todas las instituciones fascistas y negociaciones en la guerra de África. Caetano y Tomás se han exiliado en Madeira. Algunos agentes de la PIDE han sido detenidos, incluido uno con los pantalones bajados, lo que hace que nos hace reír a todos.

Salimos a comer y a bucear en la prensa matutina. Las fotos lo dicen todo. Las masas están involucradas. Es algo más que un golpe de Estado. Las viejas estructuras parecen estar derrumbándose. Ni siquiera estamos leyendo los mismos periódicos que el día anterior, a pesar de que el nombre, el enfoque y el tono sean los mismos. En las calles, las caras empiezan a sonreír nerviosamente. Se respiran aires de libertad en Lisboa y la gente la transmite unos a otros en su forma de hablar, en sus risas. Es sorprendente, fantástico, y cada vez va a más.

En todas partes, los soldados hacen el signo de la victoria. Oímos que en Caxias, la famosa prisión política, han sido liberados ciento setenta presos y han ocupado su lugar un centenar de agentes de la PIDE. Tengo amigos a los que encerraron allí para luego ser torturados y apaleados. Las imágenes de los periódicos son tremendas. Miles acudieron a recibir a los presos. Más tarde nos enteraríamos de que la Junta solo planeaba soltar a unos pocos, y que fue la gente la que presionó para liberar al resto.

Las organizaciones que hasta entonces habían vivido calladas

y clandestinas salían a la luz y hacían declaraciones. El Partido Comunista (PCP), el Partido Socialista (PS), CDE, LUAR… Teníamos que pellizcarnos para asegurarnos de no estar soñando. Había otras noticias, pero no nos interesaban lo más mínimo. Alguien mencionó que Mitterrand tenía una oportunidad en las elecciones francesas, ¿y qué? ¿Es posible que esos periódicos fueran los mismos que, solo unas semanas atrás, habían publicado en una esquina de las páginas interiores, y sin mencionar el número de heridos, que la policía había atacado a unos estudiantes problemáticos en un intento de manifestación? Por momentos, la libertad de prensa parece volverse libre de verdad.

Se está reuniendo una multitud en Rossio, una de las grandes plazas de Lisboa. De repente, los soldados vienen hacia nosotros, ¿qué pasará? Cuando levantan los dedos haciendo el símbolo de la *V*, la multitud les aclama como jamás antes había visto vitorear. Había oído multitudes gritando enfurecidas, pero esto era alegría absoluta.

Ni M ni yo entendíamos nada. El sentimiento nos daba escalofríos. Recordábamos cuando en Praga, en 1968, la gente había colocado flores en los cañones de los tanques, cargados de amable ironía. Pero ahora, la gente les daba claveles a los soldados, como los que se dan los enamorados la noche de San Antonio, patrón de Lisboa. Les compraban periódicos, les ofrecían cerveza y bocadillos. Aplaudí, incrédulo. Recordé las imágenes de las tropas revolucionarias durante la guerra civil española, con los puños cerrados; la columna de Durruti. Traté de pensar en el motín de Kiel que desencadenó el levantamiento espartaquista en Alemania en 1918, las tropas rebeldes en la Rusia de 1917, las milicias durante la Comuna de París. Mis propios pensamientos se me escapaban a toda velocidad.

Empezó a llover con fuerza y los rayos iluminaron el cielo; el sonido de los truenos parecía el gruñido de los dioses. M comentó que los cielos no estaban de nuestra parte. Aunque todavía había fuerzas resistiendo y los *pides* trataban de reorganizarse, decidimos que hasta la noche no podía ocurrir nada. Estábamos cansados y la lluvia nos había deprimido. Fuimos al cine durante un par de horas, vimos una película de Paul Newman y volvimos en dirección a Rossio. En el camino nos cruzamos con una manifestación. Había soñado con algo así muchas veces. Como las fotos que había visto de 1910, cuando los trabajadores marcharon por la avenida de la Libertad ocupando todo su enorme ancho. Y aquí estaba, el sueño hecho en realidad, justo delante de mis ojos. Los maoístas iban en primera fila enarbolando sus banderas, pero detrás iban todo tipo de grupos, cada uno con su emblema. «Saludamos a las Fuerzas Armadas», «Sindicatos libres», «El poder a los trabajadores», «Derecho a la huelga». A pesar de las contradicciones, resultaba embriagador.

A menudo había caminado por esta avenida, consciente de la ironía de su nombre –residuo de días más liberales– y sintiéndome completamente oprimido. Y justo aquí, delante de mis narices, varios miles de personas desfilaban por ella. Los motoristas no podían atravesarla y hacían sonar el claxon. Sin ira, con alegría, como es costumbre en las bodas portuguesas. Estábamos en el centro de la calle, en una manifestación libre. Era inaudito. Por supuesto aún había temor y esperábamos que en cualquier momento aparecieran los antidisturbios. Era tanta la emoción que incluso los agentes de tráfico, para su bochorno y desconcierto, eran abrazados como «libertadores».

Aparecieron los tanques. Si el Sporting hubiera derrotado al Benfica, los vítores no habrían sido más ensordecedores. La gente corría tras los tanques, y se encaramaba a ellos, mientras los soldados sonreían y alzaban sus fusiles al aire.

Durante cuarenta y ocho años no había habido una manifestación alegre en Portugal. Dos generaciones habían crecido sin poder caminar libremente por las calles. Ahora, padres e hijos lo hacían juntos. Un anciano en harapos, un hombre por quien el salazarismo no había hecho nada, agitaba una bandera republicana. Le pregunté si los días de la república habían sido así y me contestó que jamás habían sido tan buenos. Era tan entrañable que yo también quise abrazarle. Supo que era extranjero por mi acento. ¿De qué parte de Irlanda? Del sur, le contesté. Me palmeó la espalda y me dijo que recordaba el Levantamiento de Pascua. Aunque no se lo pregunté, probablemente también recordaba 1917, 1918 y 1936. ¡Cuánta belleza puede encontrarse en la gente en momentos así!

Llegamos a la estatua del Marqués de Pombal, considerado el primer dictador de Portugal (1755), y vimos que estaba cubierta de consignas del Primero de Mayo: «Paz, unidad, libertad y democracia. El poder a los trabajadores». Seguimos andando y llegamos a las oficinas del CDE. Podríamos haber andado toda la noche. Algunos aspirantes a políticos trataban de dar discursos, pero no era el día. Apenas se escuchaba nada de lo que decían. La masa simplemente gritaba, repitiendo la consigna de moda: «El pueblo unido jamás será vencido».

Los partidos también se movían. El CDE había ordenado amplio apoyo. Durante el mes previo a las elecciones del noviembre anterior, habían aprovechado para hacer agitación política. Repartieron panfletos y pintaron las paredes de Lisboa

con *graffitis* (que fueron rápidamente tapados). El diario independiente *República* consiguió pasar algunos artículos a través de la censura. En el último momento, retiraron a sus candidatos denunciando que las elecciones eran una farsa.

Por su parte, los maoístas ya eran los más activos de todos, algo bastante molesto dada su poca imaginación. Su consigna más clara fue: «Ni Marcelo, ni Spinola: Revolución Socialista». Por otro lado, era difícil no profesarles cierto respeto, tanto a ellos como al propio Partido Comunista. Durante el viejo régimen habían sido de los más audaces. Torturados y apaleados, salían noche tras noche a plasmar sus mensajes en las paredes, incluso sabiendo que serían borrados a primera hora de la mañana por la policía.

Sin embargo, esta era una situación distinta. Era el momento de poner a prueba las ideas que durante décadas habían mantenido vivo el pensamiento revolucionario. Si querían seguir siendo héroes, debían enfrentarse al reto de lo nuevo. Nos topamos con un grupo de trabajadores cantando la Internacional. Nos quedamos atónitos. ¿Cómo podían recordar la letra después de tantos años? Compramos los periódicos otra vez y fuimos al Monte Carlo, un café que había sido sometido a constantes redadas por la policía y los agentes de la PIDE, una guarida de la llamada «gente de la noche». Una vez más, las noticias habían superado nuestras esperanzas más salvajes.

Los titulares pedían «*Libertad para todos los presos políticos, cárcel para todos los pides*». Ya no estábamos leyendo periódicos, eran manifiestos políticos. La censura había sido pisoteada. En toda la prensa, aparecía la imagen de Spinola en la emisión televisiva de la noche anterior, más viejo y cansado que nunca, donde la Junta había presentado un programa aterradoramente detallado.

¿Qué contradicciones incluía este programa «liberal»? Ayer, un golpe de Estado; hoy, participación popular masiva. Sin duda, lo que se estaba desarrollando era algo grande. Un nuevo espíritu había invadido todos los aspectos de la vida pública. ¿Qué iba a hacer la Junta? ¿Hasta dónde sería capaz de controlar lo que ocurriera?

En los periódicos hablaban sobre Caxias y la alegría de los presos políticos. Supimos que esperaban su liberación desde una hora antes de que ocurriese porque habían sido informados de los acontecimientos por señales en morse enviadas con las bocinas de los coches. Vimos fotos de balas de armas automáticas en las oficinas de la PIDE. Un grupo de manifestantes había reventado el escaparte de un banco en el distrito comercial.

Quedamos en un café con G y los demás. Habían ido a Caxias. Contaban que el lugar había sido abierto a la fuerza, que un *pide* fue atacado por la multitud y que el ejército casi no logra salvarle de ser linchado. El agente, que ahora estaba en prisión, iba con una criatura y la gente pedía que se «salvara al bebé».

¿Qué hacer? Habíamos dormido cuatro horas en dos días y era difícil aguantar, sobre todo habiendo comido tan poco. Decidimos ir a un bar cerca de mi casa, en un barrio periférico de clase trabajadora. La atmósfera era eléctrica. Joao nos recibió con un «¡Larga vida a la Revolución!». Algunos trabajadores, que también resultaban ser soldados, iban de uniforme. Era la primera vez que los veía de ese modo. Había otros que estaban exultantes, en el pleno sentido de la palabra. Solo uno muy politizado era escéptico. «¿Qué pasa con los trabajadores?», preguntó. Le escuchamos. Había acudido a la fábrica esa mañana para hablar, solo para debatir. El bar nunca había tenido tanta vida. En la radio sonaba música portuguesa y la gente se sentía orgullosa. Sí, sonaban fados

melancólicos, pero también música animada de los exiliados en Francia. La esperanza de miles, tal vez millones. Y, aun así, era evidente que la gente no había cambiado en un día. Joao, el dueño, todavía racista, pedía la independencia de las colonias. Es obvio que las revoluciones no se hacen de un día para otro. Despotricaba, a voz en grito, de un gobierno que durante cuarenta y ocho años había sometido a la gente a través de la represión y la tortura, había enviado a los jóvenes a luchar en una guerra inútil, había acabado con la libertad de prensa y censurado cualquier publicación, había gobernado de forma brutal y sangrienta, sin permitir huelgas o cualquier otro tipo de disidencia, y cuyos ciudadanos no se atrevían siquiera a susurrar su nombre. Joao despotricaba contra el viejo régimen, pero a la hora de nombrarlo, acercó su cabeza a la mía y con voz temblorosa susurró la terrorífica palabra: salazarismo.

Subimos las escaleras doloridos y agotados, pero aún excitados. Pusimos música de Cabo Verde, música triste de gente cercana a la destrucción. Algunos estribillos eran reconfortantes y nos conectaban con lo que sentíamos. Tanta esperanza era el resultado de una honda desesperación. Durante mucho rato no pudimos dormir, pero al final, nos quedamos fritos. Me desperté una vez, en mitad de un sueño, y recordé el día que había ido a escuchar una radio clandestina a unas colinas desiertas que había cerca. Ahora, en lugar de escuchar emisiones prohibidas, marchábamos sobre Lisboa.

Sábado 27 de abril. Tercer día.

Nos costó despertarnos. Las palabras y los pensamientos nos habían transportado lejos, y nos levantamos tarde. La televisión encendida y las noticias, desalentadoras, venían a decir: No más manifestaciones sin permiso.

Hablé con mi vecina. El miedo y la duda habían desaparecido de su rostro. A pesar de que nunca bebía, llevaba ya tres whiskies encima. Para entonces, había salido a pasear y observar por las calles de Lisboa. Estaba más feliz de lo que nunca pensé que pudiera estar. La primera cosa concreta que dijo, después de expresar toda su alegría, era que ahora ya no podían subirle el alquiler.

Fuimos directamente a Chiado. Había dado comienzo la caza a los *pide*. La gente que sabía dónde vivían fue a buscarlos. A muchos únicamente el ejército fue capaz de salvarlos. Esa tarde, en la Escuela Politécnica, alguien señaló a uno cuando trataba de huir con el coche. Se escuchó: «Muerte al *pide*». Entendí el odio perfectamente. Conocía a una chica a la que habían arrestado en una manifestación para después apalearla y raparle la cabeza. Sabía que habían golpeado a la mujer de un profesor de la universidad, una mujer de sesenta años. Yo también quería linchar a ese hombre. El ejército le salvó por los pelos, pero el coche se quedó allí con el motor encendido. Un joven comenzó a empujarlo, otros acudieron en su ayuda. En pocos minutos, lo volcaron, lo rociaron con gasolina y lo convirtieron en una bola ardiendo. Los soldados, nuestros hermanos, hicieron el signo de la victoria. La Junta no tenía control sobre episodios como este. Lo único que salvó a ese hombre fue la repulsión natural a quitar una vida, algo muy común entre los soldados.

Bajamos de nuevo a las oficinas de la PIDE. Sabía que mi pasaporte estaba allí y quería que las tropas asaltaran el edificio y lo recuperaran. Me cruzé con un trabajador a quien había recogido en Semana Santa en la carretera entre Lisboa y Setúbal. Habíamos hablado sobre política de manera cautelosa, sin esperanza, sin ningún sentimiento real por lo que decíamos. Jamás podía haber imaginado que le oiría decir lo que dijo en

ese momento: «Spínola no es socialista, el socialismo es la única respuesta a la situación actual».

En Brasileira, vieja guarida de artistas y poetas, la gente hablaba y discutía enfervorecida, pero no parecía muy interesada en lo que ocurría en las calles. Después de comer en casa de M, volvimos a caminar arriba y abajo por la avenida de la Libertad. Era como si tratásemos de mostrar nuestro desafío. La gente la recorría hasta una punta, no se creía que lo hubiera hecho, y volvía a recorrerla hasta el otro extremo para demostrar que era posible.

En Rossio, eran los maoístas quienes dominaban la situación. Se veía que sus esprays habían estado activos. Nos encontramos con un inglés de clase media que despreciaba todo lo que estaba ocurriendo, como si se tratara de un partido de fútbol portugués. Me entraron ganas de colgarlo en ese mismo momento, pero no creí que la gente lo entendiera. También hablamos con un compañero alemán que desbordaba esperanza y entusiasmo. Poco después, nos cruzamos con un grupo de amigos portugueses y discutimos sobre las contradicciones de la situación. Aún los atravesaba el miedo, el recuerdo de la PIDE, no se atrevían a emprender ningún tipo acción. Quise tomar un bote y escribir en la pared, retar el monopolio maoísta.

Estuvimos pensando en nuevos eslóganes como «*Pide Escholhido*» o «*Portugal Livre*», una nueva bebida hecha de orujo y cola. Habían prohibido la Cocacola en Portugal alegando que sus ingredientes eran «dañinos», pero todo el mundo sabía que se debía a que uno de los ministros poseía el monopolio del comercio de refrescos. También comentamos el hecho de que ninguna chica hubiera besado a los soldados, como en Francia tras la Segunda Guerra Mundial o en España durante la Guerra Civil. Les dieron flores, bocadillos, comida, sus corazones, pero no

besos. Cuarenta y ocho años de represión sexual no eran fáciles de olvidar en un par de días. Hablamos sobre las manifestaciones. ¿Por qué no había música, algo tan natural para los portugueses? Seguramente por la falta de experiencia, por la ausencia durante todos esos años de actividades políticas legales. Durante los días oscuros la gente se reunía en silencio, en cierto momento que todo el mundo sabía –incluidos los presos– pero que nunca se hacía público, y se daba un discurso. Si la policía venía, se acababa todo. Esa había sido la experiencia política previa.

Las consignas evolucionaban hora tras hora: «El pueblo unido, jamás será vencido», «Fin a la guerra colonial», «Muerte a la PIDE», «Socialismo, socialismo». Aun así, la mistificación del primer lema todavía estaba muy extendida. ¡Cuántos crímenes contra la clase trabajadora se iban a cometer pronto en nombre de esa espuria «unidad»!

Veintitrés sindicatos se habían reunido rápidamente y habían emitido un comunicado conjunto, pero sus demandas apenas iban más allá de lo que la Junta ya había prometido. El gobierno anterior había institucionalizado el sindicalismo prohibiendo su autonomía, el derecho a no acudir al trabajo o incluso el de reunirse públicamente. Si había algún desacuerdo con el ministro de Trabajo debía informarse para que se entablaran las negociaciones pertinentes y se trataran las quejas (es decir, se hablaran hasta la extenuación). Eso no significa que no hubiera huelgas, por supuesto que las hubo: mil personas indisponiéndose el mismo día y quedándose en casa. Muchos trabajadores lisboetas vivían al otro lado del río, así que el día que todos los marineros del *ferry* enfermaron misteriosamente y no hubo transbordadores, fue el apocalipsis. Igualmente, durante los últimos doce meses cada vez fueron más frecuentes las huelgas ile-

gales contra el aumento constante del coste de vivienda, comida y ropa. Hubo huelgas en Robbialac (fábrica de pintura), Sacor (refinería), Electro Arco (ingeniería civil), Sorefame (maquinaría) y otros muchos lugares. La industria eléctrica había sido particularmente golpeada, y los trabajadores de los bancos particularmente agresivos.

Comienza a llegar apoyo a raudales desde el extranjero. El nuevo régimen es reconocido en Oriente Medio, que había impuesto un embargo petrolero a Portugal como respuesta al apoyo de Caetano a los americanos durante la guerra árabe-israelí. Brasil, todavía fascista, en seguida los imitó. Finalmente, los países de la OTAN también garantizaron el reconocimiento. La situación se estaba desarrollando deprisa. Es obvio que Spínola solo podía ser una solución temporal. No era el instigador de la revuelta y él mismo lo había reconocido al declarar que «este es un movimiento sin líderes». Durante las primeras fases del golpe, los Capitanes lo pusieron bajo «custodia protectora», y no fue hasta más tarde cuando se sumó al carro. El movimiento había empezado hacia meses, en Mozambique, y había ido creciendo entre las tropas hasta llegar a la puerta de Spínola. Es obvio que tiene prestigio y es conocido, una figura paterna de la rebelión contra Caetano, y que la gente tiene muchas ilusiones puestas en él, pero ¿hasta cuándo?

Palma Ignacio, conocido defensor de la acción directa, habla en el Teatro María Matos y da una entrevista al *República.* Está cansado, pero este «Pimpinela Escarlata», que ha sido capturado y se ha escapado tantas veces, aún mantiene su viejo carisma. Estuvo involucrado en la rebelión de 1947. En 1951 secuestró un avión y lanzó panfletos sobre Lisboa y Oporto. La organización a la que pertenecía, LUAR, llevó a cabo atracos a bancos

con un estilo que causaba admiración. Una vez, tras condenarle, un juez le preguntó si tenía algo que decir en su defensa. Ignacio afirmó que no quería nada más que una noche oscura y una tormenta. Esa misma noche se escapó de una de las prisiones portuguesas de máxima seguridad.

Mañana regresa Mário Soares, secretario general del ilegalizado Partido Socialista. Sus políticas pueden parecer mucho más radicales que las del CDE o las de la Junta, pero no deja de ser un político profesional y, además, las cosas ya están yendo mucho más allá de su persona.

Vamos a beber donde Joao. La charla es más callada y cauta. En los próximos días, los cambios de humor serán constantes: optimismo intenso y depresión. Estamos preocupados por vernos arrastrados por los acontecimientos, por ser solo una minoría que juzga las cosas. Alguien hace un apunte vago sobre que ir demasiado deprisa puede hacernos perder lo que se ha ganado. La mayoría no estamos de acuerdo, pero estamos demasiado cansados para discutir.

Todo lo ocurrido ha restaurado nuestra fe en la vida y en la revolución. Estamos absolutamente sorprendidos ante una clase trabajadora que ha agarrado la situación con sus propias manos y está llevando a cabo su interpretación del Programa. Solo pensar en todo lo que podrían conseguir si se dieran las condiciones adecuadas… Cada vez estoy más convencido de la identidad específica de clase. Estoy atónito por cómo la memoria de la gente retiene su pasado revolucionario. Los acontecimientos han sacudido esa memoria y se recuerdan perfectamente fechas que nunca fueron aprendidas en la escuela y canciones que nunca se habían cantado abiertamente. Ha sido otro día increíble, un día que nunca hubiera imaginado y que jamás olvidaré.

Domingo 28 de abril. Cuarto día.

Mário Soares es aclamado por miles de personas cuando llega. La felicidad es inmensa en la estación en la que una multitud enorme espera al Exprés del sur nº 1002, proveniente de París. Por todos lados se escucha: «Larga vida a la libertad», «Sindicatos libres», «El poder a los trabajadores». Es algo que hace unos días, nadie habría podido imaginar. El «tren de la libertad», como se le conoce, llega a la estación de Santa Apolonia trayendo cientos de exiliados: Mário Soares y otros líderes del PS, las actrices Maria Barroso y Maria Coelho, miembros parisinos de LUAR, algunos cargos de PCP. Todos sofocados por la emoción según pisan el andén. Fernando Oneto, exiliado por su participación en la rebelión de 1959, tiene lágrimas en los ojos.

«Estos son nuestros mejores hijos e hijas» dice alguien a mi lado y, por algún motivo, no me suena cursi. Llegados a este punto, el sentimiento general es extremadamente nacionalista y solo unos pocos se dan cuenta de todas las mistificaciones de esta «unidad», de este «antifascismo». No será hasta más adelante cuando se desarrolle una base crítica y la gente empiece a pensar en términos de fuerzas anticapitalistas, de fuerzas de la clase trabajadora.

Marchamos hacia la avenida Infante Santo tomando toda la calle. Los cláxones del tráfico nos atruenan con una felicidad liberada, loca y sensual. Es posible que haya cerca de cien mil personas en la calle, nadie puede saberlo con certeza. Los cámaras y los reporteros están presentes y la gente les hace el signo de la victoria. Se sienten invencibles. Aunque no lo sabemos, hay miles más marchando en Oporto, Aveiro, Beja, Castelo Branco y en cada pequeño pueblo de la región del Alentejo.

Estamos agotados por la emoción, por la falta de sueño y por las caminatas sin fin. Volvemos a casa de M a comer algo y, desde allí, llamo a la escuela para saber si tengo que presentarme al día siguiente. Me había olvidado por completo de las típicas banalidades de la vida, como tener que levantarme por las mañanas para ir a trabajar. Nos separamos tras tres días de fraternidad y camaradería. De repente, me doy cuenta de que no sé absolutamente nada de su vida personal. Estábamos tan embriagados por los acontecimientos que no hemos hablado de nada a ese respecto, y aun así, creo que sé casi todo lo que hay que saber.

Lunes 29 de abril. Quinto día.

En su impotencia, la escuela es otro mundo completamente distinto. Algunos profesores de derechas con los que hablo se dan perfecta cuenta de la importancia de lo que está pasando. Lo comparan con Cuba, con Uruguay. Aunque no comparta el espejismo de la naturaleza «revolucionaria» de estos regímenes, su miedo me divierte. Desde el principio, quienes se sitúan en los extremos del espectro político son los que más clara ven la situación e, instintivamente, los que hacen mejores análisis.

Salgo a las tres de la tarde. Los bancos todavía están cerrados. Solo abren entre las dos y las cinco para pagar salarios, y siempre que lleves una nota de tu jefe. Desde la revuelta de Caldas da Rainha, el 16 de marzo, se han sacado del país tres mil millones de escudos. A los millonarios les entró el pánico y engordaron sus cuentas en Suiza por si acaso. Me doy cuenta de lo mal preparados que hemos estado, de lo poco que hemos sabido de economía, de la reuniones que habrán tenido lugar en la sombra.

Hoy es un día de preparación, discusiones y organización. El trabajo está paralizado en todas partes, y en cambio, lo que se dan son reuniones y debates. Se está utilizando tanto la palabra «normal» que está perdiendo todo su significado. Ayer el *República* titulaba «Normalidad en todas partes». ¡Yo no me había enterado de que esto era lo normal! Obviamente, se trataba de la voz de la burguesía tratando de asegurar que el país todavía funcionaba, que aún era suyo. Todos los partidos políticos enfatizaban la «normalidad», demostrando lo enfangados que estaban en las viejas concepciones, los viejos valores y la vieja mentalidad. Ridículo. La gente bromeaba sobre ello. Alguien le dijo a un camarero en un bar: «Lo siento, pero lo normal es que no pague mi café».

A las cuatro nos enteramos de que la Junta ha declarado un día de fiesta nacional. La prensa internacional titula: «El Primero de Mayo será un examen para el nuevo régimen». Inmediatamente los medios portugueses se hacen eco.

En Rossio me quedo anonadado por el tamaño de las multitudes. Siento que la adrenalina vuelve a correr por mis venas. En la manifestación del Sindicato de Trabajadores Hoteleros las voces se elevan con esperanza y expectación. ¿Estarán acaso sudando la grasa de todas las cocinas donde han trabajado en silencio durante tantos años? Tras dos vueltas a la plaza para juntar gente, siguen por la avenida de la Libertad. Me sumo a ellos. En todas partes se ven pequeños grupos debatiendo con ferocidad.

Es una noche de manifiestos en la radio y la televisión. Se organizan sindicatos de todo tipo. Es increíble. Había leído manifiestos así como documentos históricos de 1871, de 1917, de 1936. Sin embargo, ahora los emitían por la radio. Los estudiantes de Lisboa, Oporto y Coimbra dan discursos. Una y otra vez se oyen canciones de Frelimo en la radio pública, quizá por

primera vez. Es un acto subversivo, independientemente de lo que piense cada cual de estos regímenes. Pasan una declaración oficial: «*La Junta informa al GNR y al PSP que las manifestaciones de alegría planeadas por los trabajadores para el Primero de Mayo son bienvenidas. Se les insta a no intervenir*».

Además de la avalancha de propaganda, los maoístas han ocupado algunas casas abandonadas en Boavista y han metido gente dentro. Boavista es el «barrio nativo», un asentamiento chabolista de «cabañas» desvencijadas. Un periódico vespertino, *A Capital,* publica historias de algunas de las ocupas:

«*He vivido aquí, en una chabola, durante quince años. Estoy casada y tengo cinco hijos. Hice lo mismo que todo el mundo y ocupé una casa vacía. Había gente joven, estudiantes, que nos dijeron que echáramos la puerta abajo y entráramos. No han cogido a nadie. Llevo un año buscando casa*». (Mariette Barbara)

«*He vivido en esta chabola desde que se levantó, hace 34 años. Nos tuvimos que mudar aquí después de un ciclón. Hace siete meses mi marido me echó y, desde entonces, he vivido con los vecinos, llevando a los niños de un sitio a otro, todos hacinados. Realmente no tenía otra opción. La gente empezó a ocupar casas y, bueno, yo hice lo mismo*». (Lucinda Lima)

Más tarde, esa misma noche, acudió la policía y el ejército e impidieron que se siguiera ocupando. Los que ya estaban dentro se negaron a marcharse y se les permitió quedarse, pero muchas de las otras casas vacías de la zona fueron custodiadas.

Todo el mundo, incluido yo, estaba asustado por lo que pudiera pasar el Primero de Mayo. El ejército ya había disparado al aire en una manifestación debido a lo que un oficial describió como una «situación peligrosa». Habían avisado: «*No dudare-*

mos en usar la fuerza si la población no coopera. Deben manifestarse pacíficamente, no de forma provocadora». El tono era funesto, un recordatorio de que los militares estaban al cargo. A pesar de que todavía eran muy populares, y la gente obedecía sus órdenes, empezaban a aflorar las contradicciones.

Dado que las oficinas de la PIDE no fueron atacadas en un primer momento, tuvieron la oportunidad de destruir ciertos archivos, sobre todo aquellos sobre agentes e informantes. Más tarde, el cuartel general se abrió a la prensa y se descubrieron grandes provisiones de granadas y armas de todo tipo, junto con archivos de cada militante, o sospechoso de militar, en Portugal.

En una habitación especial se exhibieron carteles y pancartas de izquierdas protegidos por urnas de cristal, junto con algunos panfletos y volantes de los años treinta. La PIDE tenía la mayor biblioteca revolucionaria de Portugal: una colección completa de autores marxistas y anarquistas. En la pared, en grandes letras, un poema de Salazar, escrito cuando tenía dieciocho años. Junto a la sala de tortura –una larga habitación diáfana con luces y escenario– había una pequeña capilla católica con muchas obras de arte portuguesas, dominada por una estatua de la Sagrada Virgen. La PIDE había creado un museo y todo lo que tenían que hacer ahora era convertirse en la exhibición principal.

Nos enteramos de que las manifestaciones en las colonias reclamaban la independencia completa, aunque, en Angola, también hubo una manifestación que pedía mantener la alianza con Portugal.

Sin duda, África será el problema principal para el nuevo gobierno. Los «movimientos de liberación» en estos países han de ser los únicos árbitros de su propio destino, independientemente de si ese destino es el capitalismo de Estado. El nuevo

gobierno debe garantizar inmediatamente el pleno derecho a la autodeterminación. Sin embargo, la Junta duda. Spínola quiere una «federación», a pesar de que la propia población local ya ha ido más allá de esa idea. Angola, que contaba con la mayor población blanca y que ya ha organizado un nuevo partido político de blancos, va a ser la más difícil de «descolonizar».

El PCP ha distribuido un volante reclamando cosas que la Junta ya ha prometido. No hay ni el más mínimo vestigio de un enfoque de clase. Se ha convertido en el coche escoba del MFA, y este es el portavoz de la burguesía liberal.

Martes 30 de abril. Sexto día

¡Qué impacto tiene el cambio político en las amistades! La gente se mueve a ritmos distintos. Aquello que podía compartirse como oposición al fascismo, de repente, se vuelve irrelevante. La situación que se ha creado es completamente nueva.

Llamo a E y hacemos planes para la noche. Durante la tarde, me dedico a terminar trabajo pendiente, a sabiendas de que no tendré mucho tiempo los próximos días.

Leo las noticias. Los estudiantes y los trabajadores han ocupado las oficinas principales del antiguo gobierno. Un exministro ha sido arrestado por llevarse ochenta millones de escudos de un banco. La fuga de fascistas continúa y la gente sigue a la caza.

Todo tipo de grupos políticos, incluido el PS, publican manifiestos de toda clase. Me resulta bello y terrorífico a la vez. Bello porque hace apenas unos días estos grupos no existían para la opinión pública. Para cualquiera que no haya vivido en un país

fascista es difícil de entender lo que realmente significa la ausencia de libertad de prensa. Los trabajadores van a la huelga, se mata a uno en una manifestación, se arresta a otros veinte como «terroristas» y, con suerte, como mucho habrá una pequeña nota al final de una de las páginas interiores.

En la mayoría de países capitalistas con regímenes democráticos se permite cierta «prensa alternativa», quizá molesta, pero totalmente ignorada. Aquí no. De pronto, cualquier cosa es un titular. Aquellos a los que durante décadas se les ha privado de voz, empiezan a darse cuenta de que pueden hablar.

No obstante, es horrible también porque las demandas son absolutamente conservadoras. A todos los partidos les superan los acontecimientos y son incapaces de lidiar con la nueva situación. Las reivindicaciones del PS y del PCP ya están incluidas en el programa de la Junta. Frente a la posibilidad de avanzar siglos, esta gente solo quiere dar pasos de hormiga. Hay una oportunidad de abrir la caja de Pandora y solo quieren echar un vistazo por la rendija. Los trabajadores, a años luz de ellos, piden un salario mínimo y una lista completa de reivindicaciones «prácticas». Quizá uno deba reescribir la famosa frase de Lenin, tal vez sea el partido del proletariado el que «solo puede lograr una conciencia sindicalista».

El manifiesto del PS, titulado «Saliendo de la clandestinidad», es agresivo, pero sigue siendo reformista. Estos son sus principales objetivos:

1. Fin de las guerras coloniales, alto el fuego inmediato e inicio de las negociaciones con el gobierno de Guinea-Bissau y los movimientos de liberación en Angola y Mozambique.
2. Amnistía inmediata de todos los objetores y desertores.

3. Liberación de todos los presos políticos de las colonias.
4. Derecho a voto a partir de los dieciocho años.
5. Elecciones inmediatas bajo sufragio universal para una cámara democrática (parlamento).
6. Purga de todos aquellos directamente involucrados en el anterior gobierno.
7. Lucha contra los monopolios y desmantelamiento de las corporaciones.
8. Establecimiento de relaciones diplomáticas con todos los países.

Esta es la posición más «radical» defendida por cualquier político burgués. Comparado con el del PCP, el programa del PS parece más sincero, más consciente y menos manipulador. En definitiva, menos partidista. Tras largas reuniones a lo largo del sábado, el manifiesto sigue sin aprobarse.

Los comunistas deben mantenerse fieles a las necesidades de la política rusa. Ya han comenzado una campaña para intentar sumar votos tratando de contentar a todos los sectores de la población al mismo tiempo. El PS, por muy oportunista que sea, al menos ha puesto sobre la mesa ciertas reivindicaciones relevantes para la vida de la clase trabajadora. Aun así, la gente tiene reservas hacia Soares. Es el político burgués por excelencia, miembro de la Segunda Internacional, amigo de Wilson y Mitterand, de Brandt y la señora Chandi; uno de esos pseudosocialistas que a la primera oportunidad tratan de hacer leña del árbol caído para construir su propia reputación. Mientras Cunhal busca imponer su línea a través del medio que sea, Soares se dobla según sople el viento, hace amistades, las utiliza y se sirve cualquier cosa que pueda ayudarle.

Álvaro Cunhal ha sido recibido como un héroe en el aeropuerto. El PCP, formado en 1921 con el apoyo de los Bolcheviques, fue hecho añicos en 1941 por la policía política de aquel momento, llamada «Policía de Vigilancia y Defensa del Estado», y posteriormente reconstruido lentamente durante los años siguientes. Cunhal fue arrestado en 1949. En 1951 se escapó con algunos compañeros de la prisión de alta seguridad de Peniche y acabó instalándose en Rusia. Fueron miles los exiliados y muchos están regresando. Soares y Cunhal solo son la punta de un vasto iceberg.

De camino a la ciudad paso por casa de E, pero me meto en un atasco. Revolución o no, hay cosas que no cambian. Leo los periódicos. El CDL se ha hecho cargo de la sede de las «Mocedades Portuguesas», el antiguo movimiento juvenil conocido como los «camisas verdes». La Junta ha decretado nuevas leyes sobre la exportación de dinero y metal, pero en general parecen asustados. Alertan sobre los provocadores: «*La situación actual es delicada. Todavía hay ciertos elementos que no han logrado ser controlados y aprovecharán para provocar altercados. Hacemos un llamamiento a la máxima calma posible durante las celebraciones del Primero de Mayo. Cualquier otro proceder pondría la revolución en peligro*».

La Junta no puede mantener todo y a todos bajo control. Se han liberado muchos presos, pero nadie sabe exactamente cuántos. Las autoridades urgen a todos los expresos políticos que aún no hayan sido identificados a acudir a los Archivos de Identificación para recibir una tarjeta de identidad. Una gran asamblea de estudiantes ha decidido tirar la estatua que erigió el régimen fascista a la gloria de las mujeres portuguesas, y levantar en su lugar un tributo a Catarina Eufemia, la joven campesina asesinada por la Guardia Nacional en 1954. Al final, la estatua es derribada y colocan una simple placa en su lugar.

Seguimos preocupados por lo que pueda pasar mañana en el Primero de Mayo. Paso por un supermercado para tratar de comprar un espray pero no quedan. Encuentro algunos por casualidad en una tienda de arte. Las herramientas culturales, revolucionarias o no, siguen en manos de la clase media.

Quedo con M, a la que sus amigos han deprimido profundamente, y nos enfrascamos en una conversación sobre lo que hemos vivido y sentido desde la última vez que nos vimos. Nos ponemos al día de las acciones, los grupos, la gente con la que hemos hablado. Vamos a una vieja tasca que había sido una guarida estudiantil de marxistas-leninistas. Es más de medianoche, pero nadie está donde debería estar. Tenemos la esperanza de que estén fuera haciendo cosas, preparando pancartas o trabajando en sus grupos. Nos sentimos inútiles. Parece un poco ridículo que dos extranjeros intenten algo por su cuenta. Nos emborrachamos un poco. Nuestra depresión se vuelve impaciencia y enfado, así que salimos a escribir nosotros mismos en las paredes. Decidimos atenernos al lema estándar, «Abajo la guerra colonial», pero al final añadimos una pintada inventada en el estímulo del mo mento. Lo hacemos por nosotros, por nuestra incapacidad, porque queremos ser parte del gran movimiento que está en marcha. Nos sentimos muy bien. La gente pasa y levanta el puño a modo de saludo. Pero también tenemos miedo. Estoy escribiendo una frase muy larga. A la mitad me entra el pánico y le grito a M: «¿Cómo se escribe *revolución* en portugués? Ella se ríe a carcajadas de auténtica alegría.

Miércoles 1 de mayo. Séptimo día.

Es el día de los trabajadores y Lisboa entera está aquí. Vemos camiones cargados de gente que viene de la periferia y las ciudades de alrededor. Obviamente los han tomado prestados para este día. En una referencia clara al régimen anterior, una pancarta dice: «Nadie nos ha pagado por manifestarnos». Estoy a punto de llorar. Otros son ya un mar de lágrimas. Andamos durante todo el día, perdiéndonos en diferentes partes de una muchedumbre de medio millón largo de personas. Por todas partes hay flores y claveles. Durante el recorrido, la gente se asoma a las ventanas para ofrecer agua a los manifestantes.

Nos dirigimos al nuevo estadio, rebautizado como «Estadio del Primero de Mayo». Dentro hay ya decenas de miles y fuera unos cuantos miles más intentando entrar. En el estrado, los políticos previsibles: Cunhal, Soares y líderes sindicales. Comienzan los discursos. Cuando habla Cunhal, parece que salieran de su boca hoces y martillos elevándose en el aire. Soares recibe una cálida bienvenida. Los discursos son deprimentes, reformistas y oportunistas. El debate de verdad está teniendo lugar fuera, en las calles. Los trabajadores se explican unos a otros qué significa, o qué podría significar, la autogestión.

Nos marchamos de camino a Rossio. El único medio de transporte es el metro y solo hay dos vagones por tren; a pesar de estar en 1973 algunas estaciones solo fueron construidas para esa longitud, así que nos enlatamos como sardinas portuguesas. Cuando llegamos a la plaza, la imagen desafía lo descriptible.

La banda de marineros está ahí, de alguna forma encajada entre las manifestaciones maoísta y trotskista. He aquí la llamada extrema izquierda. Pero la situación es exactamente la

misma por toda la ciudad. Simplemente no hay sitio, y hablo literalmente de espacio, para el sectarismo.

Trabajadores jóvenes bailan al ritmo de la música. Los coches de policía pasan de largo con manifestantes subidos encima. Pasa un autobús y el conductor hacer sonar el claxon al ritmo del resto de ruidos. No hay forma de decir dónde acabará ese vehículo que va en dirección contraria al destino que aparece en su rótulo. Las salidas de emergencia de los autobuses van abiertas y cuelgan banderas de cada ventana. Pasa también un grupo de jóvenes; «Los gringos de la samba», según su pancarta. La música latinoamericana que tocan es muy pegadiza y más gente comienza a bailar. Un grupo de estudiantes pasa gritando: «El pueblo armado, jamás será vencido». La gente ríe con la variante subversiva del eslogan oficial. Todo es confuso. La multitud se entusiasma con todo y con nada. Alguien grita: «Viva Spínola, viva el comunismo».

Nos vamos a casa de unos jóvenes cantantes que habían sido censurados y cuyos discos rara vez se oían en la radio. Todo el mundo está bebiendo, lo que resulta en una sesión de canciones que una hora más tarde vuelve a Rossio. Nos quedamos ahí, sentados en el suelo hasta las tres de la mañana viendo como la gente salta en la fuente de agua helada. Al final, exhausto, decido volver a casa.

Jamás olvidaré aquel Primero de Mayo. El ruido todavía sigue en mi cabeza: los pitidos de claxon, los gritos, las consignas, los cánticos, los bailes. Las puertas de la revolución parecían abiertas de nuevo después de cuarenta y ocho años de represión. En un solo día toda la perspectiva había cambiado. Ya nada era voluntad de Dios, al contrario, todo voluntad humana. La gente veía su miseria y sus problemas en un marco histórico. ¿Cómo se puede describir con palabras a seiscientas mil personas manifestándose

en una ciudad de un millón? ¿O cómo se puede contar el efecto de los claveles por todas partes? En las bocas de los rifles, en cada tanque, en cada oreja, igual en las manos de los soldados que en las de los manifestantes. Es el clímax de una semana de acontecimientos frenéticos y agitados. Los trabajadores han dejado una huella indeleble en la situación. Lo que se exige es el socialismo y son las masas de gente corriente las que han hecho esa demanda. Lo que empezó como un golpe militar está adquiriendo una nueva dimensión. La Junta todavía sigue en el poder, pero es la gente, sobre todo la clase trabajadora, la que está tocando la música.

Ha pasado una semana, y parece que hayan sido meses. Hemos vivido cada hora al máximo. Es difícil recordar cómo eran las cosas antes, qué se decía. ¿De verdad no había habido siempre una revolución?

II. El trasfondo

Los problemas del subdesarrollo capitalista

En el s. xv, Portugal empezó a sacar un gran partido de su fácil acceso a las rutas marítimas que unían el Atlántico y el Mediterráneo. Sus navegantes, igual que los españoles, descubrieron y conquistaron territorios lejanos, lo que, en menos de un siglo, los llevó a establecer un gran imperio colonial que se extendía desde el sureste asiático hasta Sudamérica, pasando por grandes regiones de África.

La naturaleza predominantemente feudal que regía la sociedad portuguesa influyó mucho en el papel al que se destinaron las nuevas posesiones. En ellas se implantó un sistema de explotación rudimentaria basado en el pillaje de los recursos naturales y la esclavización de las poblaciones nativas. También en el propio Portugal, y sobre todo en Lisboa, estos fueron los cimientos de una clase privilegiada cuyas riquezas dependían directamente del saqueo y los beneficios extraídos de las colonias.

La nueva burguesía mercantil nació sobre la base de ese comercio inicial de esclavos, especias y diamantes, contenta

de poder unirse a las clases terratenientes en la extracción de riqueza de los territorios de ultramar, de la forma más primitiva, sin comprometerse en ningún tipo de actividad productiva. Tanto la Corona como dichos terratenientes mantenían bajo su ala a los comerciantes, procurándose un porcentaje de los beneficios a través de los aranceles. Durante este período, el monopolio de la Corona portuguesa llegó a abarcar cuarenta veces más territorio que el de la Corona francesa durante el siglo siguiente, el de su expansión colonial.

Sin embargo, la situación en los Países Bajos, Francia y, especialmente, Reino Unido fue completamente diferente. Las burguesías emergentes estaban más que dispuestas a tomar parte en el saqueo del botín colonial, echando mano de paso a varias regiones del imperio portugués, pero involucrándose, al mismo tiempo, en actividades productivas en su tierra. A comienzos del siglo xviii habían establecido una sólida base para su comercio, tanto en sus respectivos países como en la esfera internacional.

Durante la Guerra Peninsular (1807–1814) las tropas napoleónicas barrieron España y Portugal y la burguesía portuguesa tuvo que pedir auxilio a Reino Unido. Las consecuencias de la guerra, así como la deuda con los ingleses, cuya ayuda demostró ser cara, debilitaron definitivamente la base del colonialismo portugués. En 1822 se independizó Brasil. Ante la falta de fondos con los que movilizar las fuerzas que necesitaba para «proteger» el resto de las colonias, Portugal tuvo que volver a encomendarse a Gran Bretaña para salvaguardar los restos del imperio en declive del apetito de sus codiciosos vecinos.

El nuevo escenario hizo que Portugal tuviera que someterse al capitalismo británico. Fueron los terratenientes feudales y los latifundistas, con el apoyo de la burguesía mercantil, quienes lle-

varon a cabo este acuerdo en nombre del país otorgando a los comerciantes ingleses libre acceso al mercado portugués. Esto desembocó posteriormente en la llamada «Alianza anglo-portuguesa», que los británicos utilizaron y quebrantaron a voluntad, y siempre para su propio beneficio. Con la promesa del auxilio, Gran Bretaña se coló por la puerta de atrás y logró posiciones favorables en las relaciones comerciales, además de los territorios de los que ya se había apoderado. Este acuerdo llevó a la ruina a sectores enteros de la pequeña burguesía portuguesa, para los que la acumulación de capital se hacía mucho más difícil a causa de su franca desventaja comercial. El descontento los llevó a participar en los grandes levantamientos liberales entre 1810 y 1836, liderados por grupos como «La Casa de los Veinticuatro», pero fue una lucha fútil, sin objetivos asequibles. El único resultado significativo fue el desmantelamiento y la redistribución de algunos grandes latifundios. Con ello se creó un estrato de pequeños terratenientes a los que unos pocos campesinos podían arrendar las tierras, pero la estructura fundamental apenas cambió y la industrialización siguió sin ser capaz de asentarse.

La consecuencia de todo esto fue el declive de Portugal y la continua impotencia de su industria. Su posición desfavorecida se vio agravada por la emergencia de la lucha anticolonial en Angola y Mozambique. La disminución del flujo del botín colonial hacía necesario algún tipo de industrialización y los pequeños negocios lograron cierto éxito con el tabaco, las conservas, el cristal, la industria textil, la agricultura y algunos bienes de consumo. Sin embargo, y a pesar de las oportunidades que le abrió la Primera Guerra Mundial, fue una industrialización limitada. En 1917 solo ciento treinta mil personas, de una población total de seis millones, trabajaban en la industria, y la mitad de las empresas empleaban a menos de cien trabajadores.

No obstante, este proletariado embrionario fue extremadamente radical. En 1917 y 1918 demostró ser una fuerza a tener en cuenta, pero la débil estructura del capitalismo portugués no permitía el más mínimo margen para concesiones económicas. El poder del Estado se hizo cada vez más represivo, llegando incluso a declarar el estado de sitio en 1918. En los últimos años de la República (1910-1926), el déficit en la balanza de pagos alcanzó proporciones enormes, provocando que las clases medias se alinearan de parte del rígido control estatal para acabar con la lucha de los trabajadores y permitir así un desarrollo capitalista sin interferencias. A pesar de todo, nunca se dio realmente un nivel sustancial de desarrollo industrial. Las luchas obreras y la incapacidad de los líderes republicanos para lidiar con una economía frágil y enferma llevaron a la intervención militar de 1926 y la consiguiente proclamación del «Estado Novo» por parte de Salazar.

Para un país subdesarrollado, la forma más adecuada de fascismo era precisamente el salazarismo, originalmente basado en la alianza entre el capital financiero colonial y el agrícola. La política del Estado Novo consistía en acabar con la lucha de clases en Portugal y con la oposición en las colonias. Para ello, el Estado mantenía el precio de los productos agrícolas bajo, a pesar de arruinar a los pequeños terratenientes, y al mismo tiempo sustituía las organizaciones sindicales por «sindicatos» oficiales. La burguesía industrial también tuvo que aplicarse el cuento y organizarse de forma corporativa. Se prohibieron todas las huelgas y las reuniones públicas. En definitiva, se prohibió cualquier tipo de oposición.

En Angola, Mozambique y Guinea-Bissau el fascismo significaba todo lo anterior, más el robo y el saqueo de los recursos naturales.

Esta lucha entre el capital industrial y el capital financiero también tuvo sus repercusiones políticas a medida que los capitalistas «progresistas» trataban de obtener cuotas de poder. El régimen salazarista podía acabar brutalmente con cualquier posibilidad de cambio político, pero no podía detener la presión del mercado internacional, ni contener la corriente económica. Las dificultades generadas por el estancamiento de la economía solo se podían «solucionar» aumentando el expolio en las colonias e incrementando la explotación de la fuerza de trabajo en casa. Sin embargo, el aumento del saqueo colonial, junto con el éxito de otras luchas de «liberación nacional» en África, condujo al levantamiento de revueltas armadas a principios de los sesenta.

La neutralidad de Portugal durante la Segunda Guerra Mundial había permitido que su economía disfrutara de un pequeño auge. Algunos productos, sobre todo frutas tropicales y café, se vendían a precios elevados a los países en guerra. Este auge permitió que florecieran algunas industrias nuevas, en su mayoría textiles. Por primera vez en la historia de Portugal, se desarrollaba una base económica para la alianza entre el capital financiero y el industrial. Una alianza que, sin embargo, fue inestable y apenas desafió la supremacía de los terratenientes coloniales y los latifundistas.

Cuando, a comienzos de los años cincuenta, el mercado de frutas tropicales tocó fondo, Portugal se vio desastrosamente afectado, a la par que su producción agrícola se desplomaba. En 1955 se lanzó el primero de los Planes de Desarrollo Quinquenales que introducían un cambio de énfasis y que hicieron que el sector industrial empezara a crecer lentamente.

Durante mucho tiempo, la burguesía productiva había sido incapaz de romper las restricciones que imponía ese tipo de eco-

nomía, pero en la lucha entre la clase burguesa industrial y la colonial, logró imponerse la primera y, en 1962, Portugal se unía a la Asociación Europea de Libre Comercio (AELC), por aquel entonces dominada por Gran Bretaña.

No obstante, seguía habiendo tres guerras que financiar en África y la burguesía colonial trataba desesperadamente de aferrarse a las riendas del poder, lo que hizo que todas las políticas se convirtieran en prerrogativa exclusiva de Acción Nacional Popular. En 1949, el general Norton de Matos había intentado presentarse a las elecciones presidenciales pero se retiró cuando vio que no era posible una competencia justa. En 1951, se excluyó al profesor Rui Luis Gomes de las elecciones porque aseguró que rechazaría prestar el juramento de lealtad obligatorio al Consejo de Estado. En cualquier caso, el sufragio era tan limitado que ninguno de estos candidatos habría tenido la más mínima oportunidad. Por si acaso, en 1959, se retiró la responsabilidad presidencial hacia el pueblo, como una forma más de salvaguardar el régimen. Mientras tanto, las actividades de la PIDE, extendidas tanto en Portugal como entre los migrantes portugueses en París, buscaban aterrorizar a todos los oponentes al régimen, incluidos los que mantenían ilusiones electorales.

Durante la década de los sesenta las exportaciones crecieron un 11,4% –un aumento mayor que el de la mayoría de países de la AELC– pero el coste de las importaciones del débil sector industrial provocó un déficit creciente en la balanza de pagos. Mientras que, con el comercio colonial, Portugal jugaba el doble papel de importador de materias primas y proveedor de productos manufacturados europeos, en el intercambio con Europa Occidental la relación era a la inversa. Es decir, el capitalismo occidental asumía perfectamente el saqueo de las colonias portuguesas.

La lógica de la guerra colonial era tan obvia como la lógica de la industrialización, la débil infraestructura portuguesa no permitiría ningún tipo de «neocolonialismo». La industria portuguesa no podía transformar por sí misma materias primas en productos manufacturados, y tampoco podía competir con otros que sí lo hacían, por lo que la guerra debía continuar. Para hacer frente al incremento en el coste en hombres y dinero, se aumentó el servicio militar obligatorio hasta los cuatro años. En 1968, la guerra costaba cerca del 44% del presupuesto. En 1971, el 49%. ¿Qué se vislumbraba al final de tanta lucha? Únicamente un déficit mayor en la balanza de pagos y muy poca industrialización.

Sin embargo, Estados Unidos y el resto de países europeos apoyaban económicamente estas políticas. Necesitaban materias primas de las colonias portuguesas que luego pudieran vender en el mercado mundial –Portugal y sus colonias incluidas, si se lo permitía su poder adquisitivo– como productos manufacturados. A finales de los sesenta descubrieron también una vieja utilidad para la fuerza de trabajo portuguesa. Frente al incremento de sus propios costes laborales, por el aumento de la resistencia de sus clases trabajadoras, encontraron en Portugal una rápida provisión de mano de obra barata. Francia ya lo sabía desde hacía tiempo y había permitido una inmigración masiva de trabajadores portugueses, lo que no evitó que tanta cantidad de fuerza de trabajo migrante ocasionara sus propios problemas. Siempre ha sido más barato mover las fábricas donde está la fuente de trabajo barato que mover a los trabajadores. Con el apoyo del gobierno portugués, los países capitalistas exportaron su maquinaria industrial y construyeron fábricas en el propio Portugal. Entre 1963 y 1969, la inversión extranjera se multiplicó un 300%. Solo en 1971 empezaron a operar en Portugal 392 empresas extranjeras, constituyendo el 20% del capital total

en el país. Y, sin embargo, a pesar de la industrialización, en 1970 todavía menos del 40% de la población trabajaba en la industria. Un tercio de la población seguían siendo jornaleros y muchos de ellos todavía trabajaban para los latifundistas. En 1967, el salario medio era de diecinueve escudos al día, la situación de la vivienda era horrible –unas ciento cincuenta mil personas vivían en asentamientos chabolistas concentrados alrededor de Lisboa– y los precios no paraban de aumentar a causa de las guerras coloniales y las dificultades monetarias de Portugal en el mercado internacional.

En 1969 el capital extranjero financiaba un tercio de toda la inversión privada portuguesa; Estados Unidos en primer lugar, seguido de Reino Unido. La mayoría de las industrias portuguesas requerían mucha mano de obra, pero la concentración de fuerza de trabajo no fue demasiado grande. Las gráficas de 1964 muestran que solo cuarenta y nueve empresas empleaban a más de mil trabajadores, incluyendo a algunas de las compañías y transnacionales más poderosas del mundo como Lisnave (empresa astillera) y Sacor (refinerías de petróleo), las dos participadas parcialmente por Suecia. Los monopolios como CUF, que poseía grandes regiones de Guinea-Bissau, tenían intereses mayoritarios en las industrias madereras, mineras y tabacaleras que, a la vez, estaban controladas por una combinación de capital franco-belga, estadounidense, alemán occidental y británico. El capitalismo portugués era débil y su única salida era la nacionalización de capital monopolístico, es decir, la concentración del capital nativo en manos del Estado. Aun así, este giro hacia «soluciones» capitalistas a través del Estado, que vivió un ímpetu tremendo tras el 25 de abril, no resolvía ninguno de los problemas de la clase trabajadora, por muchas mistificaciones que han tratado de crear algunas organizaciones de «izquierdas». Es más,

uno de los principales argumentos de este libro es que, le guste o no, la izquierda tradicional es, hoy en día, una de las principales comadronas del capitalismo de Estado en todo el mundo. Sus intervenciones, sean o no desde el gobierno, a menudo permiten al Estado recuperarse de las consecuencias de las luchas de la clase trabajadora, y a la economía avanzar cada vez más lejos por ese camino del Estado capitalista.

El movimiento obrero

El origen del movimiento obrero en Portugal puede situarse en 1850, con la creación de los primeros sindicatos y la publicación del periódico *O eco dos Operários*. Las luchas de la pequeña burguesía lideradas por «La Casa de los Veinticuatro» habían fracasado y la clase trabajadora emergente veía que las tiendas y bancos cooperativos de tipo proudhoniano y las demandas de distribución de tierras tenían poco que ver con ella. Entre 1855 y 1866 el grupo organizado alrededor del periódico *A Federação* había ido acercándose al sindicalismo, pero el movimiento no empezó a andar de verdad hasta 1871, cuando se creó una rama de la Primera Internacional.

La sección portuguesa de la Internacional fue esencialmente marxista. Al contrario de lo que ocurrió en España, los bakuninistas apenas encontraron apoyo y fueron panfletos del filósofo alemán los que se traducían y repartían en Oporto y Lisboa durante la década de 1880.

Hubo, sin embargo, otra tradición que se mostró más fuerte todavía: el republicanismo. El fracaso de las reformas liberales y la opresión constante sobre la pequeña burguesía condujeron a la

reivindicación de poner fin de la monarquía, implantar un régimen constitucional parlamentario y derogar los impuestos a la Corona. En 1876 se fundó el Partido Republicano, a semejanza de los grupos de Mazzini en Italia, y a finales de la década de 1880 brotaron por todo Portugal clubes «carbonarios». Estos grupos convocaban manifestaciones contra la dominación británica y su influencia en Mozambique. A medida que la agitación se extendía, los socialistas empezaron a participar en las campañas.

El 31 de enero de 1891 se produjo un intento de revolución que fracasó debido a la cohesión militar del régimen, pero también porque no fue apoyado por una gran parte de los trabajadores, que solo veían en esa lucha intereses pequeñoburgueses. La derrota de este movimiento generó una represión a gran escala que llevo a la prohibición de los clubes socialistas y republicanos. El reino de terror que se instaló durante la dictadura de Joao Franco no dejaba opción alguna a la organización política.

En cualquier caso, esto no evitó que creciera en la sociedad portuguesa una corriente subterránea de revuelta y agitación que se manifestó en el asesinato del rey Carlos I en febrero de 1908. Esta vez el republicanismo se implantaba en unas Fuerzas Armadas en las que los oficiales celebraban asambleas discutiendo abiertamente sobre la cuestión. Poco pudo hacer Franco, que había asumido el título de rey, para detener lo inevitable. El 5 de octubre de 1910 se produjo el estallido y las tropas revolucionarias marcharon sobre Lisboa dirigidas por los socialistas. Aunque obviamente era mucho más fácil para ellos operar bajo una estructura republicana que bajo una monárquica, no cabe duda de que las promesas republicanas engañaron por completo a los socialistas. Durante los siguientes dieciséis años la lucha continuó y los gobiernos se sucedían cada seis meses. Las calles de Lisboa eran el escenario de numerosas huelgas y manifesta-

ciones. En los años 1917 y 1918 hubo dos intentos de convocar una huelga general y, las dos veces, el gobierno tuvo que decretar el estado de sitio.

El gobierno republicano, esencialmente pequeñoburgués, nunca logró procurarse una base de masas que lo sostuviera. Su anticlericalismo lo alejaba del campesinado católico y el fracaso a la hora de satisfacer cualquier demanda de los trabajadores lo hacía impopular en las grandes áreas urbanas. La oposición campesina tuvo su expresión popular, aunque mística, en el «Milagro de Fátima» de 1917, en el que supuestamente la Virgen se apareció a tres niños campesinos. Por su parte, la animadversión del proletariado urbano se convirtió en una amenaza constante para varias administraciones, sumiendo al país en un continuo «desorden» hasta que, el 28 de mayo de 1926, se produjo el golpe de la reacción. Dos años más tarde, en abril de 1928, el doctor Salazar, de treinta y siete años y que durante bastante tiempo había sido académico de Ciencias Económicas y Financieras de la Universidad de Coimbra, fue nombrado ministro de Finanzas por el presidente Carmona. Sus propuestas de rígido control financiero de todo el aparato de gobierno fueron aceptadas y, en 1932, pasó a ser primer ministro. En 1933 declaró el Estado Novo, poniendo drásticamente fin al fuerte ciclo de luchas que los años anteriores habían tenido a las Fuerzas Armadas inquietas, protagonizando diferentes intentos de contragolpes y revoluciones palaciegas[3] desde el golpe de 1926, hasta que se promulgó oficialmente la Constitución Corporativa, en 1933. Y, no obstante, toda esta corriente subyacente de agitación no se limitaba a los militares; muchos civiles armados tomaron parte también en las revueltas. Cuando las huelgas fueron declaradas

3. Oporto, el 7 de febrero de 1927; Lisboa, el 20 de julio de 1928; Madeira, en abril de 1931; Lisboa, de nuevo, el 26 de agosto de 1931

ilegales tras la proclamación del Estado Novo, solo consiguieron que los movimientos huelguísticos masivos se volvieran movimientos de oposición al nuevo Estado. El clímax llegó en 1934, cuando la clase trabajadora llevó a cabo un intento de insurrección. Su derrota fue el brutal anticipo de la derrota de la revolución española en 1936.

En los cinco días que duró, el levantamiento de 1934 puso sobre la mesa muchos de los principales problemas del movimiento obrero. Se formaron espontáneamente dos liderazgos dominantes que luego fueron derrocados. Ninguno de los dos demostró ser adecuado para la lucha y se les forzó a integrarse en los movimientos proletarios autónomos producidos en la crisis: «los comités revolucionarios».

La huelga general del 18 de enero de 1934 tuvo un seguimiento masivo y una solidaridad total. El gobierno tuvo que declarar el estado de sitio y convocar a la GNR y a la PSP para que pusiera rápidamente fin a la insurrección, a pesar de la amplia resistencia armada. No obstante, en algunos sitios la lucha logró prolongarse un poco más. En Marinha Grande, al norte de Lisboa, los comités revolucionarios locales, compuestos tanto por miembros de CGT y el PCP como por militantes autónomos, hicieron un llamamiento a la acción directa. La población atacó los cuarteles de la Guardia Nacional y se hizo con las armas. Cortaron los cables de teléfono, bloquearon carreteras y declararon un soviet listo para resistir el asedio, el primero en Portugal. Las fuerzas salazaristas se encontraron con una tremenda oposición durante todo el camino a Marinha Grande. Sin embargo, tras dos días de fiera lucha, la ciudad fue ocupada y el levantamiento aplastado. La mayoría de los líderes fueron arrestados y deportados a Angola y Garrafal, en las islas de Cabo Verde, donde se habían instalado los infames «campos

de la lenta muerte». A pesar de los campos de concentración que se emplazaron por todo Portugal, y de que miles de huelguistas perdieron su trabajo, no cabe ninguna duda de que el levantamiento de enero de 1934 tuvo una gran influencia en la insurrección de los mineros asturianos de ese mismo año.

Durante la guerra civil española (1936-1937), Salazar envió cuarenta mil hombres a apoyar el levantamiento fascista. Las tripulaciones de tres de las naves que se enviaron en ayuda de Franco (la *Djo*, la *Alfonso de Albuquerque* y la *Bartolomieu Dias*) se amotinaron en el Tajo, pero fueron bombardeadas desde las baterías y se arrestó a los amotinados, poniendo fin a la oposición contra la colaboración fascista. En Portugal, la organización anarcosindicalista fue completamente aplastada y el PCP ilegalizado. Este había intentado trabajar de manera legal, pero todos aquellos líderes que aún no habían sido apresados fueron enviados al exilio. El PCP se fue recuperando gradualmente, fortaleciendo su organización en el extranjero y empezando una campaña clandestina para formar núcleos dentro de las fábricas, pero la derrota de los anarcosindicalistas demostró ser mucho más profunda. Entre tanto el aparato fascista se afianzaba. Cada ley que aprobaba el Estado representaba un ataque a la clase trabajadora y una consolidación del poder de la burguesía. No había ninguna acción posible fuera de la camisa de fuerza que representaban organizaciones como la Legión Portuguesa, Los camisas verdes (Mocedades Portuguesas) o los sindicatos oficiales. La clase trabajadora estaba políticamente sofocada y solo podía devolver el golpe en el trabajo.

En julio de 1937 se frustró un complot para asesinar a Salazar, como se frustraron tantas otras actividades de naturaleza política. Tras la derrota de la revolución española el mundo fue

arrojado a una guerra entre imperios en la que Portugal permaneció neutral.

Durante las dos décadas siguientes, muchos trabajadores apoyaron las maniobras de diferentes sectores de la burguesía para tratar de recuperar el control del aparato estatal de manos de los grupos explícitamente fascistas. El PCP estaba al frente del apoyo a estos movimientos, haciendo de su ideología «antifascista» un obstáculo para cualquier organización autónoma. En 1958, la campaña electoral de Humberto Delgado recibió amplio respaldo de la clase trabajadora, ya que muchos sentían que sería más fácil organizarse en un régimen más abierto. En 1964, con la creación del Frente Portugués de Liberación Nacional, el PS y el PCP se vieron en un «frente» de colaboración de clase con liberales como Delgado. En 1965, después de que Delgado fuera asesinado por la policía política, las esperanzas infundadas volvieron a verse frustradas, a pesar de que tras su «desaparición» se vio que contaba con cierto apoyo dentro del ejército. Un grupo de oficiales llamados Oposición Militar Independiente trató de organizar una revuelta, pero la policía conocía sus planes y la desabarató.

La oposición a Salazar ya bullía en las Fuerzas Armadas antes del inicio de la guerra colonial. El secuestro del crucero «Santa María» fue uno de los intentos más espectaculares de llamar la atención sobre el fascismo portugués y el español. El 22 de enero de 1961, un grupo de soldados, tanto retirados como en activo, tomaron el barco durante la travesía de Miami a Caracas. La prensa y la televisión internacionales se hicieron eco del incidente y Enrique Galvao explicó en una entrevista a un periódico francés la posición del Directorio Revolucionario Ibérico de Liberación (DRIL): «No queremos simplemente un cambio

de gobierno, queremos una revolución tanto en España como en Portugal». Después de doce días, el transatlántico tuvo que atracar en Brasil, y Galvao y los demás tuvieron que exiliarse.

Aun así, el ejército no fue el único que se enfrentó al régimen. En 1960, una huelga contra los despidos de los mineros del Alentejo acabó con ciento cincuenta trabajadores arrestados y muchos de ellos torturados por la PIDE. Siguió habiendo muchas más huelgas aunque no fueran legales; los trabajadores enfermaban todos a la vez el mismo día. Entre 1961 y 1963 se desarrolló en las universidades un movimiento considerable, llamado Movimiento Asociativo, que provocó una represión policial a gran escala.

A partir de 1968 las luchas se intensificaron. En 1969 se involucraron los trabajadores del transporte. No dejaron de trabajar, se limitaban a no pedir los billetes. Esta fue una acción tremendamente popular. Se pedían una jornada semanal de cuarenta horas y un «decimotercer mes» completo. A pesar del aparato represivo en las fábricas, el incremento del coste de vida obligaba a los trabajadores a defenderse y a exigir aumentos salariales. En 1969 los trabajadores textiles fueron a la huelga contra los despidos colectivos provocados por el traslado de parte de las operaciones a Angola, donde estaba asegurada una mayor tasa de beneficio. Se ocupó la planta de Abelheira y otras treinta o cuarenta fábricas textiles se declararon en simpatía. Tuvo que ser la Guardia Nacional la que desalojara a los trabajadores.

La industria electrónica fue también un importante campo de batalla entre 1972 y 1973. Electro-Arco se declaró en huelga en 1973 y se dieron acciones de solidaridad en todo el sector. También hubo huelgas en Robbialac, Cometna, Sorefame, Ima (Setúbal), Bis, Mondet, Eduardo Jorge, Sacor, Fabrica

dos Gallegos, Luso-Italiana, Sildex, J. Pimenta, Messa Regina, Standard Electrica, Transul, Lisnave, Sepsa, Soda Povoa, Timex, Parry & Son, CVF, Telemec, etc. En algunos casos los trabajadores lograron aumentos, pero en la mayoría fueron reprimidos. Sin embargo, habían demostrado que hubiera o no «derecho a luchar», tenían que pelear por sí mismos.

El legado general de la dictadura fue terrible tanto en Portugal, donde la tasa de crecimiento económico había caído por debajo de las colonias, como en las propias colonias, donde la mayoría de los recursos naturales habían sido saqueados y se mantenía a la gente en la ignorancia. La burguesía internacional permitió un nivel de subdesarrollo en Portugal que le llevó a liderar las estadísticas más negativas de la OCDE y a ser el peor en la mayoría de las positivas. De una población de nueve millones, más de un millón tuvo que emigrar.

La emergencia de los políticos

Lenin dijo que solo es posible la revolución cuando las clases dirigentes ya no dirigen y el pueblo no sigue por el viejo camino. No obstante, esta lista de precondiciones está incompleta. Si la revolución quiere ser algo más que un simple cambio de gobernantes, deberíamos añadir a la prescripción de Lenin que el pueblo debe tener alguna idea de con qué quiere reemplazar la vieja sociedad. Las clases dirigentes portuguesas habían demostrado su ineptitud y su debilidad, estaban desacreditadas y divididas, sus instituciones políticas y legislativas eran un caos y la gente quería claramente un cambio, pero no sabía qué cambio. El golpe del 25 de abril liberó fuerzas que serían difíciles de controlar y que aún estaban por definirse.

Los trabajadores han pasado a la ofensiva en todas partes y la burguesía, si no quiere perder protagonismo, debe «apoyar» las demandas populares y respaldar lo que ya se haya llevado a cabo. Sirva de ejemplo que todos los periódicos «apoyan» el Primero de Mayo y afirman estar de acuerdo con las reivindicaciones económicas de la clase trabajadora. Los que están inquietos son los pequeños capitalistas, ya que son los primeros que van a perder con esta ola de demandas. Las grandes empresas pueden soportar huelgas y congelar su capital durante más tiempo y no van a rendirse sin pelear. A corto plazo, incluso es posible que se beneficien de una situación que tiende a reforzar su dominio al eliminar a competidores.

Parece que el país se haya puesto patas arriba. Emerge por todas partes la energía que ha estado tanto tiempo aletargada. El *Diário de Lisboa* del 4 de mayo de 1974 recoge la noticia de una huelga en las minas del Alentejo, la primera en esta provincia, en la que alrededor de mil quinientos trabajadores piden cuatro mil escudos de salario mensual y ocho días de vacaciones al año.

El 8 de mayo se ponen en huelga los conductores de trenes a Cascais, un centro turístico costero a veinte kilómetros de Lisboa. Los trenes siguen yendo y viniendo, pero ni se venden ni se piden billetes. En la estación, un panel de noticias dice: «No tiene que pagar. Vaya donde le apetezca. Tenga un buen viaje y un buen día». Es una huelga tremendamente popular. En estos trenes hay vagones de primera y segunda clase, pero los trabajadores adultos siguen ocupando los de segunda. Son sus hijos los que se mudan a los de primera, convirtiéndolos en un teatro itinerante en el que simulan fumar enormes puros imaginarios mientras recorren arriba y abajo los pasillos.

El 16 de mayo de 1974 se proclama el Primer Gobierno Provisional. El reparto queda con el PCP, el PS y el PPD con dos asientos cada uno, CDE y SEDES con uno y siete ministros militares de color político desconocido. Como primer ministro se nombra a Palma Carlos, un abogado corporativo de muchas grandes empresas que, sin embargo, también defendió a Mário Soares en los sesenta.

El programa del Gobierno Provisional es el siguiente:

1. Imponer medidas para combatir la especulación y el fraude.
2. Reformar el sistema bancario.
3. Nacionalizar los bancos «nacionales».
4. Crear ayudas para las pequeñas y medianas empresas.
5. Reconocer que la solución a la guerra es política y no militar.
6. Continuar las relaciones de vecindad con España.
7. Intensificar las relaciones con los países del Mercado Común.
8. Establecer relaciones diplomáticas con todos los países.
9. Fijar un salario mínimo.

Se nombra ministro de Trabajo a Avelino Gonçalves, miembro de PCP –como lo serán todos los que ocupen este puesto durante los siguientes cuatro gobiernos–, y Raul Rego, director del *República*, queda a cargo del ministerio de Comunicación Social. Todavía es la Junta la que ejerce el poder real, pero no está claro si se trata de un cuerpo realmente homogéneo. El documento que más circula sigue siendo el programa del MFA, que se discute más incluso que el del propio gobierno.

A mediados de mayo la situación es verdaderamente extraordinaria. La gente debate de política en las fábricas, en las calles y en los cafés. Critican y después se involucran mediante la acción directa. Las organizaciones políticas y sus «líderes» tratan de seguir el ritmo, sacar conclusiones y «traducir las demandas populares en programas políticos». Se puede identificar perfectamente a los grupos por sus programas.

En primer lugar está la Junta, compuesta por dos organizaciones interrelacionadas aunque distintas. Por un lado, la Junta propiamente dicha, presidida por el general Spínola y formada por tres generales, un brigadier y dos capitanes, y por el otro, el «Movimiento de los Capitanes» con perspectivas más radicales. En conjunto, habían defendido públicamente el programa de las Fuerzas Armadas.

En segundo lugar, los comunistas y los socialistas. Juntos parecen haber conseguido capturar el sentimiento del país y, al menos en las ciudades, están bien organizados. Forman una minoría nada despreciable en el gobierno y dominan los sindicatos. Los comunistas son los más «cautos» de todos y la esencia de su mensaje es: «Salvad la economía nacional», «no hagáis huelgas», «no hagáis nada que pueda hacer que vuelva el fascismo que acabamos de derrocar». Es increíble cómo un partido puede retratarse a sí mismo completamente en el transcurso de unas pocas semanas. Por todas partes se cita el caso de Chile para justificar su «prudencia». Nadie les rebate que fue, precisamente, la incapacidad de Allende de ir más allá de la democracia burguesa lo que llevó a su caída. No se conoce la fuerza de la reacción, pero tampoco la de las fuerzas revolucionarias. Aún hay que poner todo a prueba. Mientras tanto, se ha formado una confederación de diferentes sindicatos, llamada Intersindical, en la que la principal influencia es el PCP.

La tercera rama, débil pero sin duda todavía presente, la forman los partidos capitalistas. El PPD aún conserva cierta credibilidad, agrupado en torno a Francisco Sá Carneiro, ministro sin cartera. Lo apoyan sobre todo los empresarios y la pequeña burguesía, que ve en la restauración de la «democracia» el pasaporte para el Mercado Común. Defienden que debe darse a las empresas privadas la «libertad» y el «impulso» necesario para ayudarlas a superar sus dificultades económicas. Entre los partidos abiertamente capitalistas se encuentran los liberales, los monárquicos, el Partido Laborista y el ala socialista de la CDE

El cuarto grupo, la «extrema izquierda», estaba tan poco preparada para la nueva situación como los capitalistas. Entre maoístas, PRP-BR, MES, LUAR y trotskistas aparecen candidatos al liderazgo por todas partes, y donde antes había un solo partido político, ahora hay demasiados. Los grupos que ya eran conocidos empiezan a organizarse, y los que hasta ahora eran clandestinos comienzan a salir a la superficie. Nadie sabe cuántos grupos o partidos políticos hay, cual es su fuerza, ni si son verdaderamente importantes, o podrían llegar a serlo. Todos sacan panfletos con títulos impresionantes reivindicando para sí el dudoso monopolio tanto de la dialéctica como de la comprensión. Por el momento se les escucha a todos.

Los maoístas fueron los únicos que no sucumbieron a la euforia general del 25 de abril. El MRPP sacó inmediatamente un manifiesto criticando a la Junta por ser un grupo reformista burgués que operaba directa o indirectamente en función del interés del capital. En un artículo de su periódico *O tempo e o modo* analizaron la situación bajo el titular: «*As pétalas para a burguesia, os espinhos para o povo*» (Pétalos para la burguesía, espinas para el pueblo).

El MRPP se fundó en 1970 como oposición al «revisionismo» y el dogmatismo del Partido Comunista. En diciembre de ese año iniciaron la publicación del periódico *Bandeira Vermelha* (Bandera Roja), con el que buscaban analizar el movimiento obrero en Portugal. En 1971 pasaron a publicar también *Luta Popular* (Lucha Popular) como forma de apoyo a las diferentes manifestaciones contra la guerra en las colonias. Ese mismo año, algunos de sus miembros se involucraron en las huelgas de las fábricas del área de Lisboa y Ribatejo, al norte de Lisboa, para tratar de «inyectar en ellas la ideología de la lucha contra la guerra colonial». En mayo de 1972, uno de sus líderes, Roberto Santos, fue asesinado de un disparo en una manifestación. Su funeral, y esto lo recuerdo claramente, se convirtió en una cacería policial de revolucionarios. Durante 1973, y hasta el golpe, habían estado convocando constantemente manifestaciones contra la guerra y muchos de sus líderes habían sido apresados.

Aun así, el PRP fue mucho más importante a la hora de moldear la ideología de la izquierda radical. Junto con las Brigadas Revolucionarias, con quien habían unido fuerzas, habían sido responsables de muchos atentados en 1973, entre ellos el dramático ataque contra el ministro de Comunicación Social. Igualmente, estuvieron involucrados en el incendio de un barco de transporte de tropas destinado a partir hacia las colonias. También ellos distribuyeron un manifiesto inmediatamente después del 24 de abril, pero aunque el mensaje era similar, la retórica y las consignas eran muy diferentes de los maoístas. Afirmaban que el golpe era burgués, que había sido provocado por la crisis de las colonias, la inflación y la arremetida de los trabajadores, y que era la «burguesía liberal» la que estaba tomando las riendas de manos de los fascistas para modernizar y reformar las viejas estructuras capitalistas.

No obstante, el grupo más famoso de extrema izquierda era, sin duda, LUAR, al que ya nos hemos referido. Palma Ignacio, su líder, había sido arrestado el octubre anterior cuando volvió a Portugal para tratar de liberar a algunos presos políticos.

El problema de los grupos «revolucionarios» es su aislamiento. Los trabajadores pueden oírlos, pero no pueden verlos. Leen y discuten sus opiniones, pero solo como ideología, sin que tengan un significado concreto. Los «revolucionarios» siguen siento extraños que dan consejos desde la banda, mientras el PCP toma rápidamente control del aparato industrial a través de sus sindicatos. Un viernes por la noche, cuando todo el mundo ha salido del trabajo y se ha bebido más de un litro de lo que sea, es fácil ser revolucionario. Desde luego, más fácil que el lunes por la mañana con una semana de trabajo por delante y facturas que pagar. También los trabajadores revolucionarios están aislados y son dominados fácilmente por los grupos políticos.

Lo que antes era inimaginable, ahora empieza a aparecer en la puerta de casa: las mujeres organizan una manifestación en frente del cuartel general de la Junta. *A Capital* informa de sus reivindicaciones: «*Después del 25 de abril, se ha asignado algunos antiguos edificios fascistas a grupos políticos. Dado que las mujeres constituimos el 52% de la población, habría que pensar que nuestros grupos también tienen que recibir un espacio. Somos las principales víctimas de la ideología fascista, que busca relegarnos a las arduas tareas tradicionales de las mujeres, completamente alienadas del resto de la sociedad. Sabemos perfectamente que la despolitización de las mujeres y su tendencia a votar a la derecha está directamente relacionada con la absoluta ausencia de movimientos y organizaciones que defiendan sus propios intereses. A pesar de lo anterior, la Junta no considera que el Movimiento de las Mujeres merezca atención. ¿Por qué? ¿Se trata, una vez más, de otra discriminación?*».

El 28 de mayo aparece en el *Diário de Lisboa* un manifiesto de las prostitutas lisboetas, que normalmente se concentran especialmente en el área del puerto. Tras señalar que «se ven obligadas a ejercer de forma ilegal la que ha sido la profesión más antigua del mundo», y que por mucho que sus vidas parezcan «fáciles» no lo son en absoluto, el manifiesto continúa reivindicando la creación de un sindicato donde «puedan discutir sobre los problemas de su clase, libres de presiones puritanas». Sus principales preocupaciones consistían en la explotación de los proxenetas, la necesidad de proteger a las menores, la determinación de una tarifa general, el intento de promocionar una «acera libre» para el «desarrollo del turismo» y la oposición a «las escandalosas actividades de sus colegas conservadoras que solo ejercen en caros clubes nocturnos». Como muestra de su apoyo al MFA, todos los soldados por debajo del rango de teniente tendrían un cincuenta por ciento de descuento durante un año.

Tres semanas antes, el mismo *Diário de Lisboa* publicaba también un manifiesto del «Movimiento de Revolucionarios Homosexuales» en el que pedía el fin de la discriminación a la que se habían visto sometidos durante el viejo régimen con redadas permanentes en sus bares y clubes. Este tipo de manifiestos fue lo que llevó al general Galvao de Melo, miembro de la Junta, a lamentar la «degradación del 25 de abril», afirmando que «su gloriosa revolución se estaba convirtiendo en un movimiento de putas y homosexuales».

El 25 de mayo, el gobierno decretó un salario mínimo de tres mil trescientos escudos –la demanda de los trabajadores había sido de seis mil– y la congelación de todos los sueldos por encima de siete mil quinientos escudos –lo que creo que afectó al 25% de los salarios. El MES publicó un manifiesto contra esa congelación cuyo título era «*El gobierno prepara otra medida*

impopular». Sin embargo, a pesar de no ser popular, la medida se aceptó con el corazón dividido. Exactamente igual que la decisión de permitir que el expresidente y el exprimer ministro se largaran a Brasil.

La noche del decreto dos de los auditorios más grandes de Lisboa son testigos de las mayores asambleas que hubieran tenido lugar hasta el momento. La más numerosa es la del PCP, en el Pabellón de Deportes, en la que se reunieron aproximadamente diez mil personas para escuchar discursos que convocaban a la unidad, la colaboración con el gobierno provisional y a la organización de la clase trabajadora a través de sindicatos. Los principales temas que se trataron fueron el peligro de un contraataque fascista y la necesidad de mantener la calma y ser pacientes. Jaime Serra le pide a la audiencia «consolidar las victorias obtenidas en la revolución, facilitar una verdadera democratización del país y fortalecer la alianza con las Fuerzas Armadas. Otro miembro del partido pregunta cómo perjudicarían a la economía nacional, causando el caos, demandas que no tengan en cuenta lo que permite el producto interior bruto, la caída de la producción provocada por una reducción de las horas de trabajo o el abuso de ciertas formas de lucha como la huelga. Ningún representante de la patronal podría haberlo explicado mejor. La asamblea terminó cantando la Internacional. Por otro lado, la reunión del MES juntó a dos mil personas en un auditorio que normalmente se utilizaba a modo de circo. En esta, los temas principales fueron la unidad revolucionaria y el apoyo a las manifestaciones contra la guerra colonial previstas para la semana siguiente

El caso Peralta

El capitán Peralta fue un cubano que el viejo régimen capturó en Guinea-Bissau, acusado de ayudar a los «terroristas» locales. En un primer momento, se le trasladó a Lisboa, se le juzgó y se le condenó a dos años de cárcel. No obstante, más tarde fue «rejuzgado» y sentenciado a diez años. El día que Caxias fue liberada, se encontraba en el Hospital Militar. Según parece, al principio se había considerado a Peralta prisionero de guerra y se le iba a intercambiar por portugueses capturados en Guinea, pero después la historia se filtró y se supo que el viejo régimen planeaba intercambiarle por un agente de la CIA sentenciado en Cuba a treinta años de cárcel por espionaje. Un acuerdo alcanzado por el régimen de Castro y los fascistas portugueses por mediación de la diplomacia vaticana. A cambio, Estados Unidos facilitaría ayuda militar a los portugueses como forma de devolver el favor. Tras el golpe, el MFA heredó el asunto negando que Peralta fuera a ser intercambiado por un agente de la CIA. Aun así, se negaron a explicar por qué ese prisionero político no había sido liberado con los demás.

El 25 de mayo, el MES convocó una manifestación a las puertas del hospital pidiendo su liberación inmediata. Dos mil jóvenes manifestantes se sentaron en las escaleras de la iglesia que había en frente y mantuvieron una vigilia de veinte horas, bloqueando el tráfico y cantando canciones anticoloniales. Un oficial de policía les comunicó que Peralta ya no se encontraba en el hospital y que estaban molestando a los otros pacientes, por lo que les solicitaba que se marcharan. En ese momento apareció el ejército, junto con la GNR y los antidisturbios de la PSP, y volvió a comunicar la orden de dispersarse. El PRP y los grupos trotskistas decidieron que sería un error táctico enfren-

tarse a la policía y se marcharon. Los maoístas, sin embargo, se mantuvieron firmes y se enfrentaron a los cañones de agua y al gas lacrimógeno que utilizaron contra ellos.

Radio Renascença, que había sido tomada la semana anterior por sus trabajadores, recibió orden de dejar de emitir la cobertura en directo de la manifestación. Para asegurarse de que la cumplían, el ejército ocupó el estudio.

Nunca se aclaró el misterio de Peralta, pero la lección extraída de este episodio fue que los grupos revolucionarios serían atacados si así se ordenaba. Era la primera manifestación que la policía disolvía por la fuerza desde el 25 de abril.

Hay varios motivos que explican por qué las autoridades se permitieron disolver justo esta manifestación. El primero de todos es que los manifestantes eran estudiantes, no trabajadores. Si hubieran sido trabajadores dudo que en el clima de aquel momento las Fuerzas Armadas hubieran atacado. Aún se las aclamaba como «libertadores de la clase trabajadora» y esa era una imagen que todavía les era útil. La otra lección aprendida fue el escaso apoyo que tenían los grupos de izquierda radical, y lo pequeña que era realmente su base.

El PCP se abstuvo de hacer comentarios al respecto. Ni condenó la decisión, ni la apoyó. Al fin y al cabo, también se trataba de una victoria para ellos, puesto que consolidaba su imagen de líderes responsables de los trabajadores con los pies en la tierra, concentrados en los «problemas reales a los que se enfrentaba el país». En cualquier caso, el silencio no duró mucho. La semana siguiente la Intersindical organizó un gran encuentro «contra los enemigos de los trabajadores», en el que, sin duda, se incluía a los «pseudos-revolucionarios de extrema izquierda» que se habían manifestado por la liberación de Peralta.

III. Los tres primeros meses

Evaluando las cosas

El lenguaje empieza a ser ambiguo en todas partes. La Junta anunciaba el Primero de Mayo que «la nación apoyaba a los trabajadores», ahora proclama que «los trabajadores están apoyando la liberación de la nación». Alrededor del semanario *Expresso*, un grupo de clase media está organizando un Partido Liberal, de centro izquierda lo llaman. Mário Soares, comportándose ya como ministro de Exteriores, se encuentra en Londres discutiendo asuntos con Wilson. Los periódicos son horrendos, el *República* titula: «La gente ya no tiene miedo». Es un sinsentido. Excepto los políticos, nada ha cambiado. Quienes temen quedarse sin dinero o sin comida siguen teniendo el mismo miedo.

En París, las oficinas del consulado portugués fueron asaltadas y se repartieron pasaportes a objetores, desertores y muchos trabajadores emigrados. El gobierno ha garantizado una amnistía parcial: aquellos que regresen deben registrarse. En todos los bares se discute y se debate acaloradamente, desde luego el fútbol no se ha olvidado, y hay una mezcla absoluta de sentimientos; fuerza tremenda y esperanza, pero también conciencia de la crisis. Por el momento, no hay nada claro.

Quizá lo más bello sea esa sensación de confianza que crece cada día. El deseo de que la clase trabajadora tenga éxito se extiende por todo el mundo, y la gente discute sobre la situación en Francia, en Inglaterra, en Argentina o en Brasil como si hubieran sido politólogos toda la vida. Mi vecina está irreconocible. Se pregunta extasiada si los trabajadores pueden ganar. «No entiendo mucho de política», dice. Después de meses de silencio, miedo y respetabilidad forzada, su alegría y su entusiasmo son increíblemente refrescantes.

Se ponen de moda los cambios de nombre: El estadio Tomás pasa a ser el Libertad, el puente Salazar ahora es el puente del 25 de Abril, o el puente Rojo. Aunque cueste creerlo, el valor del escudo ha subido en el mercado mundial y Agostinho Neto, líder del Movimiento Popular de Liberación de Angola, ha enviado una declaración al pueblo portugués.

El 6 de mayo, los pescadores de Matosinhos se niegan a salir a faenar para su compañía. El conflicto dura cuatro días. En el complejo turístico de Troia, el 9 de mayo, cerca de cuatro mil trabajadores dejan de trabajar. En Timex, una fábrica de relojes cerca de Lisboa, sus mil ochocientos trabajadores ocupan la planta pidiendo un aumento de salario y la expulsión de seis *pides*. El 13 de mayo, mil seiscientos mineros de Panasqueira, entre ellos cuatrocientos caboverdianos, se niegan a entrar en la mina reclamando un salario mínimo de seis mil escudos.

En Oporto se dan manifestaciones en los distritos más pobres de la ciudad reclamando una vivienda digna. Los trabajadores de Firestone en Lisboa, Alcochete, Oporto y Coimbra toman sus fábricas exigiendo la expulsión de los gerentes extranjeros. El 15 de mayo, ocho mil cuatrocientos trabajadores de Lisnave convocan un paro y ocupan las instalaciones. Mien-

tras, en la North, cerca de quinientos mineros en Borralha se unen a sus compañeros. Al mismo tiempo que se forma de Primer Gobierno Provisional, el 16 de mayo, los trabajadores de la cafetería Universidad se unen al movimiento. Igual que los trabajadores textiles de Covilha, Mira d'Aire y Castanheira de Pera. En Lisboa hay muchos trabajadores también en huelga, desde Sacor (refinerías de petróleo) hasta Messa (fabricantes de máquinas de escribir).

Mientras los periódicos de izquierdas tratan de organizarse, o reorganizarse, los pescadores de Nazaré y los trabajadores de la farmacéutica Bayer también se declaran en huelga. El 21 de mayo, alrededor de veinte mil trabajadores del metal marchan por Lisboa reclamando salarios más altos. El primer número de *Luta Popular* recogió una gran variedad de conflictos, incluyendo la huelga de los taxistas lisboetas. El mismo día se sumaron también los trabajadores de Soponata, empresa semipública de transporte de petróleo. Los seiscientos trabajadores de tierra ocupaban las oficinas mientras los mil cuatrocientos marineros en alta mar transmitían por radio su apoyo.

El 27 de mayo, cinco mil trabajadores de Carris (transporte) se niegan a sacar los autobuses. Mientras, los sindicatos no hacen más que señalar el ejemplo de Chile, comparando el conflicto de Carris con el paro patronal del transporte allí, como intento para desactivar el movimiento. Pero sus esfuerzos solo tienen éxito a medias, ya que todas las demandas acumuladas de los trabajadores hacen añicos los límites previos.

Spínola se dirige a cientos de miles de personas en Oporto. Es la primera vez que viaja al norte: «*El 25 liberó al pueblo. Debemos preservar esa libertad […] Ahora que hemos pasado el primer mes de entusiasmo y euforia, debemos empezar a pensar con madurez*

en el futuro. Tenemos que defender nuestra libertad de las fuerzas reaccionarias, de las fuerzas que querrían reducir esta libertad. No es a través de la anarquía, del caos económico, del desorden o del desempleo como vamos a construir el futuro Portugal. Esa es la manera de los reaccionarios, de los contrarrevolucionarios. Las Fuerzas Armadas y el pueblo deben unirse contra esta senda de destrucción».

El poder está en manos de las Fuerzas Armadas, y particularmente de la Junta. ¿Qué influencia tiene el Movimiento de los Capitanes? Nadie lo sabe. Los oficiales han sido enviados a distintas partes del país a «organizar y consolidar», pero ¿consolidar qué? ¿La democracia burguesa? ¿El poder bonapartista? ¿El giro hacia un capitalismo de Estado? Nadie está muy seguro, pero pocos se preguntan este tipo de cosas. Lo único cierto es que el ejército es un ejército burgués, tanto en términos de la sociedad de clases que defiende como de sus propias estructuras jerárquicas.

El gobierno de Palma Carlos, que algunos periodistas describen más «como un nido de avispas que como un gobierno en condiciones», trata de administrar el país y toma decisiones en materia de finanzas, salarios mínimos y cuestiones de «interés nacional», pero debe consultarlo todo con Spínola, él es quien tiene la última palabra.

Tras el 25 de abril, parece ser la izquierda la que domina la situación en todas partes: en la dirección de las instituciones establecidas, en muchos de los periódicos, en la televisión, etc. Se están organizando masivamente en el escenario industrial y tienen buenos motivos para que su optimismo esté por las nubes. Las luchas económicas, las victorias, el tamaño de las manifestaciones, la crítica universal del capitalismo… todo contribuye a subirles las moral. Pero sería erróneo pensar que sus comunicados, sus debates y sus manifestaciones reflejan la suma total de los miedos y las esperanzas a que se enfrentaban los trabajadores esos días.

Apenas hay sitio para más pintadas. Nadie, ni siquiera el más ciego de los turistas, puede no verlas. Cubren cada muro, cada monumento, cada edifico público, cada esquina por la que pasa la gente, e incluso otros sitios donde es difícil que las descubra un extraño perdido. El PCP tiene absolutamente todo cubierto de carteles. Los periódicos respetan las declaraciones izquierdistas y les dan cobertura total. Los comunicados del MES, LUAR, el PS, el PCP e incluso los anarquistas –que son pocos, casi todos españoles y con unos 65 años de media– son publicados con titulares a toda página en las ediciones vespertinas. El *Diário de Noticias* es el único que parece quedarse un poco rezagado en este sentido, pero pronto es ocupado por sus tipógrafos por «no estar trabajando de acuerdo al espíritu del 25 de abril». De la noche a la mañana convierten un periódico de derechas en uno más liberal. Cualquier pequeño grupo de intelectuales de izquierdas tenía virtualmente asegurada la publicación de lo que fuera. Un grupo llamado Movimiento por la Autogestión Revolucionaria del Proletariado (MARP) tenía garantizadas columnas enteras para sus artículos y manifiestos. A los comunistas y socialistas se les daban páginas y páginas.

Lo único que no cambia es la escena económica. Sigue dominada por las grandes familias y, en este caso, no están dispuestas a ninguna «liberalización» que ponga sus privilegios en riesgo.

Aunque los periódicos se concentren en temas políticos y coloniales, se cuelta algo de debate sobre la estructura económica de Portugal. Empieza a dibujarse una determinada imagen del capitalismo portugués. En 1973, de las cuarenta y dos mil empresas que operan en Portugal, el 36% emplea a menos de diez trabajadores, lo que prueba lo poco que había avanzado la industrialización. La mitad de todo el capital del país está en

manos del 0,5% de las empresas, demostrando también el grado de concentración en la parte de arriba de la pirámide. Toda la economía portuguesa está dominada por ciento cincuenta empresas, la mayoría de capital extranjero, y si analizamos las veinte empresas principales, nos encontramos siempre con los mismos nombres: Guedes de Sousa, de Melo, Pinto Bastos, Mendes Almeida, Figueiredo, de Brito. No había ninguna duda sobre las simpatías políticas de estas familias. La mayoría de los gerentes previos al 25 de abril seguían teniendo el control, por mucho que su poder se viera cada vez más amenazado por los comités.

Se establecieron lazos diplomáticos y económicos con alguno de los países del llamado capitalismo de Estado. Como dijo un periódico, Soares «estaba hasta el cuello de diplomacia» con los países del Bloque del Este. Se permitió a Polonia participar en la Feria Industrial Internacional de Lisboa, siendo la primera vez que se permitía a un país del otro lado del Telón de Acero promocionar sus productos en Portugal. También acudió a Lisboa una delegación rusa de «empresarios».

El programa del MFA decía «relaciones diplomáticas con todos los países». No obstante, dado que eso también incluía a España, Chile y Grecia, pronto se presionó al gobierno para que aclarara la situación. El PS y el partido trotskista LCI convocaron una manifestación en la embajada chilena donde izaron, de forma irónica, una bandera con una esvástica.

El Gobierno Provisional no era estrictamente un Frente Popular, dado que había sido elegido desde arriba por la Junta en un intento de «representar» diferentes clases y grupos sociales. Tanto el PS como el PCP andaban por la cuerda floja en ese gobierno. A medida que la derecha empezó a bloquear decretos y a defender sus propios intereses, socialistas y comunistas comenzaban a estar menos convencidos de la coalición.

Cada fábrica de cierto tamaño está siendo reorganizada. Los trabajadores hacen peticiones que en la mayoría de casos incluyen un salario mínimo y un *saneamento* –una purga– de los gerentes anteriores. Ningún grupo les ha dicho que debían tomar el control, han sido ellos mismos quienes han tomado esa decisión. Para muchos asuntos públicos se crean comités y, en ocasiones, son los propios trabajadores los que gestionan totalmente la empresa. En el sector privado las cosas son un poco diferentes.

Será en el capítulo 5 cuando veamos el crecimiento de estos comités, su composición, sus funciones, sus relaciones con los sindicatos y algunas dificultades prácticas con las que se encontraron. Antes me gustaría simplemente describir algunos de los conflictos que arruinaron la «luna de miel» del nuevo régimen. En ellos se ve claramente que no hay discurso sobre la unidad del MFA con el pueblo, la llamada *Alianza MFA-POVO*, que pueda unir las realidades de la lucha de clases.

Timex, Sogantal, Mabor, CTT

La historia de Timex fue muy reveladora. Este es el resumen de lo que ocurrió: Los trabajadores habían presentado una lista de peticiones que fue rechazada de plano, por lo que decidieron ocupar la planta y continuaron fabricando relojes y vendiéndolos por sí mismos. A partir de ese momento, y durante un mes, la fábrica funcionó sin gestores. Durante las fracasadas negociaciones con los representantes del capital americano hubo también representantes de las Fuerzas Armadas, y los trabajadores añadieron el pago de los días de huelga a la lista de demandas. El comité de huelga escribió una «Proclama a la nación» que fue publicada

en todos los diarios. Establecieron contactos con otras fábricas y obtuvieron el apoyo económico que solicitaron. Incluso el Sindicato de Joyeros aportó a la causa. Hubo un pequeño grupo que puso en marcha un «Comité de apoyo a la lucha en Timex», pero los trabajadores no se alineaban con ningún partido político y rechazaron una y otra vez los intentos de los maoístas de hacerse con su lucha. La proclama publicada decía así:

«1. *Los trabajadores de Timex llevan en huelga desde el 3 de junio, como parte de una lucha que empezó en noviembre de 1973, se desarrolló en febrero y alcanzó proporciones masivas a principios de mayo. Esta fábrica de Timex es parte de un sistema de explotación y dominación enorme y brutal que el capital imperialista americano ejecuta en muchas partes del mundo. No se andan con melindres sobre los métodos a utilizar para lograr sus objetivos, que no son otros que la extracción del máximo beneficio y el máximo trabajo de la clase trabajadora, a través de mecanismos inhumanos de explotación. No les preocupan las relaciones humanas, ni las condiciones de trabajo, ni las necesidades económicas, solo les preocupa una cosa: el beneficio. Contra estas condiciones es contra lo que nos levantamos. En concreto, estamos pidiendo una jornada semanal de cuarenta horas y no de cuarenta y cinco. La mayoría de nuestros trabajadores tienen entre quince y diecinueve años y trabajan nueve horas al día sentados en sillas de madera, utilizando cristales de aumento y microscopios, a menudo mal ajustados, bajo una luz fluorescente y un aire acondicionado seco, y sometidos a una tensión constante que puede provocar desmayos y colapsos nerviosos. La carga de trabajo nunca es constante y se aumenta frecuentemente de forma arbitraria, lo que termina por agotar a estos jóvenes trabajadores. Después de cinco años, su salud suele quedar hecha pedazos, con el agravante de acortar sus vidas laborales. Cuando ya no pueden seguir cumpliendo con la*

productividad, son despedidos junto con toda la carga de desgaste y lesiones que arrastran y que les hará muy difícil volver a encontrar un empleo. Pedimos que se eliminen los bonus, que no es otra cosa que un sistema que siempre aumenta la velocidad del trabajo para beneficio del patrón y mayor explotación de los trabajadores. Además, abolir el sistema de bonus es evitar la división entre los trabajadores. Queremos tener voz en la gestión del departamento de personal para controlar las actividades de gestión, para preservar unas condiciones de trabajo más humanas y para evitar un retroceso a la situación previa. Pedimos también un salario justo. Hasta el momento, la dirección no ha respondido a nuestras demandas con ninguna oferta razonable, limitándose a intrigar para dividirnos y bloquear el progreso de las negociaciones. Este es el motivo por el que estamos llevando a cabo una huelga total hasta que se cumplan nuestras peticiones.

2. *El país se enfrenta a un periodo de amargas luchas entre explotadores y explotados. La burguesía sigue dominando al pueblo, tratando de engañarlo y maniobrando contra él. El capital todavía cree que posee y dirige nuestros destinos y debemos luchar contra eso. Desde que la sociedad se dividió en clases, siempre ha habido lucha entre ellas. Las clases dominantes lo tienen todo: capital, escuelas, fábricas, prensa. Y la gente no tiene nada excepto su fuerza de trabajo, y es contra eso contra lo que se lucha. Hay que llevar la lucha de clases hasta su conclusión final, que no es otra que la conquista de la libertad real, solamente posible cuando no haya explotadores y explotados.*

3. *La clase trabajadora es la única que puede poner fin a esta lucha. No tenemos nada que perder, excepto nuestras cadenas, y la libertad solo puede ser instaurada por una clase que, junto con todos los explotados, derroque a la burguesía y construya una verdadera democracia.*

4. *Solicitamos el apoyo de toda la clase trabajadora, de la gente del campo y de todos aquellos que sean verdaderamente progresistas. Compañeros, en Timex y en otros lugares, ahora mismo está dándose un paso más en el avance de los explotados de nuestro país. Pedimos que prestéis atención a esta situación y aportéis el salario de un día para los trabajadores en huelga. Así, demostraremos que sabemos qué significa la solidaridad y cómo defender la lucha justa de los explotados con hechos, no con palabras. Se creará un comité que coordine la campaña formado por miembros del comité de empresa, con sede en Timex, y apoyado por el Sindicato de Joyeros, Relojeros y Afines. Se expedirán hojas oficiales de colecta. Para lidiar con las dificultades del momento, llevarán el sello blanco del Sindicato de Joyeros. Se pueden obtener directamente en nuestra fábrica o en la sede del sindicato (Travessa da Gloria, 18. Lisboa) entre las 9:00 y las 18:00. Nota: Esta campaña no es solo para apoyar a los trabajadores de Timex, aunque esté organizada por ellos, sino para todos los trabajadores que se encuentren una situación similar*». Trabajadores de Timex, 27 de mayo de 1974.

El caso de Sogantal fue completamente distinto. Se trata de una empresa que fabrica guantes y otros textiles, cuyas instalaciones de Montijo, de propiedad francesa, fueron ocupadas por sus cuarenta y ocho trabajadores pidiendo un aumento de sueldos, menos horas de trabajo y vacaciones pagadas. La dirección se negó, e incluso rechazó pagar el tiempo que se había perdido durante la huelga. La respuesta de los trabajadores fue seguir trabajando y vender ellos mismos la ropa. Para ello, eligieron un comité formado por cinco trabajadores que acudiera a informarse al Sindicato de Costureros. Un trabajador describe así la huelga:

«*En la oficina había un director francés y Don Guilherme, que es portugués pero eso no significa que estuviera con nosotros. Al revés,*

estaba de parte de los patrones. La fábrica declaró a los periódicos que había obtenido un beneficio de cuatrocientos mil escudos. En realidad, se trataba de varias veces esa cantidad, porque siempre mantenían esa doble contabilidad de la que nadie sabía nada. En la fábrica había un stock muy grande. Si pudiéramos vender una parte, se pagarían fácilmente todas las deudas, pero el capital francés amenazaba con irse de Portugal, y eso significaría cerrar la fábrica. No era lo que nosotros queríamos. Nos sentíamos perfectamente capaces de llevar la fábrica solos. No necesitábamos a la dirección. Lo único que necesitábamos era gente con el conocimiento que nos faltaba, pero que estuviera de nuestro lado. La idea era exportar los trajes y prendas, ya que en Portugal habría sido imposible vender las ochocientas piezas que hacíamos al día. Para muchos fue nuestra primera huelga».

En el sector privado se daban muchos casos similares, pero la gran diferencia era que faltaba una organización nacional capaz de coordinar estas luchas. Era algo que los trabajadores de Timex trataron de lograr. Algunos sindicatos ofrecían su ayuda, pero al final estaban dominados por el PCP y sus consejos iban en contra de realizar acciones «aventureras» de ese tipo. Los propios sindicatos estaban completamente perdidos a medida que los trabajadores los desbordaban.

Junto con las empresas privadas, había también empresas mixtas como las aerolíneas portuguesas (TAP) o el transporte (Carris), en las que se crearon comités *ad hoc* expresamente para expulsar a las anteriores administraciones. En su lugar, se formaron «consejos administrativos», compuestos por trabajadores, gerentes y miembros de las Fuerzas Armadas, para dirigir algunas compañías.

En las empresas totalmente públicas, que incluían hospitales y el servicio postal, era generalmente un miembro de las Fuerzas

Armadas, a menudo un mayor o un oficial de alto rango, quien asumía la dirección y la gestión.

Los maoístas llevaban adelante un crítica constante, atacando ferozmente y de forma continua al Gobierno Provisional –particularmente a los miembros del PCP. En un artículo de *Luta Popular*, su director, Saldanha Sanches, exhortaba a los soldados a desobedecer a los oficiales si estos les ordenaban actuar de forma represiva. El 7 de junio fue arrestado y encarcelado. Ya había pasado ocho años en prisión, como parte de una condena de diez, cuando se le liberó en las excarcelaciones colectivas del 26 de abril. Esta vez fue llevado a la prisión militar de Elvas, al norte del país.

El MRPP convocó una manifestación contra su encarcelamiento que fue apoyada por todos los grupos de izquierdas. En el comunicado se denunciaba el aumento de la represión, no solo contra Saldanha Sanches, sino de la «represión ideológica y el sabotaje de las huelgas, un sabotaje de la lucha de los trabajadores que empeora cada día que pasa. Se están preparando nuevas leyes antihuelga [...] En los periódicos, la radio y la televisión la información se censura a diario. Pero, por encima de todo, está la continuidad de la guerra criminal en las colonias». A esa manifestación acudieron diez mil personas. Sin embargo, la semana siguiente se permitió salir a Sanches durante un día para acudir al funeral de un compañero muerto en un accidente de carretera, y la mayoría de la gente pensó que era una decisión muy justa por parte del MFA. Pocos cuestionaron el encarcelamiento original.

Alvaro Cunhal repetía una y otra vez que las «grandes reformas solo ocurrirían después de las elecciones». Mientras, los maoístas repartían panfletos en los que animaban a los trabajadores a no prestar atención a lo que consideraban revisionismo. Aun

así, el fenómeno maoísta no contaba con un apoyo real en la clase trabajadora. La mayoría eran vistos como los hijos de la clase media acomodada que podían ir a la universidad y, en general, no se les consideraba «serios». Y esta era una de las virtudes más importantes para la clase trabajadora, razón por la que Cunhal cultivaba tanto su imagen de líder «serio» de los trabajadores. El mensaje era simple. El estándar de vida de Portugal es el peor de Europa y un gran porcentaje de nuestra gente vive en condiciones de auténtica miseria. Defendemos el derecho a huelga, pero estamos en contra de la huelga porque sí y de la huelga como primera forma de lucha inmediata, y en contra de la huelga que no se hace para defender los intereses de los trabajadores sino exclusivamente para crear dificultades al Gobierno Provisional.

El PCP no apoyó una sola de las diferentes huelgas que tuvieron lugar, ni la de Timex, ni la de Sogantal ni el amargo conflicto en la fábrica de neumáticos de Mabor. De hecho, lo único que hizo fue denunciarlas como «dañinas». Por su parte, los maoístas tenían muy poca implantación en la industria, exceptuando un par de sitios, pero en la calle suponían una fuerza considerable, por lo que el Gobierno Provisional no podía olvidarse de ellos fácilmente.

El 14 de junio las prisiones entraron en ebullición. Un grupo de presos de Limoeiro, donde alrededor de mil trescientos internos esperaban la decisión del gobierno que les garantizaría la amnistía, decidieron hacer una huelga de hambre. Los términos de la amnistía ya estaban decididos –todos aquellos que hubieran cumplido más de la mitad de la condena tenían derecho a salir de prisión, y el resto vería sus sentencias reducidas a la mitad– pero la maquinaría legal para implementarla todavía no se había puesto en marcha. Esto afectaba a cuatro mil presos (doscientas cincuenta y tres mujeres) que seguían esperando desde el 25 de abril. Su ansiedad era perfectamente comprensible.

Al mismo tiempo que los presos de Limoeiro empezaban su huelga de hambre, se produjeron altercados en otras prisiones, como Custoias y Matosinhos, con sentadas a modo de protesta en los patios y unos presos encaramándose a los tejados con pancartas en las que se leía: «Nosotros también somos víctimas del fascismo. Abajo con el fascismo». Tras esto, las autoridades decidieron acelerar todo el proceso.

Se empezaba a notar un cambio de humor en el gobierno. Los periódicos eran cada vez más severos, y la radio y la televisión ya no eran tan abiertas como habían sido. De hecho, fue prohibido *Limite*, uno de los mejores programas de radio. También los jefes se volvían cada vez más estrictos y empezaban a alzar la voz. Las constructoras se quejaban de la congelación de los alquileres, y los partidos capitalistas empezaban a decir que el país iba hacia la ruina económica.

La primera preocupación de las autoridades había sido mantener la disciplina y una adecuada cadena de mando en las Fuerzas Armadas. La segunda, «estabilizar» la situación en la industria. Pero para ello debían enfrentarse a los sectores más militantes de la clase trabajadora, que todavía reclamaban un salario mínimo de seis mil escudos.

El 17 de junio van a la huelga veinticinco mil trabajadores de Correos, Telégrafos y Teléfonos (CTT) paralizando casi totalmente los servicios telefónicos y postales de todo el país. Los únicos que seguían funcionando eran los de hospitales y estaciones de bomberos. El punto principal del conflicto eran los salarios, pero también había otras desavenencias como la estructura de servicios y la escasez de personal. El gobierno ofreció cuatro mil trescientos escudos y dijo que sería el máximo que concedería. El comité de huelga hizo un llamamiento público:

«Estamos en huelga porque queremos mejorar el servicio y las vidas de los trabajadores de CTT. Esta huelga también les beneficia de forma indirecta a ustedes, los usuarios, por lo que pedimos su comprensión y su solidaridad. Cuanto más apoyo tengamos, más corta será la huelga».

El problema fue que mientras se desarrollaba la huelga en CTT, los panaderos, principalmente pequeños propietarios, también decidieron convocar su propia huelga solicitando permiso para subir el precio del pan. Esta fue considerada una huelga de patrones y su tremenda impopularidad creó cierto desasosiego respecto a la propia idea de la huelga como arma. Desasosiego que las autoridades explotaron de forma despiadada.

El PCP aprovechó para atacar la huelga de CTT acusándola de «irresponsable» y la Intersindical se desentendió completamente de ella. Afirmaban que sus peticiones eran «imposibles», que los trabajadores de CTT estaban «intentando convertirse en un grupo privilegiado a costa de la mayoría de la población», y que hacían la huelga por el simple hecho de hacerla, sin el apoyo de la gente. Esto último, en parte, era cierto. Una de las razones por las cuales los trabajadores de CTT pusieron fin a sus acciones fue porque algunos compañeros habían recibido amenazas físicas por parte de trabajadores del PCP. La huelga postal fue el primer conflicto a gran escala entre el gobierno y un grupo organizado de trabajadores. Todos los grupos revolucionarios la apoyaron, pero no siempre estuvieron totalmente de acuerdo. *Directe Lisboa* publicó en su portada la declaración, y consejo, del MES: «Aunque hablar de "trabajadores privilegiados" y "peticiones imposibles" no tiene ningún sentido, consideramos que, dada la naturaleza de la empresa, la forma de la huelga no ha sido la más apropiada. Haber seguido realizando el servicio, pero sin cobrar, no solo habría supuesto una presión enorme para la

compañía, sino que también habría roto el aislamiento de los trabajadores de CTT, asegurando el apoyo popular. Aun así, MES apoya esta huelga porque la decisión de llevarla a cabo ha sido tomada por los propios trabajadores».

El punto señalado por MES era importante, ya que la gente estaba en contra de la huelga de CTT de la misma forma que estaba en contra de la de los panaderos. Su argumento era: «Ahora tenemos libertad, pero ni tenemos pan, ni podemos mandar cartas». El ejército empezó a realizar los preparativos para tomar la Oficina de Correos. Dos cadetes, Marvaos y Anjos, se negaron a obedecer una orden que consideraban de naturaleza esquirol y fueron inmediatamente encarcelados. Varios grupos de izquierdas convocaron una manifestación en su apoyo el 9 de julio, pero el ejército aconsejó a la gente que no acudiera y rodeó el área donde iba a celebrarse. No permitieron que nadie se acercara a la rotonda del Marqués de Pombal y la manifestación tuvo que ser cancelada. Ya en junio se había utilizado al ejército para acabar con la huelga de Timex y asegurarse de que el *stock* y las propiedades se quedaran en la fábrica.

A finales de mes, ya no quedaba ninguna duda de que la Junta no consentiría ninguna acción que amenazara seriamente el derecho a la propiedad. Solo los miopes políticos podían no verlo.

La no-revolución cultural

El 10 de junio, día de la fiesta nacional portuguesa, fue una representación idéntica del Primero de Mayo. Cientos de miles de personas se manifestaron llevando claveles rojos en apoyo a las Fuerzas Armadas, y la Junta volvió a mostrar sus cartas. El

Movimiento Democrático de Artistas Plásticos, un grupo que se había opuesto al viejo régimen, y que, tras el 25 de abril, realizó una *performance* en la que envolvía una estatua de Salazar en plástico negro y organizó un festival en su recién estrenado Museo de Arte Popular. El festival provocaría una intervención militar bastante significativa.

La RTP, la televisión nacional, había decidido emitir todo el acontecimiento, e iba a ser uno de los grandes experimentos de televisión en directo. Cuarenta y ocho artistas, uno por cada año de fascismo, contribuirían a lo que llamaron una pintura «colectiva». Por desgracia no fueron más que cuarenta y ocho dibujos distintos en un mismo lienzo. Solo uno de los artistas fue lo bastante inteligente para dejar que los niños presentes hicieran su dibujo por él. Los demás, quizá pendientes de su reputación, tuvieron muy en cuenta firmar sus trabajos. Durante el festival, diferentes grupos musicales y culturales llevaron a cabo representaciones en directo de temas, obviamente, políticos, pero no todas las contribuciones fueron particularmente originales. Algunos miembros del Partido Comunista, por ejemplo, organizaron una marcha por el vestíbulo gritando: «¡PCP!, ¡PCP!». Otro grupo llevó el ataúd del fascismo, cubierto por una esvástica, hasta el río Tajo, que corría paralelo al museo, y lanzó el ataúd al agua.

El grupo de teatro Comuna, que había sido acosado por la PIDE, representó una pieza sobre el cardenal Cerejeira, estrecho colaborador de Salazar y Tomás, con un mensaje anticatólico y antifascista. Poco antes de la medianoche se dio orden, desde alguna «autoridad superior», de que la emisión debía cesar inmediatamente.

Todos los espectadores supieron al momento lo que estaba pasando, cuando en mitad del espectáculo apareció una película americana. Las noticias de la noche traían el siguiente mensaje:

«Honorables espectadores, el programa que estábamos retransmitiendo directamente desde la Feria de Primavera ha sido suspendido por órdenes de arriba. Los trabajadores de la televisión, que desde luego no somos en modo alguno provocadores, no estamos de acuerdo con esta decisión que, creemos, atenta contra el programa del MFA. Como protesta vamos a reanudar la emisión en directo de la Feria de Primavera durante cinco segundos».

La decisión de cortar la emisión la habían tomado un comandante y el antiguo director de la edición vespertina del *Républica*, ambos responsables del ministerio de Comunicación Social. Los trabajadores rápidamente ocuparon la estación de emisiones y celebraron una asamblea masiva en la que decidieron mantenerse firmes en la misión de «informar y crear opinión pública de acuerdo al espíritu del programa del MFA». Más adelante, un alto mando tildaría todo el episodio de tempestad en un vaso de agua, pero era evidente que la crítica de grupos como Comuna llegaba demasiado cerca del hueso, y no iba a ser permitida.

Mientras los cuarenta y ocho pintores hacían su mural colectivo en el Mercado del Pueblo, y estando la emisión en directo ya cortada, ocurrió un incidente que demostraba la ambigüedad de las actitudes populares hacia la cultura. Un amigo extranjero, ligeramente borracho después de haberse bebido una botella de vino, se acercó a los lienzos sin terminar y empezó a pintar en uno de los que aún no estaban empezados.

«El arte está muerto» escribió. Fue el pandemonium. Los artistas empezaron a gritarle «CIA» y «fascista» y le atacaron con tanta violencia que tuvo que salir por patas con piedras cayéndole alrededor. «Nunca has estado en Caxias» le gritaban de forma un tanto irrelevante. Le salvamos de la rabia de los artistas por los pelos e intentamos explicar la «indignante»

acción en un panfleto: «*Los cuarenta y ocho artistas reunidos, tras un pequeño golpe maestro y una pizca de bautismo revolucionario, consiguieron instalar un lienzo bastante grande a través de Jorge de Brito. Se compró suficiente pintura para todo el mundo. Dibujaron pequeños claveles, rojos, claro. El Día de la Raza (10 de junio) a las tres de la tarde en el Mercado de Abril, los artistas le dieron la vuelta a la parrilla mezclando sus verdes y rojos (los colores nacionales), únicos tonos permitidos. Una vez acabado el lienzo se iba a exhibir en el extranjero, probablemente cada dos años. La receta del artista es servirse muerto.(MRAI)*».

En cierto sentido, el comunicado era demasiado escueto, demasiado difícil de entender para los presentes. La libertad «artística», como muchas otras libertades, nunca se había vivido en Portugal, donde los artistas habían visto como las exposiciones con pinturas de Angola o Mozambique que lograban montar eran clausuradas por la PIDE. Aunque «libertad» era la piedra de toque para todo, las diferentes libertades ideológicas nunca se tocaron entre sí. Cuando cuatrocientos acomodadores, proyeccionistas, etc. se manifestaron pidiendo sueldos más altos en junio de 1974, una de sus reivindicaciones fue «el fin de la cultura del sinsentido». Nunca explicaron a qué se referían exactamente con esto, pero quizá fuera el deseo de acabar con el oscurantismo.

El MFA se vio atrapado en esta contradicción. Habían abolido la censura, y ahora la pornografía inundaba el mercado, compitiendo por un espacio en las estanterías junto con los periódicos políticos.

Aun así, la revolución cultural nunca fue demasiado lejos. Cuentan que a Gulbenkian, millonario del petróleo y amigo personal de Salazar, le gustaba vivir en Portugal porque los trabajadores siempre se descubrían la cabeza cuando pasaba con el coche. Este hombre

destinó millones a una fundación internacional de arte, cuya sede se encontraba en Lisboa y en la que muchos artistas vanguardistas organizaban exhibiciones. Entre los mecenas había gente como Jorge de Brito, dueño del Banco Internacional Portugués.

La Fundación Gulbenkian fue ocupada por sus trabajadores en julio de 1974 para reivindicar un *saneamento,* y se formó un comité de lucha compuesto por miembros del MES. Sin embargo, la administración se negó a cambiar nada escudándose en que las decisiones de verdad sobre la fundación se tomaban en Londres, que esta no era una empresa pública, etc. Cientos de militantes jóvenes inundaron el edificio y montaron un «fin de semana festivo». Sin embargo, aparte de grandes pancartas proclamando que «El arte está al servicio del pueblo» no hubo ningún debate sobre arte o cultura, e incluso la propia creatividad escaseaba. Hasta los carteles en los que constantemente se le recordaba a uno que no tirara colillas en las lujosas alfombras de felpa, mostraban una falta absoluta de imaginación. Había piquetes de seguridad por todos lados y el comité del MES, en el que participaba el crítico de arte Joao Bernard da Costa, incluso dejó una corona en la tumba del viejo Gulbenkian, ya que el aniversario de su muerte coincidió con la ocupación.

El colapso del Primer Gobierno Provisional

No había ninguna de duda de a qué clase representaba el primer ministro Palma Carlos. Y exactamente lo mismo ocurría con Sá Carneiro, el ministro sin cartera, y Vieira de Almeida, el ministro de Coordinación Económica, ambos oficiales importantes del antiguo régimen. Vieira de Almeida, además, había sido director gerente de Sonap, empresa petrolera, y vicepresi-

dente de un gran banco luso-francés. En cuanto a Palma Carlos y Sá Carneiro, ambos eran bien conocidos en el mundo empresarial por sus servicios como abogados. El entonces ministro de Interior, miembro también del viejo gobierno, había sido director de OGE, una organización creada por Caetano para aconsejar a las grandes empresas. La clase dirigente había hecho poco más que rebarajar sus cartas.

La Confederación de Industria Portuguesa (CIP), que representaba al 79% de las empresas, publicó un comunicado, advirtiendo de que la arremetida de la clase trabajadora era un «peligro para la economía nacional», en el que apoyaban el programa del MFA y reivindicaban una democracia a la occidental como garantía fundamental de las libertades individuales. El comunicado recalcaba los siguientes puntos:

1. Han de tomarse medidas inmediatas para superar la crisis.
2. La industria portuguesa tiene una imagen débil en el extranjero que no promueve la inversión.
3. Las empresas representan tres fuerzas equilibradas: consumidores, inversores y trabajadores. La pérdida de este equilibrio llevaría a la ruina económica.
4. La primera tarea que debe afrontar la CIP es atajar el subdesarrollo económico del país.
5. Debe salvaguardarse la empresa privada.

Cunhal acusaba a los monopolios de organizarse contra el nuevo régimen: «La reacción sigue organizándose política y socialmente, pero sobre todo económicamente. Aunque haya muchos fascistas en prisión, muchos otros todavía mantienen sus antiguas posiciones».

Mientras tanto, la lucha de los trabajadores continuaba implacable, y la respuesta del gobierno fue introducir toda una serie de medidas cuyo objetivo era desarrollar una base capitalita fuerte en el país. La ola de huelgas había amenazado la posición de muchas pequeñas empresas, por lo que el ministro de Asuntos Económicos introdujo una propuesta de ley para dar quinientos millones de escudos a las pequeñas y medianas empresas. Las sociedades que tenían más empleados recibieron más dinero, para poder hacer frente a los salarios mínimos y cumplir algunas de las demandas de «sus» trabajadores. Las más beneficiadas fueron las de compañías de transporte y construcción.

La coalición se veía sometida a una tensión tremenda, especialmente en el frente industrial. El país estaba mucho más a la izquierda que sus dirigentes. Esto explica por qué el PCP, metido hasta las cejas en el gobierno, parecía tan conservador y reaccionario. También aumentaban los ataques reales desde la derecha política y los círculos empresariales a los que representaba. La doble presión que sufrieron Soares y Cunhal en esa época debió de ser enorme.

Los monopolios y la cuestión de las colonias empezaron a levantar divisiones en el gobierno provisional. Jorge Campinos, miembro de la delegación portuguesa para las conversaciones de paz con el PAIGC en Argelia, aseguró que los socialistas dimitirían si las conversaciones de paz se rompían. Al mismo tiempo, la derecha amenazaba también con dimitir si el «derecho a huelga» no se restringía. La Junta, de forma bastante ingenua, criticaba a los miembros del gobierno por actuar como políticos. «Las consideraciones partidistas deben dejar paso a las nacionales –dijo Spínola–, o la coalición se vendrá abajo». Sin embargo, las consideraciones de los partidos «iban primero» porque no había un único «interés nacional», como querían hacer creer a la gente. Esta

aplaudía los discursos de Spínola en los que hablaba de una «gran nación» y luego, silenciosamente, trabajaba para su propio interés.

La cuestión del control de la televisión provocó una de las sesiones parlamentarias más largas de la historia de Portugal. Por supuesto, al final se adoptó la postura de la Junta, pero, en esos momentos críticos, esta era reacia a tomar decisiones en solitario. Necesitaban el apoyo de los políticos tanto como los políticos necesitaban a la Junta. El almirante Rosa Coutinho, miembro de esta última, expresó la clave del asunto en términos clásicos de capitalismo de Estado: «La televisión es el medio de comunicación más importante si tenemos en cuenta su impacto; entra en cada casa y la ven simultáneamente millones de personas. Por este motivo, debe ser gestionada por el Estado y emitir información relativa a la nación. Dado que será un cuerpo estatal, debe obedecer las leyes del Estado decididas por los poderes constitucionales».

Los socialistas desaprobaban esta decisión por juzgarla arbitraria y apresurada. Aseguraban que lucharían contra cualquier forma de censura, y ofrecían su solidaridad a los trabajadores de la televisión. El PCP mantenía su acostumbrado silencio, aunque Cunhal dijo en Oporto que «debía respetarse» a la población católica. Por su parte, el PPD defendía la idea de establecer un cuerpo militar que decidiera la política y la orientación de la red televisiva.

A primeros de julio, las noticias destaparon una seria crisis en el gobierno. Al principio se pensó que los socialistas y comunistas dimitían, pero poco a poco fue aclarándose que era la derecha la que planeaba abandonar el gobierno si no se cumplían algunas de sus reivindicaciones. El primer ministro, cuatro ministros y dos secretarios de Estado reclamaban una expansión de los poderes del primero, que se adelantara la fecha de

las elecciones (marzo de 1975) y que se hiciera un referéndum sobre la Constitución antes de noviembre. Si no se aceptaban esas demandas, el primer ministro y los demás, estos últimos en solidaridad, dimitirían.

La Junta consideró aceptar parcialmente el primer punto, pero después de varias reuniones entre los grupos políticos y algunos representantes de las Fuerzas Armadas, quedó claro que era inminente un choque frontal. La izquierda contraatacó con una acometida contra Palma Carlos. Alertaron de un plan para reemplazarle por un primer ministro de derechas más radical. Durante cuatro días, el país no tuvo un gobierno activo. En una entrevista, al preguntarle por qué dimitía, Palma Carlos respondió al entrevistador «ve y pregunta a Rusia» –observación que de por sí era ya un análisis político. Una vez que se entendió que el conflicto de intereses era irresoluble, la tarea principal pasó a ser la elección de un nuevo primer ministro. El PPD proclamó que seguirían trabajando en coalición, dejando a Palma Carlos en el limbo. Spínola se reunió con varios miembros del «Movimiento de los Capitanes».

Analizando posteriormente los hechos, el semanario *Expresso* dijo que el 9 de julio –día que se hizo pública la crisis– era el resultado del 26 de abril. Con esto quería decir que la feroz lucha de clases desencadenada al día siguiente del golpe había acabado por sobrepasar al gobierno instalado por la Junta. La crisis reveló también algunas cosas que no habían quedado tan claras en los tres meses previos, como que el «Movimiento de los Capitanes» todavía existía, todavía jugaba un papel político importante y todavía presionaba por una «democratización».

¿Quién estaba en el poder, entonces? Obviamente, los dueños y los gerentes de las empresas y fábricas tenían el control en términos reales, pero estaban sometidos a una presión enorme de

los trabajadores, que repentinamente habían adquirido conciencia política, y estudiaban y discutían al milímetro cada movimiento que llevaban a cabo. A nivel político, esta lucha llevó a discusiones acaloradas sobre la interpretación del programa del MFA, ya que había sido redactado de tal manera que pudiera significar todo para todos. Sin embargo, la lucha de clases no admite semejantes ambigüedades. La definición de las palabras se convirtió en un conflicto político y desembocó en un callejón sin salida. Tal y como lo expuso, muy acertadamente, el Dr. Quaresmo Neto, director de personal de la compañía de seguros Tagus, que acababa de leer uno de los ensayos de Trotsky sobre el poder dual: «Tenemos un gobierno que no puede gobernar, una administración sin poder para administrar y trabajadores que no trabajarán».

Tres meses después del golpe, la situación en Portugal era extremadamente volátil y en muchos aspectos no había cambiado en absoluto. La gran mayoría de la población seguía como siempre. Los hombres iban a trabajar por las mañanas y se juntaban en las tascas por las noches. Las mujeres se quedaban en casa. Las condiciones de trabajo y los hábitos sociales parecían seguir exactamente igual.

Sin embargo, este análisis no haría justicia a los nuevos sentimientos y las nuevas emociones que habían invadido las vidas de la gente. Sin importar el resultado final, el clima de conciencia política había cambiado. Los hombres discutían de política a diario en las tascas, y las mujeres se formaban opiniones políticas propias mientras colgaban la colada en las verandas. Por todas partes se organizaban pequeños debates y grupos de acción.

A muchos les habían aumentado el sueldo, algo que tenía un valor muy real dado que los precios seguían congelados, pero para otros la situación era mucho peor. La burguesía tenía

menos beneficios, estaba menos segura que antes y se veía sujeta a los *saneamentos* que organizaban contra ellos distintos grupos de trabajadores.

Sin embargo, no eran los únicos. Muchos trabajadores también habían visto como su situación empeoraba. El salario mínimo solo se aplicaba en aquellas empresas de más de seis trabajadores, y para evitar estas medidas, muchos jefes habían recurrido a despedir a personal para reducir el número por debajo de esa cifra. A pesar de todo, para la gran mayoría, la situación sí había mejorado.

Lo ocurrido era, sin duda, una revolución política. Había asumido el poder una nueva sección de la clase dominante que veía mejor para sus intereses una democracia burguesa moderna que un fascismo clásico. Pasaron de una dictadura de la aristocracia vinculada al débil sueño de los dirigentes de cambiar la estructura de poder de la burguesía, al tipo de dictadura ejercida por los Estados industriales modernos. En ese levantamiento, la clase trabajadora trató de tomar todo lo que pudo. En julio de 1974 los poderes se enfrentaban a dos preguntas: cuánto iban a pedir los trabajadores y cómo darles lo menos posible.

La peculiaridad de la situación portuguesa era la desafección del viejo régimen por parte de grandes sectores de las Fuerzas Armadas. Los intentos de Caetano de «liberalización» habían sido infructuosos y habían llegado tarde. Al extender la guerra colonial, no hizo sino agravar la situación y perdió el respeto de sus propias tropas. Estas se rebelaron y, al hacerlo, lanzaron a la sociedad portuguesa a una profunda confusión.

De hecho, esta era la esencia de todo el escenario. Por definición, ningún golpe podía ser «democrático» y, obviamente, tampoco podía traer una revolución social. Todo el concepto del

papel revolucionario del MFA, que fue extendido casi sin excepción por todos los grupos de izquierda después de septiembre de 1974, era profundamente mistificador. Como mucho, el MFA podía preparar las condiciones para una democracia burguesa, y, al hacerlo, tendría que desencadenar fuerzas que habían sido reprimidas durante años. No obstante, la clase trabajadora era numéricamente débil y no tenía la confianza o la capacidad suficiente para arrastrar a otras clases con ella.

El MFA tenía ante sí dos opciones. Retirarse y dejar que la burguesía tomara las riendas del poder –después de haberse asegurado que entendía la necesidad de continuar reorganizándose y modernizándose–, o permanecer en el poder haciéndose cargo de grandes parcelas de gobierno y organización social y tratar de lidiar con los problemas que eso suponía; una sociedad dividida en clases enfrentada a la tarea de la industrialización. Pero esto significaba un papel muy distinto del clásico rol «bonapartista» que se atribuía al ejército en tiempos de tensión social. Las Fuerzas Armadas necesitarían crear una red completa de instituciones económicas y políticas y, por tanto, se convertirían en el embrión de un nuevo capitalismo de Estado.

En ningún caso podían permanecer neutrales, como pretendían los partidos políticos. La propia noción de un MFA «neutral», por encima de la lucha de clases, era bien una ilusión o una demagogia. Dado el contexto internacional, una revolución socialista iba a ser difícil si no conseguía desarrollar una tremenda oposición interna y externa. No obstante, al menos por el momento, la democracia burguesa tampoco estaba sobre la mesa. Las Fuerzas Armadas siguieron en el poder, regulando las contradicciones que habían desatado y dejando la cuestión de la revolución social –asunto de clases– sin resolver.



IV. Vuelta a la realidad

El nuevo primer ministro, Vasco Gonçalves, se presentó como un coronel que también había sido activista el 25 de abril. El Segundo Gobierno Provisional estaba compuesto por siete miembros militares y ocho civiles. Tanto Cunhal como Soares mantuvieron sus puestos, pero poco se sabía en ese momento sobre las inclinaciones políticas de los miembros militares. En general, había un sentimiento general de que este nuevo gobierno era más de «izquierdas» que el primero, aunque también tenía más presencia militar.

Su corta vida, de julio a septiembre, estuvo dominada por tres importantes acontecimientos: el enfrentamiento con los trabajadores en las grandes empresas como TAP y Lisnave, la amarga lucha sobre la ley antihuelga y la creciente tendencia de la derecha a organizarse fuera del gobierno, e incluso fuera del MFA. Estos acontecimientos, fuertemente interrelacionados, iban a contribuir al intento de golpe de Estado del 28 de septiembre y a la salida de Spínola de la política portuguesa. También iban a demostrar la irrelevancia de intentar atribuir distintos grados de izquierdismo a los gobiernos de la burguesía.

TAP, Lisnave y otros conflictos

Durante el verano de 1974, cerca de cuatrocientas empresas vivieron conflictos de algún tipo. Entre ellas, hubo algunas de las más grandes de Portugal como Mabor (fabricantes de neumáticos), Sacor (petróleo), Efacec-Inel (componentes eléctricos), Lisnave (astilleros), CTT (servicios postales), Timex (fabricantes de relojes), TAP (aerolíneas), etc. Sacor era la empresa petrolera más grande de la península ibérica y Lisnave una de las constructoras de barcos más grande del mundo –en Europa, la segunda más grande solo por detrás de Harland & Wolff de Belfast. Algunas de estas huelgas demostraron ser capaces de abrir los ojos a muchos trabajadores, sobre todo, a los que creían que el PCP era *su* partido.

TAP era una compañía semipública gestionada con un presupuesto marginal. Competía con British Airways por el lucrativo comercio europeo y africano, pero no tenía ni el capital ni la posición privilegiada de Londres para operar. Los temas que condujeron a la huelga fueron los habituales –mejores salarios y menos horas de trabajo–, y seguramente se podrían haber asumido concediendo a TAP mejores garantías respecto a los vuelos africanos.

Los trabajadores de TAP ya poseían un historial de militancia, y las luchas organizadas se remontaban a 1970, cuando todos empezaron a ponerse enfermos el mismo día reclamando una subida salarial. En julio de 1973, los trabajadores de mantenimiento convocaron una huelga que fue violentamente reprimida por la GNR. La policía forzó a los hombres a volver al hangar a punta de ametralladora. El personal de oficina había estado lanzando pisapapeles, e incluso calculadoras, a los agentes. Tres trabajadores entraron en pánico y echaron a correr, la policía

abrió fuego y los mató a los tres. Desde finales de los sesenta, operaban en TAP dos células del PCP y, desde 1974, células del MES y del PRP. En el momento de la huelga todavía quedaban en la compañía cientos de personas que habían sido informantes de la PIDE.

El 2 de mayo de 1974 se reclamó de forma unánime en un plenario llevar a cabo un *saneamento* de todos los fascistas de la compañía, y en especial a los responsables de haber llamado a la policía un año antes. También el sindicato hizo varias peticiones, incluyendo la elección de tres «representantes de los trabajadores» para un Consejo de Administración. No se presentaron listas alternativas y el 5 de mayo, en un vestíbulo de Lisboa, fueron debidamente elegidos tres representante (dos de los cuales, de hecho, ya eran gerentes intermedios). Cuando los trabajadores descubrieron que dos de sus «representantes» se habían subido el sueldo de siete mil a cincuenta y dos mil escudos, y que se hacían llevar por chóferes, naturalmente perdieron la confianza en ese Consejo de Administración.

El 21 de julio, un plenario de los trabajadores de mantenimiento decidió romper con el resto de trabajadores. Querían reducir su semana laboral a cuarenta horas y volvían a pedir un *saneamento* y la congelación de los salarios por encima de dieciséis mil escudos. Para el personal de vuelo –cuyos salarios llegaban hasta los cincuenta y dos mil escudos mensuales– estas peticiones eran inaceptables. Esta diferencia de actitudes, que proviene de diferencias muy reales en las condiciones materiales de vida, fue utilizada repetidamente por el gobierno, los sindicatos y el PCP para denunciar la lucha de los hombres de mantenimiento como «no representativa», «antidemocrática» y «disruptiva de la unidad». Desde luego, eran disruptivos de la

falsa unidad entre grupos de composición social completamente distinta. El 13 de agosto, en otro plenario, decidieron utilizar la acción directa para reducir la jornada laboral de cuarenta y cuatro a cuarenta horas. De hecho, impusieron esa jornada limitándose a trabajar solo cuarenta horas. El Consejo de Administración emitió un comunicado amenazando con despidos y atacando a «quienes están luchando por la destrucción de la compañía». Insistía en la «urgente necesidad de incrementar la productividad» y lamentaba que pareciera que «estaban siendo sistemáticamente ignorados». «Continuamos viendo como se abandona el trabajo con cualquier pretexto. Reina la indisciplina y hay una falta total de respeto a la autoridad. Todo esto conduce a la anarquía y es imposible descubrir quién es culpable o responsable». Los trabajadores replicaron que era «completamente natural que el Consejo de Administración busque incrementar el tiempo durante el cual se nos extrae plusvalor. Eso es lo que esperamos de los intereses que defiende el Consejo, pero que los sindicatos tomen la misma actitud, negándose a apoyarnos, solo demuestra el reformismo de su papel».

La revuelta en TAP empezó a tener repercusiones internacionales. Los bancos, tanto nacionales como extranjeros, y la compañía Boeing se negaron a tratar con la empresa, o a proveerla de piezas de repuesto, si no era sobre una base estrictamente de dinero en metálico. La compañía portuguesa estaba atada al capital internacional y no podía dotarse por sí misma de piezas de recambio para sus propias aeronaves, lo que la hacía muy vulnerable a presiones externas de ese tipo.

El 19 de agosto, otro plenario, esta vez llevado a cabo sin representantes sindicales, redactó una lista de peticiones en la que se incluía: la purga de todos aquellos que los trabajadores consideren que han mostrado actitudes contra la clase trabaja-

dora, purga que será repetida tan a menudo como sea necesario; la subida de todos los salarios de forma inversamente proporcional a los sueldos actuales; una investigación sobre las responsabilidades de los disparos de julio de 1973 y el castigo de los culpables, y el derecho a reconsiderar los convenios colectivos cuando los trabajadores lo decidan.

Se le dio una semana a la administración para considerar las propuestas. Después de esa semana, todos los trabajadores de mantenimiento dejarían de trabajar al mismo tiempo. Es interesante resaltar como la reivindicación «antifascista» del *saneamento* se había convertido en una reivindicación de clase sobre con quién trabajarían los trabajadores, y con quién no.

El 25 de agosto, la célula del PCP en TAP sacó un panfleto alertando a los trabajadores contra las «maniobras de grupos radicales pequeñoburgueses». Se pedían debates y acuerdos «entre todo el personal», mostrando así la típica actitud burguesa: igualdad para decidir para gente que no es igual en la realidad.

Al día siguiente, un nuevo plenario decidió convocar una huelga indefinida. Se eligieron inmediatamente un comité de huelga y varias comisiones, y los piquetes fueron organizados esa misma noche. El ministro de Trabajo (PCP) llegó al aeropuerto a las tres de la mañana con una delegación de representantes sindicales y de los ministerios, y solicitó al comité de huelga que pospusiera el paro. Ante esto, el ministro fue instruido en uno de los principios básicos de la clase trabajadora: solo un plenario puede revocar una decisión así. En ese momento empiezan las amenazas: el aeropuerto está rodeado por el ejército. El 27 de agosto, el plenario, esta vez con la presencia del ministro de Trabajo, vota continuar con la huelga y, como si quisieran dejar

claro quiénes son las «minorías no representativas», el personal administrativo decide, mediante mayoría sustancial, unirse.

Muchos de los trabajadores del aeropuerto eran especialmente sensibles a las reivindicaciones de los trabajadores de mantenimiento. En conjunto, llegaron a detener todos los vuelos internacionales, excepto uno que transportaba una delegación de líderes sindicales chilenos y los aviones que traían tropas de regreso de Guinea-Bissau. Los trabajadores de mantenimiento, que habían comenzado la huelga, se mantuvieron completamente firmes.

A estas alturas, la disputa era un desafío directo al gobierno y los sindicatos. A la una de la mañana del 28 de agosto, el ministro de Información anunciaba que, dada la «intransigencia» de los huelguistas, el aeropuerto sería militarizado. La célula del PCP en TAP emite otro comunicado en el que afirma que la huelga era una «provocación» contra «los intereses del pueblo portugués en general»; que debía evitarse a toda costa una confrontación con el MFA «que pudiera amenazar su alianza con los trabajadores»; que los «aventureros» debían ser «desenmascarados» para recuperar en el aeropuerto un clima de «seguridad y disciplina»; e, incluso, que los huelguistas estaba deteniendo el proceso de descolonización… al ralentizar el regreso de las tropas de Guinea-Bissau. En ese ambiente tuvo lugar el famoso plenario del 28 de agosto, al que acudieron más de cuatro mil trabajadores. En principio, el encuentro iba a emitirse en directo por la radio, pero el desafío previo a la autoridad era tan flagrante que, en el último momento, la Junta dio instrucciones de que se cancelaran los planes. El plenario trajo consigo el apoyo de todas las secciones de TAP y ofrecimientos de solidaridad de muchos grupos de trabajadores por todo el país –en un claro reto a la ley antihuelga que acababa de aprobar el gobierno.

En ese momento entra en el auditorio, aplaudido por los trabajadores, un grupo de oficiales del MFA: «Somos soldados. Están a punto de ser sujetos a disciplina militar. He aquí los pasajes importantes de las leyes militares». Acto seguido los oficiales comienzan a leer. El silencio es total. En medio de una tensión en aumento, el plenario vota continuar con la huelga. También vota la disolución del comité sindical. Los oficiales del MFA se marchan. Casi de forma furtiva, alguien presenta una moción anónima para desconvocar la huelga y el moderador pide al proponente que salga. Un viejo militante de PCP, indeciso y avergonzado, habla con poco entusiasmo frente a una violenta oposición. Hay pocas referencias al MFA durante el plenario y la ilusión persiste. A las cinco de la tarde aparece un miembro importante del MFA y pide ser informado de la decisión del plenario. Al escucharla, amenaza: «Tienen ustedes media hora para volver al trabajo o intervendrá el COPCON». Por un momento cunde el caos. Tras un análisis sobrio de la relación de fuerzas, se decide volver al trabajo –pero llevando a cabo una huelga de brazos caídos– y establecer urgentemente contacto cercano con otras fábricas que habían ofrecido su apoyo. Se emite un duro comunicado informando de la suspensión del plenario debido a la amenaza de la fuerza militar («carros de combate fuera, paracaidistas con armas automáticas, municiones, cuchillos, los siempre amigables perros de la policía»). El comunicado también informa de la decisión de revocar por completo el comité sindical y expresa el más absoluto desprecio por la represión a la que acaban de ser sometidos.

A partir del 28 de agosto, el ejército ocupa toda el área del aeropuerto y los trabajadores de mantenimiento continúan con la huelga de brazos caídos. El comité de huelga, en el que participaban miembros del MES, es arrestado, así como muchos traba-

jadores que se niegan a obedecer órdenes militares. El resto del personal de TAP, ante el recuerdo de la huelga de CCT de junio y no deseando arriesgarse a un enfrentamiento abierto con el ejército, vuelve al trabajo bajo una coerción extrema. Las «armas democráticas» han triunfado sobre los «aventureros irresponsables».

Durante las siguientes semanas, COPCON mantiene el aeropuerto ocupado. La huelga de brazos caídos continúa bajo la vigilancia de soldados armados con rifles G3 a los que se les ha prohibido hablar con los trabajadores. Estos últimos son amenazados constantemente: «Nadie abandona las instalaciones a menos que hayan despegado tantos aviones entre tal hora y tal hora». Algunos trabajadores de mantenimiento deben permanecer en el puesto durante quince o dieciséis horas al día. Mientras tanto, el régimen alardea de que en TAP todo transcurre con normalidad.

El 17 de septiembre, los sindicatos, apoyados por el PCP, convocaron un plenario de todo el personal de TAP con vistas a «normalizar la situación». Se presentaron cientos de trabajadores de mantenimiento, votaron la expulsión del moderador y tomaron la asamblea. Decidieron añadir a sus reivindicaciones anteriores la demanda de que fueran retiradas todas las tropas. Decidieron también que debía ser elegida una nueva comisión sindical sobre la base de la representación directa de los talleres, asegurando así una mayoría genuina de los trabajadores. Los sindicatos denunciaron con vehemencia esta decisión por «provocar divisiones». El 23 de septiembre, tras haberlos «interrogado», el ejército arrestó a varios trabajadores que fueron liberados después de que se llevara a cabo una gran manifestación en los cuarteles donde eran retenidos.

El 25 de septiembre son despedidos doscientos trabajadores por «incumplimientos del artículo 6 del Código de Disciplina

Militar». Dos días después, varios miles de trabajadores, no solo de TAP, dejan las herramientas y toman parte en manifestaciones en las calles exigiendo la reincorporación de todos los despedidos. El gobierno contesta que «sí, todos menos treinta». Los sindicatos aceptan. Los trabajadores, en cambio, lo rechazan y la huelga empieza a extenderse. Comienza a tomar forma una crítica del papel del MFA. El 28 de septiembre se convoca una manifestación conjunta de TAP, Lisnave, Efacec-Inel y CTT. Debido a un capricho de la historia, estos manifestantes –los mismos que pedían un *saneamento* de todos los lugares de trabajo– fueron los únicos que se encontraban en las calles con semejantes reivindicaciones cuando la derecha intentó su golpe.

Tras el 28 de septiembre se revocó el decreto de militarización del aeropuerto y se desconvocó la huelga de brazos caídos. Gradualmente se empezó a introducir la semana de cuarenta horas. La mayoría de los despedidos, aunque no todos, fueron readmitidos tras ser obligados a presentar solicitudes individuales en las que se les comunicaba que solo serían reincorporados «con la condición de no tomar parte en ninguna otra actividad política». Los plenarios de trabajadores continuaron pidiendo un nuevo *saneamento,* ya que la lista completa de exagentes de la PIDE todavía no había salido a la luz. Se debatieron también toda una serie de asuntos locales relacionados con los limpiadores, transportistas, ingenieros, etc. Las reivindicaciones iban desde la reducción de las diferencias salariales hasta la nacionalización de la empresa bajo control obrero. En muchos aspectos, la experiencia de TAP mostró tanto las capacidades como las limitaciones de todo el movimiento revolucionario portugués.

Otro conflicto importante, en aquel momento, fue el que tuvo lugar en el *Jornal do Comércio.* Sus trabajadores fueron a

la huelga el 25 de agosto de 1974, ocupando las instalaciones y reclamando el fin de la «censura interna», así como el *saneamento* de su director, Carlos Machado. Lo que en principio fue una pequeña manifestación a la puerta del edificio había ido creciendo a medida que los transeúntes se sumaban. Los trabajadores trataron de sacar su propia versión del periódico y, de nuevo, las tropas de COPCON entraron en el edificio, confiscaron las copias ya producidas y prohibieron imprimir ninguna más. El 4 de septiembre, todos los periódicos de Lisboa, excepto *O Seculo* –en el que el PCP tenía el control–, decidieron parar la producción durante un día en apoyo a la lucha del *Jornal do Comércio*. El gobierno agradeció a los trabajadores de *O Seculo* su *carnerismo* por «ayudar a los intereses de los trabajadores contra aquellos que se someten a presiones irresponsables».

Enfurecidos, los trabajadores de todos los demás periódicos se juntaron en frente de *O Seculo* para tratar de impedir su distribución. El gobierno envió tropas para dispersar a los manifestantes. Finalmente, los líderes del PCP en *O Seculo* decidieron que, aunque ya estaba impreso el número, era más sabio no distribuirlo… «para evitar enfrentamientos entre las Fuerzas Armadas y los aventureros». Los periodistas del PCP condenaron la acción del *Jornal do Comércio* hablando de «huelgas que pueden ser utilizadas por la reacción y los grandes monopolios» y dando a entender oscuramente que había «fuerzas que estaban objetivamente del lado de los enemigos de los trabajadores». Felizmente inconsciente de la impresión creada, ese mismo número de *O Seculo* llevaba en la siguiente columna una entrevista con Antoine Pinay, exprimer ministro reaccionario francés, en la que decía «que agradecía mucho el clima de tranquilidad que se podía encontrar en Portugal».

El otro gran conflicto entre el gobierno y la clase trabajadora, quizá más significativo por el número que involucró, fue el de los trabajadores de los astilleros de Lisnave. Se trataba de los trabajadores con más conciencia de clase en Portugal, y sus comunicados representan uno de los niveles más altos de lucha autónoma de la clase trabajadora. En uno de sus plenarios decidieron que el 12 de septiembre marcharían en masa hacia el Ministerio de Trabajo. Pedían el *saneamento* de su antiguo director, pero su intención principal era llamar la atención y comenzar a oponerse a la ley antihuelga recién aprobada. En julio ya habían señalado los vínculos ente varios miembros de su administración y algunos exagentes de la PIDE, y habían pedido al MFA que echara a los implicados; un requerimiento que fue ignorado. En un comunicado, los trabajadores de Lisnave condenaron los errores de la administración, la ocultación de injusticias y la naturaleza clasista de la nueva legislación. Estaban particularmente indignados con el uso de términos como «destructores económicos» que el PCP usaba constantemente contra ellos cada vez que proponían pasar de las palabras a los actos.

La manifestación propuesta por Lisnave fue prohibida por el MFA en un comunicado que se leyó una y otra vez por la radio. La tensión se apoderaba de Lisboa mientras la gente esperaba a ver qué ocurría. El 12 de septiembre, más de seis mil trabajadores de Lisnave, con sus monos de trabajo y sus cascos, marcharon sobre Lisboa desde el astillero en filas de quince, fuertemente organizados y portando pancartas en las que se leía: «Los trabajadores de Lisnave quieren que se marchen los fascitas»; «Muerte a la PIDE, muerte al fascismo, abajo el capitalismo»; «Derecho a la huelga sí, cierre patronal no»; «Apoyamos a los compañeros en huelga»; «Democracia para los trabajadores, represión a los reaccionarios»; «Larga vida a la clase obrera».

Era una visión maravillosa, el proletariado lisboeta, con sus ropas de trabajo, repartiendo panfletos a la gente de la ciudad en una manifestación prohibida. La marcha fue aplaudida durante todo el camino. Miles de trabajadores –sobre todo de Correos– se les unieron. Otelo Saraiva de Carballo, comandante del COPCON, ordenó personalmente que se estableciera un cordón alrededor del Ministerio de Trabajo. Uno de los comités de trabajadores le dijo: «O nos paras matándonos o nos dejas ir. De cualquier forma, continuaremos la marcha». Frente a semejante despliegue de determinación, Otelo no se atrevió a intervenir y las tropas de COPCON se retiraron.

Los astilleros de Lisnave habían vivido huelgas antes del 25 de abril, y el PCP había sido muy activo en ellas, pero ahora la célula de la fábrica emitía un comunicado denunciando el «aventurismo». El PCP declaró que la manifestación «representa la hostilidad contra el gobierno y la falta de respeto por el orden democrático, cuya consecuencia solo será provocar a la reacción». Sin embargo, como se verá pronto, la reacción no necesitaba provocación alguna.

La ley antihuelgas y el resurgimiento de la derecha

Con la llegada del Segundo Gobierno Provisional la ola de euforia comenzó a descender y la realidad a reafirmarse a sí misma. La sociedad estaba dividida en clases y estas tenían intereses mutuamente antagónicos. Inicialmente, los patrones buscaron limitar la ofensiva de la clase trabajadora por medios legales, pero cuando estos mecanismos fracasaron, ciertos sectores de las clases dirigentes demostraron estar completamente preparados para concebir un retorno a un régimen autoritario.

La CIP trabajaba sobre dos líneas. La primera, abiertamente política, consistía en apoyar a los partidos de derechas y defender un tipo de expansión capitalista en el que pudieran participar, lo que requería limitar el derecho a huelga. La otra, no menos política, pero sí menos abiertamente política, implicaba financiar y apoyar a grupos fascistas.

Ciertamente, todavía persistían fragmentos de instituciones fascistas, y la mentalidad no había desaparecido, pero en conjunto los fascistas no podían actuar por su cuenta, por lo que buscaban el apoyo de los distintos partidos de derechas. «Con el espíritu del 25 de abril», muchos de los viejos líderes se habían vuelto liberales. Algunos, momentáneamente encarcelados, habían sido liberados de nuevo. La GNR y la PSP todavía conservaban un poder considerable. Por ejemplo, el 16 de agosto de 1974, un grupo de radicales, llamados «Los Amigos de Mozambique», organizó una concentración en el Parque Eduardo VII. Por orden de uno de los asociados de Spínola, se les prohibió seguir adelante con el acto, ante lo cual marcharon por la avenida de la Libertad hasta llegar a Rossio, en el centro de Lisboa, donde la policía les ordenó dispersarse. Antes de que pudieran hacerlo, abrieron fuego. Cuatro personas resultaron heridas y una muerta: Vitos Bernades, trabajador y militante de CDE.

La conmoción por el asesinato, típico de las acciones policiales previas al 25 de abril, mostró a la gente algunas duras realidades de la nueva «democracia». La condena por parte de la izquierda fue unánime. Igual que lo fue el darse cuenta de que todavía existían fuerzas con mentalidad fascistas muy atrincheradas en posiciones de autoridad. Fuerzas que el gobierno se negó a desarmar.

En ese tiempo se descubrió también lo activa que se había vuelto la CIA. Bajo la apariencia de una «Compañía de Operación y Transporte» totalmente ficticia, parecía tener dos actividades principales: fotografiar activistas y cenar con diversos oficiales de las Fuerzas Aéreas. Corrían historias –eran cientos los rumores y las historias que circulaban– de que restos de la vieja «Legión» se estaban organizando y, de hecho, ya lo habían hecho bajo la etiqueta de los partidos «Liberal» y «Federalista». Otra historia, según dicen extendida por el PS y el PCP, afirmaba que el Frente por la Liberación de Portugal (FLP), grupo de exiliados en París que realizaba sólidos análisis sobre la situación política, estaba compuesto por completo por exespías de la PIDE. Los viejos miedos y los hábitos tardan en morir. Es imposible decir si era cierto o no. En cualquier caso, un motín de doscientos agentes de la PIDE en una cárcel de Lisboa, el 12 de agosto de 1974, ayudó de alguna manera a aclarar la situación. Convocó a miles de manifestantes en las calles denunciando sus demandas.

La ley antihuelga introducida el 27 de agosto fue típica del equilibrio de fuerzas del momento. Se trataba de la culminación de mucha preparación y sus promotores consideraban que era particularmente importante la elección del momento oportuno. Por desgracia, no era algo que fuera a estar en sus manos. La ley tuvo que ser introducida en el pico del conflicto en TAP, es decir, en el peor momento posible, y fue inmediata y visiblemente ignorada a gran escala. Se trataba de una compleja obra de legislación que prohibía tanto los cierres patronales como ciertos tipos de huelga. En el preámbulo declaraba: «*La Constitución Política de 1933 prohibía las huelgas y los cierres patronales. Rompiendo con este sistema, el Movimiento 25 de abril permite y reconoce a los sindicatos y asociaciones empresariales siempre que concuerden*

con el Programa del MFA». No obstante, lo realmente importante era la letra pequeña. Se componía de treinta y un artículos y se prohibía específicamente lo siguiente: a) huelgas de las Fuerzas Armadas, bomberos, judiciales, etc. b) huelgas políticas y huelgas en solidaridad con comercios o industrias no relacionados (art. 6) c) huelgas que llevasen a la ocupación de fábricas (art. 7) d) huelgas en las que no hubiera habido un periodo de 30 días de negociación con la administración (art. 8) e) huelgas que no hubieran sido votadas por una mayoría de la fuerza de trabajo involucrada (art. 10).

Por otro lado, se permitían específicamente los cierres patronales cuando una huelga no cumpliera con las condiciones descritas o cuando la administración considerara que la maquinaria corría peligro. Esta fue la principal estocada de la legislación, que buscaba evitar las acciones de solidaridad y acabar con la oleada de ocupaciones que estaba amenazando seriamente el derecho de gestión de los patrones.

Lejos de condenar semejante legislación contra la clase trabajadora, el PCP y el PS ayudaron a formularla. Todos los grupos de izquierda condenaron rotundamente la nueva ley. El violento ataque que les dirigió Cunhal demuestra hasta qué punto estaba confabulado con el capital. De hecho, el 1 de junio, el PCP había organizado una manifestación en Lisboa a través de Intersindical contra la ola de huelgas. Avelino Gonçalves –ministro de Trabajo del PCP y antiguo líder sindical de los Empleados de la Banca del Norte– dijo que estaban «en contra del aventurismo, el oportunismo y las reivindicaciones utópicas que causan caos y división en las fuerzas democráticas». Por aquel entonces la actividad principal de la Intersindical había sido acercase a Lisnave, Mabor, CTT, Setenave, etc. y tratar de disuadir a los trabajadores de continuar con las huelgas.

Era difícil saber a qué se refería el PCP con «fuerzas democráticas». No había ninguna en el avispero de intrigas que era el gobierno. Spínola se reunía con miembros del Partido Liberal y del Partido Democrático del Trabajo, en los que se organizaban muchos exagentes de la PIDE –que también planeaban acciones de tipo más directo. Consiguió hacer designar a Gaivao de Melo como director del cuerpo encargado de formular los cargos contra la PIDE. A su mano derecha, Sanches Osório, le nombró ministro de Comunicación Social y a Firmino Miguel, firme spinolista, ministro de Defensa.

Los nuevos comandantes de la GNR y la policía también fueron aprobados por Spínola. El General y aquellos a su alrededor hacían todo lo que estaba en su mano para reducir la influencia del MFA. Fue a su íntimo amigo, Champalimaud, a quien Spínola pidió que hiciera un plan de reconstrucción económica. Palma Carlos ya había hablado de la necesidad de que los partidos de derechas se unieran, pero esto empezó a gestarse en septiembre bajo la influencia personal de Spínola.

Algunas de las discusiones más fieras se daban sobre el tema de las colonias. El MES y los maoístas eran especialmente críticos en este punto. Nunca permitieron que la gente se olvidara de quién era Spínola exactamente. A principios de agosto se estableció una Junta de Censura con Sanches Osório, hombre de Spínola, al cargo. Tenía poder para recaudar multas de las publicaciones, o directamente suspenderlas. Dos diarios vespertinos habían sido perseguidos por publicar material inoportuno sobre las colonias. A mediados de agosto, la revista maoísta, *Luta Popular*, fue suspendida por «agresiones ideológicas concretas» contra el gobierno. Osório fue relevado del cargo tras una manifestación conjunta del PRP, URML, LUAR, MES, GAPS y el MRPP.

Una de las consecuencias de la lucha en las colonias, y de la propuesta de descolonización, fue un plan para extender la nacionalización de la banca portuguesa. El Banco Nacional Ultramarino era uno de los poderes decisivos de la economía de Mozambique y estaba claro que no habría una descolonización radical mientras este estuviera, aunque fuera parcialmente, en manos privadas. El Banco de Portugal y el Banco de Angola también tenían importantes inversiones en ultramar. El capital de los tres bancos fue totalmente centralizado en manos del Estado, por lo que hubo que compensar al capital extranjero minoritario.

Durante el verano hice un viaje de acampada por el norte del país. Por todas partes me encontraba gente discutiendo las mismas cosas: nacionalización, autogestión, comunismo, lucha de clases. En un campin en la montaña cerca de Leixoes, el guardia, que no había salido de allí en cinco años, me interrogó hasta la saciedad sobre el 25 de abril. En Figueira da Foz, la trompeta de un turista francés hizo sonar notas de la «Grandola» que fueron respondidas por un pescador que tocaba desde una ventana. Se juntó una multitud, exultante. Los trabajadores a las afueras de Oporto contaban historias de agentes locales de la PIDE que todavía no habían sido arrestados. De primeras desconfiaban de cualquier extranjero. Nos invitábamos mutuamente a vasos de vino, como un ritual, y después de un par de rondas, empezaban a hablar de cosas que nunca habría soñado escuchar: «El problema es el capitalismo. Todavía hay fascistas en el gobierno. Cerca de aquí todavía viven agentes de la PIDE». El norte, supuestamente plaza fuerte de la reacción, estaba bastante más polarizado que el sur.

El 28 de septiembre

En una entrevista concedida tras los hechos del 28 de septiembre, Otelo Saraiva de Carvalho (comandante del COPCON) reveló que el general de división de las Fuerzas Armadas sabía del tráfico de armas desde España y Angola desde el 8 de septiembre. Una semana más tarde, sus agentes habían descubierto que se había contratado un avión en el aeródromo de Tires en nombre de las Fuerzas Armadas. Iba a usarse para lanzar panfletos sobre Lisboa anunciando una manifestación que tendría lugar el 28 de septiembre en favor del general Spínola.

El discurso de Spínola del 10 de septiembre, en el que había hablado de una «mayoría silenciosa que tenía que despertar y defenderse del extremismo totalitario», había sido planeado como punto de partida de una campaña que conduciría a un nuevo golpe. Varios elementos del mundo de los negocios y de las Fuerzas Armadas, junto con agrupaciones de extrema derecha en la sombra, apoyaban el movimiento. Pocos días después del discurso empezó a aparecer en las calles de Lisboa un cartel enorme que convocaba a una manifestación para demostrar el apoyo al general Spínola: «No al extremismo, sí a la firmeza y la lealtad al programa del MFA». El 19 de septiembre un avión hizo llover panfletos sobre Lisboa y Coimbra.

Una semana antes, el Partido Liberal, el Partido del Progreso, CDS, PDC, PPD y otros pequeños grupos habían aplaudido el discurso de Spínola. El PPD dijo que «sus palabras constituyeron un consejo solemne y una grave advertencia para Portugal» (*Diário de Lisboa*, 13 de septiembre). Los cristiano-demócratas elogiaron sus «lúcidas consideraciones». El Partido

Liberal resaltó que la falta de confianza en la economía era la raíz de la crisis y lamentaba el hecho de que la ley antihuelga se hubiera violado «de forma abierta y desafiante».

El PCP y los grupos de izquierda alertaron de que se estaba planeando una operación masiva contra la clase trabajadora. La primera evidencia real llegó al descubrir que se había realizado una compra masiva de entradas para la corrida de toros de esa noche. Las entradas habían sido pagadas por Champalimaud y de Melo, y distribuidas gratuitamente… a aquellos a quienes habían convencido de que el país se encaminaba a la ruina económica.

La plaza de toros no es un sitio frecuentado por la clase trabajadora. Las entradas más baratas cuestan treinta escudos y los precios suben abruptamente en la tribuna. Los trabajadores ven las corridas por la televisión. Cuando el primer ministro Vasco Gonçalves entró en la arena la multitud le aclamó creyendo que era Spínola. Al descubrir la equivocación los vítores cesaron inmediatamente. Es más, después fue abucheado. Al final de la tarde, la multitud aplaudió a un torero –hijo de un conde encarcelado por vender armas a Biafra– cuando dio una vuelta al ruedo sosteniendo un cartel que anunciaba la manifestación.

Los grupos de izquierda se congregaron a las afueras de la plaza. El MES, PRP-BR y los maoístas repartieron panfletos en los que decían que la manifestación de la «mayoría silenciosa» era una señal para el golpe. La GNR acudió y les hizo retroceder utilizando sus caballos. El Partido Comunista emitió una declaración alertando al gobierno de las «fuerzas reaccionarias». El MDP y el PS también emitieron declaraciones condenando la manifestación convocada. El PRP-BR ya había planteado unas cuantas preguntas importantes: «Cuando Marcelo y Tomás pueden irse a Brasil, cuando Casal Ribeiro, Moreira Baptista y Silva

Cunha (antiguos líderes de ANP) son liberados, cuando los reaccionarios son protegidos, cuando los trabajadores en lucha son reprimidos, cuando los sueldos se fijan a un nivel de hambruna y se permite que los precios suban, ¿quién se beneficia: los trabajadores o la reacción?».

La lucha estalló cuando los spinolistas salieron de la plaza de toros. Cientos se acometieron furiosos con puños y palos. Fue el primer acto de violencia masiva entre civiles desde el inicio de la revolución, y se volvió especialmente feroz cuando la segunda ola de spinolistas trató de abandonar el ruedo.

Al día siguiente, viernes, aumentaron las peticiones de que la manifestación fuera prohibida. El MDP hizo un llamamiento a que grupos de vigilancia bloquearan todas las carreteras de entrada a Lisboa. También sacaron imágenes mostrando el cartel de la «mayoría silenciosa» por lo que era: la convocatoria, apenas disimulada, a un mitin fascista. Las organizaciones estudiantiles, los maoístas, el MES… todos denunciaron la manifestación. Miembros del PRP-BR repartieron volantes en las principales estaciones de Oporto exhortando a los conductores de autobús a no llevar a manifestantes pagados a Lisboa. La mayoría estuvieron de acuerdo en no hacerlo. De parte del gobierno, solo Galvao de Melo, general que hacía poco había comparado el 25 de abril con el golpe derechista en Brasil de 1964, apoyó públicamente el mitin.

Todo el mundo esperaba que la marcha fuera prohibida, pero el ansiado anuncio nunca llegó. En cambio, el mayor Sanches Osório, acérrimo spinolista, habló de parte del MFA y dijo que la manifestación tendría lugar. Alrededor de las 7 de la tarde las tropas empezaron a dirigirse a las estaciones de radio. Varios batallones de la GNR fueron avistados dirigiéndose a Monsanto. La gente empezó a reunirse en varios puntos cercanos

a las entradas principales de la ciudad. De forma espontánea se levantaron barricadas y aparecieron grandes pancartas rojas rezando: «Parad a la reacción». Radio Renascença informaba de todo y animaba a miles más a salir a las calles.

A las 9 de la noche se apagó la radio nacional, seguida algo después por Radio Clube y la televisión. Después supimos que habían sido tomadas por la GNR. Emissora Nacional era la única estación de radio que seguía funcionando, pero solo esporádicamente. La información y los rumores se extendieron como la pólvora por lo que, durante los días del fascismo, se había conocido como el «teléfono árabe».

Representantes del PCP y del PS aparecieron en las barricadas con brazaletes rojos. Se repartían panfletos instando a la vigilancia. La gente decía que tanto Otelo como Gonçalves estaban retenidos en Belem.

En una entrevista posterior, Otelo dijo que Spínola le había señalado como responsable de las barricadas: «El rumor de que había sido arrestado hizo que las unidades del MFA "leales" se dirigieran a Belem a rescatarme. Les dije por teléfono que no se alarmaran. No me creyeron». Otras historias decían que los generales de extrema derecha Luis sa Cunha y Kaulza de Arriaga estaban organizando un golpe. La confusión crecía a cada momento. La guerra civil parecía inminente.

Los trabajadores de las afueras de Lisboa cogieron las primeras armas que tuvieran a mano y levantaron barricadas en las carreteras de la ciudad. Cualquiera que fuera en dirección a la capital era registrado. En el puente del Tajo las tropas dispararon a un Mercedes que se negó a detenerse. En el norte se descubrió un coche fúnebre con el ataúd lleno de armas. En Vila Franca

de Xira fueron detenidos dos camiones y se descubrió que contenían armas y explosivos.

La noche era fría pero nadie abandonó las barricadas. Los amigos traían café y bagazo para los vigilantes. Las tropas se desplazaban por todas partes. Nadie sabía a dónde iban, aunque resultó que muchos estaban arrestando a conocidos defensores de la manifestación convocada. Se registraron hoteles como el Hilton, deteniendo a los derechistas para llevarlos a Caxias. A las tres de la madrugada el mayor Osorio leyó un comunicado permitiendo una vez más la manifestación y reclamando que las defensas debían ser retiradas. Entre tanto, otras tropas se acercaban a las barricadas y ayudaban a los civiles a mantenerlas.

A las 8:40 de la mañana del sábado, 28 de septiembre, Emissora Nacional volvió de nuevo a las ondas, esta vez a ritmo de «Grandola, Vila Morena», la tonada que había anunciado el levantamiento del 25 de abril.

«Acabamos de ser testigos de toda una serie de acciones llevadas a cabo por parte de fuerzas reaccionarias. Estas fuerzas no han entendido la necesidad histórica del 25 de abril. Han querido que cundiera el pánico en la gente mediante el tráfico de armas y el sabotaje económico… Para asegurar que el camino de la nueva sociedad está a salvo, a primera hora de esta mañana, se ha detenido a varias docenas de personas».

Inmediatamente, miles de personas se echaron a las calles y reforzaron las barricadas. La espera duró toda la mañana. A la una, el propio Spínola leyó un comunicado prohibiendo la manifestación: «Dadas las distintas circunstancias de las que hemos sido testigos esta mañana, y con ánimo de evitar posibles enfrentamientos, su Excelencia el presidente no considera aconsejable proceder con la anunciada manifestación de la Plaza del Imperio».

Otro comunicado, leído varias veces, pedía a la gente que tuviera confianza en las fuerzas del COPCON, que ayudara al MFA y que retirara los piquetes «porque la situación ya no los hacia necesarios». Las tropas se desplazaron a áreas estratégicas. Las multitudes, en actitud todavía amistosa, discutían con ellos la situación en pequeños grupos. El tráfico volvió a fluir. Había una profunda conciencia de que la derecha había recibido un revés decisivo.

A las dos, miles de trabajadores se juntaron en Belem para una contramanifestación, convocada por varios comités de trabajadores e Intersindical, en lo que terminó siendo un desfile de la victoria. Una hora después, la izquierda se manifestó en Alcántara, un suburbio cercano de clase trabajadora. Se presentaron cuarenta mil personas que marcharon por las calles coreando las consignas de la noche anterior. La felicidad era mucho más política que en el Primero de Mayo. La gente gritaba de forma más agresiva, con más determinación y convicción. Esta segunda manifestación fue promovida por el MES, aunque todos los grupos revolucionarios –excepto el MRPP– la apoyaron. Durante todo el camino la gente mostraba su solidaridad levantando el puño o aplaudiendo desde los balcones.

El domingo fue tranquilo. La gente intentó concebir todas las implicaciones de lo que había ocurrido mientras esperaba nuevas emisiones. Por la noche, Vasco Gonçalves se dirigió a la nación.

No había habido periódicos ni el sábado, ni el domingo, y tanto la radio como la televisión habían permanecido en silencio durante largos periodos. Habían sido sustituidos por panfletos y hojas que aparecían pegadas en todas las paredes. La de MDP-CDE afirmaba que se habían encontrado armas en el hotel Sheraton. El papel que jugaron estos canales de comunicación no oficiales durante la crisis fue enorme. En cada panfleto se

filtraban pequeños fragmentos de información que evitaban el caos y el pánico.

Esa noche se leyó en la radio la lista completa de todos los arrestados. Incluía a los fascistas más conocidos y más activos del viejo régimen, así como dos grandes capitalistas del país: Espirito Santo y Champalimaud. Se alertó de que habría más detenciones de forma inminente.

El lunes los trabajadores volvieron a las fábricas, pero no para trabajar sino para discutir los hechos del fin de semana. Aparecieron los primeros periódicos nacionales. Ahora las noticias afloraban por todo el país. Se había descubierto un plan para asesinar a Vasco Gonçalves: habían encontrado un rifle con mira telescópica de largo alcance en la casa frente a su residencia. Las oficinas del Partido del Progreso habían sido registradas y se había encontrado un arsenal, incluyendo armas automáticas. Se habían asaltado las oficinas del Partido Liberal y, a pesar de la intervención de la policía, militantes del PS y del MDP habían destrozado las ventanas.

Ese mismo día, 30 de septiembre de 1974, un demacrado Spínola se dirigió por televisión al país. Dimitía como presidente. No podía «seguir haciendo frente al clima de anarquía en el que cada uno actúa bajo su propia ley y donde es imposible crear una auténtica democracia para la paz y el progreso». La gente se reía cuando terminó. La victoria se había consolidado y la posibilidad de una revolución de la clase trabajadora parecía un poco más cerca.

Fue nombrado nuevo presidente el general Costa Gomes. Tenía unos credenciales conservadores impecables: Comandante de la GNR, ex comandante de las Fuerzas Armadas en Mozambique en 1961, General Jefe del Ejército desde 1972. Con un

ligero tono «antifascista»: en marzo de 1974 había sido repudiado por Caetano por no prestarse a hacer el juramento de lealtad.

Todos los partidos políticos hicieron declaraciones sobre los hechos. El PCP llamaba a que tanto la gente como las Fuerzas Armadas continuaran la vigilancia. El PS y el PPD aplaudieron al MFA y pidieron «una aceleración del proceso democrático». El PS también pedía apoyo para el día de trabajo voluntario qua habían convocado para el 6 de octubre. La declaración del MES aseguraba que «los cinco últimos meses han demostrado que el MFA no puede hacerse a un lado y dejar que las fuerzas burguesas acaben con los trabajadores. Las recientes luchas llevadas a cabo por la vanguardia de la clase trabajadora –los trabajadores de TAP, Lisnave y todos aquellos a los que desde el 25 de abril se les ha mentido y reprimido– han mostrado claramente que el apoyo de la clase trabajadora al MFA debe ir de la mano del apoyo del MFA a la clase trabajadora».

LUAR habló en un comunicado de la renuncia de Spínola: «Spínola ha dimitido porque quería ser el único intérprete del programa del MFA, y por su apoyo a los intereses del capitalismo expansionista y de las altas finanzas internacionales. Quería usar el programa (del MFA) para reprimir los intereses legítimos de las clases trabajadoras y la mayoría del pueblo portugués». ¡No hubo ningún comentario sobre el hecho de que el «programa» era tan ambiguo que podía usarse, legítimamente, para ese propósito!

El PCP e Intersindical convocaron una gran manifestación para la noche del lunes en frente del palacio presidencial en Belem. Todo el mundo se daba cuenta de que las concentraciones principales del PCP estaban siendo convocadas fuera del área del gobierno, mientras otros grupos se manifestaban bien en distritos obreros, como Alcántara, o en el centro de la ciudad.

Sin embargo, la manifestación fue muy alegre. Acudieron miles de personas que no eran miembros del partido. ¡Victoria, Victoria!, gritaban los del PCP. Se oían también otras consignas obreras, quizá más sinceras y proletarias: «Soldado, amigo, el pueblo está contigo» o (como antaño) «Venimos por propia voluntad, nadie nos paga».

El siguiente domingo fue 6 de octubre, el día siguiente del aniversario de la proclamación de la primera república. A pesar de las grandes fuerzas de la clase trabajadora que se habían puesto de su lado, el gobierno todavía hablaba de ese concepto totalmente mistificador que es el «interés nacional». Esa noche hubo una concentración a las puertas del hotel Hilton. Galvao de Melo había acudido a cenar con ciertos elementos a los que se acusaba de ser agentes de la CIA. Alrededor de tres mil personas se congregaron a las afueras, esperando. Llegaron las fuerzas del COPCON pero no intervinieron. Los civiles se mantenían en grupos discutiendo la situación. Finalmente Galvao de Melo salió, sin clavel, y la gente se adelantó gritando «Muerte a la CIA, muerte al fascismo». El general escapó de milagro en un Mercedes del gobierno.

El Tercer Gobierno Provisional

Poco después del 28 de septiembre se estableció una nueva administración que duraría hasta el siguiente golpe de la derecha, que se produciría en marzo de 1975.

La composición del tercer gobierno difería muy poco de sus predecesores. Junto con Spínola fueron expulsados otros tres miembros de la Junta y seis miembros del gobierno ante-

rior. Se hicieron cinco nuevos nombramientos militares y el propio Vasco Gonçalves asumió las tareas del Ministerio de Comunicación Social. El coronel Pinho Freire y el teniente coronel Mendes Días, ambos militares profesionales, se hicieron cargo de las Fuerzas Aéreas, reemplazando a Diogo Nero. Vitor Crespo y Rosa Coutinho sustituyeron a Silvinio Ribeiro y Firmino Miguel como jefes de la Marina. Por fin, Galvao Melo fue destituido. No se anunció ninguna legislación que llamara la atención. COPCON asumió temporalmente las tareas de preparar pruebas contra exagentes de la PIDE y se desmantelaron algunas organizaciones fascistas como la Legión, a la vez que se aceleraba el proceso de descolonización.

Estos cambios representaron una victoria para el Comité de Coordinación del MFA. La insistencia de Spínola de hacer una interpretación «spinolista» del programa se había debido a sus conexiones con las altas finanzas (como Melo y Champalimaud). Más tarde se supo que había intentado detener el proceso de descolonización en Angola con un acuerdo entre el líder del FNLA, el presidente de Zambia –hermanastro del primero– y los norteamericanos –quienes querían proteger sus importantes intereses en Cabinda. Spínola también había apoyado a los *pides* rebeldes en Mozambique a principios de septiembre.

El propio MFA fue reestructurado tras la marcha de Spínola. En la cúspide de la gigantesca pirámide se encontraba el Consejo Supremo del Movimiento, conocido como el Consejo de los Veinte, y formado por el Presidente, los seis miembros restantes de la Junta, los cinco ministros militares (el primer ministro, dos ministros sin cartera y los ministros de Interior y Trabajo), el comandante de COPCON y siete miembros del Comité de Coordinación del MFA. La Asamblea del MFA se

compuso de doscientos oficiales de las tres ramas de las Fuerzas Armadas –de los cuales ciento quince correspondían al ejército de tierra. La Asamblea General se basó en distintos consejos en las tres ramas del ejército, relacionados a su vez con distintos consejos y asambleas regionales.

Ahora, el MFA estaba representado en todos los niveles del gobierno y la administración civil. No obstante, sus políticas ya no eran unánimes y se empezaba a generar una cierta polarización. Su boletín quincenal hablaba profusamente de «democracia», «descolonización» y «dinamización» pero no daba ninguna pista sobre qué quería decir con eso.

Vasco Gonçalves hizo un llamamiento a trabajar un domingo, el 6 de octubre, con el objetivo de demostrar que el MFA todavía contaba con el apoyo de grandes sectores del pueblo portugués, y que el mensaje de Spínola sobre la «anarquía» era infundado. Decenas de miles de trabajadores se presentaron al trabajo. Otros se pasaron el día limpiando las calles y los muros de Lisboa. En los cinco meses desde abril las paredes habían acumulado tantas consignas y pintadas que era difícil encontrar espacio libre. A menudo, cuando alguien escribía una nueva consigna, tenía que rodearla para que la gente se fijara al pasar. Los estudiantes fueron a los barrios chabolistas a ayudar y hubo quien acudió a los hospitales. Algunos grupos fueron críticos con la propuesta. Los trabajadores de Efacec afirmaban: «Vivimos en una sociedad capitalista en la que la mayor parte de las riquezas producidas va a parar al bolsillo de los jefes. En nuestro caso, cualquier riqueza extra que generemos se irá al extranjero tras aumentar la cuenta corriente de los patrones y permitirles un nuevo coche o un viaje más a las Bermudas. Dado que hay cosas mucho más importantes que hacer que trabajar para el patrón, proponemos que cada sección decida por sí misma qué hacer el domingo».

CTT y otros trabajadores también proclamaron el derecho a decidir dónde debía hacerse el trabajo extra. Este tipo de acciones desafiaba toda la cuestión de «la bondad del Estado» y «la sabiduría de las autoridades». La naturaleza de clase del nuevo Estado ya había sido puesta en evidencia –muy claramente– por los trabajadores de Lisnave, TAP, Efacec, Timex, Sogantal, Charneca, CTT y muchos otros. A pesar de la posición servil del PCP, en relación al MFA y al gobierno, grandes secciones de la clase trabajadora avanzaban hacia una crítica revolucionaria de la sociedad portuguesa. El comunicado de Lisnave del 10 de octubre habla por sí solo.

Las firmas internacionales volvían a demostrar preocupación por sus intereses en Portugal. En Madeira se descubrió una compañía sin ningún tipo de registro operando bajo el nombre de Cindustria. Una de sus oficinas se encontraba a bordo del yate «Apollo», atracado cerca de la isla. Los doce norteamericanos que vivían en la embarcación habían sido vistos fotografiando a manifestantes. Ciertas pesquisas señalaron que Cindustria era una filial de la «Compañía de Operaciones y Transporte», la empresa fachada de la CIA. El CDE de Madeira –apoyado por el todo el PS, la Unión Popular de Madeira (UPM) y el Frente por la Democracia en Madeira (FPDM)– convocó una manifestación contra su presencia. La pelea entre los manifestantes y los miembros de la tripulación acabó con estos últimos escapando a aguas desconocidas.

Durante las siguientes semanas, comenzaron a ser reincorporados los trabajadores de TAP despedidos por las acciones de agosto. La compañía fue reocupada por los militares el 28 de septiembre y continuó así durante dos semanas, hasta que fueron relevados por la PSP. El mando militar insistió en que se

llevara a cabo la siguiente humillación: los trabajadores tuvieron que escribir individualmente a la administración y rogar para que les devolvieran sus empleos.

Dada la victoria del 28 de septiembre, fueron muchos los que aceptaron de buen grado. La lucha podía continuar. Los trabajadores del *Jornal do Comércio* también volvieron al trabajo ahora que su director estaba en prisión… por haberse asociado con el lado equivocado durante los acontecimientos del 28 de septiembre.

A raíz de «los días de septiembre» muchos grupos de izquierda volvieron a tener un hueco en los periódicos. Entre julio y septiembre apenas habían tenido una cobertura marginal. Aunque, en cierto sentido, los propios grupos eran marginales. Los actos organizados por las fuerzas de la clase trabajadora en las fábricas –y por la burguesía fuera de ellas– eran mucho más importantes.

V. El levantamiento

Los comités

Las repercusiones políticas del 28 de septiembre no se hicieron realmente aparentes hasta un tiempo después. El Partido del Progreso fue prohibido, sus oficinas cerradas y la mayoría de sus líderes arrestados. Otros partidos derechas también cesaron su actividad, o actuaron como si lo hicieran. Entre tanto, el movimiento de huelgas ganaba impulso. En octubre, se registraron «incidentes» en cerca de cuatrocientas fábricas y empresas, que iban desde que los trabajadores presentaran una lista de demandas hasta que expulsaran a toda la dirección.

Merece la pena analizar con más detalle la relación entre los comités de trabajadores y los sindicatos. Estos habían sido una herencia del régimen fascista, en el que estuvieron afiliados al antiguo ENT creado por Salazar en 1934, y en la mayoría de casos su descrédito era absoluto. Ahora había alrededor de cuatro mil sindicatos organizados por ramo en todo el país. En algunos casos, no «representaban» más que a media docena de trabajadores. En Lisnave había trece sindicatos; en Mabor (la planta de neumáticos), veintitrés; en Tap, quince. La situación

era parecida en otras grandes empresas. Algunas federaciones pequeñas solo existían nominalmente, juntando, a veces, a extraños compañeros de viaje: uno de los sindicatos de TAP era la Unión de Navegantes Aéreos y Marinos. Los únicos sindicatos grandes y «fuertes» eran la Unión de Empleados de Banca –que trató de organizar una manifestación en Lisboa el Primero de Mayo de 1973– y el Sindicato de Trabajadores Agrícolas. Juntos iban a formar el núcleo duro de Intersindical –la federación liderada y dirigida por el PCP. Algunos todavía eran fachadas de antiguos *pides*. Aquello que dijeran Pannekoek y la Liga Espartaquista sobre los sindicatos en Alemania en 1919 fue particularmente cierto para Portugal: se trataba de instrumentos de control de los trabajadores.

Frente a la necesidad de organización autónoma, la respuesta inmediata de los trabajadores fue la asamblea general o el plenario. Todos los empleados de una empresa se reunían para discutir la situación. Normalmente se elegía un comité de trabajadores, o una comisión *ad hoc*, al que se confiaba la tarea de redactar un borrador de la lista de peticiones. Tras el vacío organizativo que siguió al 25 de abril, se habían lanzado los comités como la forma natural de organización para defender los intereses de los trabajadores. Presionaban por reivindicaciones económicas y, en ocasiones, por una reestructuración de la vida industrial. Muchos apelaban al fin de la explotación: los beneficios no se dejarían en manos privadas de individuos. A pesar de que no eran organizaciones revolucionarias –pocos pedían la abolición del trabajo asalariado y del modo de producción capitalista– mostraban una desconfianza exacerbada hacia los sindicatos y, en muchos casos, hacia las nuevas instituciones creadas por el MFA. Esto no quiere decir que el MFA fuera impopular, simplemente los trabajadores querían que las cosas ocurrieran más

deprisa. A finales de octubre de 1974, había cerca de dos mil comités de este tipo en Portugal.

Normalmente, los comités se elegían anualmente y eran revocables. De hecho, en más de un caso se ejerció ese poder. Los asuntos que trataban, y los objetivos que se establecían, abarcaban muchas cuestiones, lo que algunas veces les llevó a un conflicto directo con el Estado. El comité de Lisnave, por ejemplo, convocó la manifestación del 12 de septiembre contra la ley antihuelga, a pesar de que la marcha propuesta había sido prohibida por el gobierno, y tanto los sindicatos como la célula del PCP de los astilleros la habían atacado. Igual que cuando el plenario de los trabajadores de TAP convocó en julio la huelga que llevó a la «militarización» de los aeropuertos. Muchas veces, estos comités existían en paralelo a los sindicatos y la administración oficial.

A menudo, tuvieron que enfrentarse con una gran variedad de problemas. Algunos aparentemente triviales –aunque analizados más de cerca demostraron ser importantes– y otros claramente significativos. Aunque algunos eran problemas puramente locales, otros muchos tuvieron una relevancia bastante más general. Mientras algunos estaban relacionados con cuestiones de gestión, otros tenían que ver con actitudes profundamente arraigadas en la propia clase trabajadora. Tratar de adaptarse a la realidad contemporánea, todavía capitalista, creaba muchas dificultades. No obstante, semejantes dificultades surgen a través de los intentos conscientes de prefigurar un futuro comunista. Merece la pena dedicar unas pocas páginas a este asunto.

Estos fueron los principales problemas:

a) Encontrar un sitio accesible donde pudieran reunirse la mayoría de los trabajadores. En la mayoría de fábricas sería la cantina, pero a veces no había o no estaba lo suficientemente céntrica.

Estos accidentes geográficos hacían que fuera más fácil asistir a los plenarios para unos trabajadores que para otros. En muchos casos no había ningún lugar céntrico donde reunirse. Incluso las grandes empresas, como TAP, tuvieron este problema. En esos casos, las reuniones tenían que hacerse fuera de las instalaciones de la compañía. Además, algunas tenían la fuerza de trabajo muy dividida y la empresa, como conjunto, se extendía por muchas regiones –personal administrativo en Lisboa, personal fabril en Setúbal, ramas desperdigadas por todo el país, etc. En estos casos, la verdadera representación demostró ser un gran conflicto.

b) Superar las distintas tendencias políticas. En los plenarios operaban diferentes partidos políticos, y sus preocupaciones a menudo resultaban sectarias para muchos de los que acudían a las asambleas. En primer lugar, estaban los miembros de algún sindicato tratando de hacerse con una base a través de su propia elección para los comités. También estaban los diferentes grupos de izquierda que utilizaban los comités para hacer propaganda y reclutar miembros. Al traer temas ajenos –como por ejemplo hablar del «traidor Vilar», líder del PCP-ml, o del «traidor Cunhal»– provocaban infinidad de problemas. Las disputas entre facciones a nivel macromolecular, que tenían poco que ver con los problema reales, y serios, que había sobre la mesa, bloqueaban los intentos de situar a la empresa en el contexto general de la economía. Les restaban valor a las discusiones de temas reales, malgastando tiempo y esfuerzo de la clase obrera, y solo generaban mistificaciones. Muchas veces, los plenarios eran interrumpidos por discusiones acaloradas, que rara vez tenían relevancia para las preocupaciones reales de los trabajadores.

El mejor ejemplo de esto fueron los plenarios de Setenave, una gran empresa de reparación de barcos de Setúbal, a cuarenta kilómetros de Lisboa. En mayo se había convocado una huelga

que duró doce días. El comité fue revocado por «confraternizar» con la administración y se eligió uno nuevo que agrupaba a todas las secciones: ingenieros, electricistas, soldadores, etc. Esto fue lo que uno de los trabajadores pensaba de uno de los plenarios: «*La última asamblea general de Setenave no tenía ningún interés para mí. Se discutieron un montón de cuestiones que no tenían nada que ver con los problemas que había sobre la mesa. Los partidos se atacaban entre sí… tú eres del MRPP, tú eres del PRP, etc. Todo el mundo estaba más interesado en esto que en discutir los asuntos reales. No se debería atacar al comité como miembro de un partido, sino como trabajador. Yo estaba de acuerdo con algunos de los ataques al comité, pero con otros no*».

Un segundo participante destacó que los trabajadores deberían ser estrictos al insistir en que los plenarios trataran solo sobre temas relacionados con la empresa, o como mucho con problemas más generales de los trabajadores, como el desempleo, etc. Un tercero dijo: «La crítica estaba más dirigida a los partidos que al trabajo real del comité. La crítica está bien siembre que sea constructiva… Si el 25 de abril no quitó el dinero a los capitalistas, ¿cómo se supone que iba a hacerlo el comité?» Otro trabajador destacó un tema clave: «En los grupos de base nos conocemos todos. Muchas veces a la gente del comité de trabajadores no la conocemos. Yo creo que debería haber más miembros de los grupos de base en el comité de trabajadores. Todo el mundo debería conocer a alguien en el comité».

Aun así, allí donde los trabajadores habían entendido la necesidad de reunirse de forma regular, y de involucrarse lo máximo posible en las luchas que se desarrollaban, prevalecía una unidad mucho mayor. Por ejemplo, en la compañía de ingeniería eléctrica de Lisboa, Efacec-Inel, la simple elección de un comité se consideraba insuficiente. El 21 de mayo, un plenario

presentó la lista de peticiones. El 1 de junio, otro plenario discutió qué hacer cuando la administración las rechazara. El 8 julio, un tercer plenario votó ir a la huelga y ocupar las instalaciones. Habían organizado un comité de defensa desde el primer día. Más tarde se organizaron un comité cultural, uno de información y uno para coordinar los piquetes. Se publicó un periódico y se enviaron ejemplares a otras fábricas ocupadas. También se hacían proyecciones de películas, como el «Acorazado Potemkin» y documentales sobre distintas luchas, y se organizaban debates sobre la naturaleza de la crisis política. Más del 90% de los mil trabajadores de la empresa participaron de las actividades.

c) Decidir los propios términos de referencia. En los plenarios, a menudo había diferencias de opinión sobre cómo formular las demandas. En algunos casos, esto reflejaba diferencias en la composición de la fuerza de trabajo en una determinada empresa. Otras veces, las distintas políticas estaban dictadas por las diferentes actitudes de la dirección –o de la relación de esta con el MFA.

Propam era la típica pequeña empresa, una fábrica de bollería y pan que empleaba a ciento cincuenta trabajadores. Tras el 25 de abril se creó un comité y se invitó al MFA a visitar la fábrica. Más adelante fueron despedidos algunos trabajadores administrativos y dos miembros del comité –la administración alegó que no podían pagar el salario mínimo. Se presentaron dos jóvenes capitanes en representación del MFA, y acusaron a la administración de «incompetencia y falta de lucidez». Enviaron un informe al gobierno, y este respondió que no tenía poder para interferir en la propiedad privada. El MFA insistió. Al final se creó un Comité Administrativo formado por tres trabajadores y tres gerentes. Las cosas fueron bien durante dos semanas, mientras los jefes aceptaron la voluntad de los trabajadores. Sin embargo, a

partir de ahí, empezaron a cuestionar la «legalidad» de las intervenciones del MFA en este tipo de asuntos. Despidieron a uno de los trabajadores del Comité Administrativo y dejaron a los otros dos con las manos atadas. Los despidos empezaron por las oficinas. Aprovecharon el cierre vacacional en agosto para echar a un gran número de trabajadores. El 28 de agosto se decidió en un plenario que la huelga era la única solución.

«Nuestras peticiones son el despido de los gerentes por incompetentes y que se respete el derecho a trabajar… El gobierno nos pidió amablemente que no difundiéramos nuestras decisiones a la prensa para evitar "conmociones". El ministro de Finanzas redactó un documento sobre la viabilidad económica de la empresa. El patrón había empezado a escribir cosas en las paredes y cartas falsas al gobierno. También escribió cartas a los padres de lo empleados más jóvenes, alertándoles de las malas compañías que frecuentaban…».

«La mayoría de los (nuevos) despidos han sido contra el personal de oficina porque apoyó a los oficiales del MFA y se negó a obedecer a la administración. También porque el patrón nunca viene por aquí (a la fábrica) y le sería difícil encontrar una buena justificación. Y también porque nosotros, los trabajadores de planta, somos obreros especializados y sería muy difícil contratar otro personal cualificado. Solo hay una fábrica como esta en todo el país. El jefe es una persona extremadamente autoritaria y se ha vuelto insoportable para él el simple hecho de no poder dar una orden a un trabajador… Ha dejado de pensar en los intereses de la compañía y ha empezado a preocuparse por su propia supervivencia, y no la de los ciento cincuenta trabajadores».

«Propam posee tres fábricas, una planta de levadura, un molino de harina y "una planta de tratamiento". Además posee

toda una red de venta y distribución. Hay mil ochocientos cincuenta accionistas, pero los que realmente la manejan son un grupo de ocho personas. Aquí los accionistas –que poseen el 95% del capital– no dirigen nada. Tenemos veinte sindicatos para ciento cincuenta trabajadores, pero no están organizados. Elegimos a un nuevo comité y presentamos nuestras peticiones. Debería haber un *saneamento*. El personal de oficina al principio estaba con el comité, pero luego crearon el suyo propio. Teníamos reuniones que duraban hasta la madrugada y, a veces, hasta por la mañana. No se tomaba ninguna decisión sin el plenario, pero aun así había diferencias con el personal de oficina, que se encuentra sobre todo en Lisboa. Ellos estaban más asustados. Nos pedían que no dijéramos nada de lo que había ocurrido en nuestras reuniones para que no llegara a la administración, que también se encuentra en Lisboa».

A veces se utilizaban métodos más drásticos, pero no siempre con éxito. En Máquinas Mueller, S.L. los trabajadores secuestraron a los dos gerentes norteamericanos y los retuvieron hasta que se pagó un rescate de cien mil escudos. La empresa matriz pagó y presentó una protesta formal al gobierno. El ministro de Trabajo contestó que, a la vista de los recientes incrementos salariales, de todas maneras esa cantidad ya se debía en pagas atrasadas. Los gerentes se largaron.

Uno de los problemas discutidos era si los trabajadores debían tomar parte en la administración de compañías que aún estuvieran en manos privadas: básicamente, si debían ayudar a los empleadores a aumentar sus beneficios. Esto era algo que cada vez se rechazaba más de forma general. Sin embargo, en las empresas que habían tomado los trabajadores, o en las que los patrones se habían esfumado, las actitudes eran más variadas. Estaban en juego cuestiones clave respecto a todo el debate

de la autogestión, su recuperación por el capitalismo y su papel central en la estructura institucional de una sociedad socialista.

d) Conflictos de clase. Los conflictos de clase fueron considerables, y reflejaban diferencias de «estatus», edad, sexo o empleados y desempleados.

Los llamamientos a reducir las diferencias salariales provocaron una gran oposición por parte de los trabajadores mejor pagados. En general, como en el caso de TAP, se hacía incrementando los salarios más bajos y congelando los más altos, pero en el caso de las categorías especializadas –como los pilotos, que amenazaron con vender su fuerza de trabajo a otras empresas– estas cuestiones no fueron fáciles de tratar. Además, había una tendencia concreta de los trabajadores mejor pagados, que a menudo estaban más articulados, a dominar los plenarios, y en ocasiones manipularlos, hasta tal punto de que los demás trabajadores se marchaban.

Lo que los trabajadores estaban intentando hacer –y a veces conseguían– era atacar aspectos concretos de las relaciones de producción: relaciones que experimentaban en su vida diaria. Debatían sobre qué tipo de organización del trabajo querían, y esto hacía que disminuyera la separación de los trabajadores de sus medios de susbsistencia, permitiéndoles situarse de forma más consciente en el proceso de producción global. Diferentes grupos –limpiadores, soldadores, electricistas– discutían temas relacionados con sus funciones. Pero mientras el capitalismo siguiera existiendo esto no era más que la autogestión de su propia explotación: no abolía el intercambio de la fuerza de trabajo por un salario. Aun así, las perspectivas alcanzadas podían tener un valor a largo plazo en la construcción del socialismo.

Los trabajadores jóvenes eran los más militantes. Ocasionalmente se repartían en los plenarios panfletos mordaces muy agudos, con críticas a los comités y al tipo de debates que estaban teniendo lugar. En una fábrica de componentes electrónicos en Setúbal circuló un panfleto que comentaba como el comité «era aun peor que la vieja administración». Otro decía: «Hemos pasado de una situación de hambre a una en la que podemos decir que tenemos hambre». Se acusaba erróneamente de maoístas a quienes estaban detrás de estos panfletos, pero los panfletos de estos últimos solían ser la excepción. Los trabajadores mayores, y en última instancia haría falta su apoyo para hacer la revolución, tendían a ser más conservadores. Tenían más que perder. A menudo alertaban contra las «aventuras»: «¿Quién va a pagar los sueldos si se toma la fábrica?», preguntaban una y otra vez. Muchas veces no había dinero para empezar. No había ninguna seguridad. Perder el trabajo significaba poner en riesgo la propia supervivencia. Sabían perfectamente lo que era el trabajo asalariado. La organización es primordial, recalcaban acertadamente.

Los comités también tuvieron que enfrentarse con las actitudes machistas de algunos trabajadores. En Abel Alves –Santo Tirso, cerca de Oporto– había una fábrica textil que empleaba a seiscientos trabajadores, la mayoría de ellos mujeres. Los hombres ganaban más que ellas, que solo cobraban ochenta y ocho escudos al día. Querían trabajar de noche, pero ni el jefe ni los maridos las dejaban.

Abundaban las contradicciones de todo tipo. Tras el 25 de abril, el sello de Parceira A.M. Pereira empezó a publicar ediciones de Marx, Engels y Lenin. El 17 de febrero de 1975 fue ocupada por los trabajadores, quienes podían haber leído los textos o no, pero desde luego llevaban sin cobrar desde septiembre.

El problema de los esquiroles fue un asunto que surgió una y otra vez. Los trabajadores de un empresa constructora de Soares da Costa habían ido a la huelga el 20 de agosto, de 1974, para reclamar un aumento de sueldo. Los jefes enviaron esquiroles y, aunque fueron apaleados, también cuatro trabajadores tuvieron que ser trasladados al hospital. La huelga duró seis semanas. El número de desempleados solo empeoraba las cosas. A mediados de julio, cinco mil trabajadores marcharon por Setúbal, en una manifestación organizada por los patrones del ramo de la construcción, gritando: «No a la anarquía, los jefes de la industria de la construcción son hijos del pueblo».

Los obreros de Soares da Costa respondieron con imaginación y sensibilidad a esta amenaza: «Nosotros, trabajadores en huelga, entendemos la situación de muchos otros trabajadores que vienen de otros lugares, y se encuentran sin dinero para comprar comida o sin techo donde dormir. Ponemos nuestros recursos a disposición de nuestros hermanos para ofrecerles comida y alojamiento. Compañeros, nuestra lucha es justa y estamos decididos a ganar». Recaudaron fondos para darles el dinero a los obreros desempleados, pero la tarea resultó imposible dado el número de parados, y sus propias dificultades.

e) La autogestión. En muchos casos –Timex, Sogantal, Charminha, Sousabreu y otras– la administración se esfumó, o fue expulsada, y los comités quedaron a cargo de gestionar la fábrica. Hubo muchos problemas en estas empresas (trataremos algunos de ellos más adelante, en el capítulo 11).

En Nefil –fábrica de muebles en Guimaraes, cerca de Oporto– la antigua administración había sido expulsada al completo. Los doscientos treinta y siete trabajadores vendían los bienes que producían a las puertas, o a través de distribuidores de

callejeros. El problema era cómo repartir el dinero. Tal y como lo expresó un trabajador: «La cuestión es muy difícil. Esto del control obrero ha sido un auténtico dolor de cabeza. La gente quiere adoptar una actitud más cohesionada, más socialista, los que ganan más repartir con los que ganan menos. Pero esto trae muchos problemas. Una propuesta era pagar en función del tipo de trabajo. Otra, según la necesidad. Incluso otra, pagar a todos lo mismo. La gente se dio cuenta de que no todo el mundo podía cobrar lo mismo, porque generaría divisiones entre los trabajadores. Aún no hemos llegado a un acuerdo en este tema. La más popular es la propuesta de recortar algunos salarios y aumentar otros, cuando realmente hay necesidad».

Este tipo de venta también ocasionó sus propios problemas. El 16 de diciembre, en Luso-Vale, hubo mil pares de botas de goma a las que no se conseguía dar salida. Los medios de distribución aún seguían en manos del capital internacional. Quizá los trabajadores de las multinacionales fueran los más golpeados por todo esto, ya que los comités de trabajadores eran impotentes ante ese capital internacional.

Las cuestiones de la propiedad común y del poder judicial, y efectivo, sobre los medios de producción rara vez se abordaron explícitamente –aunque siempre estaban de fondo. Muchos grupos reclamaban la nacionalización como medio para lograr ese control. Solo unos pocos podían ver más allá de este reforzamiento del papel del Estado y concebir una sociedad genuinamente comunista. Los conflictos de la supervivencia inmediata ocupaban, inevitablemente, el primer plano. Los trabajadores que habían ocupado empresas necesitaban materias primas, maquinaría, dinero. Ante la ausencia de cualquier otra fuente de ayuda se veían forzados a acudir al gobierno o al MFA. Incluso en la mencionada Maquinarias Muller, S.L. fue esto lo que ocurrió.

En muchas empresas autogestionadas los trabajadores continuaron produciendo el mismo tipo de bienes, y en la mayoría de casos se daban enormes problemas de distribución. Muchas de las grandes empresas habían dispersado tanto su producción que la mayoría de sus plantas solo fabricaban componentes del producto final. Era imposible vender o distribuir semejantes piezas en un país sin una red estructurada de distribución, y sin tener consciencia de la demanda general. Es más, muchos de los componentes estaban destinados a la exportación. Applied Magnetics, por ejemplo, era una filial de una compañía americana. Producía piezas para ordenadores que después eran enviadas a Puerto Rico para ser ensambladas. Desde allí, los productos acabados eran transportados por mar a Estados Unidos. Cuando los trabajadores fueron a la huelga y ocuparon la fábrica, la empresa simplemente se retiró; seiscientas cincuenta personas, sobre todo mujeres, se encontraron sin trabajo. El comunicado de los trabajadores decía: «La razón solo puede ser política. La administración sabe cuál es la situación política en Portugal. Una maniobra así solo puede ser parte de un plan global del capitalismo».

La fábrica de ropa de Camoda, en Odivelas –cinturón industrial de Lisboa– es un edificio moderno. Fue establecido en 1972 por capital alemán. Las materias primas se compraban en Portugal y las ropas confeccionadas se enviaban a Alemania, donde se quedaban los beneficios. Tras el 25 de abril, los gerentes dijeron que no había dinero para salarios. Los treinta y dos obreros empezaron a trabajar cuatro días a la semana. Entre tanto, el personal supervisor siguió haciéndolo a tiempo completo. El comité de trabajadores acudió al ministerio y los dueños prometieron que, en dos meses, reanudarían la producción al 100%. En diciembre, la dueña despidió a un miembro del comité y llamó a otros dos a su oficina. Los trabajadores respondieron convocándola a ella

a una reunión en el taller. En ese momento despidió a los otros dos miembros del comité acusándolos de vagos y revolucionarios. «¿Por qué me llama revolucionaria? –le preguntó una de las chicas– ¿Es porque cuando bajó aquí y dijo que no había sueldos, le respondimos que no podíamos irnos a casa sin dinero?».

La fábrica fue ocupada y los trabajadores siguieron trabajando. El problema, como de costumbre, fue el mercado. El ministro de Trabajo prometió ayuda, pero la gente empezaba a darse cuenta de que las cuestiones reales eran mucho más profundas. Los jefes usaban los despidos y los cierres patronales como medios para disciplinar a los trabajadores, pero lo que realmente estaba en juego era la cuestión fundamental de la reestructuración de toda la economía en términos de producción comunista, producción de uso. La tarea solo podía intentar resolverse desde lo local.

Los trabajadores también tuvieron que enfrentarse a la propaganda reaccionaria contra la autogestión. En el complejo turístico y *holding* empresarial de Grao Pará tuvieron que resistir la presión de los jefes, que se habían largado a España. Los mil trescientos trabajadores habían tomado todo el complejo, incluidos hoteles, edificios y compañías como Matur, Grao Para, Interhotel, Somote Orplano, Autodril, EDEC, Comportar y Rota del Atlantico. El apoyo que recibieron de otros trabajadores fue muy amplio. El comunicado que emitieron en el día de Navidad decía: «Gracias a la fortaleza de sus trabajadores, Matur ha logrado algo sin precedentes: las condiciones para garantizar su propia supervivencia. Hemos frustrado los planes de la administración (que se encuentran en el extranjero) logrando un índice del reservas del noventa por ciento… Denunciamos a esa misma administración por amenazar nuestra posición exten-

diendo rumores…» Los gerentes hacían circular historias de que los hoteles estaban cerrados, que el servicio era malo, etc. Eso sí, hubo una cosa que no cambió, los hoteles eran caros y, bajo el control de los trabajadores, siguieron siéndolo. En una sociedad capitalista, la economía capitalista prevalece.

También los sindicatos crearon problemas a los comités de trabajadores, a menudo a través de un «apoyo» tibio. En Famalicao, los trabajadores de una empresa textil emitieron el siguiente comunicado:

«Después de hacer turnos de vigilancia en la fábrica durante el fin de semana para que nuestro derecho al trabajo estuviera asegurado, nos llevamos una sorpresa cuando, la mañana del lunes, los gerentes y los jefes de sección no se presentaron. En vista de esta acción cobarde hemos decidido empezar a trabajar por nuestra cuenta con normalidad… Dado que el personal de oficina tampoco se presentó, algunos de nuestros compañeros se han hecho cargo de sus tareas. El viernes pasado, un grupo de reaccionarios, criminales, lacayos bien remunerados que se venden al patrón, descalibraron varias máquinas de la sección final de mantas. El sindicato, a quien se le pidió que apareciera, tampoco lo hizo. El sábado anterior, en una reunión con un líder sindical, el comité de trabajadores presentó un programa mínimo para colaborar de cinco puntos. Nos dejaron tirados; en el momento más difícil prefirieron ausentarse».

f) Las alianzas. Muchas pequeñas empresas invitaron a sus plenarios a miembros de los comités de empresas más grandes. Efacec-Inel, a través de su Comité para la Defensa de los Derechos de los Trabajadores (CDDT), acudió a muchos –como, por ejemplo, los de Fortis-Otis (fabricantes de ascensores) en Lisboa. Estas visitas allanaron el camino para establecer una fede-

ración de comités de trabajadores. En su periódico, Efacec-Inel publicaba noticias de muchos de estos encuentros.

Cuando las pequeñas empresas formaban parte de consorcios más grandes se enfrentaban a dificultades que no podían resolverse simplemente por medio de una ocupación. Por ejemplo, el grupo monopolista Miguel Quina controlaba más de sesenta empresas, incluidas Mabor, *Jornal do Comércio*, Eurofil (plásticos) e Icesa (astilleros). En cada compañía existían comités de trabajadores, así que se creó uno conjunto para representar a todo el consorcio.

Los trabajadores de CUF –monopolio gigante que comprendía ciento ochenta y seis empresas desde aseguradoras y forraje para animales hasta textiles– también tuvieron problemas de comunicación, y también crearon una federación de comités para establecer y mantener contactos entre los empleados de diferentes compañías.

g) *Saneamento*. Uno de los mayores problemas a los que se enfrentaron los comités fue el *saneamento*, la purga de las gerencias de simpatizantes fascistas. En el ámbito local, muchas veces era algo difícil porque los que debían ser purgados mantenían hondas raíces en las instituciones económicas del país, y porque el poder real de esas instituciones –bancos, consorcios, periódicos, grupos políticos– apenas había sido mermado. La lucha por el *saneamento* a menudo fue una cuestión de equilibrio de fuerzas en una empresa o comunidad en particular. En este contexto, los comités ganaron tanto como perdieron.

Al respecto, fue interesante la experiencia de Furofil (fábrica textil). Los mil seiscientos trabajadores habían ocupado su lugar de trabajo para impedir el despido de trescientos compañeros. La administración llamó a la Marina para que interviniese, pero

los marinos se pusieron de lado de los trabajadores. Uno de los comités escribió sobre esta empresa en particular:

«Este grupo ha tenido siempre relaciones cercanas con el régimen fascista. Continúa dando trabajo a gente que estuvo muy implicada en él. Sabemos cómo han actuado en el pasado. Gonçalves Rapazote, exministro de Interior y agente activo de la represión. Guilherme Braz Medeiros, de Diano Popular. Antonio Costa Felix, del Banco de los Hermanos Borges, quien firmó una nota pidiendo permiso para asistir a la manifestación de la «mayoría silenciosa». Jose Miguel Maia Deitado, director del periódico del Partido del Progreso y miembro activo de ese partido neonazi. Fernando Pinae Almeida, ahora en Caxias, quien estableció el vínculo de la PIDE con esta compañía».

Esta lista es interesante porque da una idea de lo que implicaba el «*saneamento*». El comité de trabajadores envió un informe al MFA, con las «irregularidades» de la empresa, y solicitó su intervención. Sin embargo, esta confianza en los demás, y en concreto en el MFA, se iba a mostrar como el principal escollo en la mayoría de intentos de *saneamento*. Como dijo un trabajador de la empresa textil de Abel Alves, en Figueiredo, en respuesta a una pregunta de una delegación del ministerio de Trabajo: «*Si (el ministerio) debiera ser limpiado creo que solo se podría hacer por la propia clase obrera. Es ella quien debe poner la casa en orden*».

Los trabajadores se daban cuenta, gradualmente, de la naturaleza global del capitalismo. Los intentos de solidaridad se hacían cada vez más frecuentes, los análisis de los problemas más coherentes y las soluciones que se proponían, más radicales y más políticas. En el número 8 de su *Boletín de Lucha* (fechado el 17 de julio de 1974), los trabajadores de Efacec-Inel lo expresaban así:

«Nuestras luchas son justas, y si vamos a la huelga seremos escuchados. Por eso debemos organizarnos, no solo contra este jefe o el otro, en esta fábrica o la otra, sino contra el sistema capitalista en su conjunto. Los compañeros a menudo preguntan: ¿Si no hubiera patrones, quién nos daría trabajo? Todos sabemos que para trabajar necesitamos fábricas, maquinaria y materias primas. Y sabemos también que la fábrica y las máquinas fueron hechas por otros obreros, igual que fueron otros obreros quienes tejieron el algodón, trabajaron la lana o extrajeron el mineral de hierro. Así que no son los patrones quienes nos dan trabajo, sino el minero, el trabajador metalúrgico o el granjero. ¿De dónde sacó el patrón el dinero para tener su fábrica? Muy fácil, compañeros, se la dimos nosotros. Es la única manera de ganar una fortuna. Los que hacen el trabajo solo reciben lo necesario para sobrevivir. Si son los trabajadores quienes producen el plusvalor que el patrón usa para comprar las máquinas, si son los obreros como nosotros quienes hacen funcionar la fábrica ¿por qué son necesarios patrones?».

En resumen, estos fueron los problemas del capital a los que tuvieron que enfrentarse los trabajadores espontáneamente. Eran cuestiones profundas que tenían que ver con el valor, el plusvalor y el trabajo asalariado. En diciembre de 1974, había más de cien empresas bajo «control obrero»; en marzo de 1975, más de doscientas. En la mayoría de casos simplemente se dio un cambio de gerentes. El modo de producción capitalista no se alteró jamás. Los comités eran la nueva administración. Y a pesar de que el capital internacional no cooperó en términos de ventas, créditos y materias primas –Marks & Spencer redujo sus compras en Portugal un 60% porque no querían comerciar con el «control obrero»–, las empresas continuaron funcionando.

Es difícil redactar un balance general. Pese al número de reuniones, la comunicación siguió siendo complicada. Una de las principales limitaciones fue la falta de organización contro-

lada desde abajo. Los sindicatos y los partidos entre ellos luchaban por dominar los plenarios. En muchos casos los comités no representaban a la mayoría de los trabajadores, a pesar de que habían sido elegidos democráticamente. Aunque el editorial de un artículo de huelga dijera: «*Solo nosotros, organizados con otros trabajadores, somos quienes podemos cambiar la sociedad. Nuestra capacidad de trabajar, nuestro sentido de la justicia y nuestra conciencia social al final crearán el tipo de sociedad que queremos los trabajadores*», en muchos casos pusieron la responsabilidad de luchar en los comités, y los propios trabajadores permanecieron pasivos, esperando que aquellos fueran adelante con ello, solos. El poder era una patata caliente.

La cuestión de los sindicatos

Hubo tres propuestas básicas respecto a la estructura de los sindicatos: pluralismo, unidad y unicidad. Las tres fueron planteadas por el PPD, el PS y el PCP, respectivamente.

En ese momento los patrones eran débiles y estaban poco organizados, por lo que habrían preferido lidiar con una estructura sindical fragmentada. El 4 de octubre el PCP explicó su punto de vista: «*El pluralismo resulta de la libre asociación de los trabajadores, y no de alguna ley que limite el derecho a sindicarse. Es unicidad lo que ha existido desde el 25 de abril. Una pauta que se puede ver en todos los países donde hay una dictadura, sea de derechas o de izquierdas*».

Por su parte, el PS era mucho más sofisticado. Hacía un llamamiento a la unidad, pero se oponía al establecimiento de una sola federación de sindicatos a la que pertenecieran todos los

trabajadores. Ante la falta de una base industrial propia, temía el poder que pudiera ejercer el PCP si Intersindical se convertía en esa federación única. Aunque rara vez mencionaran su nombre, ambos partidos luchaban por lograr controlarla. El problema era que la propia Intersindical era la que proporcionaba las armas con las que luchar.

El PCP y sus satélites reclamaban unicidad. Su implantación en la industria era tal, que podrían controlar fácilmente cualquier cuerpo general que se estableciera. La unidad que reclamaban era la de la araña con las moscas que son atrapadas en su red.

El 14 de enero, Intersindical convocó una manifestación apoyada por el PCP –obviamente porque la promovía él. El MDP-CDE, que hacía poco se había constituido como partido político, también la apoyó inmediatamente, incrementando los temores que ya existían de que el nuevo partido fuera simplemente una fachada del PCP. La idea era tener «un solo gran sindicato» para todo Portugal. El Consejo de los Veinte emitió una declaración asegurando que apoyaban de forma unánime esta unicidad. Dos días antes de la manifestación, el portavoz del Comité Coordinador del Programa (CCP) del MFA, Vasco Lourenço, leyó un comunicado en la televisión:

«El MFA conoce perfectamente los problemas a los que se enfrenta el país, y tiene la cohesión suficiente para hacerles frente. Es obvio que la gran mayoría de los trabajadores han optado por la unicidad. Aun así, a algunos les gustaría ver una división en el MFA o el Consejo Superior. Para ello, siembran dudas sobre las posiciones de sus miembros, o hacen insinuaciones sobre algún tipo de acuerdo entre el PCP y el MFA, asegurando que dicho acuerdo se habría establecido contra el PS y el PPD».

La cuestión comenzaba a amenazar a la propia coalición de gobierno. En una reunión del consejo de Estado, tanto Sa Carneiro como Mário Soares amenazaron con dimitir si se implementaba la ley. Se trataba de un tema que también se debatía fervientemente al margen del gobierno. Algunos grupos publicaron posiciones detalladas sobre el asunto. En las emisoras de radio, se dedicaban al tema tertulias, y programas sobre la historia de la clase obrera, y se leían comunicados de los sindicatos en apoyo a la unidad. En concreto, Radio Clube y RTP mostraron un apoyo muy fuerte. De hecho, exceptuando a los maoístas, casi todos los grupos de izquierda apoyaron la manifestación, que rápidamente se convertía más en una demostración de la influencia del PCP –o de su habilidad para arrastrar a todo tipo de organizaciones de «izquierda» y «revolucionarias» a su ola reaccionaria– que en algo relacionado con los intereses reales de la clase trabajadora. No hubo oposición alguna más allá de los pequeños grupos teóricos. Finalmente, trescientos mil trabajadores de todo el país confluyeron en Lisboa en la mayor manifestación desde aquel Primero de Mayo de 1974.

Las pancartas fueron muy variadas: «Los bancos para el pueblo, ahora»; «Contra el capitalismo, unidad sindical»; «Lucha por el poder popular»; «Gobierno obrero, sí – Gobierno patronal, no». También las banderas de los comités de trabajadores y los sindicatos ondeaban con la brisa, de un lado al otro de la calle, representando la gran diferencia de ideas que prevalecía dentro de la clase trabajadora. Al pasar por la sede del PS, las multitudes gritaron al unísono «No a la CIA, no a la OTAN». Desde las siete de la tarde, la manifestación serpenteaba lentamente por Lisboa, como un gusano gigante, trasladándose con sus contingentes hacia las oficinas del ministerio de Trabajo, donde los representantes de Intersindical y el propio ministro

de Trabajo, Jose Costa Martins, dieron comienzo a su discurso. Concretamente, este último dijo que «*ya no se trataba de la cuestión de qué tipo de unidad, sino de si se respetaría la voluntad de la mayoría o no*».

No obstante, el Partido Socialista no se iba a dejar presionar por semejante despliegue de fuerza. Su mitin del 16 de enero congregó a quince mil personas para defender la idea de pluralismo. Mário Soares, quien los días previos había estado ocupado en el Algarve discutiendo sobre Angola con el MPLA, el FNLA y UNITA, había vuelto a Lisboa. Su retórica se volvió contra el PCP: «*Si el PCP no juega al juego de la democracia, será una tragedia para el pueblo portugués*». Su segundo, Salgado Zenha, afirmó que «*este es un momento decisivo, el futuro de la democracia y del socialismo está en riesgo. La ley sobre los sindicatos que se ha propuesto no ha sido elaborada por los sindicatos. Ha sido diseñada en la facultad de derecho de Coimbra… El gobierno provisional nunca supo su contenido… Como socialistas, nos oponemos a esta ley. El ministro de Trabajo está en manos de Intersindical. También denunciamos al PCP por sabotear la democracia en Portugal*».

Soares continuó su ataque diciendo que no se trataba solamente de los sindicatos. La radio y la televisión también estaban siendo manipuladas: «*A modo de ejemplo: si realmente hubiera un millón de trabajadores a favor de la unicidad, ¿por qué iban a rechazar nuestra propuesta de un debate televisivo? ¿Quién tiene miedo a un debate abierto?*».

No obstante, era todo demagogia. Nadie estaba hablando de las cuestiones reales. La discusión real entre PPD, PS y PCP era sobre cómo controlar mejor a los trabajadores en el Portugal del futuro. Cada uno mostraba su propia baza. El 21 de enero de 1975, una semana después de la enorme manifestación de Inter-

sindical, el Tercer Gobierno Provisional aprobó la ley. Sobre el papel, esto organizaba las cosas, pero en realidad apenas cambiaron. Las relaciones entre los sindicatos y los comités siguieron siendo una cuestión abierta.

El rechazo al dominio de los sindicatos por parte del PCP no se limitó al PS y al PPD. También en la base hubo oposición. Los trabajadores, como los políticos, también se sentían amenazados por el poder de Intersindical, solo que de modo diferente. El control de los sindicatos por parte del PCP era un obstáculo para el fortalecimiento de la lucha de clases.

Sin embargo, dado que la lucha de clases no podía desaparecer solo con desearlo, al final encontró otros medios para expresarse.

Ya se ha señalado que la mayoría de las demandas de la clase trabajadora fueron formuladas por los comités, no por los sindicatos. Cuando se trataba de organizarse para hacer algo, los sindicatos en general, e Intersindical en particular, siempre alertaban en contra de la huelga, alegando que solo ayudaría a los fascistas. En este punto, muchos de los comités, e incluso algunos sindicatos, atacaron abiertamente el dominio del PCP sobre los aparatos sindicales. Ataque que tomó distintas formas.

Durante los meses de verano, los trabajadores de la industria química habían llevado a cabo varios plenarios y habían decidido pedir un aumento de sueldo. El sindicato, en el que los maoístas tenían cierta influencia, pronto se encontró en conflicto directo con Intersindical y la acusó, al igual que a sus partidarios en los medios, de restringir la discusión libre respecto a las huelgas. A finales de octubre apareció publicado en varios medios el siguiente comunicado de los líderes sindicales: *«Debemos prevenir a la opinión pública de los esfuerzos de ciertas fuerzas oportunistas,*

que utilizan todo tipo de medios para controlar los sindicatos y llevar a cabo su traición contra la clase trabajadora. Ya conocemos los métodos de extender rumores y mentir, pero ahora vemos que los principales órganos de comunicación colaboran abiertamente con este proceso».

El sindicato continuó la guerra contra la Intersindical y mantuvo su postura sobre las huelgas, pero al final vivió una escisión. Una parte se integró completamente en el movimiento de los comités. Aquellos para los que el control de un sindicato era más importante establecieron un nuevo grupo (AOC) para «luchar contra el revisionismo del PCP».

Otras actividades, aunque desencadenadas por circunstancias específicas, permitieron un entendimiento más profundo de ciertas cuestiones. El 11 de noviembre, los trabajadores del puerto de Lisboa marcharon por la ciudad pidiendo la igualdad económica con otros trabajadores y denunciando que sus sindicatos eran organizaciones de la antigua PIDE, ya que el presidente del sindicato portuario había sido miembro de ANP. «*Es necesaria una remodelación total* –decía su comunicado–, *dado que el sindicato está completamente implicado en el viejo régimen. Debemos continuar la lucha al margen de los sindicatos*».

El surgimiento de Inter-Empresas

En enero de 1975 se decidió poner en marcha, a iniciativa de Efacec-Inel, una federación de comités de trabajadores con el nombre de Inter-Empresas. Se establecieron vínculos entre veinticuatro compañías, incluidas las más grandes de Portugal, «para ayudar y apoyar las luchas de los trabajadores». Inter-Empresas formó un bloque paralelo a Intersindical, y en muchos

sentidos pronto se hizo más popular. Las empresas con representación en la federación fueron: Efacec-Inel, TLP, TAP, Lisnave, Setenave, ENI, Siderurgia, Cergal, Plessey, Timex, Fábrica Portugal, Rebel, Dyrup, Tecnividro, Soteenica, Applied Magnetics, Acta, Bertrand, Nitratos de Portugal, Messa, EIP, Pfizer, Xavier de Lima e INE. Los trabajadores de muchas otras empresas los apoyaron. Algunas de las compañías formaban parte de grandes conglomerados y sus trabajadores procedieron a contactar con sus compañeros de consorcio. El ministro de Trabajo no ofreció ninguna ayuda, puesto que prefería tratar con Intersindical, cuyo apoyo político estaba asegurado. Tanto el primero, como los líderes de la segunda, se encontraban en la órbita del PCP.

Inter-Empresas no tenía estatus político o judicial, ni dentro ni fuera del proceso de producción, pero eso no hizo que la intervención política fuera un problema. Cuando se programó la visita de las fuerzas de la OTAN a Lisboa, el 7 de febrero de 1975, el gobierno prohibió todas las manifestaciones, explicando que la visita era pura rutina y que ya se había organizado el año anterior. Esta explicación no convenció ni a Inter-Empresas ni a los miles de trabajadores, que lo vieron como un intento de imponer una presencia autoritaria en Portugal.

Se convocó una manifestación a través de la federación de comités. Al principio, el gobierno la prohibió, alegando que el momento era inoportuno. El PCP atacó la propuesta de manifestación perversamente, comparándola con las actividades de la «mayoría silenciosa» del 28 de septiembre, para después organizar un «carnaval» ese mismo día, ya que se trataba de una fiesta nacional. Inter-Empresas se mantuvo firme. Reiteró su llamamiento a manifestarse tanto contra la OTAN como contra el gran número de despidos. *«No podemos separar los despidos del*

imperialismo. No es una cuestión de mala gestión. Es el resultado directo de un sistema –el capitalista– sostenido por el imperialismo. No podemos permitir que la OTAN, las tropas de choque del imperialismo, aterrice de forma silenciosa en nuestra tierra.

El 6 de febrero, la «Federación de Sindicatos del Sur», una de las secciones principales de Intersindical, emitió una declaración denunciando a Inter-Empresas como «un nuevo intento de crear confusión entre los trabajadores». No obstante, la manifestación siguió adelante tal y como estaba planeado. Unas cuarenta mil personas participaron en ella. Se extendió una pancarta enorme de un lado a otro de la calle que decía:

«Los despidos son la consecuencia inevitable del sistema capitalista. Los trabajadores deben destruir ese sistema y construir un nuevo mundo».

La manifestación se dirigó al ministerio de Trabajo. En primer lugar, acudió la PSP en bloque, pero, al ver el tamaño de la multitud, se retiraron. Entonces apareció COPCON y escoltó la manifestación con sus jeeps.

Según pasaban por el Centro de la Cultura Americana, los manifestantes gritaron alto y claro: «Fuera OTAN, fuera CIA». Los soldados de RAL-1 (Regimiento de Artillería Ligera 1), a quienes se había encargado proteger el edificio estaban perplejos. Esto no era una manifestación de derechas. Cuando los manifestantes gritaron *«los soldados son hijos del pueblo»*, repitieron la consigna y levantaron los puños en solidaridad. Era una visión que derretiría cualquier corazón proletario. Los manifestantes se encontraban en el séptimo cielo.

A las afueras del edificio del Ministerio de Trabajo, abandonado por los funcionarios del PCP, un trabajador de Efa-

cec-Inel leyó un manifiesto. Afirmó que Intersindical era una organización por la colaboración entre clases y dijo: «*La tarea de la clase trabajadora no es negociar con la clase dirigente, sino destruirla*». La audiencia rompió en vítores. Comenzó a dar una descripción precisa de lo que estaba ocurriendo: «*Las reivindicaciones en las fábricas van en aumento, y los trabajadores empiezan a dejar en segundo plano a sus organizaciones sindicales. Los comités de trabajadores nacieron como los medios elegidos por los obreros para avanzar en la lucha de clases. Las organizaciones reformistas y revisionistas están intentando tomar los sindicatos y debilitar los comités*». Aunque el nombre del partido nunca se mencionó, hubo repetidos ataques contra el PCP.

La manifestación tuvo un impacto claro. Se les negó el permiso para tomar tierra a las tropas uniformadas de la OTAN, y la mayoría tuvieron que pasar el fin de semana a bordo de los barcos. Ese 7 de febrero marcó la entrada de Inter-Empresas en la escena política. Su manifestación había sido apoyada por todos los grupos revolucionarios. Sin embargo, no se formó una organización política propia. La federación siguió siendo económica. Por el momento, se dejó la política a los políticos.

El Plan Económico Melo Antunes

Entre tanto, los políticos se ocupaban de sus propios intereses. El día inmediatamente posterior, fue aprobado el Plan Económico del mayor Melo Antunes.

Se había presentado primero a la Asamblea del MFA, el 6 de diciembre de 1974, como el «segundo programa del MFA». Aun así, la «izquierda» de la asamblea negó que tuvieran pleno

conocimiento de él. Trataron de evitar la necesidad de posicionarse a favor o en contra reiterando su confianza en el Consejo Supremo de la Revolución, «conscientes de que llevarán el programa del MFA hasta el final, que no es otro que una estrategia antimonopolista que favorezca a la clase trabajadora». Siete días más tarde, el gobierno arrestó a los administradores de tres bancos (Banco Intercontinental, Credito Predial y Sociedade Financiera) así como al exadministrador de Torralta, el complejo turístico, que de todas formas estaba funcionando de forma autogestionada. Ahí se acabó su impulso antimonopolio.

El nuevo plan económico incluía setenta medidas a corto plazo. Hablando sobre su plan (*Dictrio Popular*, el 28 de febrero de 1975), Melo Antunes explicó su visión del socialismo: «*Excluye el control socialdemócrata de la gestión del capitalismo… pero no excluye una sociedad pluralista… la lucha de clases que se está desarrollando debe tener en cuenta el rol alternativo que ahora puede jugar la clase media*». A través de Confederación de Industria Portuguesa, cuarenta y siete mil empresas anunciaron su apoyo al nuevo plan.

Los manifestantes del 7 de febrero habían pedido «la destrucción del sistema y la construcción de un nuevo mundo». Todo lo que el gobierno podía ofrecer era una mezcla de nacionalización a pequeña escala y vago «tercermundismo»: una receta «revolucionaria» para mantener el capitalismo.

VI. Las luchas agrarias

La estructura rural

En 1968, alrededor del 42% de la tierra cultivada era trabajada por familias que poseían o alquilaban los terrenos. Ocho años antes, menos del 60% de toda la fuerza de trabajo agrícola –un millón trescientos mil campesinos– cobraba un salario como trabajadores agrícolas, ya fuera a tiempo completo o parcial. Aunque la agricultura en Portugal era capitalista, estaba claramente subdesarrollada.

El mismo 1968, había un total de 808 804 tierras agrícolas diseminadas por todo el país. Sin embargo, la distribución era sorprendentemente distinta en el norte y en el sur. En el sur, unos pocos latifunfistas controlaban 1103 latifundios de más de quinientas hectáreas, que correspondían al 30% de toda la tierra cultivada en Portugal. En el norte solo había treinta y siete latifundios de más de quinientas hectáreas. Más de la mitad de los lotes eran pequeñas parcelas de menos de una hectárea –más o menos el tamaño de un campo de fútbol– de terreno árido y rocoso. Las familias extraían de esas tierras lo imprescindible para ganar un

sustento miserable, ya fuera plantando verduras o cuidando de unas pocas ovejas o un par de vacas. Subsistían con su propia producción. El 88% de todas las parcelas –unas 710 000– tenían menos de cinco hectáreas, pero juntas solo sumaban el 22,6% de la tierra. En cierto sentido, estos terrenos no eran más que grandes patios traseros en ruinas. A menudo las familias solo podían llegar a fin de mes tratando de encontrar trabajo en cualquier otra parte.

El problema del arrendamiento era complejo. En torno al 29% de toda la tierra estaba arrendada, incluyendo una pequeña parte de los grandes latifundios del sur –alquilados con fines comerciales– y una gran proporción de los diminutos lotes septentrionales. En el norte, 212 111 terrenos arrendados solo cubrían 332 353 hectáreas. Cualquiera con un mínimo cálculo mental puede hacerse una idea del tamaño de la mayoría de parcelas.

Obviamente estos lotes más pequeños estaban subdesarrollados, pero también lo estaban los grandes latifundios. En 1966 solo había dieciocho mil tractores en todo Portugal –comparados con los cuarenta y siete mil de Grecia. La mayoría de ellos, como puede suponerse, en los grandes terrenos. Solo el 42% de los latifundios tenían sistemas de irrigación y aún menos eran realmente regados y utilizados.

La mayoría de los «capitalistas» agrarios nunca vivieron en la tierra, y solo la visitaban unas cuantas veces al año. Los eucaliptos y alcornoques eran un recurso recurrente ya que necesitaban poco cuidado y pocos trabajadores. Otros latifundios solo se utilizaban como cotos de caza. Uno de los latifundistas más ricos, Manuel Vinhas, también de los mayores accionistas de SCC (Sociedad Central de Cerveza), había instalado, en su mansión cerca de Alcocer, un urinario de plata recubierto de terciopelo –seguramente un objeto envidiado por los dadaístas reaccionarios–.

La agricultura estaba estancada. En 1954 había representado el 30% del producto nacional, pero, en 1975, esa proporción había caído al 18,8%. Las técnicas ganaderas eran primitivas y los productos vegetales representaban más de la mitad de toda la producción agrícola.

La situación de los trabajadores era todavía peor de lo que estas cifras puedan sugerir. El desempleo rural estaba muy extendido, solo parcialmente disimulado por las fluctuaciones de temporada. De noviembre a marzo apenas había trabajo de ningún tipo. El salario medio anual –tres mil ochocientos escudos– indica una increíble y casi inimaginable pobreza.

Los aranceles proteccionistas que Salazar y su Estado Novo habían implantado para los productos agrícolas eran los principales guardianes del privilegio social. Debido a este mercado interno asegurado apenas hubo desarrollo. La Junta para la Colonización Interna –un nombre de por sí revelador– había emprendido desde 1930 numerosos estudios sobre el problema agrario, sin implementar ninguna de sus propias conclusiones. La propuesta principal fue la creación de pequeñas «colonias» cerca de los grandes latifundios, pero su único objetivo era tener disponible una provisión de mano de obra barata.

El Segundo Plan de Desarrollo Económico (1960) había exigido una reforma, pero no fue más allá de parcelar pequeños pedazos de tierra a costa de algunos grandes terrenos. Un débil intento por parte del gobierno de mantener el apoyo en el campo. En realidad solo fueron afectadas cuatrocientas hectáreas. El proyecto siguió siendo solo una más de las reformas sobre el papel del antiguo régimen.

La GNR y la policía eran quienes aseguraban la extracción de plusvalor. El salario medio diario en 1968 era de cincuenta y

nueve escudos para los hombres y treinta escudos para las mujeres. Cuando empezó el gran movimiento de huelgas de 1953 en el Alentejo, ciento nueve campesinos fueron ametrallados por pedir un aumento de salario. Una lideresa campesina, Catarina Eufemia, que había encabezado una delegación desde los campos hasta la casa del administrador para pedir mejores condiciones, fue emboscada y asesinada por la GNR. La protesta fue brutalmente aplastada alegando que se trataba de una insurrección comunista. Estos son solo algunos de los recuerdos de los trabajadores agrícolas del Alentejo.

La principales instituciones rurales habían sido heredadas del viejo régimen. Las principales eran las *Casas do Povo*, que, al menos sobre el papel, proveían servicios sociales. Sin embargo, los trabajadores agrícolas aportaban dinero, pero apenas obtenían nada a cambio. Los servicios médicos solo se ofrecían en casos de urgencia –o a los ricos. Los médicos derivaban a sus pacientes a *sanatoria* –donde se les alimentaba con la comida más barata– cobrándoles grandes sumas por este servicio. Tal y como lo expuso un trabajador: «Estabas más seguro si no buscabas ayuda allí, nunca les importó la gente». En abril de 1974, las *Casas do Povo* eran cascarones vacíos, igual que las Juntas Parroquiales. No tenían ninguna base, ni económica, ni entre la gente.

Los primeros enfrentamientos

El 25 de abril creó su propio movimiento en el campo. El Sindicato de Trabajadores Agrícolas en Beja, en el Alentejo, fue uno de los primeros en organizarse. En septiembre de 1974 propuso un nuevo contrato para los trabajadores campesinos. Los debates se celebraron en la Asociación Libre de Agricultores,

en presencia del ministro de Trabajo y representantes del MFA. El nuevo contrato aumentaba el salario mínimo diario a ciento veinte escudos y su tercera cláusula permitía que «las tierras que estén parcial o totalmente subdesarrolladas sean tomadas por el número de trabajadores que sea considerado necesario para asegurar su cultivo». Preparaba el camino para la «reforma agraria» y, obviamente, estaba abierto a interpretaciones muy diferentes.

La consigna del PCP era: «¡La tierra para el que la trabaja!». Buscaban conseguir el máximo apoyo electoral posible en el campo, desde los trabajadores agrícolas hasta los pequeños propietarios. Dirigía su crítica a los dueños de los cincuenta grandes latifundios, reclamando la nacionalización de esas tierras. Esta demanda fue incluida en el programa del Ministerio de Economía. En unas ciento ochenta páginas, el programa desentrañaba los problemas de la economía en términos capitalistas. La inflación debía controlarse creando desempleo. El aumento de los precios de los productos agrícolas, en última instancia, aumentaría el empleo rural. Eran necesarias reformas de gran alcance del sector industrial y ganadero, con precios garantizados para los productos agrícolas. Las ayudas iban a ser redirigidas desde los latifundios y repartidas entre una base más amplia. Lo que nunca fue concebido, o defendido, fue la colectivización de la tierra.

Había surgido un gran número de pequeños sindicatos, y la «Liga de pequeños y medianos granjeros» comenzaba a recabar apoyos. Esta liga había sido establecida por el PCP para desviar el respaldo de la Asociación Libre de Agricultores (ALA) y se mostraba especialmente activa en el sur del Alentejo. Debido a la falta de organización, en los grandes latifundios, los trabajadores eran despedidos más fácilmente que en las fábricas. A principios de noviembre de 1974, trescientos trabajadores fue-

ron despedidos de una granja en Serpa, en el Alentejo, en la que sus dueños se negaron a continuar con el nuevo contrato. El sindicato –bajo control del PCP y cuyo núcleo existía desde antes del 25 de abril– organizó una manifestación el día 4 de noviembre en la que instaba:

«Debemos tomar medidas inmediatas contra el absentismo y el sabotaje económico. Así, desaparecerá el excedente de trabajo y mejorará la productividad en el campo. Los trabajadores agrícolas son conscientes de la crisis por la que pasa el país, una crisis de la que no son responsables, que se debe a las políticas fascistas y las guerras coloniales libradas por los intereses de los grandes capitalistas. Entendemos la complejidad de la situación económica. Estamos dispuestos a hacer sacrificios si es necesario. No presionaremos para obtener nuestras demandas inmediatas, pero los patrones también deben hacer sacrificios. Deben ponerse de acuerdo para aumentar nuestros salarios de miseria. Nos han extorsionado con alquileres exorbitantes. Los trabajadores no pueden olvidar lo que los patrones han hecho durante cuarenta y ocho años, por más que quisieran hacerlo».

Sin embargo, también estaban siendo impulsadas nuevas fuerzas. El Comité Rojo del Alentejo ganaba apoyo. Así se refirió al nuevo acuerdo elaborado entre el sindicato y el gobierno:

«Los trabajadores agrícolas tienen un nuevo contrato para este año. Pero ¿por qué el contrato no garantiza el trabajo y todo lo que el trabajo implica? ¿Por qué cuando llueve el jefe solo tiene pagar una hora de trabajo? ¿Acaso no comemos también esos días? ¿Por qué los trabajadores pueden ser despedidos con solo dos días de aviso? ¿Por qué los jefes siguen viviendo la gran vida, mientras que los trabajadores viven en una pobreza vergonzosa? El tiempo de la siembra termina y las aceitunas se recogen, pero ¿qué sucede después? Los conductores de tractores y el resto de los trabajadores son arrojados a

la miseria. ¿Cuánto tiempo va a durar esto? ¿Por qué hay una distinción entre trabajadores a tiempo completo y empleo ocasional? En última instancia, todos somos trabajadores a tiempo completo. ¿No hemos trabajado todas nuestras vidas para los patrones? Si trabajamos un mes para un patrón, y luego cambiamos de jefes, ¿acaso no estamos tiempo completo?Al final, ¿quién hace esta distinción? Claramente, los patrones. Los ricos dicen que no todos podemos estar a tiempo completo porque no hay trabajo durante todo el año. Pero ¿de quién es la culpa? ¿Quién es el que guarda miles de hectáreas en mal estado, sólo para poder ir a cazar? ¿Quién pone a pastar toros bravos donde se debe plantar trigo? El pueblo no quiere saber nada de corridas de toros, quiere pan para sus hijos. Se ponen toros de lidia en las tierras que necesita la gente. Se les engorda para el ruedo mientras la gente necesita carne. ¿Y quién es el que va a recoger las aceitunas, que luego comen miles, de los olivos? ¿Y quién deja morir las aceitunas en las ramas de olivos? ¿Quién paga por las armas de la "mayoría silenciosa", por las armas que han cruzado nuestras fronteras? ¿Quién es culpable de negarles el pan a los pobres? ¿Quién se va al extranjero a comprar armas con las que masacrar al pueblo? Que nadie se engañe sobre todo esto. La crisis de la economía va a aumentar. Después de haber perdido los beneficios de la explotación colonial, la burguesía solo tiene una manera de mantener su riqueza: aumentar la explotación en Portugal, provocar más despidos y aumentar la carga de trabajo, obligar a los trabajadores a pagar con miseria la crisis que la burguesía, y solo la burguesía, crea. Que nadie se engañe. Mientras haya jefes, habrá pobreza. El desempleo no ocurre solo en Mentejo. La burguesía está haciendo recortes masivos en todo el país. Hay quien dice que los jefes están haciendo esto para enfrentar a los trabajadores contra el gobierno. Pero ¿a quién deben culpar los trabajadores si el gobierno aprueba leyes que permiten a los empleadores hacer lo que hacen? ¡Camaradas! Contra las maniobras de la burguesía, los obre-

ros deben responder con la acción revolucionaria. Debemos reforzar la unidad de los trabajadores de la ciudad y el campo para derrocar, de una vez por todas, el poder de las clases dominantes y crear una democracia popular que dé la tierra a quien la trabaja, que expropie a todos los latifundistas, que dé las fábricas a quienes trabajan en ellas y que nacionalice todos los bancos, para que el pueblo pueda administrar el dinero público». Comité Rojo del Alentejo, noviembre 1974.

El Comité Rojo representaba a unos mil trabajadores de la región de Castro Verde, en el sur de Mentejo. No se trataba de un partido. Uno de sus miembros fue arrestado por matar a un latifundista, un tal Columbano, que había sido agente de la PIDE y que había provocado el encarcelamiento de decenas de militantes locales. Si bien el Comité desaconsejó cualquier otro «acto individualista», también aportó la perspectiva correcta a lo sucedido:

«La acción de nuestro compañero José Diogo fue un acto de justicia popular, un golpe contra la reacción. Fue la respuesta casi correcta contra los propietarios acomodados. Decimos "casi correcta" porque no es de esta manera como podemos derrocar al régimen de bandidos que siempre han robado al pueblo. El golpe no puede venir de la sola mano de un único compañero, sino de nuestras manos unidas. Las razones de José Diogo también son las nuestras. Somos los trabajadores a un lado de las barricadas. En el otro están los ladrones, los latifundistas. Después del 25 de abril los trabajadores han reclamado sus derechos sin temor. Estábamos dispuestos a hablar con los propietarios. Pero ellos no. Querían una guerra abierta. Si es lo que quieren, se lo daremos. Nosotros, los trabajadores, no retrocedemos. Son ellos quienes caminan como bestias salvajes. Saben que los trabajadores quieren el fin de la propiedad privada. Saben que queremos la tierra para quien la trabaja. Camaradas, se aproximan las batallas decisivas aquí, en el Alentejo. Nuestro camarada Zé Diogo merece nuestro apoyo. El

patrón dice que este conductor de tractores ha asesinado a Columbano. La verdad del patrón es una verdad, la de los trabajadores es otra. Nuestra verdad es la siguiente: un trabajador defendió su derecho al trabajo y se cargó a un conocido fascista. A Columbano, viejo amigo de Salazar, se le conocía por ser un agente de la PIDE. Demostremos que el brazo de Zé Diogo es el brazo de todos los trabajadores. Por el fin de la miseria. Por el derecho al trabajo. Solidaridad con Zé Diogo. Justicia popular, sí. Fascismo, no. ¡Viva la clase obrera!».

Diogo fue detenido por la PSP. Poco después fue puesto en libertad, solo para ser arrestado de nuevo por el MFA. Con el tiempo tendría que hacer frente a los cargos, pero por el momento el sistema jurídico era un caos que oscilaba entre los viejos tribunales civiles y las decisiones del MFA.

La toma de tierras

A finales de enero de 1975 *A Capital* publicó un artículo con la fotografía de una ocupación de tierras en Outeiro –cerca de Beja, en la región del Alentejo– llevada a cabo por un grupo de trabajadores armados. En seguida siguieron otras ocupaciones. El COPCON a menudo desarmaba a los grupos involucrados, pero no trató de desalojarlos. Dependiendo de la zona, las ocupaciones se dieron de dos formas distintas. Básicamente, reapropiaciones de parcelas arrendadas por quienes habían sido desalojados u ocupaciones colectivas de trabajadores agrícolas.

En Alcácer do Sal, en el Alentejo oeste, se podían encontrar enormes haciendas. La tierra se arrendaba a aparceros que trabajaban pequeñas parcelas o se utilizaba para cultivar olivos y eucaliptos. Grandes áreas de estas haciendas eran desperdiciadas.

Recientemente se había desalojado a los arrendatarios que habían trabajado la tierra durante cerca de cuarenta años. Al principio tres o cuatro de ellos reclamaron sus terrenos… ocupándolos. Envalentonados por la acción de sus compañeros, otros siguieron su ejemplo. Tras las ocupaciones se celebró una gran reunión en la que se hicieron varias sugerencias. Una era trabajar la tierra de forma individual, que cada aparcero fuera responsable de su antigua parcela de la finca. Algunos trabajadores desempleados presentes se mostraron en desacuerdo. Querían una «solución» que también los involucrara a ellos. Al final se decidió crear una cooperativa y juntar todos los lotes. La GNR tenía instrucciones de no interferir, y el Consejo Municipal local –controlado por el MDP– prometió su apoyo. Una de las líderes, una tal María, describió los hechos de la siguiente manera:

«*Antes estábamos callados porque no podíamos hacer nada. Pero, después del 25 de abril, empezamos a hablar de estas tierras que antes habían pertenecido a otros. Le dimos a la Cámara una lista de los antiguos arrendatarios. Doña Laura Carracas –la propietaria– se negó a asistir a una reunión. Decidimos ocupar las tierras… y las dividimos entre noventa de nosotros… Estamos pensando en crear una cooperativa y unirnos con las otras ocupaciones para hacer una cooperativa aún más grande. Hemos comenzado a trabajar la tierra y esperamos poder conseguir un tractor*».

Cerca de Santarem, al norte de Lisboa, estaba ocurriendo lo mismo. En enero de 1975, en Carrascal, unos cien trabajadores agrícolas y antiguos arrendatarios ocuparon una granja que Augusto Felix da Costa había comprado en 1969. Este había desalojado a todos los aparceros, y buena parte de la población local se había visto obligada a emigrar. Después de la ocupación huyó. El MFA envió una delegación que ratificó la ocupación.

El segundo tipo de ocupación la llevaron a cabo solamente trabajadores agrícolas. La tierra del duque de Lafoes, por ejemplo, se había dejado abandonada durante mucho tiempo. Como consecuencia, los trabajadores de Alcoentre, en Ribatejo, habían sufrido muchas penurias. Decidieron ocupar la tierra y crearon las cooperativas de Torre Bela y Ameixoeira. «*Cuando la nación necesita comida es un crimen permitir que la tierra se deje en barbecho o sea cubierta de eucaliptos. ¿Qué derecho tienen los capitalistas a dejar la tierra en ese estado?*», preguntaban los trabajadores. Al ocupar la finca, solicitaron vieja maquinaria agrícola que pertenecía a una colonia penal cercana. «*Los trabajadores agrícolas exigen que estas máquinas, que se hallan en desuso, se pongan al servicio del pueblo. Hay propiedades administradas por la colonia penal que no están siendo cultivadas. Podrían ponerse a disposición de los trabajadores de Alcoentre, que están pensando en organizarse en una cooperativa. La colectivización y socialización de estas tierras es la única manera de otorgar el control a los productores*».

Ante estos acontecimientos, que había iniciado pero que no podía controlar, el PCP denunció las ocupaciones como «anárquicas» y propuso que en el futuro todas las ocupaciones fueran tomadas y gestionadas por los sindicatos –que, obviamente, controlaban ellos.

En cualquier caso, los trabajadores no prestaron atención a esta sugerencia. La mayoría de las siguientes ocupaciones fueron organizadas por trabajadores recientemente despedidos. En Caseres, cerca de Alcácer, los trabajadores ocuparon la tierra de la parroquia de «Nuestra Señora de Machete». El PCP, que estaba presente en la reunión original, aconsejó que no se llevara a cabo esta ocupación. Un tal capitán Cardoso, del MFA, dijo que «*si los trabajadores levantaban un solo dedo contra esas tierras en concreto,*

acabarían todos en la cárcel». Un miembro del PCP informó a la guarnición local de Evora y se enviaron tropas para detener la acción. Se organizó una reunión entre los trabajadores y un grupo de pequeños granjeros de la zona, que también desaconsejaron la ocupación. Los trabajadores se quejaron al COPCON, y este ofreció su apoyo. Las mujeres se marcharon de la reunión, reunieron a los hombres y siguieron adelante con la ocupación. La tierra en cuestión pertenecía al latifundista don Joao de Noronha. En ese momento se tomaron alrededor de mil quinientas hectáreas. Más adelante, después del 11 de marzo, se ocuparon otras cuatro mil hectáreas de la hacienda. Como en muchas ocupaciones, fueron las mujeres quienes tomaron la iniciativa.

Hubo muchos otros casos: en Monte da Virgem, en Vendinha, y en Reguengos de Monsaraz, por mencionar sólo algunos. Una vez que se habían llevado a cabo las ocupaciones, el sindicato solía aparecer en escena para tratar de darle un «objetivo», como la semana de cuarenta y cinco horas o el salario mínimo. En una manifestación en Beja, el 2 de febrero de 1975, el ministro de Agricultura, Esteves Belo, había explicado la línea del gobierno: «*En este momento, el país importa muchos productos agrícolas para el consumo nacional. Toda la tierra debe ser trabajada para crear nueva riqueza. El Estado se encargará de la expropiación de tierras de los latifundistas. Estas tierras serán administradas por el Estado. Se llevará a cabo una revolución cultural en esas fincas que finalmente garantizará la máxima productividad. Los propietarios estarán obligados a cooperar. El Estado aprueba y respalda todas las ocupaciones de tierras que no estén cultivadas en este momento*». Pero no todas las grandes propiedades debían tomadas: «*Hay hacendados que están haciendo su trabajo. Ellos tienen que ser respetados*».

Empezaba a surgir una pauta en la que toda lucha espontánea desembocaba en una intervención del Estado y, por tanto, a la

ampliación y el fortalecimiento de su área de control social. Volveremos sobre este tema más adelante. Este programa de capitalismo estatal fue apoyado por todos los partidos políticos de la coalición. Las ocupaciones de tierras no cultivadas continuaron. Algunos terratenientes previsores apoyaron el movimiento, entregando partes concretas de sus fincas a los trabajadores.

Los movimientos de grupos autónomos, como el Comité Rojo del Alentejo, fueron de mucha importancia. Tras el PCP y el MDP eran los grupos con los que más había que lidiar. Estos dos eran importantes, pero no por su apoyo masivo, sino porque habían tomado el viejo aparato rural: las Juntas, las *Casas do Povo* y los centros administrativos. El Comité Rojo y los demás grupos eran importantes porque expresaban mejor las aspiraciones del trabajador agrícola común.

Hasta ahora no había habido ningún intento serio de implementar la colectivización de la tierra o de abolir las normas capitalistas de distribución. Estas cuestiones quedaron restringidas a las discusiones entre intelectuales de izquierdas. Tanto el PCP como el MDP aceptaban la colectivización en teoría, pero no hicieron ningún intento de llevarla a la práctica –ni antes ni después del 11 de marzo. De hecho, algunas de las reformas generales que se exigían desde abajo eran desechadas o denunciadas por el propio PCP.

En el norte la situación fue completamente distinta. Aquí se concentraban la mayoría de minifundios, y la ignorancia política y los viejos miedos morían más difícilmente. Los latifundistas de las ricas regiones vinícolas del valle del Duero, antes miembros de ANP, ahora pertenecían al CDS o al PPD. Los trabajadores no perdieron la antigua inseguridad. La Iglesia era, en la mayoría de los casos, anticomunista. Un «comunismo» representado por

el PCP, claro. Los sermones y los panfletos del CDS lo explicaban de forma muy clara. Los periódicos vespertinos de Oporto y Lisboa rara vez llegaban a estas regiones y, cuando lo hacían, era bastante probable que fueran de unos días atrás. Al menos el 35% de la población, y posiblemente más, era analfabeta.

Hubo dos fuerzas que trataron de hacer frente a esta cuestión. La primera fue el MFA. En septiembre de 1974 inició lo que llamaron una campaña de «dinamización cultural». Grupos de simpatizantes del MFA llegaban al pueblo, tocaban un par de canciones revolucionarias, hablaban con la gente sobre sus problemas y explicaban el significado del 25 de abril: Ahora que los agentes de la PIDE estaban encarcelados, todo el mundo podía expresar lo que pensaba. En general eran visitas exitosas, pero a menudo solo hablaba el «líder natural» del pueblo. En algunos casos, las reuniones producían resultados sorprendentes y, de vez en cuando, se retransmitían por televisión. Hubo un pueblo, por ejemplo, al que llegó el MFA, cantaron canciones y le hablaron a la gente sobre el 25 de abril. Luego les pidieron a los paisanos que hablaran ellos. Un anciano dijo que había muy pocos problemas en el pueblo. Cuando el MFA insistió en que seguro que habría algún problema, el anciano contestó que no había ninguno: «*Había uno o dos comunistas, pero realmente no eran un problema*».

La otra fuerza fueron los estudiantes. Aprovechando la demanda de educación superior, el gobierno había decretado que antes de poder entrar en la universidad, en un instituto técnico o una escuela agrícola, se debía hacer un año de trabajo de campo. La idea era enviar a jóvenes educados a las provincias para enseñar a leer e impartir los conocimientos que tenían. Hubo cerca de veintiocho mil estudiantes involucrados. El plan estaba respaldado por UEC, la organización estudiantil del PCP.

La mayoría de estudiantes, tanto de izquierdas como de derechas, criticaron este Servicio Cívico. También los trabajadores y agricultores del norte los atacaron por ser «insultante». Los estudiantes de derechas se oponían al plan porque ponía en riesgo sus privilegios sociales de juventud de clases medias y altas, ya que la única manera de evitar el Servicio Cívico era renunciando a ir a la universidad. Los estudiantes de izquierdas lo criticaron desde posiciones muy diferentes. Un grupo de profesores del MES emitió un comunicado que recogía las actitudes hacia el plan. A lo que los estudiantes de izquierdas se oponían no era el principio del Servicio Cívico, sino su planificación y organización por parte de un gobierno capitalista.

En un determinado momento, los estudiantes de las «escuelas agrícolas» ocuparon sus universidades, insistiendo en que:

No se harían cargo de ningún trabajo que pudieran llevar a cabo los trabajadores agrícolas que estaban siendo despedidos.

Deberían tener completa autonomía respecto del MFA y los partidos políticos. Solo implementarían decisiones que hubieran tomado en plenarios conjuntos con los trabajadores agrícolas.

Aun así, miles de estudiantes acudieron al campo a enseñar y trabajar en las haciendas. Constituyeron un pequeño ejército de militantes que «ayudaron» a organizar y planificar las ocupaciones. La formación en técnicas agrícolas, los análisis del suelo y la «agitación» iban de la mano. Pero también se discutían otros problemas, como la distribución de comida a las ciudades. Sin embargo, la colectivización de la tierra seguía siendo un prerrequisito para cualquier reorganización de la agricultura. Mientras que en los latifundios del sur esto demostró no ser un problema excesivo –teóricamente–, en el norte las cosas serían muy diferentes.



VII. El tablero político

La derecha

Durante el periodo previo a las primeras elecciones en abril de 1975, periodo que ellos mismos iban a denominar «predemocrático», el MFA era el verdadero lugar donde se tomaban las decisiones. No obstante, ni el MFA, ni las Fuerzas Armadas en general, eran cuerpos homogéneos. Representaban diferentes posiciones ideológicas y de clase, aunque esto no se haría evidente hasta mucho más adelante.

Los partidos políticos perseguían fines mucho más claramente diferenciados, y pronto iban a monopolizar la lucha por el poder. Eran estos grupos civiles los que iban a luchar en las elecciones, o contra ellas, y quienes iban a articular diferentes diseños alternativos de reconstrucción social.

En julio de 1974, había alrededor de setenta u ochenta partidos. Tras el 28 de septiembre, hubo grupos de derechas que dejaron de existir o que se fusionaron con otros. Con la huida de Caetano y Tomás, la vieja derecha se había convertido en un caos. Las diferencias latentes que había habido en el bando

de Caetano emergieron a la superficie. La antigua ANP nunca había sido un cuerpo cohesionado y, ahora, sus antiguos diputados habían aterrizado en muchos partidos diferentes. El más poderoso y activo era de lejos el CDS, fundado por Freitas do Amaral, exconsejero de Caetano y profesor de Derecho en la Universidad de Lisboa. Entre otros miembros fundadores se encontraban Pintado, Brandao y Machado, todos antiguos diputados que habían representado la corriente principal del viejo conservadurismo. El grupo católico Opus Dei, y algunos curas, sobre todo en el norte, apoyaban a este partido. Gracias al respaldo del conglomerado CUF y de la familia de Melo, CDS podía utilizar todas las técnicas modernas de «marketing» político: carteles, publicidad, películas y videos. El 25 de noviembre, publicaron su programa a doble página en el *Diário de Noticias*. Defendían cierto «apoyo» estatal para hospitales, educación, etc. Su estrategia pretendía ser avanzar desde las provincias, donde la sofisticación política era menor, y trabajar con el objetivo de llevar a cabo una conferencia en Lisboa. Las publicaciones regionales de CDS hablaban de la toma comunista de Lisboa y de «nuestros territorios de ultramar, ocupados por terroristas rojos».

El Partido Democristiano (PDC) también era un esqueje del antiguo régimen. Quizá la verdadera representación del viejo movimiento fascista, posicionado incluso a la derecha de CDS. Fue el propio Salazar quien lo fundó tras el golpe de 1926. Muchos de sus afiliados habían sido, y aún eran, miembros de la CIP. En diciembre de 1974, aseguraban tener treinta y siete mil miembros solo en el norte del país, aunque probablemente esas cifras fueran pura fantasía. Defendían un sistema presidencial, con Spínola como presidente, y utilizaban el símbolo derechista de la cruz céltica que habían usado previamente los cruzados. El PDC contaba con grafiteros tremendamente activos y las

paredes de Lisboa estaban cubiertas con sus siglas. También se declaraban abiertamente aliados de la Iglesia Católica. En muchos sentidos, representaban las formas más puras de ideología salazarista.

El resto de grupúsculos de extrema derecha estaban mal organizados, pero no eran completamente irrelevantes. Se formaron escisiones a partir de los antiguos aparatos represivos del Estado. Pequeños grupos de antiguos miembros de la Legión y de la PIDE, junto con pequeños empresarios, todavía eran capaces de juntar suficientes recursos –y armamento– para constituir una fuente de problemas. El Partido Liberal –«El comunismo es peor que el fascismo»–, el Partido del Progreso –previamente Partido Federalista– y el Movimiento Popular Portugués habían sido lo suficientemente activos como para implicarse en el desastre del 28 de septiembre. Sus respectivos arsenales fueron la causa de su descrédito. Según ellos, detrás del 25 de abril estaba la incompetencia de Caetano, a quien acusaban de ser un «liberal» y culpaban de la multiplicidad de razas de las colonias. Otros grupos, como el Partido Socialdemócrata Independiente (PSDI), representaban el mundo del empresariado medio. Dirigidos por el ex primer ministro Palma Carlos, también intentaron «detener la marea izquierdista». Sin embargo, todos estos grupos eran incapaces de ponerse de acuerdo –excepto en aquel 28 de septiembre– y siguieron siendo débiles.

El 4 de noviembre de 1974, las juventudes de CDS trataron de celebrar una asamblea en un teatro de Lisboa, justo al final de la calle donde se situaba el antiguo cuartel general de la PIDE. El MRPP se manifestó a la puerta del teatro al grito de: «*La PIDE mató en esta calle*» y «*Contra el fascismo, unidad popular*». Ocuparon la estrecha calle, formaron una cadena con los brazos

entrelazados para enfrentarse a la llegada de los antidisturbios. La policía lanzó gas lacrimógeno. Los maoístas respondieron con piedras y la policía abrió fuego contra la multitud, matando a uno e hiriendo a otros dieciséis. Entre los heridos estaba Saldanha Sanches, director del periódico del MRPP, *Luta Popular,* quien había sido excarcelado gracias las presiones de la izquierda tras el 28 de septiembre. A las 9 de la noche, los encendidos manifestantes marcharon sobre la sede de CDS, echaron abajo la puerta principal y destruyeron todos los archivos y documentos, haciéndose además con multicopistas y otro equipamiento. El CDS denunció que habían pedido ayuda al COPCON y que no habían obtenido respuesta. Cuando aparecieron, la multitud les vitoreó. No hubo ningún arresto. Todo el episodio demostró una gran ambigüedad por ambos lados respecto a las tácticas utilizadas. El MES tachó la acción de «exhibicionista» y reclamó «luchas contra formas concretas del capitalismo y la explotación».

El centro

Durante los primeros seis meses, todos los grupos políticos fueron tratados por igual por una prensa predominantemente de izquierdas. Un manifiesto del PRP tendría tanto espacio como uno del PPD o el PS. La izquierda «revolucionaria» convocaba manifestaciones de izquierda y se podría decir que controlaba las calles; eran los partidos de centro (PPD, PS y PCP) los que controlan el gobierno.

El primer congreso del PS, el 13 de diciembre de 1974, fue saludado con una lluvia de felicitaciones fraternas por los partidos de la Segunda Internacional. Su invitado de honor fue Santiago Carrillo, hablando en nombre del Partido Comunista

Español. Este «internacionalismo» fácil procuró al PS cierto músculo político, pero su congreso también reveló la frágil estructura sobre la que se había levantado el partido. Las disputas internas en torno a temas clave como la relación con la Iglesia, o con los otros grupos de izquierdas, amenazaban con tirar abajo todo el edificio. Mário Soares siempre había sido un miembro de la clase alta lisboeta. Su familia poseía el Colegio Moderno, una exclusiva escuela privada donde habían sido educados muchos de los políticos profesionales del momento. Sus gestos y su discurso revelaban todos los atributos de la clase media. Era un oportunista por excelencia, siempre en contacto con la base del partido, y un maestro en manejar tormentas. El GAPS –un grupo de presión dentro del PS– estaba compuesto por miembros de la propia familia de Soares. Su corriente había apoyado a los maoístas en algunas manifestaciones.

Muchos partidarios de CDE se habían reunido en torno al PS tras el 25 de abril, y se escoraban más a la izquierda que la dirección. De hecho, poco después del primer congreso, se produjo una importante escisión que se llevó a tres mil miembros del partido. El nuevo grupo (FSP o Frente Popular Socialista), afirmaba que lo que estaba en juego no era solamente una cuestión de liderazgo o personalidades, sino la lucha de clases. Dirigido por Manuel Serra, reclamaba solidaridad tanto con MES como con LUAR. A través de un esbozo de programa de once puntos, atacó «el culto a la personalidad que defiende, con bonitas frases marxistas, los intereses de la clase dominante». Como la mayoría del resto de grupos, el FSP defendía la «alianza del MFA con el pueblo».

Para la socialdemocracia internacional, Soares era su favorito. Su partido recibía financiación de todos los grandes partidos

de la Segunda Internacional, sobre todo del Partido Laboralista británico y del Partido Socialista Francés. Incluso Edward Kennedy envió telegramas amistosos y, de hecho, en febrero de 1975 participó en una mesa redonda con líderes del PS.

Las diferencias entre las posiciones del PCP y del PS sobre la organización de los sindicatos reflejaban los distintos tipos de futuro que cada uno representaba. El PCP veía el futuro en términos de capitalismo de Estado, mientras que el PS defendía una «economía mixta». Esta distinción era el motivo principal de la popularidad del PS entre los capitalistas internacionales. El PS era menos adulador que el PCP y estaba más a tono con el ánimo general. Podían denunciar la persecución de los maoístas, aunque entre bambalinas siempre dirían que: «estos grupos son irrelevantes». Los militantes del PS jamás se permitieron el tipo de campañas deliberadamente antihuelgas que encabezó el PCP. El PS había apoyado la huelga de CTT en julio, mientras que el PCP la había denunciado agresivamente. Al lado de los «comunistas» ultraconservadores, parecían incluso liberales.

Sin embargo, la reivindicación del PS de una «democracia pluralista» era, efectivamente, una simple apelación al capitalismo liberal. En aquellos días, el apoyo se medía en función de la habilidad para convocar manifestaciones masivas. Según este criterio, el PS no estaba tan enraizado como el PCP, a pesar de lo que pareció revelarse luego durante las elecciones. Sin embargo, con la misma vara de medir, también el PPD era débil, ya que su respaldo provenía en la mayor parte de las clases medias y estas no suelen tomar alegremente la calle. Durante los primeros meses tras el 25 de abril, la burguesía y las clases medias no tenían voz política propia e independiente, que no fuera a través de estos partidos.

Por supuesto, el PCP era el partido más jerárquico y rígidamente organizado de todos, y también del que más se hablaba. La propaganda burguesa todavía lo representaba como revolucionario y, por ello, era atacado en la esfera internacional. Muchas de las acciones y actitudes de la izquierda revolucionaria se le atribuían al PCP, algo que obviamente no podía estar más lejos de la verdad. En bastantes aspectos, era el partido de centro más conservador, siempre atacando todo movimiento independiente que hiciera algún otro grupo político, ya fuera de mujeres, obreros de fábrica, campesinos o estudiantes.

Estas rivalidades se reflejaban en el movimiento estudiantil. El 22 de noviembre de 1974, como muchas otras veces, el COPCON tuvo que acudir al Instituto Superior de Economía cuando estudiantes del MRPP y de UEC se enfrentaron destrozando la cantina. En muchos institutos se producían choques de este tipo.

Una noche, fueron parados e interrogados militantes de URML que estaban repartiendo panfletos. Cuando se les preguntó quiénes eran, respondieron que eran comunistas, pero que no pertenecían al PCP. «Si no sois del PCP, sois agitadores y fascistas» fue, a su vez, la respuesta que recibieron. De hecho, así se les arrestó, como fascistas, y se les llevó a la prisión de Caxias. Se pasaron dos noches allí, junto con exagentes de la PIDE, hasta que se descubrió el «error». Este incidente fue poco común solo por las consecuencias que tuvo, pero hubo infinidad de peleas y altercados entre grupos contrarios.

Muchos de los partidos de centro recibían amplio apoyo financiero del extranjero. El PCP, por ejemplo, recibió dinero y máquinas de impresión de la RDA. Ninguno tenía la obligación de revelar qué habían recibido de fuentes externas, a pesar de los

repetidos llamamientos a que lo hicieran. Es más, dado que los que más apoyo de este tipo recibieron fueron los tres partidos de la coalición, nadie esperaba que hubiera legislación alguna a este respecto.

El PPD y el PCP eran los compañeros de coalición más homogéneos. Tenían programas claramente definidos, cada uno para un tipo de capitalismo –privado y de Estado, respectivamente. El PS, por otro lado, se había formado con todo tipo de tendencias y tenía muchas más discrepancias internas que los otros dos juntos. Más o menos a partir de enero de 1975, los grupos maoístas empezaron a apoyar al PS, frente al PCP, en cuestiones como Intersindical, por ejemplo.

La coalición se debía más a una necesidad imperiosa que algún tipo de voluntad de cooperación. De hecho, siempre amenazaba con disolverse, a pesar de que ninguno de sus componentes podría haberse retirado sin consecuencias, y no obstante permaneció sólida. Eso sí, nunca dejaron de darse las fieras disputas por cuestiones como Intersindical o las juntas de distrito. Si quería llegar a alguna parte, el PCP debía mantenerse cerca del MFA, pero también tenía que eliminar a sus rivales políticos o, al menos, y por el momento, mantenerse un paso por delante de ellos.

Una semana después del sabotaje del congreso de CDS en Oporto, el PS convocó una manifestación en Lisboa para conmemorar el levantamiento frustrado que llevaron a cabo las fuerzas republicanas, en 1895, en la misma ciudad. Podría haber sido una manifestación muy popular.

Sin embargo, el PCP y sus satélites reaccionaron con toda la artillería. Hablaban de una «nueva conspiración» de la derecha y llamaban al «reforzamiento de la unidad democrática». Pro-

pusieron su propia manifestación, también el 31 de enero. Por supuesto, el MDP-CDE, el MES y el FSP apoyaron al PCP. «*Una nueva mayoría silenciosa se está levantando*», aseguraba el MES. El FSP alertaba de que «*organizaciones burguesas al servicio del capitalismo están difundiendo propaganda sobre que los derechos democráticos conquistados el 25 de abril están en peligro. Sin embargo, la realidad es otra. Hay fuerzas conservadoras y reaccionarias que temen el avance del proceso democrático y están tratando de detenerlo, exactamente igual que hicieron el 28 de septiembre. La conspiración de la burguesía está siendo promovida por aquellos que, ese mismo 28, afirmaban –con poca convicción– que apoyaban el programa del MFA. Convocamos a una gran movilización el 31 de enero, a las siete y media de la tarde en Entrecampos, para apoyar al MFA y acabar con los provocadores y conspiradores*».

Los comunicados del MDP y el MES, leídos por la radio, iban por los mismos derroteros. El enfrentamiento entre el PCP y el PS parecía inevitable. Si los socialistas se echaban atrás quedarían desacreditados políticamente, por lo que se mantuvieron firmes, atacando al PCP por no ser democrático, y asegurando que seguirían adelante con la manifestación planeada. El 30 de enero, para no ser menos, el MRPP convocó una tercera manifestación en otra zona de Lisboa.

Mário Soares apareció en televisión asegurando que, en lo que concernía a su partido, «las manifestaciones convocadas por el PCP y el resto de grupos eran contramanifestaciones». También pidió a la gente que «luchara por las elecciones y contra la reacción». Cunhal rechazó tomar parte en un debate televisado sobre el asunto.

La tensión se acumulaba, alimentada por cientos de rumores pero con pocos hechos reales. «Se han divisado barcos de la

OTAN en la costa norte de Portugal». Las «noticias» parecían dar credibilidad a la idea de algún tipo de intento derechista contra Portugal. Incluso se rumoreaba que Soares había pedido ayuda internacional.

Tras una reunión de última hora entre Soares y Cunhal, ambas manifestaciones fueron desconvocadas. El FSP y el MDP, respaldaron obedientemente la decisión. Solo el MES decidió seguir adelante. Por su parte, el MRPP afirmó que nada detendría su manifestación. El MES, en cambio, dijo que sería solo una concentración breve, nada más. COPCON rodeó Rossio, el lugar donde iba a celebrarse la manifestación del MRPP, y arrestó a una docena de maoístas. La crisis quedó pospuesta, pero de ningún modo resuelta.

La izquierda

Todo el conjunto de grupos de izquierdas debería haberse beneficiado del vacío político que dejó el 25 de abril. No obstante, fosilizados en sus ortodoxias, no poseían ninguna dinámica interna que hubiera podido conducir a las fuerzas revolucionarias a unirse en torno a ellos. Sus constantes reivindicaciones y debates sobre ser la vanguardia los dejaban cada vez más aislados. Ningún trabajador que se preciara iba a dejarse dirigir por un puñado de estudiantes radicales, y eso era lo único que eran estos grupos. Incluso cuando atraían a los trabajadores, no conseguían desembarazarse de sus complejos de liderazgo: los trabajadores seguían siendo las masas cuya función era confirmar la exactitud de las teorías revolucionarias debidamente trabajadas. Ninguna fórmula mágica sobre que «la emancipación de los trabajadores

era tarea de los propios trabajadores» podía evitar esa actitud.

El despliegue de siglas de los distintos grupos era impresionante. Una ojeada a cualquier periódico del momento le presentaba a uno una sobreabundancia y proliferación de «organizaciones de trabajadores» para elegir. Solo los maoístas ofrecían CARP, CCRML, OCMLP, PC de P, FEC-ml, URML, MRPP, etc. Para el aficionado de la esotérica política, el estudio de sus apariciones y desapariciones puede ser una tarea, si bien formidable, interesante. Para alguien que ya tenía dolor de cabeza –después de ocho o nueve horas trabajando– realmente era pedir demasiado.

En 1964, una sección maoísta se separó del PCP y formó el Frente Armado Portugués (FAP). A ello le siguió toda una serie de divergencias sobre la táctica, llevando a más y más escisiones. El PCP creía que la ruptura se daría en las Fuerzas Armadas –luego se demostró que estaba en lo cierto–, y concentraba ahí su acción. Su fracción armada, conocida como ARA, a pesar de estar inactiva desde los años cincuenta, se mantuvo con una existencia nominal hasta el mismo 25 de abril.

Otros grupos llevaron a cabo ataques frontales contra el régimen y sus instituciones. En 1969, se formó el también maoísta PC de P, al que siguieron nuevas secesiones que abrazaban las ideas guevaristas o maoístas.

El 22 de noviembre de 1974, el MRPP anunció su intención de convertirse en partido político y concurrir a las elecciones. Ese mismo día, atacaban al gobierno en una entrevista en el *Expresso*: *«La reacción también se encuentra en el gobierno. Este emplea dos tácticas: Tratan de engañar al pueblo con sonrisas y pretensiones democráticas. Pero cuando esto ya no funciona, entonces*

utilizan la represión y la violencia. Tan pronto como la contrarrevolución sea lo bastante fuerte, organizada y dirigida por el gobierno, le permitirán vencer». El MRPP se diferenciaba de la mayoría del resto de grupos de izquierdas en que veían los acontecimientos que condujeron al 25 de abril, esencialmente, como un intento de las clases dominantes de modernizarse a sí mismas. Decidieron atacar frontalmente al nuevo gobierno. El 25 de abril destrozaron las ventanas de los bancos, durante la manifestación de Peralta del 25 de mayo atacaron abiertamente a la policía y en diciembre lideraron la violenta ofensiva contra el congreso de las juventudes de CDS.

La mayoría de los otros grupos de izquierdas tenían otras perspectivas sobre el 25 de abril, y buscaban «aliarse con el ala progresista del MFA», creyendo que este movimiento inmoral daría frutos políticos. El PRP-BR, por ejemplo, nacido de las escisiones del PCP en 1970, decidió, tras el 25 de abril, organizarse dentro del movimiento general. Al contrario que el MRPP, que quería crear el *verdadero* y *auténtico* «partido leninista de la clase trabajadora», el PRP-BR oscilaba ideológicamente entre la idea de un movimiento autónomo de los trabajadores y la necesidad de un partido tradicional de tipo bolchevique. Para combatir al fascismo y al sindicalismo reformista, trataron de establecer «sindicatos revolucionarios» en las fábricas.

El otro grupo que intentó integrarse en el «movimiento general» fue el MES. Nacido de una escisión del PCP y el CDE en 1973, contaba con muchos intelectuales y técnicos, y tenía militantes –o exmilitantes– en el Segundo Gobierno Provisional. En muchos aspectos, eran bastante más abiertos y honestos que otros grupos izquierdistas. Se veía más como movimiento que como partido y afirmaba que «las condiciones para formar un partido todavía no estaban maduras». En una entrevista

con Lucio Magri, miembro de un grupo separado del Partido Comunista Italiano, el MES habló de las dificultades de organización: «*El PCP era el único partido que emergió de la existencia clandestina con una organización fuerte. Es el único partido capaz de movilizar a las masas. Aun así, está lejos de ser la vanguardia de la revolución portuguesa. Lo que nos preocupa es que las vanguardias revolucionarias son pequeñas minorías, "grupúsculos", mientras todos proclaman a la vez la necesidad de crear un partido de masas*».

Este era, en esencia, el problema planteado en términos ideológicos. ¿Formarían todas las vanguardias partidos de masas o seguirían manteniendo discusiones de profetas? El MES fue el primero en sentir esa dificultad, y en enero de 1975 lanzó el lema de «poder popular». No obstante, para el MES, «poder popular» era un camino distinto para la misma meta: un partido de masas que pudieran controlar.

Al principio, el PRP-BR sostuvo que los «sindicatos revolucionarios» serían la base del partido. Después de deambular a trompicones por este callejón sin salida, lanzarían sus «consejos revolucionarios», pero por aquel entonces aún estaban concentrados en montar sindicatos.

Es decir, tanto para MES como para PRP el problema era elegir entre la clase trabajadora y la organización. Ambos defendían la autoorganización, pero también se veían a sí mismos como el centro de esa autoorganización. Eran felizmente inconscientes de semejante contradicción.

El caso de LUAR era diferente. Existían desde 1967 como un grupo de acción directa. Sus militantes se veían como un ejército que ayudaría a los trabajadores cuando estos se lo pidieran. Concentrados en asuntos locales, se convirtieron en un «grupo de servicio» para ocupaciones de casas o edificios. Rara vez, si acaso alguna, trataron de manipular las luchas. El carisma de

Palma Ignacio y este tipo de actividad hicieron que la organización fuera muy popular entre los trabajadores.

Políticamente, LUAR recogía tendencias desde el luxemburguismo hasta el comunismo de consejos. Su consigna principal era «socialismo desde abajo». Mientras el MES veía la nacionalización de industrias clave como el camino al socialismo –añadiendo que deberían ser gestionadas «bajo control obrero»–, ellos criticaban esta postura:

«La nacionalización de sectores clave de la economía no es suficiente. Es imposible decretar el socialismo y forzar al pueblo a someterse al control y las decisiones del Estado. Ante todo, no debe desmovilizarse la actividad autónoma de la base bajo el pretexto del requerimiento por parte de "los representantes responsables" de la clase trabajadora. La única garantía para los trabajadores es que el poder sea ejercido por los propios trabajadores, en el lugar donde viven y donde trabajan. Si el socialismo no es un tipo de racionalización en la que se subordina y utiliza a los trabajadores para incrementar la productividad; si el socialismo es, al contrario, la subordinación del proceso de trabajo a los intereses de aquellos que lo llevan a cabo y la emancipación de la dominación capitalista, entonces el socialismo no puede significar un gobierno para los trabajadores liderado por un partido, grupo o clase. Tiene que significar un gobierno de los trabajadores para los trabajadores… El apoyo al MFA debe ser, por tanto, condicional, y solo en aquellas medidas progresistas que, paradójicamente, lleven a una disminución del poder del Estado, como poder sobre los trabajadores, permitiéndoles crear el embrión de formas alternativas de organización social».

Luego se vería que incluso aquellos cuya visión del socialismo era más libertaria, todavía tenían ilusiones residuales sobre el papel del MFA y el Estado, y quienes no tenían tales esperan-

zas –como el MRPP– defendían una visión del socialismo que haría de él una pesadilla y alienaría todo posible apoyo potencial.

El MES, el PRP, el MRPP y todos los pequeños grupos maoístas eran activos en las fábricas y acudían a las luchas, una vez ya habían comenzado, para ofrecer su «ayuda». Sin embargo, en la mayoría de casos jugaban un papel negativo, creando divisiones y llevando con ellos problemas que antes no existían.

Por supuesto, era imposible que estos grupos vanguardistas se llevaran bien entre ellos, dado que a menudo chocaban en la competencia por la clientela proletaria. Pasado un tiempo, apenas habían tenido adhesiones. Cuando un partido ganaba militantes era porque otro los había perdido, y quizá esto explique por qué los diferentes grupos se atacaban entre ellos más ferozmente de lo que nunca atacaron a la derecha.

Cuando, en su congreso de principios de 1975, el MES reclamó la nacionalización de los bancos y las compañías de seguros bajo control obrero, el PRP-BR les atacó de la siguiente manera:

«*El MES ha mantenido un congreso a puerta cerrada. Inelectuales al servicio de los trabajadores, es lo que nos demuestra su práctica. Antes del 25 de abril, el MES llevaba a cabo actividades semilegales. Fue el 25 de abril lo que creó las condiciones para que el MES creciera. Un partido legal, organizado por medios legales. "Todo gobierno necesita una oposición" dijo Lenin una vez, y este es precisamente el rol del MES. Una oposición "estable", "justa" y de "buen comportamiento". Están fuera de la coalición y por eso reclaman la "dictadura del proletariado". Pero mañana bien podrían recorrer los pasillos del poder. Algo que puede comprobarse en la invitación al PCP para que acudiera a su congreso. El MES, tan duro, tan antirreformista, afirma que el PCP no es reformista porque está implan-*

tado en la clase trabajadora. Con esa lógica, deberían aliarse también con el Partido Laboralista británico…».

No obstante, ocasionalmente también se daban alianzas sobe temas específicos, o porque los grupos eran demasiado débiles para seguir peleando. A pesar de sus peculiaridades individuales, compartían –a un nivel casi instintivo– la creencia de Lenin, despectiva y profundamente burguesa, de que si se dejaba solas a las masas, solo podrían desarrollar una conciencia sindicalista. En esto, se trataba de grupos leninistas en el sentido más profundo de la palabra. A pesar de toda su cháchara sobre socialismo, su objetivo era establecer en Portugal un capitalismo de Estado, en el que ellos mismos ocuparan las butacas del poder. Su única diferencia respecto al PCP era su mayor debilidad y su mayor radicalidad verbal.

Todos los grupos izquierdistas tenían acceso a la prensa, aunque los que no eran maoístas solían disponer de más espacio. Sus comunicados y programas eran siempre publicados, y recibían amplia publicidad mientras los propios periódicos fueran distribuidos –algo que era mucho más común en el sur que en el norte. Incluso tenían su propia implantación, como periodistas, en esos mismos periódicos.

La anarcosindicalista CGT había sido importante en los años treinta. A pesar de la renovada publicación de *A Batalha*, sus sucesores de 1975 apenas eran conocidos. Solo quedaba un puñado de viejos militantes, incapaces de deshacerse de su mirada tradicional –o incluso de cuestionarla– y poco deseosos de enfrentarse a los nuevos problemas. Permanecían entrampados en sus reminiscencias y en una ideología romántica anclada en el pasado. *A Batalha* fue en su momento el periódico político portugués de mayor tirada; ahora apenas producía diez mil ejemplares dos veces al

mes. Los grupos de maoístas formados a principios de los años 70 tenían el mismo alcance. Era realmente triste.

La polarización

Mientras los partidos de centro hacían propaganda por la «democracia» y «contra el fascismo», la izquierda seguía atacando a CDS como «partido fascista reorganizado». Su principal congreso, el 25 de enero de 1975, tuvo que ser completamente desalojado.

Los delegados se habían reunido desde por la mañana temprano en el auditorio del Palacio de Cristal, en Oporto. A mediodía, la reunión se había dividido en grupos de trabajo para discutir asuntos específicos. A las tres de la tarde, dieron una rueda de prensa afirmando que CDS había abierto la puerta a una Europa genuinamente democrática y no comunista. La gran pancarta detrás del comité central rezaba «Por el progreso en una sociedad más próspera». El conservador británico Geoffrey Rippon, Secretario de la Oposición para Asuntos Exteriores, habló de la amistad entre ambos partidos y, en la misma línea, el vicepresidente de la RFA, proclamó que ese congreso representaba «las esperanzas de una Europa libre».

Mientras, en el resto de la ciudad, se concentraban las fuerzas de la izquierda. Bajo una organización paraguas (GAAF), miembros de LUAR, PRP-BR, LCI, MES y Juventudes Socialistas convocaron una manifestación para esa tarde. Al grito de «Contra el fascismo popular» y «Muerte a CDS y todo el que lo apoye», marcharon en dirección al Palacio de Cristal. Al llegar

allí, levantaron barricadas y exigieron que el congreso se disolviera. «No habrá congreso porque la gente no lo permitirá», gritaban. Hacia las ocho, cuando llegaron al auditorio, su número había ascendido a cerca de cinco mil.

Dentro, los portavoces empezaron a asustarse a medida que se percataban de que estaban rodeados. Las discusiones se hicieron aún más tensas cuando se supo que las Fuerzas Armadas habían tomado las posiciones de los antidisturbios. Finalmente, poco después de las nueve, Freitas do Amaral aconsejó al congreso que tomara precauciones y los delegados levantaron barricadas utilizando viejos colchones y sillas. A las nueve y media, el congreso se pospuso *sine die*.

Al caer la noche, la llegada de la GNR con perros y armas automáticas para defender a los sitiados incendió a los manifestantes. Empezaron a oírse gritos de «Catarina Eufemia será vengada», en referencia a la joven campesina asesinada por la GNR en 1954. En ese momento comenzaron a lanzarse piedras y la policía respondió con gas lacrimógeno. Los manifestantes se desplazaron a la puerta principal del auditorio tratando de forzar la entrada. Se oyeron los primeros disparos policiales. Estalló una pelea cuerpo a cuerpo entre los izquierdistas y la guardia defensiva que habían formado los delegados de CDS. Fuera, se arrojaron cócteles molotov contra los coches de estos últimos. Un Mercedes y un Jaguar fueron reducidos a cenizas. Un rincón de Oporto se había convertido en un campo de batalla.

Los vecinos entregaban limones a los manifestantes para aliviarles los efectos del gas. La gente prorrumpió en vítores cuando estalló en llamas otro coche, esta vez un Alfa Romeo. Se oyó un grito de «quemad a los CDS». Doce heridos tuvieron que ser trasladados al hospital.

Finalmente, llegó el COPCON. Algunos manifestantes abrazaron a los soldados. Los antidisturbios se retiraron y los incidentes violentos fueron amainando. Un teniente ordenó que se retirara todo el mundo, asegurando que el congreso sería suspendido. Nadie se movió. El llamamiento por radio cayó en oídos sordos. COPCON solicitó que se retirara del auditorio la bandera del CDS. Aun así, los manifestantes se negaron a marcharse. Sus filas habían aumentado con la llegada de muchos jóvenes obreros. La situación permanecía en punto muerto: los delegados de CDS dentro del salón de actos y las fuerzas de la izquierda rodeándoles.

Hacia las once y media, llegó un destacamento montado de la GNR. Tan pronto como aparecieron, se montaron barricadas. Sin embargo, las fuerzas de COPCON tomaron posiciones entre los dos bandos, disparando por encima de las cabezas de los guardias nacionales. La GNR se retiró. Los manifestantes se mantuvieron firmes fuera del auditorio hasta bien entrada la noche, mientras discutían sobre el asunto. Alrededor de las cinco de la madrugada, solo quedaban unos cien.

Llegó un cuerpo de paracaidistas desde Lisboa. Se temía que la situación volviera a encenderse por la mañana y resultara en un enfrentamiento entre los militares y la guardia nacional. Hacia las ocho, una fuerza de vehículos militares estableció un bloqueo, rodeando toda el área. Se retiraron cerca de ciento ochenta coches de la zona de pabellones. La batalla había acabado dejando diecisiete heridos, entre ellos doce civiles y cinco policías.

Durante la noche, varios grupos políticos se habían pronunciado sobre los hechos.

El CDS, completamente desconcertado, amenazó con retirarse de las elecciones. Afirmaban que a partir de ahora deberían

prepararse y organizarse en secreto, y, de hecho, celebraron un congreso clandestino el 22 de febrero de 1975. No se dio ninguna información sobre el número de delegados que atendieron, ni de dónde venían.

A partir de enero de 1975, los congresos y reuniones de CDS y PDC fueron repetidamente atacados. En Braga, un grupo desconocido atacó una asamblea del PDC con material incendiario. Entre ese mismo enero y las elecciones de abril, se estima que casi la mitad de los mítines políticos organizados por estos dos partidos, y por el PPD, fueron frustrados o impedidos de alguna forma. El PDC estaba casi completamente desacreditado. Solo atraían multitudes cuando acudía el mayor Sanches Osorio. También CDS parecía estar al borde de la extinción. El siguiente objetivo para la izquierda iba a ser seguramente el PPD.

El ocho de marzo celebraron un mitin en el Club Naval de Setúbal, una gran área industrial a cuarenta kilómetros de Lisboa. Alrededor de dos mil manifestantes de LUAR, MES, FEC-ml, FSP, UDP, PRP-BR se reunieron fuera del club, en la avenida Luisa Todi. También acudieron cerca de cien policías para proteger el acto. La pancarta del PPD fue quemada al grito de «Fuera el PPD, fuera la Reacción». La policía trató de impedir que los manifestantes entraran en el club disparando a la multitud. Por la posición de las marcas de bala, se sabe que tiraron bajo. Mataron a un manifestante e hirieron a catorce. Cuando se conocieron las noticias, las fuerzas de toda el área empezaron a movilizarse. En Setúbal había numerosos simpatizantes del PCP, aunque no estuvieran directamente controlados por el aparato. A medida que la lucha continuaba, se trajeron tropas de la Escuela Práctica de Infanteria para reforzar a los paracaidistas, y pronto también apareció la policía antidisturbios.

«Este es el incidente más grave desde el 25 de abril», decía un comunicado del PPD. «Pone en peligro toda la revolución».

Los maoístas, inflamados por la muerte de su compañero, gritaban «Setúbal es rojo», «Abajo la reacción», «Comunismo», «Acabad con los demócratas populares». Marcharon contra los cuarteles generales de los antidisturbios pidiendo que los responsables del tiroteo fueran arrestados. Los paracaidistas vigilaban la situación atentamente, pero no interfirieron.

Los cincuenta hombres de la comisaría fueron sitiados toda la noche y el día siguiente. El coronel al mando de los militares trató de abordar a alguno de los manifestantes, pero no consiguió nada. Esa misma tarde anunció por megafonía que los policías iban a ser trasladados. Las tropas fueron abucheadas. «Los soldados están con el pueblo», afirmó el coronel. «¿Entonces, por qué la policía está siendo liberada?», fue la respuesta. Las furgonetas policiales –con los policías dentro, para variar– fueron apaleadas y zarandeadas a medida que trataban de escapar. El recuento final: un muerto y treinta heridos.

Fue, sin duda, un episodio revelador. Las tropas, temerosas de perder apoyo, no habían interferido, pero ¿habrían atacado a los manifestantes si se lo hubieran ordenado? Muchos de los soldados eran conocidos por los paisanos. Este punto era crucial y las autoridades lo sabían. Fueron lo bastante sabias para no probar qué ocurriría.

Un pequeño grupo de maoístas acudió a la sede de la Escuela Práctica para protestar por el incidente, pero la gran mayoría rechazaron cualquier enfrentamiento con las tropas. Un reportero británico del *Guardian* y un fotógrafo estadounidense de la revista *Time* fueron zarandeados cuando llamaban a Lisboa para entregar su informe.

Los reporteros habían perdido mucho prestigio debido a la forma desfavorable en que habían relatado lo ocurrido con el CDS en Oporto, y la actitud hostil habitual hacia toda la escena política portuguesa. En general, los periódicos europeos y estadounidenses apoyaban tácitamente al CDS y al PPD. Si no de forma directa, sí insinuada. Al informar sobre los hechos de las calles, generalmente agrupaban al PCP con el resto de grupos izquierdistas –algo que enfadaba mucho al PCP. Al seleccionar sobre qué era importante informar, siempre parecían destacar el clima de temor, sin mencionar la alegría. Enfatizaban constantemente lo que decían los políticos profesionales, y no lo que hacía la gente. En lugar de entender, buscaban trivializar. Parecían estar todo el tiempo en las habitaciones de sus hoteles o los bares internacionales de Cascais, y solo salían si eran invitados a algún sitio por los políticos del PPD o CDS. ¿O acaso era la política dictada por Londres y París la que decía cuál debía ser el contenido de sus reportajes? Quitando un par de excepciones –el *Financial Times* o *Le monde*– las informaciones occidentales siempre eran negativas. Era algo que no solo afirmaba el primer ministro, Vasco Gonçalves, y los altos miembros del MFA, como Rosa Coutinho, sino también Mário Soares y Álvaro Cunhal.

Los reporteros son el peor tipo de camaleón. Cambian de color con cada brisa política y sería utópico esperar algo distinto. Sirven al presente, y el presente es el capitalismo.

VIII. El MFA

Los comienzos

Las Fuerzas Armadas Portuguesas tienen un largo historial político. Fueron el trampolín de las dos revoluciones republicanas de 1910 y del exitoso golpe de 1926. Entre ese año y la Segunda Guerra Mundial, Portugal fue testigo de un número asombroso de tentativas de pronunciamiento. Al revés que otros grupos similares que trataron de tomar el poder en los años veinte y treinta del siglo xx, el movimiento fascista portugués obtuvo su poder de los militares. No hubo un movimiento de masas que apoyara el fascismo como en Italia o Alemania. El poder fascista en Portugal estaba en manos de una serie de formaciones paramilitares. La Academia Militar de Lisboa, escuela de élite para oficiales, era considerada la espina dorsal del régimen salazarista. El ministro de Seguridad estaba subordinado al jefe de las Fuerzas Armadas, al igual que el mando de la Guardia Nacional Republicana. Grupos paramilitares especialmente diseñados como la Legión Portuguesa o la Guarda se hacían cargo de los deberes civiles.

Los oficiales de las Fuerzas Armadas habían disfrutado de cierto margen de maniobra en el aparato, y trataron de usar ese margen durante los golpes fracasados de 1930, 1931, 1954 y 1962. No obstante, jamás existió semejante libertad entre las tropas. A partir del golpe infructuoso del exgeneral Humberto Delgado, la PIDE comenzó a infiltrarse en el ejército, cosa que antes no había hecho nunca. Y sin embargo, incluso en ese caso, su acción era limitada y no podían actuar de forma autónoma. Normalmente era la GNR, con órdenes específicas de la élite militar, la que se movilizaba contra las unidades rebeldes de las Fuerzas Armadas.

La estructura del ejército portugués había sufrido continuos cambios desde la Segunda Guerra Mundial. Incluso su composición de clase había cambiado. Durante los años cincuenta, la profesión militar cayó en desprestigio entre las principales familias del país. La aristocracia y las clases medias-altas dejaron de enviar a sus hijos a las «prestigiosas» academias militares, dirigiéndolos, en cambio, a la universidad o la formación profesional. A principios de los setenta, todos los altos mandos todavía correspondían con los apellidos de las grandes familias, pero a medida que uno descendía en el escalafón, esos nombres desaparecían. Con el comienzo de las tres guerras coloniales, las admisiones de las academias militares se habían reducido a la mitad. En 1972 y 1973, eran una cuarta parte de lo que habían sido en 1958.

Debido al reclutamiento, muchos oficiales tuvieron que ser nombrados directamente desde las universidades, con un período mínimo y acelerado de entrenamiento militar, y enviados a África casi de inmediato. Un gran número de los que luego estuvieron envueltos en el golpe del 25 de abril habían sido estudiantes a comienzos de los sesenta, en un tiempo de agitación y grandes debates.

Durante esa década, los planes de instrucción habían permitido a los soldados asistir a la universidad y a los institutos técnicos para estudiar ingenierías y mecánica. Muchos soldados de orígenes obreros o campesinos habían ascendido gracias a las buenas calificaciones obtenidas. A través del contacto con estudiantes –sobre todo con los grupos maoístas– se fueron creando pequeñas bolsas de resistencia. A partir de 1971 se crearon pequeños núcleos políticos entre las unidades militares y navales, uno de ellos fue la RPA (Resistencia Popular Antifascista). Repartían panfletos y publicaban propaganda contra la guerra y las políticas coloniales que la habían provocado.

Por supuesto, la paga era uno de los puntos débiles de todo el sistema. Los reclutas ganaban alrededor de ciento cincuenta escudos mensuales, menos de lo que costaban un par de botas. Los sueldos subían rápidamente en la escala de oficiales. Un hombre reclutado que tuviera familia estaba condenado a penurias inimaginables si era enviado a las colonias durante el servicio obligatorio. En 1962, el servicio era de dos años. En 1971, había ascendido a cuatro, y normalmente incluía entre nueve y veinticuatro meses de servicio en ultramar.

La postura intransigente de los regímenes salazarista y caetanista solo beneficiaba a un puñado de personas. Los beneficios cosechados en Angola, y del pago de trabajadores mozambiqueños por parte de Sudáfrica –cruzaban la frontera para trabajar allí–, enriquecían a los dirigentes portugueses, pero el coste para la clase trabajadora en términos de represión y muerte no aparecía en ninguna hoja de cuentas. Miles de jóvenes desertaron. Decenas de miles se negaron a alistarse y tuvieron que abandonar el país.

En esa época también existía una amenaza directa contra las Fuerzas Armadas. Grupos como LUAR y PRP-BR, entre

otros, luchaban contra el régimen atacando a las unidades militares: asaltaban los cuarteles y volaban los barcos por los aires. El «Movimiento de los Capitanes» nació en este contexto.

Igual que cualquier otra institución, las Fuerzas Armadas habían atraído espías e infiltrados de la PIDE. Sin embargo, las filas de oficiales demostraron estar menos dispuestas a dejarse penetrar. Los primeros contactos entre oficiales tuvieron lugar en junio de 1973, como reacción a la celebración de la derechista «Asociación de Veteranos de Guerra», que pedía «más acciones concretas contra el terror rojo».

Probablemente, en ese tiempo se estaban juntando muchos grupos distintos a la vez, pero solo unieron sus fuerzas más adelante. Los decretos gubernamentales de septiembre de 1973, que permitían que los oficiales reclutados de regreso se integraran en los viejos cuadros regulares, provocaron gran agitación. También hubo revuelo con las demandas salariales de los sargentos rasos. Según el periodista Luis Carandal, que había estado en contacto con el movimiento desde sus orígenes, la primera reunión de varias corrientes de descontento tuvo lugar en Cascais, un suburbio lisboeta de clase media. Los doscientos oficiales presentes habían sido todos profesionales. Además, se daban regularmente reuniones más pequeñas para debatir sobre las implicaciones de la guerra y la situación política. El 1 de diciembre de 1973, en una reunión en Óbidos, se tomó la decisión de llevar a cabo un golpe militar tan pronto como surgiera la oportunidad.

El giro de Portugal hacia el comercio con los países del CEE fue malinterpretado por los generales de derechas como una política de «liberalización». Eso les llevó a intentar un golpe en diciembre de 1973 bajo el mando del general Kaulza de Arriaga. Su fracaso fue resultado de la oposición del «Movimiento de los Capitanes» y solo sirvió para consolidar aún más a este último.

Un manifiesto que supuestamente habría circulado entre las Fuerzas Armadas entre febrero y marzo de 1974, muestra claramente qué se estaba discutiendo. En una carta adjunta se pedía solidaridad con los compañeros arrestados y encarcelados en la prisión de Trafaria, y se urgía a todos los interesados a mantenerse firmes y no permitir divisiones entre los tres cuerpos del ejército.

Cuatro días después de ese manifiesto tuvo lugar la revuelta fracasada de Caldas da Rainha. Otro manifiesto del «Movimiento de los Capitanes», fechado el 18 de marzo, hablaba de cuatro compañeros arrestados. Aplaudía la decisión de los generales Spínola y Costa Gomes y del almirante Bogalho de no tomar parte en la manifestación de apoyo a Caetano. Se afirmaba que las tropas de Caldas se habían precipitado, pero expresaba solidaridad total con lo que habían hecho. «Su causa es la nuestra», aseguraban. El manifiesto condenaba firmemente a las fuerzas de la PIDE y la DGS, así como a la GNR y la Legión Portuguesa, por su papel al detener al RI-5 (Quinto Regimiento de Infantería), que había abandonado Caldas esa noche. Pedían precaución e instaban a sus simpatizantes a estar preparados y esperar a la señal apropiada.

El general de brigada Otelo Saraiva de Carvalho –por aquel entonces comandante, y a quien por razones de brevedad llamaremos de aquí en adelante Otelo– explicó más tarde las dificultades de organizarse bajo el régimen de Caetano (*Expresso*, 4 de enero de 1975). Dijo que el 12 de marzo de 1974 acudió a casa del general Spínola para preguntarle si sabía qué iba a anunciar Caetano en la inminente Asamblea. Spínola le reveló que él mismo iba a ser expulsado junto con el general Costa Gomes. Gomes había autorizado la publicación del libro de Spínola, *Portugal y el futuro,* en el que se pedía una solución política antes que militar para la guerra.

«Preparamos un plan de acción. El teniente coronel García dos Santos, el comandante Casanova, el comandante Monje, el comandante Acebedo y yo formamos parte de él. Iban a estar involucradas cinco unidades, entre ellas el RI-5, las Escuelas Prácticas y una unidad de paracaidistas. El 13 de marzo nos reunimos y decidimos que el plan era imposible. Se había planeado el golpe para esa misma noche, pero al ser pospuesto, todas las unidades, excepto el regimiento de infantería ligera, fueron desarmadas. El comandante Casanova trató de tranquilizarles asegurándoles que habría un nuevo plan. Les pidió que esperaran hasta el lunes siguiente. Tuvimos una reunión el día 15; Monje, el capitán Marques Ramos, el mayor Casanova y yo. Se informó que ciertas unidades estaban muy impacientes. El mayor Lamego nos comunicó también que había una unidad armada y lista para echarse a la calle. El entusiasmo se extendió entre todos los presentes, especialmente el mayor Monje. Nos separamos a las nueve y media y no nos veríamos otra vez hasta el 25. Yo me aseguré de cumplir con mis cometidos. Los demás fueron a Caldas. No teníamos forma alguna de comunicarnos entre nosotros. Más tarde supe que el mayor Monje había pasado la noche llamando por teléfono a varias unidades para ver quién marcharía sobre Lisboa. La respuesta fue que ninguna. Al final, solo la unidad de Caldas lo hizo. El mayor Monje fue a casa del mayor Casanova y le despertó rogándole que tratara de convencer a las tropas de Caldas de dar media vuelta, dado que se iban a encontrar completamente aisladas. Yo mismo fui a Lisboa y acudí a casa del mayor Monje. Había tres coches de la DGS en su puerta. Me desplacé a Encarnao, donde se suponía que el mayor iba a recibir a las columnas cuando llegaran. No vi nada, solo coches de la DGS y la policía. Permanecí allí hasta las siete para ver llegar a las columnas Quinta y Séptima de caballería –pero venían a para parar el golpe. Ya era inútil. Volví a Lisboa y me enteré de que Monje y Casanova habían sido arrestados».

El golpe del 16 de marzo fracasó, pero las detenciones y las torturas que se produjeron a continuación fortalecieron la determinación del movimiento. Se decidió no escribir ningún otro comunicado. El Comité de Coordinación se reunió y acordó un programa. A fin de prevenir que el núcleo de descontento creciera, muchos oficiales sospechosos de haber estado involucrados en la conspiración fueron destinados a otras unidades. Esto fue de mucha ayuda, ya que les permitió extender sus ideas por cuerpos que no habían sido previamente afectados. A finales de marzo, el programa llegó a manos de Spínola y Costa Gomes. Hicieron algunos cambios que después fueron, a su vez, modificados todavía más por el Comité Coordinador del Programa. La señal se dio la mañana del 25 de abril; había sido acordada en el famoso «Drugstore 70» por Otelo y un locutor de confianza. «Grandola, Vila Morena» sonó en Radio Renascença.

El 25 de abril de 1974

Hubo dos grupos distintos involucrados en la intervención política. El primero, el Movimiento de los Capitanes, dirigido por un Comité de Coordinación del Programa formado por Melo Antunes, Vasco Gonçalves, Vitor Alves y otros dieciséis. Diseminado por todo el país, estaba formado por pequeños grupos de oficiales y capitanes –unos ochocientos se dice– que coordinaban diferentes unidades.

El segundo grupo era más pequeño y el Movimiento solo lo utilizó para procurarse cierta cobertura y respetabilidad. Estaba organizado alrededor de los generales Spínola y Costa Gomes y oficiales como el comandante Sanches Osorio y Firmino

Miguel. Los contactos entre ambos grupos eran frecuentes, y algunos oficiales pertenecientes al «Movimiento de los Capitanes» apoyaban al grupo en torno a Spínola.

El golpe en sí lo llevó a cabo el Movimiento; el propio Spínola no conocía los detalles exactos hasta que empezaron los preparativos militares. El capitán Maja, jefe de caballería en Santarem, de 29 años y con un servicio activo en Guinea-Bissau y Mozambique a las órdenes de Spínola, fue uno de los contactos principales entre ambos grupos y uno de los líderes del asalto a Lisboa: «*Recibí las órdenes dos días antes del 25 de abril y, a partir de aquel momento, fui estrechamente vigilado por la DGS. Contacté con todas las unidades y les dije que "estuvieran preparadas para lo que estábamos buscando". Hasta el último momento, muy pocos oficiales conocían el plan*».

La unidad de caballería fue la primera en llegar a la capital. Se cruzaron con una unidad de la GNR que pensó que estaban de maniobras. No encontraron resistencia. Si había algún problema, el plan era retirarse a Santarem y resistir allí. Por la mañana, el Comité de Coordinación contactó con Spínola y este accedió a unirse al capitán Maja, que, entre tanto, había rodeado el cuartel general de la GNR en Carmo. De ahí, fueron a reunirse con Caetano. «Sé que ya no gobierno –afirmó este–. Solo espero ser tratado con la dignidad a la que estoy acostumbrado». Preguntó quiénes eran los líderes. Maja contestó que solo los conocía por el nombre en clave OSCAR, pero que había ocho generales involucrados. Caetano se negó a rendirse ante alguien de rango inferior a general. Finalmente, tras las conversaciones entre Álvaro Roquete (ministro de Turismo) y Spínola, se produjo la dimisión del primer ministro.

La primera consecuencia fue el establecimiento de una «Junta de Salvación Nacional». El grupo en torno a Spínola predominó

en este cuerpo, con cinco representantes frente a los dos del «Movimiento de los Capitanes». La Junta estaba compuesta por el Capitán General y el Jefe del Estado Mayor (generales Spínola y Costa Gomes), el Jefe de Transporte (el general de brigada Jaime Silverto Marques), el capitán Pinheiro de Acevedo (de la Armada), el capitán Rosa Coutinho (de la Armada), el coronel Gao de Melo (de la Fuerza Aérea) y el general Diogo Neto (de la Fuerza Aérea). Spínola, como presidente, estableció un gobierno.

Así, inmediatamente después del 25 de abril, fue el grupo de Spínola el que tomó el poder, aunque este poder era cualquier cosa menos absoluto. Las figuras públicas conocidas y los líderes de los partidos políticos ejercían una fuerte influencia, al igual que el Comité de Coordinación del Programa (CCP). Este cuerpo siguió existiendo al margen de la Junta. El «Movimiento de los Capitanes» se convirtió en el Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA). De forma similar, los comités de coordinación de cada rama del ejército siguieron reuniéndose, tanto juntos como por separado. La suma de estos comités eventualmente fue conocida como la Asamblea General del MFA.

Con el derrumbe del Primer Gobierno Provisional de Palma Carlos, el CCP se convirtió, con la Junta, en el cuerpo más importante del país en la toma de decisiones. Palma Carlos quería más poder para los políticos y menos dependencia de las Fuerzas Armadas. Para el CCP esto era tanto como renunciar al rol decisivo que habían tenido el 25 de abril. Sus miembros lo veían como una forma de poner todo su programa en peligro.

Esta fue una de las principales debilidades –o quizá de las fortalezas– de todo el movimiento. El «programa» era ambiguo y estaba abierto a todo tipo de interpretaciones. La interpretación que se hiciera en cada momento, y por cada grupo concreto,

de nociones como «democracia», «ayuda a las clases no privilegiadas», etc. era una cuestión de poder político.

En agosto de 1974, el propio Spínola mantuvo negociaciones con los movimientos de liberación de Angola. Sus declaraciones políticas cada vez hacían menos referencia al movimiento como conjunto. El grupo de oficiales que le rodeaba, y en concreto gente como Sanches Osorio, le presionaba para que detuviera el giro hacia la izquierda que había dado el país. La manifestación de la «mayoría silenciosa», afirmó Spínola, fue una petición clara de un sistema presidencial fuerte.

La noche del 27 de septiembre, Otelo acudió al palacio presidencial. Así describió luego lo ocurrido:

«En lugar de hablar con nosotros, Spínola convocó una reunión de la Junta. Vasco Gonçalves acudió. Fue una escena triste. Se intentó expulsar a tres miembros. A mí, se me dijo que ya no estaba al mando del COPCON. Yo respondí que Costa Gomes era quien había estado siempre al mando y que yo era meramente su ayudante. Llamé a COPCON y les dije que iba a organizar algo. A partir de ahí, Spínola trató de atraer unidades a su lado y crear un clima de confusión entre esas unidades y nosotros, el MFA. Las unidades de caballería, los paracaidistas y las comandancias no sabían si permanecer del lado del General, o confiar en nuestras intenciones».

Melo Antunes atribuyó esta crisis a la complacencia dentro del MFA.

«Esta complacencia, esta excesiva tolerancia que resulta de la falsa idea de lo que es un proceso democrático, fue quizá motivada por demasiado liberalismo, por una tradición jacobina de democracia que todavía existe en Portugal».

Sin embargo, el Tercer Gobierno no alteró las estructuras políticas existentes. Simplemente cambió sus líderes. En ese tiempo nació el Consejo Superior del Movimiento. Su papel era fundamentalmente técnico y compartía el poder con la Asamblea General del MFA, que estaba compuesta por doscientos cuarenta oficiales de las tres ramas del ejército –de los cuales, ciento catorce representaban al ejército de tierra.

Así, en los días que siguieron al 28 de septiembre, el MFA acabó convertido en la Asamblea General. Su boletín *Movimiento* se publicaba de forma quincenal, y en la editorial de octubre se afirmaba: «Spínola ha caído, pero las estructuras que permitieron un Spínola siguen intactas».

Comités de soldados y marinos

La Asamblea General del MFA afirmaba que a través de los Consejos de Armas tenían vínculos directos con los rangos inferiores; sin embargo, cada vez había una presión mayor por parte de estos para lograr una inclusión más formal en la estructura del MFA. En muchos casos, se habían cuestionado las órdenes o la autoridad de algún mando. El 1 de mayo de 1974, los soldados desobedecieron abiertamente la prohibición de manifestarse. El 3 de mayo se desmanteló una reunión de soldados en los cuarteles de Tancos. Durante la primera semana de junio, los soldados de Torres Novas dijeron que se negarían a ir a las colonias. Las madres de los involucrados organizaron manifestaciones.

En junio de 1974, dos soldados que se negaron a romper los piquetes de CTT fueron arrestados y enviados a la prisión mili-

tar de Trafaria. El 9 de julio, otros dos hombres fueron detenidos por repartir literatura maoísta en los cuarteles.

El 6 de octubre fueron encarcelados los soldados que rechazaron participar en el «Día del trabajo» organizado por Vasco Gonçalves. El periódico *Comércio do Funchal* fue multado por publicar un artículo sobre el asunto. En noviembre, algunos soldados fueron arrestados por deshacer una concentración del CDS. El 28 del mismo mes, ocho soldados fueron también detenidos por organizar una asamblea fuera de los cuarteles de la Escuela Práctica, una división de infantería de Mafra, cerca de Lisboa. Los cuatrocientos cadetes fueron trasladados al contingente general para tenerlos más sometidos al control de la Junta. Su manifiesto, desencadenado por la prohibición de proyectar en los cuarteles la película de Eisenstein, *El acorazado Potemkin*, es muy elocuente:

«Los cadetes se han resistido desde el principio a todas las formas de educación orientadas a luchar en las guerras de agresión de las colonias. Estamos en contra de la negación sistemática de nuestro derecho a reunirnos y a debatir libremente. Estamos en contra de la invocación de normas totalmente ajenas al espíritu nuevo que Movimento *–periódico del MFA– ha fomentado. Estamos en contra de los discursos sentimentalistas del mando, afirmando cosas como que "el ejército es apolítico" y mostrando así, claramente, que están de lado de la reacción. El encarcelamiento injusto de nuestros compañeros nos obliga a actuar. Nos hemos negado a comer y seguiremos negándonos a recibir instrucción. Y lo haremos en presencia de un miembro del Comité Central del MFA para mostrarle lo que está pasando. Independientemente de nuestras diferencias políticas, y al margen de los partidos, el tiempo de defender de manera activa el programa del MFA es ahora. En el interior del cuartel sigue habiendo fascismo. Nuestra lucha no*

se detendrá. Liberad a los prisioneros. Purga de los fascistas». Firmado por cuatrocientos cadetes de la Primera Unidad de Mafra (publicado en *Combate, Revolução, Esquerda Socialista*).

Se formaron grupos de solidaridad en otros cuarteles, el más notable de ellos el de RAL-1 en Lisboa. COPCON arrestó a todos los soldados disidentes.

Los soldados maoístas eran particularmente susceptibles de ser arrestados. En diciembre se declaró en huelga de hambre Etelvino Jesús, uno de los detenidos durante el ataque de noviembre al congreso del CDS en Lisboa. Esto provocó que los maoístas convocaran una manifestación en la capital. Los soldados maoístas que asistieran a las concentraciones de uniforme eran detenidos inmediatamente. También LUAR había atraído a muchos soldados que habían asistido a manifestaciones en uniforme. Y también en este caso terminaron arrestados.

A pesar de la represión, en muchos cuarteles se establecieron comités al margen de sus mandos, o al menos amenazando con una situación de poder dual. Se sabía que incluso miembros de la COPCON habían actuado independientemente de las órdenes de arriba. Muchos oficiales no podían confiar en lealtad de sus tropas.

El 8 de enero de 1975, un batallón de infantería al completo (el batallón 4911) se negó a acudir a Angola y proclamó su apoyo al MPLA. Los líderes fueron arrestados inmediatamente. Muchas unidades comenzaron a publicar sus propios boletines. RAL-1 en Lisboa publicó la revista *Contestavel* (Contestable), en la que no siempre estaban de acuerdo con el MFA y su periódico (*Movimento*). La unidad de caballería publicó una revista llamada *Chaimite*, y la Fuerza Aérea una llamada *Elo*. Muchas de estas publicaciones pedían abiertamente una democratización de las Fuerzas Armadas.

Las tropas de RAL-1 habían apoyado abiertamente la manifestación que Inter-Empresas convocó el 7 de febrero de 1975[4]. Hubo infinidad de ocasiones, mucho menos espectaculares, en las que los soldados se pusieron de lado de los trabajadores forzando al MFA cada vez más hacia la izquierda.

Un caso especial fue la «Campaña por el conocimiento y la dinamización», una idea de propaganda política emanada de una unidad de la Quinta División de Infantería y, en seguida, recuperada por el PCP. Su objetivo era transformar los ejercicios militares corrientes en ejercicios políticos. El coronel Varela Gomes organizó la campaña para el MFA, pero apenas tenía control sobre el contenido de las misiones. Las unidades acudieron al campo a «explicar» el golpe y por qué era necesario. Le pedían a la gente que se organizara en sus zonas y debatiera sobre sus problemas.

¿Qué rol político?

El Consejo de los Veinte constituía el liderazgo político de facto del MFA, a pesar de que, en muchas ocasiones, sus decisiones dependían de la ratificación por parte de las reuniones de los doscientos cuarenta delegados que componían la Asamblea General. La cuestión del futuro rol político del MFA era primordial.

El 4 de enero de 1975, un plenario del MFA discutió los problemas de la nueva Asamblea Constituyente que se debía elegir en abril. Ya en noviembre, Vitor Alves, importante defensor del papel «moderado» del MFA, había concebido tres rela-

4. La manifestación contra las tropas de la OTAN, ver página 173. (N. del E.)

ciones posibles entre los militares y esta Asamblea: El MFA podía elegir delegados que acudieran a ella, enviar observadores o reclamar una representación del diez o del veinte por ciento. Mientras, a finales de 1974, prometía poder civil, declaraba que «lo que está ocurriendo en nuestro país no tiene nada que ver con Etiopía o Perú. En Portugal los militares apelan a los civiles para que guíen y dirijan el país». Sin embargo, la cuestión del papel político concreto del MFA seguía abierta. En cualquier caso, los acontecimientos pronto ayudarían a resolver el asunto.

La Asamblea del MFA era la que discutía los problemas económicos y políticos generales a los que se enfrentaba Portugal. El Consejo de los Veinte recogía después las decisiones y las convertía en planes. Estos se devolvían a la Asamblea para ser votados. Este sistema hacía que la influencia en la Asamblea fuera de vital interés para los partidos políticos. Era su único hilo de vida con el poder. El 8 de febrero de 1975, analizando la Asamblea del MFA, *Expresso* encontraba dos posibles soluciones. La primera, patrocinada y apoyada por los oficiales cercanos al PCP, se conocía comúnmente como la «teoría de la intervención dominante». Sostenía que la situación de explotación solo terminaba con la destrucción del sistema capitalista en Portugal y una reducción sustancial de la dependencia extranjera. «*Es inmediatamente necesario definir las fases y etapas para socializar los medios de producción, definir los límites al capital privado y el tipo de apoyo que se debería brindar a los pequeños y medianos artesanos…*» La segunda solución, bajo la influencia del PS, se conocía como «el plan moderado». Reivindicaba el «fin de todas las reuniones secretas, la publicación de cuales eran las estructuras y poderes del MFA, y elecciones a la Asamblea para todas las unidades rasas de las Fuerzas Armadas». También reclamaba un debate abierto en la Asamblea sobre los ámbitos de poder y la relación del MFA con otros cuerpos.

No se llegó a ninguna conclusión. *Expresso* veía al MFA dividido en tres partes. La primera, considerada generalmente como cercana al PCP y centrada alrededor de Vasco Gonçalves, Otelo y ciertos miembros de la Junta. La segunda, conocida como los «spinolistas», representaba a los oficiales que habían estado del lado del general antes del 25 de abril y estaba considerada de derechas. La tercera, políticamente liberal, aunque no demasiado bien definida, estaba centrada en torno a Vitor Alves y Melo Antunes y supuestamente contaba con amplio respaldo en la Fuerza Aérea.

Las elecciones al Consejo de Armas, a principios de marzo de 1975, revelaron un gran apoyo al segundo y tercer grupo. Otelo y los demás no fueron reelegidos. La cuestión del futuro rol de las Fuerzas Armadas se acercaba a un punto crítico.

El 11 de marzo de 1975

El 11 de marzo fue una absoluta sorpresa. No es que no se esperara un golpe de la derecha, la verdadera sorpresa fue que se lanzara tan pronto y con tanta ineptitud. La derrota de Otelo y los demás «izquierdistas» conocidos del MFA en las elecciones al Consejo había sido ciertamente un contratiempo para ellos, pero difícilmente aseguraba el optimismo sentido por la derecha. Sin embargo, no fue el optimismo lo que llevó a esta a intentar un golpe, sino el miedo.

Habían empezado a circular rumores de que COPCON estaba a punto de arrestar a todos los líderes militares de derechas del MFA –y que LUAR iba a intentar una masacre de

Pascua[5]. Supuestamente tenían una lista de cien spinolistas en el punto de mira. Las historias obtuvieron credibilidad debido a la circulación entre los oficiales de derechas de un documento en el que se decía que sus días estaban contados.

Si los dos aviones T6 y los cuatro helicópteros utilizados en el intento de golpe hubieran tardado diez minutos más, seguramente sí habría ocurrido una masacre. Las tropas «de izquierdas» de RAL-1 en Sacavem, cerca del aeropuerto de Lisboa, estaban a punto de sentarse a comer en la cantina cuando empezaron a caer bombas en sus barracones. Un Volswagen y su conductor, Joaquim Carvalho Luis, volaron por los aires. El lanzamiento de los proyectiles dejó completamente agujerado el muro de la cantina. Tras las primeras noticias del ataque, miles de civiles se dirigieron a Sacavem. También un equipo de la televisión portuguesa (RTP) que andaba cerca se apresuró a la escena.

Una unidad de paracaidistas, comandada por el capitán Sebastiao Martins, se aproximó a los cuarteles de RAL-1.

«Tengo órdenes de ocupar su cuartel», le dijo Martins al capitán Dinis de Almeida, mando de RAL-1.

«Yo tengo órdenes de defenderlo. ¿Qué ocurre?». Respondió Almeida.

Martins extrajo un documento de su bolsillo: «¿Seguro que conoce las órdenes?».

«¿Qué? –respondió Almeida–. ¿Se dispone a atacarnos solo porque tiene un trozo de papel?».

«No es solo un trozo de papel –respondió Martins–. Hay

5. La masacre del domingo de Pascua es como se conoce a la matanza que cometió James Ruppert el 30 de marzo de 1975. El asesinato de su propia familia conmocionó EE UU. (N. del T.)

personas de arriba que no están contentos con cómo están yendo las cosas. Actuamos en nombre de esas personas, y en defensa de las elecciones».

«El MFA ha garantizado las elecciones –replicó Almeida–. En este país las órdenes vienen del presidente, ¿no? Si no está usted de acuerdo tendremos que resolverlo a tiros, pero recuerde que el pueblo no está con ustedes». Justo en ese momento, la multitud civil apareció en la escena sumándose al diálogo al grito de: «¡El pueblo no está con ustedes! ¡El pueblo no está con ustedes!».

Los paracaidistas de Martins, al ver que habían sido engañados, acordaron como unidad pasarse al bando de RAL-1. Hombres que podían haberse matado corrieron a abrazarse. Los civiles también fueron embriagados por la alegría y la excitación. Todo se decidió allí mismo. Y las unidades –una señal de los tiempos que corrían–, sin órdenes, decidieron llevar a cabo una acción conjunta que iba a influir en el curso futuro de los acontecimientos.

Las repercusiones fueron explosivas. Recordando el 28 de septiembre, miles de personas levantaron barricadas en las calles. En septiembre lo habían hecho fruto de la desesperación, en marzo eran barricadas de alivio, exultación y solidaridad. A lo largo de la tarde, los periodistas y los locutores de radio apelaban a la vigilancia popular. Los llamamientos recibieron todo tipo de respuestas. El puente del 25 de Abril, que daba acceso a Lisboa, fue bloqueado. La carretera a Oporto también. Civiles armados e izquierdistas tomaron cruces y puntos clave. Los coches se registraban incluso en sitios tan remotos como Leiria, Coimbra y Setúbal. Jóvenes trabajadores armados defendían las calles. En Oporto se descargó la frustración contra la sede de CDS, destrozándola por completo. La mayoría de sus archivos

fueron quemados en una pira pública. En Lisboa, sus cuarteles generales también fueron arrasados. Igual que la casa de Spínola en Cascais, que también fue saqueada y más archivos quemados. Otelo habló por televisión prometiendo que «si fuera necesario, COPCON armaría al pueblo para defender la revolución». Pero hablar siempre es fácil. Ya era evidente que «la revolución» no iba a ser derrocada el 11 de marzo. Por la tarde, la derecha estaba aplastada. Spínola y otros dieciocho oficiales volaron a España. Y desde allí, siguiendo los pasos de Caetano y Tomás, a Brasil.

Por todas partes se daban acciones espontáneas. Los trabajadores de los bancos cerraron las sucursales a mediodía y arrestaron a sus gerentes. Ocho directores del Banco Espirito Santo estaban a punto de empezar una reunión cuando soldados y trabajadores armados irrumpieron en el despacho y los pusieron contra la pared. Los trabajadores de Lisnave abandonaron sus fábricas en Margueira y organizaron piquetes en las calles, registrando los coches. Miles hicieron cosas parecidas.

Durante tres días, la izquierda y los grupos de trabajadores ejercieron el poder. En un artículo sobre Spínola aparecido en el periódico parisino *Temoignage Chretien* (el 6 de marzo), se había escrito que el embajador estadounidense Fran Carlucci, con conexiones en la CIA, había dado su consentimiento para la toma de Portugal por parte de la derecha. Cuando el día 11 de marzo Otelo recalcó que «mejor que Carlucci tuviera planes para abandonar el país o se enfrentaría a las consecuencias», se entendió que se refería al golpe fracasado. Según un reportaje del londinense *Sunday Times,* Kissinger había aprobado la actuación de la CIA.

Las únicas tropas que el 11 de marzo se pusieron del lado de la derecha fueron los paracaidistas y la GNR. El general Freire

Damijo, comandante de la GNR-1, y el general Rui Tavares Monteiro de la Fuerza Aérea habían planeado toda la operación. Esperaban el apoyo de los miembros liberales del MFA, pero nunca lo tuvieron. Damiao intentó refugiarse en la embajada alemana, pero esta terminó entregándolo al COPCON. Monteiro acabó con Spínola en Brasil.

El funeral del «soldado Luis» demostró lo equivocada que había estado la derecha. Cientos de miles de soldados y trabajadores acudieron a ofrecer sus respetos. El Manifiesto del 11 de marzo de RAL-1 ilustraba el ánimo imperante:

«*A todos los soldados y marinos, trabajadores y campesinos, a todos los militares antifascistas y demócratas, a todo el pueblo. El intento fascista criminal de esta mañana contra los soldados de RAL-1 demuestra que las purgas y destituciones de las tropas derechistas y reaccionarias que se venden a los capitalistas e imperialistas no son suficiente para impedirles preparar la contrarrevolución y llevar a todo el movimiento popular a un conflicto sangriento. Compañeros, mientras que la PIDE sigue siendo tratada con suavidad –cuando no son directamente liberados–, mientras los partidos fascistas siguen disfrutando de una existencia legal, mientras se sigue disparando al pueblo en Setúbal –como ocurrió el 8 de marzo–, mientras los soldados y el personal militar en lucha contra la represión fascista son hechos prisioneros en sus propios cuarteles, mientras los partidos burgueses defienden falsamente al pueblo mediante la organización de carnavales, mientras todo esto continua, el pueblo sigue siendo brutalmente oprimido y explotado. Sin embargo, compañeros, los soldados son hijos del pueblo. Los soldados, y todos los militares antifascistas, saben cómo volver sus armas contra la burguesía y los oficiales fascistas y ponerse del lado del pueblo. Compañeros, los soldados y todos los militares de RAL-1 –que siempre han luchado contra el fascismo y contra quienes*

tratan de protegerlo– están en contra de la opresión. Pedimos la ejecución inmediata de todos los fascistas y quienes traten de ocultarlos, sean personal militar o no, generales o no. Muerte al fascismo. Justicia popular. Fuera el imperialismo de Portugal. Ejecución inmediata de todos los fascistas. Los soldados son hijos del pueblo». Soldados y personal militar de RAL-1, bombardeados por los fascistas en Encarnao, a 11 de marzo de 1975.

Durante un tiempo estos hechos resolvieron el debate sobre el futuro político del MFA. El Movimiento fue «institucionalizado». Se estableció un «Consejo Superior de la Revolución», formado por veintiocho personas, como cuerpo supremo legislativo que permanecería en el poder durante tres años. Todos los partidos políticos que quisieran presentarse a las elecciones debían firmar un pacto respaldando este acuerdo.

La primera medida del nuevo Consejo fue la nacionalización de diecinueve bancos comerciales. Solo tres bancos internacionales se dejaron en manos privadas. Los bancos comerciales habían controlado entre ellos la mayor parte de la economía portuguesa. Más del 99% de los préstamos garantizados tenían que ser para particulares o empresas. Las compañías de seguros, controladas en su mayoría por las mismas familias, también fueron nacionalizadas. De las treinta y cinco compañias nacionales, tres abarcaban el 33% del mercado y pertenecían a las familias de Champalimaud, de Brito y Espirito Santo.

El acero, el transporte, la electricidad y el petróleo también fueron nacionalizados. Se declaró una «congelación» de precios hasta el final de 1975. Alrededor de la mitad de todo el capital industrial pasó a manos del Estado. El salario mínimo mensual se elevó a tres mil seiscientos escudos y se planteó un programa de reforma agraria. Iba a ser invertida una suma de cinco

millones de escudos en cooperativas y asociaciones agrícolas. Se estableció un Instituto para la Reorganización de la Agricultura (IRA) para supervisar los consejos regionales. El movimiento por el capitalismo estatal recibió un gran impulso.

Sin embargo, los problemas económicos seguían siendo muy serios. Entre enero y abril de 1975 se registró un déficit de trece mil quinientos cuarenta y ocho millones de escudos. Las reservas de oro estaban menguando y los emigrantes enviaban pocas remesas. La dependencia económica de los países de la CEE –que representaban el 45% de las importaciones portuguesas y el 16% de sus exportaciones– era crítica y la ayuda financiera indispensable. Hay que destacar que, a pesar de la afirmación del PCP de que Rusia estaba ayudando a Portugal, durante ese periodo se dio un déficit comercial con el país soviético.

El Sindicato de los Trabajadores de la Banca, afiliado a Intersindical, denunciaba el sabotaje económico y las malas prácticas de las grandes familias banqueras. Se introducía misteriosamente dinero en cuentas con nombres falsos, o a nombre de conocidos derechistas, que luego iba a parar a varios partidos conservadores, incluyendo CDS y el PPD. El dinero del gobierno para fortalecer el empleo era desviado a pequeñas empresas en las colonias y se modificaban las cuentas para encubrirlo. Muchos de los que estuvieron involucrados en estas prácticas, incluyendo a los gerentes de los bancos, fueron arrestados y encarcelados.

Aun así, las noticias más serias se referían a los rumores de que el Ejército de Liberación de Portugal (ELP) preparaba un ataque contra el país. Con base en España, y apoyado por los hombres de negocios que habían huido tras el 25 de abril, este cuerpo recibió una masiva financiación de algunas de las familias banqueras. También había estado envuelto en tráfico y contra-

bando de armas a gran escala en Europa. El ELP había aconsejado que no se llevara a cabo el intento del 11 de marzo, pidiendo a los oficiales spinolistas que esperan un momento más oportuno.

La mayoría de los grupos, incluyendo el PPD y el PS, celebraron las nacionalizaciones. El MES, LUAR y el PRP-BR eran críticos y apuntaban que debían ir acompañadas de «control obrero». El PCP e Intersindical convocaban manifestaciones en apoyo a los pasos que se estaban dando. En muchos bancos y empresas por todo el país apareció pintada la consigna: «Nacionalizado en servicio del pueblo». Los nuevos gerentes eran militares o economistas de izquierdas que pertenecían al MDP-CDE. No obstante, para las luchas reales de los trabajadores, las nacionalizaciones supusieron poca diferencia.


E-88-25

IX. Las luchas urbanas

Los mayores desplazamientos de población en la historia portuguesa tuvieron lugar durante el Segundo y el Tercer Plan de Desarrollo, es decir, entre 1959-1965 y 1965-1968. De 1968 en adelante, cobraron más impulso tras la intensificación de las guerras en África. Estos movimientos se dieron de forma dual, como emigraciones y como éxodos rurales hacia las áreas urbanas.

Desde el siglo XVII, la emigración ha sido un aspecto permanente en la historia portuguesa. En el s. XIX, probablemente casi tres millones de personas se marcharon de Portugal. Entre 1900 y 1930 alrededor de setecientos cincuenta mil portugueses se establecieron en Brasil, mientras otro cuarto de millón terminaba en Norteamérica. Más de medio millón emigró entre 1961 y 1967, y probablemente esta cifra se duplicó entre 1967 y 1974. Durante la pasada década, o las últimas dos, Europa, y principalmente Francia, reemplazaron a los destinos tradicionales, como Brasil o las colonias africanas. Quizá haya, actualmente, un millón de portugueses en Francia. La mayoría de los emigrantes proviene de las provincias del norte, sobre todo de los distritos de Viseu y Bragança.

No obstante, también se ha producido una migración interna. El desplazamiento del campo a las áreas urbanas se aceleró durante el periodo de expansión económica que comenzó en 1959. En 1960, el 16,75% de la población vivía en Lisboa, y el 46% en cuatro ciudades: la propia Lisboa, Oporto, Braga y Aveiro. La mitad de la población urbana se concentraba en la capital.

El éxodo y las políticas de vivienda del régimen salazarista condujeron a la formación de poblados chabolistas en los suburbios de Lisboa, Oporto y Braga. La promesa inicial de Salazar, en 1956, de «una casa para cada portugués», se había reducido a discusiones sobre el «desarrollo dual». El autor fascista Seda Nunes pudo escribir que coexistían dos sociedades en Portugal, y que la «moderna» estaba adelantando rápidamente a la «tradicional». Las contradicciones del desarrollo capitalista se atribuían a las actitudes «tradicionales» de la población agrícola o se explicaban mediante sermones sobre la pobreza «habitual». Conceptos así permitían a las autoridades cerrar los ojos ante lo que estaba ocurriendo.

Sin embargo, a través de la estadística oficial se filtraban destellos de realidad. En 1960, por ejemplo, se decía que había treinta y cuatro mil familias viviendo en chabolas –dieciocho mil cuatrocientas en Lisboa y mil novecientas en Oporto. Cerca de ciento treinta y seis mil vivían alojadas temporalmente en «arrendamientos» y «partes» de casas. Otras trescientas treinta mil en condiciones de masificación. Si asumimos una media de cuatro miembros por familia, casi dos millones de portugueses –un cuarto de la población total– vivían «oficialmente» en situaciones de infravivienda (*Expresso*, 22 de febrero de 1975). Miles de familias se apelotonaban seis en una habitación, en casuchas de madera sin agua, electricidad o desagües. Solo imaginen el estrés, la pobreza, la miseria y las muertes. Esa fue la herencia del fascismo.

Comparativamente, las clases medias lo tenían muy bien. Sobre todo en Lisboa y Oporto. Los terrenos sobrevalorados y los planes de vivienda destinados a construir casas caras habían ido empujando a la clase trabajadora hacia los suburbios. Los proyectos para crear viviendas públicas municipales no solo eran completamente inadecuados en términos de necesidad, sino una mera relocalización camuflada de los trabajadores en los distritos de la periferia. Los barrios diseñados para alojar a los funcionarios, conocidos como *bairros camarários*, llegaron a constituir casi el 10% del presupuesto de vivienda del país. La inseguridad del usufructo aseguraba el control sobre los habitantes.

A principios de los sesenta la situación empeoró cuando solo se construyeron 4,3 unidades por cada mil habitantes –la tasa más baja de Europa. Para 1974, el porcentaje de familias sin hogar había alcanzado el 33%. Esta gente tenía tres opciones: comprar o alquilar una chabola, mudarse a un subalquiler o emigrar, si podían.

Los poblados chabolistas habían sido construidos ilegalmente, generalmente de madera o chapa. Familias de ocho o diez miembros vivían en una sola habitación. Normalmente el terreno era propiedad de alguien y el «arrendador» cobraba un alquiler que podía ser desde doscientos a cuatrocientos escudos al mes. Las construcciones se levantaban bien por los potenciales residentes o por la gente que ya vivía en el poblado, para después venderla o alquilarla según los deseos del «dueño». La miseria explotaba la miseria. Los monopolios no eran desconocidos en los poblados chabolistas. Aunque se trataba de un fenómeno eminentemente lisboeta, también existían poblados en otros lugares del país.

Los subalquileres eran edificios que alquilaba un empresario, y que luego, a su vez, realquilaba habitación por habitación llevándose un buen pellizco en el proceso. Al «casero» generalmente le importaban un comino las condiciones en las que vivieran sus inquilinos. Así, podía haber tres o cuatro familias enlatadas en un apartamento de cuatro o cinco habitaciones. Este era un patrón de vivienda predominante en Oporto y Braga, pero bastante extendido también en Lisboa –sobre todo entre familias de Cabo Verde.

La mayoría de la vivienda nueva era construida por empresas privadas. Limitando el número, y por tanto promoviendo los alquileres, controlaban la oferta. Durante el periodo de 1960 a 1970 solo se levantaron treinta y cinco mil unidades al año, a pesar de que la escasez durante ese período habría exigido que se construyeran unas cincuenta mil cada año. A medida que la demanda crecía, subían los alquileres. Solo la pequeña burguesía sacó algún beneficio de la nueva vivienda. Los pobres se volvieron aún más pobres respecto a lo que podían comprar.

Debido a los altos alquileres –en el mercado, las casas nuevas ascendían a mil escudos mensuales por habitación– la clase trabajadora y la clase media-baja tenían que hacer grandes sacrificios para obtener, o mantener, un techo. En el área de Lisboa solo el alquiler se llevaba un 40% del presupuesto familiar –en algunos casos, mucho más. Sin embargo, en los antiguos distritos de clase obrera los alquileres solo podían incrementarse cada cinco años y únicamente un determinado porcentaje. Ahí los alquileres siguieron siendo bajos.

Muchos fueron expulsados a las ciudades dormitorio de los suburbios. Vivir allí traía consigo todas las dificultades del transporte escaso, la fatiga, la separación y la presión interna en la propia

unidad familiar. Los trabajadores se verían obligados a marcharse por la mañana, emplear toda una hora para llegar al trabajo, volver a casa cansados e irritables, ver la televisión, pelearse con sus parientes y acumular más y más frustración cada día.

Durante el régimen anterior se deducía un 6,5% del salario mensual para la Caja de Previsión, que supuestamente operaba como un servicio social. Pero, desde 1970, la mayoría de ese dinero había ido a financiar las guerras coloniales a través de préstamos al Estado. Había hospitales públicos, pero las listas de espera eran largas y varias tasas restringían el acceso. Solo las clínicas privadas eran de confianza y, desde luego, costaban más de lo que ninguna familia de clase trabajadora se pudiera permitir. En la mayoría de países capitalistas hay algún tipo de sistema de salud público diseñado para mantener a los trabajadores en condiciones razonables; en Portugal, solo existía una infraestructura mínima. Tenía menos médicos que cualquier otro país occidental, menos de uno por cada mil habitantes. Solo la mitad de los partos se llevaban a cabo bajo supervisión médica y el aborto clandestino aumentaba sin ningún tipo de control. Según *Combate* se realizaban unos ciento cincuenta mil al año. La corrupción era la norma y, dado que los trabajadores no recibían prácticamente ninguna ayuda, algunos directores de la Caja de Previsión sacaron una tajada extremadamente jugosa.

Las ocupaciones

El 25 de abril vivió una explosión de información respecto al «estado de la nación». El nuevo gobierno realizó débiles intentos por corregir algunas de las injusticias detectadas, por fin, después de años. Los departamentos fueron reorganizados. La Junta para

la Colonización Interna se convirtió en el Instituto para la Reorganización de la Agricultura. El Fondo para el Fomento de la Vivienda[6] fue reestructurado y purgado. El 14 de mayo de 1974, la Junta hizo una declaración sobre la ocupación espontánea de propiedad vacía que había tenido lugar durante los primeros días. La «ocupación indisciplinada de vivienda» se atribuía a «actos en respuesta a la ineficacia de los departamentos oficiales, que nunca encontraron solución a los problemas». De momento, la Junta no ordenará que se desalojen, pero tampoco legalizará estas ocupaciones.

El decreto 217/74 congeló todos los alquileres al nivel al que hubieran estado el 24 de abril. Poco después se aprobó una ley que destinaba cinco mil millones de escudos a vivienda y garantizaba ciertas exenciones fiscales para los constructores. El gobierno apoyó claramente a la industria constructora privada como un medio de hacer frente a la escasez de vivienda. Se esperaba que esta asignación supusiera un aumento anual de viviendas del 10 al 25%, pero incluso esto era insuficiente.

La respuesta de los trabajadores fue un aluvión de nuevas ocupaciones en mayo y junio. El gobierno se vio forzado a introducir una nueva ley, el 12 de septiembre, limitando a ciento veinte días el tiempo que una casa podía dejarse vacía. Las autoridades hablaron, incluso, de publicar listados con las casas abandonadas, pero era algo que no preocupaba demasiado a los propietarios. Podían sortear fácilmente las amenazas introduciendo libros y contratos de alquiler falsos. En noviembre se aprobó el decreto 663/74, que aumentaba todavía más los subsidios a la industria privada de la construcción mediante la garantía de mayores concesiones fiscales.

6. FFH en sus siglas en portugués. (N. del E.)

Tras la reorganización y purga del FFH, algunos oficiales «progresistas» crearon el Servicio Ambulatorio de Apoyo Legal (SAAL). Se trataba de una agencia semipública orientada a «asistir a la lucha urbana». Las autoridades locales de Lisboa establecieron el Gabinete de Vivienda y la Empresa Pública de Urbanización de Lisboa (EPUL). Estos cuerpos instauraron las Brigadas de Apoyo Local (BAL) en la zona de la capital. La idea original detrás de SAAL y BAL era parecida: apaciguar la situación insostenible respecto a la vivienda con promesas y controlar las cosas desde arriba.

Muchos revolucionarios se unieron a SAAL, provocando una radicalización considerable de este. Su apoyo incondicional a las ocupaciones, por ejemplo, no era en absoluto lo que el gobierno tenía en mente. En noviembre de 1974 hubo un intento de dividir la organización, al tratar de establecer un grupo paralelo pero mucho más reformista (SAC). Sin embargo, a pesar de su imagen de izquierdas, solo después del 3 de marzo 1975 –y tras la expulsión del nuevo presidente conservador del FFH– la SAAL trató de buscar un papel más movilizador, ayudando a establecer los comités de barrio. También denunció las estimaciones publicadas por el FFH –según las cuales solo era necesario construir sesenta mil unidades en 1975 y noventa mil más en 1978– y criticó la propuesta de que el Estado pagara el 40% del coste de cada casa para que luego los residentes abonaran el resto a través de préstamos al 7,5% de interés.

Las ocupaciones se dividían en función de dos objetivos fundamentales: proveerse de un techo o establecer un local político. Normalmente, COPCON apoyaba el segundo tipo. Uno ocupaba y los llamaban. Ellos eran quienes luego informaban a la policía.

Las invasiones[7] eran muy diferentes. Cuando el 26 de noviembre doscientas sesenta familias de un poblado chabolista se mudaron a un apartamento de bloques vacíos en Chelas, cerca de Lisboa, COPCON les ordenó desalojarlo. Las familias se mantuvieron firmes y COPCON tuvo que recular. Rápidamente se produjeron otras ocupaciones. El periódico *Revoluçao* describía los acuerdos que se hicieron en Lapa, un área eminentemente burguesa, entre los vecinos y un poblado chabolista que se encontraba en el centro del vecindario:

«*Aquí ha habido casas vacías durante dieciocho años y todavía están en buenas condiciones. Dieciocho de las familias que las han ocupado han firmado contratos con sus propietarios, pero hay dueños que no firmarán nada. Hay a quienes les han llegado órdenes judiciales. Otros deciden alquilar después de hablar con sus abogados. Los alquileres varían entre quinientos y mil quinientos escudos al mes. Si pudiera legalizarse el comité de moradores –establecido para defender las ocupaciones– podríamos convocar a los propietarios y, en caso de que se negaran a acudir, penalizarlos o, incluso, arrestarlos. Pero tal como están las cosas no podemos ir más allá, no tenemos la capacidad. Si han mantenido las casas vacías durante tanto tiempo y sin hacer ninguna mejora, deber significar que no necesitan el dinero. Nosotros somos los que sí necesitamos las casas. Estamos al borde de la revolución. Yo creo que va a ver derramamiento de sangre entre propietarios y ocupantes. Tengo seis hijos y otro en camino. Pienso ir con los siete y tendrán que darme una casa. La casa en la que estoy ahora es de un tipo que tiene bancos en Brasil. Dice que quiere tirarla y el Consejo le ha dado permiso. Eso demuestra que los ricos aún tienen la ley de su parte. Tie-*

7. Phil Mailer hace una distinción entre una ocupación para vivienda o para uso político de un local con los términos *squats* y *occupations*. Dado que en castellano se suele utilizar *ocupaciones* para ambos casos, para mantener la distinción del autor hemos decidido traducir las primeras como *invasiones*, acepción que también se recoge en la voz *squat*. (N. del T.)

nen influencia dentro del Consejo. Nadie nos debería desalojar actualmente. Si la policía lo intentase, o empezase a disparar, se producirían disturbios y el COPCON tendría que decidir de qué lado está.

En el Barrio das Fonsecas las chabolas habían sido derruidas por la policía antes del 25 de abril utilizando una fuerza especial «de vivienda» respaldada por la PPS. En Oporto, donde la situación de los subalquileres era crítica, los residentes del bloque 402, de la calle D. Joao IV, escribieron un manifiesto a los trabajadores de la ciudad:

«Los subalquileres todavía siguen aprobados por la ley, y nos pueden echar de nuestras casas. Somos quince familias con veinte niños y un total de cien personas. El edificio no tiene ningún acondicionamiento. No tiene siquiera baño, tenemos que ir a los baños municipales a fregar. Los techos se están cayendo. Solo hay un váter y no tiene cisterna. Las humedades se extienden por todas partes. Ni siquiera un cerdo viviría aquí. Pagamos alquileres entre seiscientos y mil escudos por pequeñas habitaciones donde vive toda la familia. Nuestra casera, Maria de Costa Pereira, posee muchos edificios como este. Se niega a arreglar nada. La electricidad de la casa es peligrosa. Nos negamos a pagar el alquiler de septiembre hasta que se hicieran los arreglos necesarios en el bloque. Dejamos el dinero apartado. Nos ha llevado a juicio y nos enfrentamos a una orden de desalojo. Hemos ido al FFH. Hemos ido al gobierno. Todos dicen que no es de su competencia, que no pueden hacer nada. Dicen también que creen que perderemos el caso, que los subalquileres eran legales. La ley los protege como protege a todos los que explotan a los trabajadores. ¿Acaso es justo? Todo el mundo nos dice que seamos pacientes y estemos calmados, que escribamos «papel selados»[8]. ¿Cómo podemos ser pacientes y permanecer calmados cuando hemos vivido en esta mise-

8. Formularios oficiales, de papel azul, con el sello del gobierno. (N. del T.)

ria durante tanto tiempo? Solo los que no tienen problemas pueden ser pacientes. Nos gustaría resolver el conflicto por la vía legal, pero vemos que las leyes no están de nuestra parte. No tenemos ni tiempo ni dinero para abogados. Y, en cualquier caso, las leyes defienden a los subarrendadores parásitos, no a nosotros. Esto no es democracia, esto es fascismo. Ante estos hechos, estableceremos nuestras propias leyes y tomaremos nuestros derechos: 1) No dejaremos que se eche a nadie del edificio. 2) Exigimos que el trabajo se haga rápido, empezando por la electricidad. 3) Queremos el fin de los subalquileres y un contrato entre nosotros y el propietario. 4) Queremos a todos los trabajadores unidos y luchando por viviendas dignas. Abajo los subarrendadores y los capitalistas». Calle de D. Joao IV, 402, 23 de octubre de 1974.

El 26 de octubre, los residentes de este bloque invadieron el Consejo de Oporto junto con los residentes de otros bloques realquilados. Consiguieron que sus alquileres de septiembre y octubre fueran condonados.

Durante enero y febrero de 1975 aumentó el número de ocupaciones de casas. LUAR y MES tuvieron un papel importante en la consecución de edificios para centros obreros, guarderías y clínicas populares. La lujosa clínica privada de Santa Cruz, cerca de Lisboa, fue tomada por sus trabajadores y rebautizada como el Hospital 25 de abril. La población local y LUAR ayudaron con los arreglos y algunos médicos ofrecieron sus servicios gratis. La clínica funcionó durante un tiempo, pero tuvo que cerrar por falta de apoyo financiero. Sin embargo, los trabajadores siguieron con la ocupación. De forma parecida, el FSP abrió una universidad popular en Oporto para «fomentar el desarrollo de grupos revolucionarios y la discusión de textos políticos». No había exámenes, ni tasas, ni diplomas, pero pocos trabajadores disfrutaban de una dieta de este tipo. Podían acudir tanto niños como adultos. Por todo el país, diferentes grupos tomaron man-

siones y palacios como sedes. En general los edificios habían estado abandonados durante años. Las ocupaciones no se legalizaron, pero tampoco se pagaba alquiler.

En Campo de Ourique, Lisboa, había alrededor de cuatrocientas casas vacías y el comité de barrio local empezó a hacerse con ellas, fijando un alquiler social para poder adecentarlas. El gobierno, alarmado por el alcance las ocupaciones –solo en el área de Lisboa llegó a haber cinco mil– endureció la respuesta y se negó a legalizar algunas. Los partidos de la coalición –incluyendo el PCP– comenzaron a prohibir a sus militantes tomar parte en ese tipo de actividades. Nuno Portas, secretario de Vivienda, y exmiembro del MES y el PCP, condenó las ocupaciones «espontáneas» porque quedaban fuera del control del Estado.

Luchas por la vivienda

Frente a la crisis de la vivienda surgieron dos tipos de organizaciones autónomas. Las primeras fueron las Comisiones Revolucionarias Autónomas de Moradores (CRAM). Normalmente se desarrollaron en las antiguas zonas de clase obrera y clase media-baja. Aunque criticaban la propiedad privada en general, estaban más preocupados por cómo utilizar las casas vacías, y por establecer servicios comunitarios como guarderías, etc. Después de marzo de 1975, estos comités fueron los que iniciaron la mayoría de las ocupaciones. Solo en el área de Lisboa existían unos treinta y ocho. Se elegían en asambleas que agrupaban a todos los residentes de una zona en las que solían participar hasta quinientas personas. Se discutían los problemas del barrio y se hacían sugerencias sobre qué debería hacerse. Obviamente hubo muchas luchas partidistas en estos órganos, pero

la mayoría de los comités no estaban dominados por ningún partido concreto. Era tal la aversión popular al politiqueo que la mayoría de los elegidos para los comités tenían que esconder sus afiliaciones políticas.

La otra organización tuvo un origen distinto y fue la respuesta a una necesidad más acuciante. Las «Intercomisiones de Barrios de Lata y Moradores Pobres de Lisboa» (Inter) juntaron a delegados de treinta poblados chabolistas diferentes. Representaban a casi ciento cincuenta mil personas y se consideraba una organización independiente y apartidista de habitantes de los poblados.

Inter era crítica con CRAM, la acusaba de «burguesa». No obstante, aunque las respectivas áreas donde operaban eran claramente diferentes, esto no era estrictamente cierto. Inter no quería tener nada que ver «con partidos que llegan a aquí a arruinar el trabajo que hemos hecho por nosotros mismos». Evitaba de forma consciente verse entrampada en relaciones o tratos con las autoridades locales de gobierno porque «solo sirven a la cháchara y la burocracia, y están gestionadas por individuos que viven en buenas casas y no saben nada de nuestros problemas».

Sin embargo, el 15 de febrero de 1975, Inter presentó una lista de demandas. También publicó un comunicado contra el plan del gobierno para la «autoayuda en la construcción», mediante el cual las autoridades entregarían ladrillos gratis a los habitantes de los poblados chabolistas para que se construyeran sus propias casas. El documento de Inter habla por sí solo:

«En las reuniones se vio que las brigadas [BAL] no podían resolver nuestros problemas (desagües, agua, basuras, etc.). Algunos vecinos de la zona han decidido que debían llevar la lucha adelante por sí mismos. Han decidido ocupar casas incluso aunque el gobierno haya

decidido que esas ocupaciones son ilegales. La necesidad nos ha forzado a ello. Como trabajadores, sabemos que somos nosotros quienes producimos la riqueza de este país, y sin embargo no tenemos derecho a una casa decente que podamos alquilar con nuestro sueldo, no tenemos derecho a guarderías, o escuelas, o parques para nuestros hijos. Por esta razón nos hemos juntado treinta comités de barrio. Pedimos que se construyan nuevos barrios para nosotros en los sitios donde vivimos actualmente y donde hemos nacido la mayoría de nosotros. Los obreros son desplazados a las afueras de la ciudad porque otros quieren construir tiendas y oficinas en el centro. El gobierno especula con la tierra. Ofrecen prestarnos sesenta mil escudos por casa, pero con un interés del 7,5%. Con sesenta mil escudos no nos llega para nada, sin tener en cuenta el pago de ese interés. No podemos olvidar que estos subsidios representan solo una ínfima parte del plusvalor que producimos cada día en el trabajo y que la clase capitalista nos roba. No debemos suplicar por lo que es nuestro por derecho. Exigimos que nuestros problemas sean resueltos. Y deben ser resueltos sin que necesitemos engordar a quienes nos explotan. Algo que ocurre cuando los especuladores, y aquellos que explotan la tierra a través de las indemnizaciones, ayudan a las constructoras capitalistas. Igual que en el caso de «la autoayuda para la construcción». La gente dice que ese programa es bueno, que así construimos nuestras propias casas. En realidad significa una doble explotación. Después de un día de trabajo llenando los bolsillos de los capitalistas, se supone que debemos levantar edificios. Hoy en día hay cuatrocientas mil personas desempleadas, desterradas a la calle y la miseria por los capitalistas. Debe darse trabajo a esos hermanos. ¿Por qué no emplearlos en construcción civil? Los planes de cooperativas de vivienda son una escapatoria para el gobierno. A través de ellos evita tener que pagar los edificios para las nuevas casas. Les permite controlar nuestras justas exigencias… Los vecinos de varios poblados y los pobres de Lisboa y sus

suburbios estamos hartos de falsas promesas para resolver el problema de la vivienda. Rechazamos todas las medidas antipopulares que solo buscan retrasar la solución de nuestros problemas. Inter, agrupando a diferentes comités y cooperativas, toma la siguiente posición y exige estas medidas concretas:

1) *Que se construyan nuevos barrios en las zonas actuales*
2) *La expropiación de tierra libre, y ya ocupada, en los barrios existentes, como una forma de realojar a la gente. Queremos una respuesta definitiva de qué tierras se pueden tomar y cuándo*
3) *Una respuesta sobre cuándo empezarán los trabajos en la construcción de los nuevos barrios y cómo serán*
4) *El derecho a decidir qué tipo de casas serán construidas*
5) *El derecho a organizarnos en cooperativas. Los préstamos serán retribuidos al 2% y en veinticinco años*
6) *En el caso de los barrios que elijan vivienda social, el alquiler no deberá exceder el 10% del sueldo del cabeza de familia*
7) *Información sobre los fondos que serán destinados a los poblados por el Consejo, con detalles de para qué son, de manera que los interesados puedan controlarlos*
8) *Que sean tratados de inmediato todos los casos urgentes presentados por los comités, incluyendo BAL y EPUL*
9) *Una respuesta a las exigencias que ya han realizado otros poblados*
10) *Mientras no se construyan casas adecuadas la ocupación de casas será legal*
11) *Un miembro de Inter estará presente en las distintas reuniones entre el Consejo de Lisboa y EPUL*

12) *La distribución de vivienda, la haga el Gabinete, EPUL, Fundaciones o cualquier otra institución oficial, será controlada por representantes de los habitantes. Y rechazamos:*

1) *La «autoayuda» para construir*

2) *La renovación o recuperación de los barrios existentes, igual que el uso de casas prefabricadas 3) La legislación actual sobre cooperativas, que no es más que un mecanismo para engañar a la gente y retrasar soluciones (por ejemplo, que se necesite tener doscientos miembros, cuando la ley general solo requiere 50)».* Intercomisiones, el 15 de febrero de 1975.

Aunque la prensa nacional se refirió al documento de forma amplia, fue completamente ignorado por el gobierno, cuyos miembros en ese momento estaban más interesados en las elecciones que en los problemas concretos como los que se estaban poniendo encima de la mesa.

A principios de abril se informaba de la existencia de unas veinte mil ocupaciones a lo largo de todo el país. El 14, el gobierno, alarmado por su falta de control sobre la situación, aprobó una ley que legalizaba todas las ocupaciones colectivas –guarderías, etc.– pero prohibía las privadas. La izquierda se posicionó contra el PS y el PCP para combatir esta ley.

CRAM convocó una manifestación para el 19. Hubo diferentes grupos que la apoyaron, pero no se permitió a ninguno llevar banderas. Inter convocó otra manifestación para el 17 de mayo condenando también la nueva ley y exigiendo que se atendieran sus demandas del 15 de febrero. La manifestación trajo a casi diez mil habitantes de poblados chabolistas a Lisboa coreando: «Casas sí, chabolas no».

Inter, CRAM, SAAL y las chabolas

Las diferencias entre Intercomisiones y los comités de barrio (CRAM) merecen un paréntesis, dado que ilustran una dialéctica compleja operando en el interior de la clase. Inter se daba perfecta cuenta de que la situación de aquellos a los que representaba era distinta de los trabajadores que ya tenían una vivienda. Sin embargo, a través de sus reivindicaciones y su organización revolucionaba a los primeros. Otros comités de barrio, relacionados o no con CRAM, tenían una composición más mezclada de profesores, trabajadores administrativos, etc. y obreros de fábrica, y por tanto tendían a ver las cosas de otro modo.

Para los habitantes de las chabolas la vivienda era algo crucial. Para los trabajadores que ya tenían una, eran más importantes las cuestiones del control, o abolición, de los alquileres y del propio espacio. No se podía despreciar a esos trabajadores simplemente como «privilegiados» solo porque tuvieran un techo sobre sus cabezas.

Aun así, había problemas más profundos. Los poblados no estaban unidos. Algunos propietarios de chabolas se las alquilaban a otros. En la misma ciudad, podía haber poblados de negros caboverdianos absolutamente diferenciados de los de portugueses blancos. Las familias que vivían en chabolas trabajaban en distintas industrias, pero en general eran trabajadores sin contrato, temporales o peones de obra.

Mientras que en muchos poblados el establecimiento de comités de barrio era celebrado con entusiasmo, en otras zonas reinaba la apatía. Esto no se puede explicar solo en términos de «pobreza habitual» y demás interpretaciones reaccionarias. La

apatía también puede implicar que los afectados sienten que su lucha está siendo dirigida por otros.

Este era un dilema del que los asistentes técnicos de SAAL eran muy conscientes. Después de establecer los primeros contactos, normalmente se inhibían y apenas participaban en las asambleas. Aquellos que querían trabajar a través de SAAL estaban limitados por la lentitud y la burocracia del aparato del Estado.

El manifiesto de Inter se enfrentó a problemas diferentes. Los comités de barrio eran susceptibles de ser interferidos por los partidos. Aquellos más «políticos» ocupaban posiciones de liderazgo. La gente de la plataforma utilizaba un lenguaje «político» especializado que terminaba apartando a los otros. Había quien se negaba a hablar porque no podía hacerlo de la misma manera. Así, los ideólogos de partido podían encaramarse mucho más fácilmente a las posiciones de poder. Incluso los comités, manipulados desde la plataforma, podían hacerse con las asambleas rechazando o despreciando mociones. Los temas que se ponían sobre la mesa durante las asambleas de los comités de barrios solían ser asuntos mucho más amplios que los discutidos en los poblados. En general, la función de CRAM era recoger información del área y después ocupar las casas disponibles. Pero la preocupación de PRP-BR por «construir el partido» a través de los comités –el PCP, el MES y UDP hacía exactamente lo mismo– difícilmente conducía a una postura más unitaria. En general, estos grupos, aunque ayudaron en cosas como proveer papel para los panfletos, convocar reuniones, etc., tuvieron un efecto negativo en los propios afectados. Una vez que un comité era tomado por un grupo concreto, muchos vecinos lo abandonaban.

Aun así, los comités de barrio estaban mucho más limitados por la propia estructura del espacio y el trabajo en Portugal. La

inmensa mayoría de los trabajadores vivía en un área y trabajaba en otra. Esto permitía muy poco contacto entre las fábricas y las zonas residenciales. Como mucho, la asistencia a los comités de trabajadores y a los comités de barrio se repartía entre el día y la noche, respectivamente.

Los poblados rodeados por urbanizaciones burguesas –como Cruz Quebrada, cerca de Lisboa– a menudo eran propensos a las presiones burguesas. Aquí, las soluciones individuales eran muy comunes. En el poblado de Falgueiro, por ejemplo, una mujer que no pudiera pagar siquiera la renta mínima era criticada por los demás residentes.

Muchos empezaron a construir sus propias casas sobre las estructuras de madera. Levantaban una pared un fin de semana, otra al otro, hasta que la casa estaba construida. Cerca de Odivelas, una de las ciudades dormitorio de Lisboa, fue algo que ocurrió a gran escala.

Los poblados eran la «gran vergüenza» del capitalismo portugués. Era una monstruosidad obvia, y todo el mundo trataba de «deshacerse de ellos a toda costa». Pero rara vez la idea fue más allá del pensamiento. ¿Con qué se iban a sustituir los poblados? ¿Cómo iban a ser las nuevas comunidades? Esos problemas casi nunca se elevaron a las asambleas. En esto la imaginación sufría una parálisis general. Si alguna vez llegaban a tener casas nuevas, ¿las presiones serían menores que en las viejas chozas? ¿O serían simplemente distintas? Eran preguntas que nunca se discutían abiertamente, porque nunca se admitió abiertamente que fueran relevantes. El silencio de la izquierda en estas cuestiones podía escucharse en kilómetros a la redonda.

Los habitantes de los poblados chabolistas querían una solución rápida a su problema. Querían mantener intacta la cul-

tura que habían construido durante décadas. Las condiciones en las que vivían –sin agua, sin luz, sin desagües y en espacios masificados– tenían que mejorar. Pero ¿cómo y con qué fin? ¿Para que fueran «mejores trabajadores» y pudieran ser explotados mejor? ¿Haciéndoles aceptar ideas que permitieran una mayor extracción de plusvalor por parte de la clase dominante –la representara el Estado o no–, como en los programas como el de la «autoayuda para construir»?

A principios de junio de 1975 la situación general seguía sin resolverse. La clase dominante todavía estaba en el poder, pero, aun así, estaba teniendo dificultades para mantener su dominio. La clase trabajadora, con o sin vivienda, continuaba presionando por todo lo que pudiera conseguir, cómo y cuándo fuera.

Machismo y el movimiento de mujeres

Ninguna discusión acerca de la vivienda y las luchas urbanas estaría completa sin hacer referencia específica a las mujeres. En una sociedad en la que la mayoría de mujeres trabajan en el hogar, son ellas las que soportan el embate de la precariedad de la vivienda. Describiré la situación de forma realista y lejos de cualquier falso optimismo.

Era una cuestión plagada de contradicciones. Las luchas urbanas eran muy positivas. Los sentimientos de alegría y esperanza que generaban son difíciles de describir debido a la infinidad de aspectos que los producían: libertad en las calles, libertad para ir y venir, pequeños cambios que significaban grandes diferencias en la vida diaria. Las mujeres sentían esta libertad. Al ser preguntada por el mayor cambio que había experimentado

tras el 25 de abril, una mujer de Tinturaria Portugalia, cadena de tintorerías, dijo: «Antes estaba encerrada en casa. No sé por qué. Después, salí a la calle, a las manifestaciones… Es imposible describir la alegría que he vivido desde el 25 de abril». Mi exvecina también estaba exuberante y plena de confianza. Empezó a criticarme por no haber acudido a manifestaciones a las que ella sí había ido. Se trataba de cambios reales.

Había, no obstante, un reverso de la moneda. Las mujeres eran ciudadanas de segunda clase. Puede que 1975 fuera «el año de las mujeres» en todo el mundo, pero no en Portugal.

Los problemas reales de las mujeres en la sociedad portuguesa eran inmensos. Antes del 25 de abril su desigualdad ante la ley se expresaba de muchas formas. El divorcio estaba prohibido. Los anticonceptivos solo se podían obtener mediante prescripción médica y no eran tan fáciles de conseguir para las clases más pobres. Se proclamaban sin cesar las glorias de la maternidad y la fertilidad en un esfuerzo por proveer de futuros dirigentes blancos y soldados a las colonias. Recuerdo claramente a una pescadora embarazada en Nazaré, antes del 25 de abril, palmeándose el vientre embarazado y diciendo con resignación: «Esto es para la guerra». El aborto era ilegal, incluso cuando la salud de la mujer estuviera amenazada.

Las relaciones matrimoniales eran casi feudales. Un marido podía abrir legalmente las cartas de su mujer. Ella no podía salir del país sin su permiso escrito. Todas las decisiones económicas quedaban por decreto en sus manos. Para la ley, ella seguía siendo una sierva sujeta a los deseos del marido.

Después del golpe cambiaron algunas cosas, pero es difícil imaginar a oficiales del ejército siendo empáticos con los problemas de las mujeres. Empezó a crecer un movimiento por todo el país haciendo campaña para lograr que el divorcio fuera posible.

El MDP-CDE lo apoyó. Finalmente se cambió la ley, aunque el aborto siguió siendo ilegal y los anticonceptivos seguían estando bajo prescripción médica obligatoria.

Poco después del 25 de abril se aprobó un decreto que establecía que, en adelante, el Estado sería responsable de los niños: *«la nacionalización de los niños»* como dijo una señora que hacía la compra en el mercado. De hecho, el decreto dejaba sin efecto el derecho de la familia, y en concreto del padre, de hacer lo que quisieran con sus hijos e hijas. Estableció penas para las agresiones y el maltrato a los niños y niñas.

A las amas de casa se las llamaba «*señoras* de la casa». Sobre todo en el norte, a menudo sus maridos las llamaban «jefas». No se trataba simplemente de una condescendencia; en parte, era real. Pero dado que solo lo era en parte, era algo que se podía derogar. Había muchos términos para insultar a las mujeres: una chica que se acostara con hombres era una puta, pero un hombre que tuviera sexo con chicas era un semental digno de admiración.

En el período de 1969 a 1974 incrementó rápidamente el número de mujeres trabajadoras, porque muchos potenciales trabajadores masculinos estaban combatiendo en el extranjero. Aun así sus sueldos eran inferiores. Incluso después del 25 de abril, los convenios se elaboraban en contra de las mujeres. En las cooperativas dominadas por el PCP, sobre todo alrededor de Beja, las mujeres trabajaban de seis a ocho de la mañana en la casa, después en los campos recogiendo aceitunas, etc. y entre las siete y las diez de la noche, más trabajo doméstico. Y aun así se les pagaba menos que a los hombres que trabajaban de ocho de la mañana a siete de la tarde. En otras cooperativas más independientes, por ejemplo en Setúbal o cerca de Lisboa, las mujeres sí recibían la misma paga por su trabajo agrícola.

Las actitudes machistas tardan en morir. Muchos hombres a menudo defendían sus mayores salarios afirmando que su trabajo era más productivo. Pero cuando las mujeres señalaban que la recogida de olivas era un trabajo que los hombres no querrían hacer, el argumento sonaba superficial. Cuestiones así nunca se resolvieron realmente, y el machismo persistía.

El 13 de enero de 1975, hubo un encuentro en el Parque Eduardo VII patrocinado por el Movimiento por la Liberación de las Mujeres (MLM). Una decena de mujeres con carteles y pancartas desató una de las contramanifestaciones más reaccionarias que se hayan visto jamás. Las mujeres habían declarado:

«Quemaremos objetos que sean símbolos y ejemplos de la opresión de las mujeres. Destruiremos, por ejemplo, el Código Civil y el Código Penal vigentes en Portugal, al igual que la legislación laboral. Todos ellos refuerzan la posición inferior de las mujeres y su sometimiento a los hombres. Quemaremos las revistas pornográficas que utilizan el cuerpo femenino como un objeto sexual; escobas y plumeros que representan la esclavitud de las mujeres en la casa; los pañales, como símbolo del mito de la mujer como la madre que hace todos los sacrificios (mientras el padre es el que hace la ley), como la que hace el trabajo duro, la que se enfrenta a noches sin dormir; quemaremos también los juguetes que enseñan a los niños, desde pequeños, los roles sociales definidos a los que están destinados dependiendo si son niños o niñas, juguetes que conducen a la violencia y la agresividad en los niños (como tanques y armas) y condicionan a las niñas a los roles pasivos de madre y ama de casa (como las muñecas y las pequeñas ollas y sartenes). Esperamos que 1975, el año internacional de las mujeres, por lo menos llame la atención sobre el escándalo que representan estas cuestiones, y sobre el hecho de que la mitad de la población mundial –el 53% en Portugal– está subyugado (controlado y dominado) solo porque son mujeres».

La manifestación fue hecha pública de la manera más trivial. *A Capital,* un periódico serio de tirada nacional, trató todo el asunto como una broma. Solo informó del episodio de la quema de sujetadores. Como todos los demás periódicos, prometían un «striptease». El MDM, organización de mujeres controlada por el PCP, denunció la manifestación de manera agresiva. Aparecieron hordas de hombres en la concentración, abucheando y mofándose de las presentes, que solo escaparon por los pelos de ser severamente agredidas.

Cuatro días más tarde, al informar sobre la manifestación, *O Seculo Ilustrado* condenó los actos de aquellos hombres:

«*Es probable que sean los mismos que aplaudieron las gloriosas victorias de Caetano, que esparcían flores en las calles durante los pequeños paseos del dictador, que se congratulaban de las masacres en las colonias e informaban diligentemente a la PIDE, que durante medio siglo apoyaron el lavado de cerebro y la opresión, quien de forma oportunista se manifestaban hoy por la democracia. Todos buenos demócratas*».

El MDM, aunque involucrado en las luchas de las mujeres, estaba más decidido a defender la familia que a discutir problemas más básicos de las mujeres. Dirigía las luchas a cauces que, siendo importantes para las familias –guarderías, ayudas económicas para los niños, parques y demás–, no estaban directamente relacionados con las propias mujeres, o con el rol que se les asigna en las sociedades de clases.

Después del sabotaje de la manifestación del MLM, las mujeres radicales estaban realmente atemorizadas como para comprometerse en ninguna otra acción política. Todo un ámbito de la lucha por la liberación había sido amordazado con éxito.



X. Más allá de las elecciones

Aritmética electoral

No hubo sorpresas en las elecciones a la Asamblea Constituyente de abril de 1975. Con dos grupos maoístas (MRPP y AOC) y uno de derechas (PDC) prohibidos, fueron doce los partidos alineados.

Las iniciales de los contendientes eran reveladoras del nuevo laberinto que formaba el espectro político portugués. En las veinte regiones electorales se ofrecía al pueblo una selección de ocho partidos leninistas (PCP, MDP, FSP, MES, LCI, FEC-ml, UDP y PUP), dos de tipo socialdemócrata (PS y PPD), uno de derechas (CDS) y uno monárquico (PPM). PCP, PS, MDP, PPD y CDS se presentaban en los veinte distritos, FSP en 16, MES en 15, FEC-ml en 12, PPM y UDP en 10, PUP en 7 y LCI en 4.

Siete de ellos firmaron un pacto por adelantado garantizando al MFA en el poder durante los siguientes tres años. UDP, LCI, MES, PUP y FEC-ml se negaron a ser obligados a firmarlo. Los firmantes acordaban la institucionalización del

MFA y reconocían su Consejo Revolucionario como el cuerpo político y legislativo más importante del país. La Asamblea General, reorganizada para incluir ciento veinte miembros de los rangos inferiores, iba a tener poderes legislativos solo limitados por su Consejo. El único cometido de la Asamblea Constituyente que saliera de las elecciones sería redactar el borrador de una nueva constitución.

Casi todo el mundo se tomó muy en serio las primeras elecciones en cuarenta y nueve años. Toda persona mayor de dieciocho años debía registrarse, aunque, al contrario de lo que mucha gente creía, el acto en sí de votar no era obligatorio. La propia campaña fue estrictamente controlada –para mantener la democracia– y limitada a solo tres semanas. El acto de apertura vivió una actividad frenética de todos los implicados, pegando carteles y pancartas en cada edificio concebible –y unos cuantos inconcebibles– de todo el país. Era ilegal retirar los carteles de otros, y muchos maoístas fueron arrestados por esta «ofensa». Las consignas fueron las predecibles. CDS apelaba al «progreso en paz» –el viejo lema del régimen de Caetano. El PPD reconocía «solo un camino: la socialdemocracia». El PS quería «socialismo con libertad», mientras que el PCP animaba a la gente a seguir «por el camino al socialismo». Los carteles del PCP representaban grupos de familias con apariencia muy respetable portando titulares como: «Mujeres, en vuestras manos está el futuro de vuestros hijos»; una consigna muy criticada por el movimiento feminista. También utilizó fotos de campesinos trabajando y de estudiantes. Otros grupos eran menos pudientes y por tanto tenían menos carteles. Cada uno reivindicaba distintos tipos de socialismo revolucionario.

AOC y PCP-ml, llevados por su odio a un PCP orientado hacia Moscú, dieron su apoyo al PS. El MRPP amenazó con

sabotear la campaña y PRP-BR y LUAR se negaron a tener nada que ver con ella. Dado que optaban por el control directo de los trabajadores, argumentaban que las elecciones no tenían nada que ver con la revolución en Portugal y proclamaban la creación de consejos obreros.

Se asignó el mismo tiempo televisivo a cada uno de los partidos. Aparecían tres veces al día, como una pastilla, haciendo sus promesas, repitiendo sus consignas y mejorando su audacia y su demagogia a medida que la campaña avanzaba en una subasta revolucionaria por superar a sus rivales. Los maoístas UDP y PUP siempre acababan sus discursos con un «Vivan Marx, Lenin, Stalin y Mao». Algo que provocaba carcajadas en muchos de los cafés que visité.

La participación fue la más alta jamás registrada en unas elecciones estatales: un 92%. El PS obtuvo el 38% de los votos, el PPD el 26%, el PCP el 12,5%, el CDS el 8% y el MDP el 4%. Entre el resto se repartió alrededor del 4,5% del voto. Al final de la lista quedaron LCI, PUP y PPM. En Oporto, el PS aseguró el 42% del voto (frente al 5% del PCP), y en Lisboa obtuvo el 45% (frente al 19% del PCP). En Sacavem, Marinha Grande y Almada, áreas industriales con fuerte tradición del Partido Comunista, el PCP sufrió una derrota casi absoluta.

Dos fueron las principales razones de esta distribución del voto. El primero, y más significativo, fue el ofrecimiento a la clase trabajadora de la opción por una solución no estalinista a la revolución portuguesa. Un sector amplio y heterogéneo de la sociedad aceptó al PS. Aparte del apoyo de la izquierda maoísta, pequeño pero ruidoso, también se benefició de la concepción del PCP como burocrático y estalinista, una perspectiva muy extendida por curas reaccionarios y patrones locales. El mejor

resultado obtenido por el PCP fue entre los trabajadores agrícolas de Beja, en el Alentejo. En el norte, los pequeños agricultores propietarios optaron por el CDS o el PPD. El segundo factor principal fue la actitud de los trabajadores y soldados de ultramar que no habían estado involucrados en el proceso revolucionario. Casi un millón de votos, de un electorado total de cinco millones y medio, llovió desde Francia, Suecia y Angola. Un voto que fue abrumadoramente para el PS.

Solo el 7% de las papeletas fue deliberadamente nulo. Un porcentaje bajo si uno considera la campaña del MFA para que la gente votara en blanco, es decir, que votara pero sin mostrar preferencia por ninguno de los partidos.

Cuando se conocieron los resultados de los comicios, el PS y la derecha empezaron a denunciar la desproporcionada representación del PCP y el MDP en los aparatos del Estado y los medios de comunicación. Los ataques se repetían cada vez que había oportunidad. La coalición entera amenazaba con derrumbarse. En esta atmósfera, la idea de los consejos obtuvo cierto impulso y empezó a discutirse. El lanzamiento de estos consejos revolucionarios había tenido lugar el 19 de abril, seis días antes de las elecciones, y el 10 de mayo tuvo lugar otro encuentro en Oporto al que acudieron abiertamente comités de soldados del norte[9]. Los principales partidos políticos respondieron como correspondía. Decidieron enterrar el hacha de guerra, al menos por el momento, y emitieron un comunicado conjunto –PS, PCP y PPD– en el que aseguraban que la coalición seguía adelante.

No obstante, elecciones o no elecciones, coalición o no coalición, la lucha continuaba. Cincuenta mil trabajadores de la

9. Todo el asunto de los consejos se discutirá en profundidad en el próximo capítulo.

hostelería fueron a la huelga entre el 10 y el 15 de mayo. Los trabajadores químicos del norte abandonaron sus puestos el 6 de mayo. Los pescadores de Peniche peleaban por mejores salarios. Muchas pequeñas empresas se habían pasado a la autogestión. Los obreros de la empresa metalúrgica de Corame arrestaron a sus gerentes y los entregaron a COPCON, quien los acusó de exportar dinero ilegalmente. Los empleados de la exclusiva sastrería lisboeta Candidinha, donde la alta burguesía había comprado su ropa durante más un siglo, tomaron el lugar y empezaron a producir ropa a bajo coste. Tanto CTT, la empresa de telefonía, como TAP, la aerolínea nacional, amenazaban con ir a la huelga.

El «poder popular» y los militares

En este contexto surgieron también dos propuestas para sortear conjuntamente a todos los partidos políticos. El primer lugar donde se discutieron fue la Asamblea General del MFA del 26 de mayo.

La primera, propuesta por Rosa Coutinho y CODICE y apoyada por el PCP, era establecer los Comités en Defensa de la Revolución, basados en las viejas Juntas de Freguesia (juntas de distrito). Fue una respuesta bastante natural al descalabro electoral del PCP.

La segunda iba a ser presentada por delegados de COPCON. Resaltaba «la organización y el ejercicio de poder desde abajo». Enfatizaba las organizaciones de base, sobre todo los consejos, y la necesidad de su coordinación a gran escala. Proponía la «creación de un ejército popular, democrático y revolucionario» y defendía una «alianza de verdad» entre el pueblo y el

MFA. ¡Incluso hablaba de la dictadura del proletariado y mencionaba al líder coreano Kim II Sung como un ejemplo a tener en cuenta! Se sugería que, para empezar, el mando central del nuevo «ejército popular» debería permanecer en COPCON… Al menos, hasta que se creara algo distinto.

Las propuestas fueron apoyadas por el Secretariado Provisional de los Consejos Obreros Revolucionarios promovido por el PRP-BR. Otelo, que ahora era muy conocido, habló en defensa de esta segunda propuesta:

«*Las luchas partidistas están causando divisiones extremadamente peligrosas en la clase trabajadora que se están extendiendo a las Fuerzas Armadas. Oficiales spinolistas han formado un bloque del PS –aunque seguramente este partido no tenga nada que ver en esto… Estoy convencido de que la dinámica de la revolución portuguesa trascenderá a todo el conjunto de los grandes partidos (dado que el MFA no se alinea detrás de ninguno de ellos). No nos plegamos a la socialdemocracia europea. No estamos aliados con ninguno de los grandes bloques imperialistas. No somos aliados de China*».

Por supuesto, para los partidos de la coalición todo esto era anatema, puesto que amenazaba toda la base de su poder. El PS y el PPD atacaron directamente la propuesta de COPCON acusándola de dictadura –algo que nunca fue negado. También la criticó el PCP, aunque de forma mucho más cauta, dado que estaba llevándose mucho de su rédito.

El debate pasó a ser público. El MES criticaba ambas propuestas: los Comités en Defensa de la Revolución y los Consejos. La revolución todavía no había tenido lugar, afirmaban, y por tanto era imposible defenderla. Veían los consejos como una creación específica del PRP-BR que restaba valor a las organizaciones populares ya existentes. Tanto LUAR como MES

concebían el futuro en términos de un reforzamiento de las estructuras que ya existían de abajo a arriba, y no como un plan maestro decidido de antemano. UDP criticaba el documento de COPCON por otras razones: se veían a sí mismos como la vanguardia ya establecida.

Lo que realmente se estaba debatiendo en la asamblea del MFA era si el liderazgo debía dejarse en manos de alguno de los partidos políticos o si todos los partidos debían ser sorteados; si un sistema de soviets o uno de organizaciones de base. El mismo hecho de que estuviera teniendo lugar era lo más inusual del debate. Que la acción revolucionaria autónoma y la autoorganización de las masas hubiera sido considerado un tema apropiado para la agenda de una reunión militar. El debate se prolongó durante varios días y al final la moción de COPCON fue derrotada por muy poco. Los partidos políticos continuarían.

Con la propuesta derrotada, un grupo del MFA llamado «Gabinete por la dinamización de la alianza MFA-Pueblo» produjo un documento guía que se presentó a la asamblea del 8 de junio. Ese documento pedía una economía fuertemente estatalizada, una reforma agraria, más *saneameno*, la descentralización de la administración y control obrero. Para lograrlo, proponían una estructura en la que los comités militares y los comités de trabajadores formarían asambleas populares para elegir delegados a las asambleas municipales que, a continuación, elegirían delegados a la Asamblea Nacional Popular. En los cuarteles de las ADU, las asambleas de unidades, se apoyarían las asambleas civiles. El Consejo de la Revolución lo supervisaría todo. Era un llamamiento que se proponía en la típica retórica del Consejo y del gobierno. Ovejas reformistas siempre intentando presentarse con piel de lobo.

El 21 de junio, el MFA, uno de los grupos de soldados más prolíficos jamás vistos en cuanto a literatura se refiere, publicó un Plan de Acción Política. Era una extensión del documento guía y optaba por un «socialismo» plural centrado en la propia autoridad del MFA:

«El MFA es un movimiento de liberación del pueblo portugués. Su objetivo principal es el establecimiento de una sociedad socialista y la independencia nacional. Con sociedad socialista nos referimos a sociedad sin clases, a la colectivización de los medios de producción, la eliminación de toda forma de explotación y el mismo derecho a la educación, el trabajo y la promoción sin discriminación en base a sexo, religión o ideología».

Después de estas generalidades, se especificaban demandas concretas:

1) Una sociedad plural que permita partidos de oposición.
2) Una administración política independiente de la Asamblea Constituyente.
3) El refuerzo de la autoridad del MFA.
4) Una ley contra los grupos clandestinos armados.
5) La recuperación de izquierdistas y pseudorrevolucionarios que, aunque de forma bienintencionada, han creado un clima de anarquía.
6) Austeridad en los bienes de consumo
7) Dinamización de las organizaciones militares de base como factor determinante en el poder unitario.
8) Creación de un periódico oficial del MFA.
9) Control estatal de la radio y la televisión.

El plan fue bien recibido por los cuatro partidos de la coalición y la Confederación de Industria Portuguesa. El PS y el PPD dieron la bienvenida al «pluralismo», mientras que el MDP estaba más satisfecho con el reforzamiento verbal que se le daba al «poder popular». Sin embargo, como intento de superar los problemas reales, las propuestas eran inútiles, dado que estaban firmemente basadas en la colaboración entre clases.

La Asamblea Constituyente se reunió por primera vez el 3 de junio. Comenzó sus actas con un llamamiento a minimizar las fricciones partidistas. Sin embargo, desde el principio estaba condenada a reflejar las agudas enemistades que traía de fuera, cuando no a agravarlas. El PS, en concreto, utilizó la Asamblea como propaganda política. Por su parte, el PCP buscaba llamar la atención del pueblo de otras maneras. El 10 de junio, Intersindical –en una especie de prefiguración del tipo de sociedad que concebían– convocó un «domingo de trabajo» para lanzar la «batalla por la producción». El interés de la gente por la cuestión fue tibio y permaneció acotado a las zonas de influencia del PCP, como el Alentejo. La idea fue criticada por muchos comités que querían saber para quién producían. El ministro de Trabajo del PCP, y miembro del Consejo Revolucionario, contestó: «Para la colectividad». Iba a ser duramente criticado, por los trabajadores de Lisnave entre otros, por su falta general de pensamiento de clase.

Los casos del República y Radio Renascença

Durante los meses de mayo, junio y julio de 1975, tanto *República* como Radio Renascença iban a convertirse en focos primordiales de lucha. Los acontecimientos relevantes han sido muy mal presentados, o mal entendidos, en la prensa internacional, y por

tanto merecen ser abordados con cierto detalle. Además, sacan a la luz cuestiones importantes sobre el papel de la información en el proceso revolucionario. De hecho, el desarrollo de estos acontecimientos fue tan importante que iban a contribuir de forma significativa al derrumbe del Cuarto Gobierno Provisional.

El 15 de mayo de 1975, el comité de trabajadores del *República* intentó hacerse con el periódico. Durante todos los años de la censura, este diario había permanecido como la única voz independiente. Bajo la dirección de Raul Rego había publicado muchos comunicados de CDE y críticas al gobierno. Sus periodistas eran firmes partidarios del PS, y sus artículos principales siempre se inclinaban a favor de este. Tras el 25 de abril se convirtió en el vocero del partido.

El comité de trabajadores afirmó en un comunicado: «*La mayoría de los trabajadores del* República *quieren ser un medio no partidista y no el periódico al servicio de una determinada ideología*». Ese 15 de mayo, en una asamblea general, los trabajadores eligieron un comité formado por catorce delegados y pidieron la dimisión del director y del editor. Imprimieron su propia edición del periódico y establecieron piquetes en la puerta principal. En una asamblea separada, los periodistas y el personal editorial se negaron a aceptar la legalidad del comité de trabajadores y sus reglas. A pesar de que había todo tipo de tendencias representadas en el comité, se acusó al PCP de ser el responsable de la ocupación.

El 19 de mayo, Mário Soares salió con un grupo a las calles de Lisboa a repartir panfletos en los que se decía: «*No podéis ignorar la voluntad del pueblo. El* República *no es propiedad de Cunhal*». A las siete de la tarde, el personal de edición entró en el edificio del periódico. Uno de ellos, Joao Gomes, se dirigió a la multitud

que se aglomeraba fuera. Poco después también acudieron representantes de COPCON. Parece que tras ese momento siguieron unos instantes de cierta confusión. Una piedra atravesó una de las ventanas acompañada de gritos como «Muerte a la CIA y al KGB» (una consigna de marcado tono maoísta). La multitud empezó a cantar el himno nacional. Llegaron más soldados. La muchedumbre preguntaba al MFA de qué lado estaba. El MRPP coreaba sus propias consignas: «Fuera los socialfascistas». Y los miembros del PS añadían: «Socialismo sí, dictadura no». Cuando también Soares intentó entrar en el edificio, los trabajadores se lo impidieron. Uno de ellos dio un discurso: *«Esto no son las oficinas del PS. Tanto tú como tu colega Cunhal deberías echar un vistazo a la gente, a la fuerza de las clases trabajadoras, y no jugar con nosotros. ¿Por qué no os vais los dos por donde habéis venido?».* La situación seguía en punto muerto. Hacia la medianoche, se permitió la entrada a la televisión y a representantes de otros periódicos. De repente dio comienzo un improvisado debate a través de las ventanas. Joao Gomes, por parte del personal de edición, afirmaba que los responsables de la decisión habían sido los tipógrafos –casi todos miembros del PCP. Un miembro del comité le corrigió asegurando que la decisión había sido tomada por todos lo trabajadores. Destacó que durante los meses anteriores se había despedido a catorce trabajadores del personal editorial y se habían sustituido por miembros del PS. El debate espontáneo, a altas horas de la madrugada, con abucheos, consignas y aplausos de fondo por parte de la multitud en la calle, era bastante típico de la democracia directa del momento. Por parte del MFA, el ministro de Comunicación Social (el comandante Correia Jesuino), dijo que debían ser los lectores quienes decidieran qué tipo de periódico querían. No obstante, fue imposible contactar con ellos a la dos de la mañana. Un miembro del

comité indicó que correspondía a todos los trabajadores involucrados decidir el tipo de periódico que iban a producir. Que no era una decisión de minorías, ya fuera el personal de edición o los miembros de un partido en concreto.

Alrededor de las cuatro de la madrugada, otro miembro del comité de trabajadores dio un discurso que quizá constituyese el mejor resumen del problema: «*Como trabajador no puedo, ni quiero, ignorar las diferencias que existen en la lucha de la clase trabajadora contra la clase explotadora. Todos sabemos que los trabajadores de producción no tomamos partido en la disputa entre el PCP y el PS. No tiene nada que ver con nosotros. Nuestro objetivo es transformar este periódico en algo nuevo: un periódico objetivo e independiente que no le deba lealtad a ningún partido político. Esto es lo que ha generado la resistencia. Aquellos que quieren que el* República *siga siendo un periódico partidista son los que deberían marcharse, no los trabajadores. Después de todo, fue el pueblo el que durante doce años compró y pagó por el periódico, no el PS*».

Aunque llovía mucho, la noche era cálida. El debate se prolongó hasta las seis de la mañana, cuando los trabajadores y el personal editorial acordaron abandonar el edificio y esperar la decisión del Consejo Revolucionario. El 24 de mayo, el comité de trabajadores emitió el siguiente comunicado:

«*Esta lucha es la culminación de toda una serie de descontentos que han salido a la superficie tras el 25 de abril. Desde la censura interna al rechazo de nuestras demandas, incluyendo despidos, caída de las ventas y de las suscripciones, protestas de los lectores, la no publicación de ciertas cartas, la arbitrariedad a la hora de publicar ciertos artículos, la elección de los colaboradores y, por encima de todo, la toma del periódico por la facción de un partido político. De ahora en adelante el* República *no pertenecerá a ningún partido, en*

el sentido de expresar los puntos de vista de ese partido. Todos los partidos progresistas recibirán el mismo trato, dependiendo solo de la importancia de los hechos».

La situación permaneció estancada durante largo tiempo y el asunto fue ampliamente debatido por todo el país. El 16 de junio, el COPCON reabrió las puertas a los trabajadores de producción. Cinco días antes, estos trabajadores habían sacado a la luz una explicación de lo que estaba en juego. Su texto es importante e interesante, a pesar de las ilusiones respecto a los sindicatos y los partidos, por sus cuestionamientos de toda la estructura de poder de clase en Portugal, así como de la legitimidad de los partidos políticos:

Manifiesto a las clases trabajadoras de Portugal, a los pobres y a los explotados

«*Los trabajadores del* República *somos un grupo más entre toda la fuerza de la clase trabajadora en Portugal. En la crisis actual sobre la información, estamos reaccionando contra las tendencias reformistas. No obedecemos a ninguna secta, no estamos subordinados a ningún partido, no pertenecemos a ninguna fraternidad. Extendemos nuestra solidaridad a todos los explotados de Portugal y queremos que la información sea una actividad colectiva… Como trabajadores queremos un periódico que ayude a los portugueses a luchar con plena conciencia de sus derechos y su dignidad contra los demagogos y oportunistas que reglamentan la libertad… Los trabajadores del* República *somos conscientes de que vivimos en una sociedad en la que las masas son privadas de conocimiento y educación. Sentimos que la información política debería dar a la gente el poder de la inteligencia… Es hora de repensar completamente nuestra política respecto a*

la información. Queremos crear información en las propias manos de los trabajadores, libre de toda cháchara y de lealtades políticas. Como era inevitable, parte de la burguesía que una vez apoyó a los pobres y los explotados –ya fuera en sus canciones (siempre han tenido un gran sentido poético) o en vistas a formar una futura clientela– ha ido abandonando esa postura. Hoy, tras el 28 de septiembre y el 11 de marzo, adoptan posturas despóticas y doctrinarias. Antifascistas antes del 25 de abril, se vuelven autoritarios tras el 11 de marzo. Buscan apoderarse de la información para inyectar al pueblo su propia ideología. La información debería servir para transformar a las clases explotadas en las clases dominantes. El República *debería ayudar en este proceso. Es más, la información no debería ser permeable a las concepciones espontaneístas y sensacionalistas de la revolución. No es suficiente que los comités de trabajadores aparezcan y desaparezcan después de la lucha. Deben ser organismos estables, unidos por la base. Deben determinar las acciones de los sindicatos y los partidos. Declaramos a todos los trabajadores que luchamos para garantizar el control de la clase obrera sobre la información. Toda nuestra solidaridad con los pobres de Portugal, con todos los que trabajan en las fábricas, en el campo o en alta mar, al servicio de la industria y del transporte. Luchamos por una revolución en el interés de los propios trabajadores y no de media docena de hombres sedientos de poder, siempre dispuestos a traicionar a los verdaderos soldados de la revolución».*

Los comités de trabajadores de varios periódicos, incluyendo *Diário de Noticias* y *O Seculo*, apoyaban a los trabajadores del *República*. También *A Capital* mostró su apoyo en los siguientes términos:

«La información no se puede dejar solo en manos de los periodistas. Todos los trabajadores de la industria deben participar, y debemos protestar contra cualquier maniobra elitista. Ahora, cuando todo el

mundo quiere un diálogo honesto, no podemos tolerar que trabajadores intelectuales privilegiados establezcan líneas divisorias con los trabajadores manuales. Los órganos de comunicación que afirmen ser independientes de los partidos (como A Capital*) y que busquen construir el socialismo, deben estar al servicio de la clase trabajadora. Jamás deben favorecer los feudos de ningún partido que dé al lector ideas negativas acerca de la dictadura sobre la información».*

La cuestión de «la dictadura de la información» se discutió ampliamente en todos los periódicos. En los países capitalistas existe un claro control de clase sobre las noticias, pero ¿no era igual de probable que ciento cincuenta trabajadores constituyeran una dictadura, fuera burguesa o proletaria? Lo que distinguía a los trabajadores del *República* era su rechazo a relacionarse con ningún partido u organización concreta y la voluntad de confiar en sus propios instintos e intereses de clase. Así es como ellos mismos lo veían:

«Permítannos dejarlo claro. Los órganos de toma de decisiones, están bien del lado de los elementos dinámicos del proceso revolucionario –comités de trabajadores, comités de barrio, organizaciones de poder popular–, o ligados a partidos políticos que la mayor parte de las veces no defienden en absoluto los intereses de los trabajadores. La cuestión es quién debe tener el poder político en este país. ¿El MFA está interesado en construir una sociedad socialista o prefiere una democracia burguesa? Solo somos ciento cincuenta trabajadores, pero de alguna forma representamos a nuestra clase, a millones como nosotros. Lo que está en juego es el poder político, y saber en manos de quién está. ¿Debe estar en manos de la burguesía y de aquellos que defienden sus intereses o debe estar en manos de los trabajadores y de aquellos que defienden los intereses de los trabajadores?

Aunque tenía que ver con muchas cuestiones similares, el caso de Radio Renascença fue diferente en ciertos aspectos. La estación de radio había sido propiedad de la Iglesia Católica. Durante el mes de mayo, poco a poco, los trabajadores implicados habían ido tomándola, debido a su desacuerdo con la línea que se estaba imponiendo. Su comunicado del 6 de junio describía lo que estaba en juego:

«La historia completa de nuestras luchas en Radio Renascença sería una recopilación de declaraciones y documentos que un simple comunicado no puede aspirar a ser. Cuando nuestra historia esté escrita, se aclararán muchas posiciones; así como de qué forma están relacionadas con la coyuntura política general del país. El pueblo portugués será capaz entonces de juzgar las medidas contrarrevolucionarias de los patrones, las inmoralidades de todo tipo que se han cometido en nombre de la Iglesia y las numerosas traiciones que han llevado a cabo los lacayos de los capitalistas que se encuentran entre nosotros. En su último delirio, el Comité de Gestión, es decir la Iglesia, distorsionó completamente nuestra lucha y atacó al MFA. De las ciento veintisiete líneas, setenta y tres estaban dirigidas a denunciar al gobierno… Cuando hablan de la violenta ocupación de la estación de radio, se olvidan de explicar que la única violencia se produjo cuando Maximo Marques (miembro del mencionado Comité de Gestión) atacó a uno de nuestros compañeros sin que este respondiera a la provocación… La gerencia afirma que somos una minoría de veinte personas, quizá treinta le parecería mejor. Radio Renascença es una compañía privada que posee una estación de radio, una imprenta, una tienda de discos, dos cines, edificios y bloques de oficinas, etc. En la radio somos unos sesenta trabajadores. La administración nos acusa de estar tratando de silenciar la voz de la Iglesia, impidiendo que llegue a gran parte de la población. Si con esto se refieren a que estamos tratando de silenciar las voces fascistas, entonces están en lo

cierto. Palabras como verdad, justicia y libertad pierden todo significado cuando vienen de la administración de Radio Renascença. Aún recordamos el tiempo en que los curas dirigían la estación y censuraban encíclicas, textos vaticanos, ¡¡e incluso la Biblia!! Proponemos que la administración demuestre su preocupación por la libertad apoyando la liberación actual de Radio Renascença, que ahora está al servicio de los trabajadores y controlada por los trabajadores». Los trabajadores de Radio Renascença, 6 de junio de 1975.

La lucha en la radio recabó un gran apoyo. Las opciones estaban muy claras: del lado del comité de trabajadores o con la Iglesia. Vasco Gonçalves y los demás miembros del Consejo Revolucionario decidieron devolver la estación a la Iglesia. Cien mil trabajadores se opusieron con vehemencia a esa decisión. El 18 de junio tuvo lugar una manifestación en la que los trabajadores de TAP y Lisnave se plantaron delante de las puertas y avisaron de que Radio Renascença solo sería devuelta a la Iglesia «por encima de sus cadáveres». Cuatrocientos contramanifestantes tuvieron que buscar refugio en la casa de sacerdocio local. La determinación de los trabajadores provocó que el Consejo Revolucionario cambiara rápidamente de parecer. No obstante, pronto encontró una salida: decretar la nacionalización de todos los periódicos, estaciones de radio y redes de televisión.

Hemos descrito al detalle, tanto el caso del *República* como el de Radio Renascença, para desafiar toda una mitología. La cuestión en juego era el control. No era una división entre el PCP por un lado y el PS o la Iglesia Católica por el otro. Es cierto que en ambos casos había simpatizantes del PCP entre los trabajadores que ocuparon las instalaciones, pero también había simpatizantes del PS, del PRP o de UDP, etc. La mayoría de los trabajadores involucrados en ambas ocupaciones no eran

absoluto militantes de partido. La distinción era esencialmente entre los que apoyaban la democracia directa y el control de los trabajadores sobre los medios de producción y los que deseaban un socialismo parlamentario de tipo liberal-capitalista.

La crisis de principios de julio de 1975 –con huelgas de CTT, TAP y TLP– provocó una fuerte movilización el día 4, en apoyo a la luchas de *República* y Radio Renascença. Los huelguistas habían establecido vínculos entre ellos y apoyaron también a los trabajadores de los dos medios. Estos, a su vez, harían recíproco ese apoyo. Hubo dos convocatorias por separado, una de Inter-Empresas y otra de los huelguistas. Como decía un comunicado de los trabajadores de Siderurgia, «las manifestaciones eran para demostrar a la burguesía el poder de los trabajadores». Acudieron los obreros de Timex, Sapec y Petroquímica. Algunos incluso acudieron desde las obras de Soda Povoa en Vila Franca de Xira, a cuarenta kilómetros de Lisboa. También los trabajadores de Lisnave y Setenave ofrecieron un apoyo masivo. La principal consigna de la mayor manifestación «apartidista» desde el 7 de febrero fue: «Muerte al capitalismo». Cuarenta mil personas tomaron las calles y los primeros manifestantes marcharon a través de Chiado, el epicentro comercial de la burguesía. Hubo dos factores que desencadenaron esta asistencia masiva: la lucha por la información en *República* y Radio Renascença y las noticias de la fuga de cerca de noventa agentes de la PIDE de una cárcel de máxima seguridad en Alcoentre. Durante todo el día, Renascença emitía: «*Solo la unidad de la clase trabajadora puede ayudar a los obreros a tomar el poder. La lucha en Radio Renascença nos ha enseñado que los trabajadores pueden ganar cuando confían en su propia fuerza, en su capacidad para expresar la solidaridad de clase, una solidaridad que nace de la lucha…*».

El PS reaccionó con dureza contra todo esto. Lo que estaba en juego no era solo el destino del *República*, sino el de la propia democracia burguesa. El 7 de julio, Mário Soares declaró: «*Estamos preparados para convocar manifestaciones y paralizar todo el país con el fin de extender la revolución en libertad. No queremos nuevas formas de alienación. No hay batalla más importante ahora mismo que la batalla por la libertad de prensa*». Añadió que actitudes como las del *República* constituían «un barómetro». Un mural inmenso del PS rezaba: «No al estalinismo, sí a la democracia popular». Pero la crítica del PS provenía de la derecha. El 2 de julio, el PS había pedido el apoyo de los industriales y tres días más tarde reivindicaban el derecho a la propiedad privada.

La situación era muy compleja. Aunque los canales de información estaban controlados por los comités de trabajadores, existía una gran influencia de los partidos. Los comités de trabajadores de dos diarios matutinos –*Diário de Noticias y O Seculo*– eran casi unánimamente partidarios del PCP. Este apoyaba a los trabajadores de la *República*, pero hacía no tanto, en septiembre, habían condenado a los militantes del *Jornal do Comércio*. Tanto *Diário de Noticias* como *O Seculo* eran menos propensos a los titulares y artículos sobre el «socialismo real». Su dependencia de la financiación estatal también hacía que fueran menos críticos de lo que deberían. Por su parte, *A Capital* había publicado desde el principio perspectivas discordantes desde la izquierda y continuó haciéndolo. Aun así, muchos aspectos de la lucha jamás recibieron cobertura. Como decía una editorial de *Combate,* titulada «El estado de la información y la información del Estado»: «*Quien tiene poder sobre la información subordina casi toda la vida diaria y la experiencia local, y la hace dependiente de sí. La información crea lugares comunes, consensos, una mediación que tiende a uniformizar todas nuestras reacciones individuales y provee "alternativas" que nunca cuestionan el orden existente…*».

Más adelante veremos como la decisión de nacionalizar la prensa fue una decisión del gobierno tomada en un momento de crisis extrema. En ese sentido fue una decisión forzada por los trabajadores. Muy conveniente para todos aquellos preocupados por retener la información en manos de gente «responsable». Los únicos perdedores fueron quienes querían que la información fuera controlada por la base. Fue, por tanto, una medida aplaudida por casi todos los partidos de izquierda, desde el PCP hasta los grupos de marxistas cristianos. A un alto coste, incluso el PS salió de rositas. Una lucha legítima de la clase trabajadora había resultado una vez más en una mayor extensión del capitalismo de Estado.

COPCON y el MRPP

Tras las elecciones del 25 de abril, el MFA y el gobierno se habían visto con muchos problemas encima de la mesa. Cada vez se desafiaba más su autoridad. No era solo que grupos de base estuvieran tomando los canales de información, también se comenzaban a elevar propuestas «subversivas» desde sus propias estructuras e instituciones. Es importante tener en cuenta este contexto para entender uno de los episodios más bizarros de la revolución portuguesa: la detención de varios cientos de militantes del MRPP por parte de las fuerzas de COPCON. Este cuerpo era básicamente una creación de Otelo Saraiva de Carvalho, como él mismo nunca se cansaba de recordar. Se había establecido como la sección del MFA para la «intervención armada», en un intento de recuperar parte del poder que originalmente se había depositado en Spínola después del 25 de abril. Los acontecimientos del 28 de septiembre en muchos

aspectos fueron el resultado de una lucha de poder entre esta sección del MFA y los spinolistas.

El papel de COPCON adquirió más relevancia a medida que la crisis política del verano de 1975 se agudizaba. Debido a la «neutralización» de la GNR-2, se convirtió en la principal fuerza policial operativa del país. Sin embargo, es importante recordar que tanto COPCON como el MFA eran tendencias minoritarias en el conjunto de las Fuerzas Armadas y, por ende, caminaban sobre la cuerda floja. Esto iba a demostrar ser particularmente cierto en el caso de los primeros. Si quería seguir existiendo, necesitaba el apoyo de las masas. A pesar de ser parte de las Fuerzas Armadas, y estas un pilar de la sociedad capitalista, los trabajadores sentían que podían ejercer una influencia considerable entre los rangos inferiores de ambas organizaciones. En muchas ocasiones, el COPCON se vio obligado a dar su apoyo a ocupaciones de tierras y casas.

A pesar de haber ayudado a liquidar unos cuantos conflictos –por ejemplo, la huelga de TAP y el conflicto del *Jornal do Comércio,* en agosto de 1974, y la huelga de los funcionarios de Santarem en octubre del mismo año (a estos últimos, al ser empleados públicos, oficialmente no se les permitía ir a la huelga)– había logrado cierta popularidad entre muchos sectores de la clase trabajadora. Sin embargo, COPCON siempre trató de cultivar una imagen popular. Los trabajadores a menudo la buscaban para las cosas más inesperadas. En diciembre de 1974, por ejemplo, una de mis vecinas –una mujer cuya lengua podía ser como un látigo si alguien tenía la mala fortuna de verse enfrentado con ella– acudió una mañana al mercado de pescado. Los periódicos habían publicado una lista de precios, pero el vendedor no le hizo el menor caso. Ella llamó al COP-

CON. En efecto, noventa minutos más tarde, dos soldados y un sargento se presentaron en un *jeep* y obligaron al pescadero a atenerse a los precios publicados.

Durante los primeros meses de 1975 se les llamaba para prácticamente cualquier cosa –entre las más comunes estaban las disputas matrimoniales. A las tres de la madrugada un ama de casa maltratada podía llamar pidiendo ayuda y agentes del COPCON aparecerían diligentemente en escena. Hubo una ocasión, en Ajuda, en que se les llamó para que rescataran un gatito atrapado.

Sin embargo, durante el verano empezaron a perder parte del crédito que se habían ganado con anterioridad. Fue el período «gonçalvista» del MFA y a la gente no le gustaba. En Difundo, por ejemplo, una familia había ocupado una casa de seis habitaciones, pero no lo habían hecho a través del comité de barrio, así que este les exigió que se marcharan. La familia dio largas. COPCON acudió a la una de la madrugada, echó la puerta abajo y ordenó a todo el mundo que saliera. Aunque la mayoría de los trabajadores de la zona al principio habían criticado la ocupación, ahora empezaban a ponerse de parte de la familia. Hubo cientos de casos similares. Los obreros comenzaban a preguntarse si quizá no estaban tan desencaminados los comunicados del MRPP en los que se afirmaba que COPCON estaba actuando como una nueva PIDE.

El MRPP, por supuesto, atacaba sistemáticamente al COPCON –uno sospecha que, en gran medida, porque no podía manipularlo. A veces daban en el clavo, pero otras críticas eran más bien dudosas. Lo acusaban, al igual que al MFA, de estar controlado por el PCP.

En un momento dado, el MRPP empezó a arrestar a ciertos soldados y a doscientos treinta y siete civiles a los que acusaba de fascistas. Los retenían un tiempo, les daban una paliza y se los entregaban a RAL-1 –burlándose de la «izquierda» del MFA y exhortándola a que tomase partido. La noche del 28 de mayo, COPCON no pudo soportarlo más. Valiéndose de los viejos archivos de la PIDE, arrestaron a cuatrocientos militantes del área de Lisboa. También llevaron a cabo redadas en las viejas direcciones conocidas por la policía fascista, aunque estas habían sido abandonadas hacía tiempo. Tras la operación intentaron explicar lo sucedido de la siguiente manera:

«Desde el 25 de abril, el denominado MRPP, en su mayoría jóvenes estudiantes, se ha manifestado contra las autoridades revolucionarias constituidas. Son más como una secta religiosa, y apenas tienen implantación entre los trabajadores. Están completamente aislados de los otros partidos nacionales y son utilizados por los contrarrevolucionarios… COPCON acusa al MRPP del secuestro del excarabinero Coelho da Silva, el 15 de mayo, y de la paliza que este sufrió a manos de sus militantes. También de la paliza que recibieron el 18 de mayo otras tres personas. El mismo día secuestraron y golpearon en Coimbra a Maximo dos Santos».

Los miembros del MRPP arrestados fueron liberados unas semanas más tarde, aunque el equipamiento confiscado no se les devolvió hasta agosto de ese año. No cabe la menor duda de que el MRPP también ejercía el terrorismo entre sus propios militantes –sobre todo con aquellos que querían dejar la organización. Entre la opción de apoyar al COPCON o defender al MRPP, mucha gente eligió la primera. Y esto fue un hecho, nos guste o no. Mencionarlo no es una forma de alabar al COPCON, sino de reflejar cuál era el régimen en el MRPP.

Las detenciones tuvieron un gran efecto entre los miembros del partido. Estaban convencidos de que la «persecución» había sido instigada por los «socialfascistas del PCP». Recurrieron sin escrúpulos a las alianzas más inmorales, trabajando no solo con el PS, sino con grupos de derechas. Incluso aplaudieron el incendio de las oficinas del PCP[10] como muestra de la «venganza popular contra los socialfascistas». Inevitablemente, el MRPP empezó a ser utilizado abiertamente por las tendencias contrarrevolucionarias, incapaces por sí mismas de implantarse entre los trabajadores. Las detenciones habían reforzado tanto la paranoia del MRPP como su elitismo. Afirmaban que eran perseguidos por ser «la verdadera vanguardia». Una introducción a la edición portuguesa del libro de C. Reeves, *Le Tigre de Papier,* describe claramente el «daño psicológico irreparable que se les hizo [a los maoístas portugueses] durante la clandestinidad». Acontecimientos como los del 28 de mayo hicieron muy poco por curar ese daño.

La crítica que se podría hacer al COPCON es completamente diferente. Su misma existencia como tendencia de «izquierdas» dentro el MFA reforzó toda la mitología alrededor de este. Si COPCON estaba ahí para ayudarles, ¿por qué iban los trabajadores a pensar siquiera en una organización militar independiente que tuviera una lógica de clase? En este sentido COPCON fue un obstáculo para el desarrollo de grupos armados propios que se encargaran de la defensa de los trabajadores, grupos que podían haber formado el núcleo de una milicia de trabajadores. Y ellos eran plenamente conscientes de esta contradicción. En el documento sobre poder popular que se había presentado a la asamblea general del MFA en junio, se hablaba

10. Ver capítulo siguiente.

de «la entrega eventual de armas a la clase trabajadora». Aunque dicha entrega siempre se dejara para el día siguiente, la retórica fascinaba a todos los grupos de izquierdas. Casi todos apoyaban al COPCON, y no precisamente de forma muy crítica. Sus ilusiones iban a hacerse añicos el 26 de noviembre de 1975 cuando, siguiendo órdenes desde arriba, el cuerpo fue disuelto –sin una sola palabra de protesta por parte de sus mandos.



XI. El gran partido que no era un partido

En la Asamblea General celebrada entre el 7 y el 9 de julio de 1975, el MFA institucionalizó el «pacto» con el pueblo. Respaldaba el «poder popular» como un medio de defensa frente a los ataques de la derecha y como solución para los problemas económicos. Dicho pacto entretejía un complicado sistema de relaciones entre el MFA, el gobierno y las organizaciones de base. Defendía la cesión de poder a los comités de trabajadores, los comités de barrio, los consejos de pueblo, las cooperativas, colectivos… y a la Liga de pequeños y medianos granjeros. Llamaba a las asambleas locales a federarse en asambleas municipales, y a estas a hacerlo en lo que sería conocido como la Asamblea Popular Nacional, sustituta del gobierno. Aparecía en escena el anarquismo militar. «Estas normas no son rígidas», concluía el MFA. «Su aplicación debería depender de las situaciones locales y las dinámicas del proceso revolucionario».

La decisión de institucionalizar el poder popular fue aplaudida por todos los partidos políticos. Solo el CDS, el PPD y el PS se opusieron a ella. El 11 de julio, el PS decide abandonar la coalición debido al asunto del *República*. «¿Qué hace el PS

en un gobierno que no gobierna?», preguntó Mário Soares. «Lo que determinará qué debe ser el gobierno no es que nosotros nos vayamos o no. Estamos en el gobierno para gobernar. Dado que este no lo hace, y no puede hacerlo, no hay ningún motivo para permanecer en él». No obstante, decidieron mantener los puestos que tenían en la Asamblea Constituyente. Acusaban al PCP de ser «la cabeza manipuladora de la crisis de autoridad» y exigían el fin de lo que describían como una «dictadura comunista».

El 16 de julio, tal como se preveía, el PPD siguió a los socialistas en su salida del Cuarto Gobierno. Solo quedaron en la coalición el PCP y su «frente», el MDP, junto con algunos independientes. Básicamente, el PS respaldaba las mismas condiciones que había puesto el PPD para permanecer en el gobierno, pero, siempre pendientes de su imagen, nunca tuvieron el coraje para decirlo abiertamente. Ambos partidos deseaban la continuidad de las viejas leyes de prensa, que depositaban la autoridad en el personal editorial. Además, otras demandas del PPD habían sido:

1) Participación de todos los partidos en la radio y la televisión.
2) Un periódico en el norte y en el sur para cada uno de los partidos de la coalición.
3) Publicidad para la postura del PPD respecto al documento guía del MFA.
4) Desalojo de los invasores de todas las casas ocupadas ilegalmente.
5) La no intervención de los militares en todos los asuntos que no fueran de su competencia.
6) Revocación de todos los consejos no debidamente elegidos.

7) Establecimiento de una fecha para las elecciones locales.
8) La definición de límites entre los sectores público y privado.
9) Garantías para los pequeños y medianos propietarios.
10) Ayuda inmediata a las industrias textil, zapatera y de la construcción.

Obviamente, la mayoría de estas condiciones fueron rechazadas. La única concesión que se hizo fue declarar ilegal la ocupación de las casas de los inmigrantes. El PPD y el PS pasaron a la oposición, que, como afirmaba un comunicado del PRP-BR, era el lugar donde debían estar.

El derrumbe de la coalición tuvo repercusiones tanto internas como externas. Los partidos de la Segunda Internacional –sobre todo los socialistas de España, Italia y Francia– culparon al PCP. Por su parte, Francia vetó toda la ayuda del FEC al país. Dentro de las fronteras se intensificaron la lucha de clases y los feudos partidistas. El obispo de Braga, en el norte, convocó una manifestación a la que acudieron diez mil católicos. Por todo el país fueron atacadas sedes del PCP y de grupos de izquierda. Los cuatrocientos maoístas fueron liberados sin condiciones y Arnaldo Matos, líder del MRPP, alardeó de que el gobierno «necesitaba que el MRPP derrotara a la reacción». El 15 de julio, veinte mil personas marcharon en una manifestación pidiendo la dimisión de Vasco Gonçalves. La cúpula del PS, sorprendida por la reacción derechista que estaba provocando su partido, trataba de calmar a las muchedumbres que gritaban: «El pueblo no está con el MFA» o «Otelo a Mozambique; no es portugués». Soares tuvo que reafirmar la «alianza» con el MFA y rebajar el tono de sus críticas. «No debemos y no podemos olvidar que sin el MFA no habría habido 25 de abril». Asegurando que los socialistas no

eran una nueva «mayoría silenciosa», pidió que se respetara la voluntad que el pueblo había «expresado en las elecciones».

El 16 de julio, tres tanques y soldados armados se unieron a una manifestación convocada por Intercomisiones –la federación de comités de los poblados chabolistas. Era la primera vez que tropas uniformadas marchaban en una manifestación popular. Cuando se encontraron con los tanques de RAL-1 y RIOQ, la multitud coreó: «Obreros del campo y la ciudad, soldados y marineros, juntos venceremos». Las tropas respondieron por megafonía: «Los soldados de RAL-1 hemos venido a apoyar vuestra lucha». El aplauso fue ensordecedor. Los manifestantes continuaron la marcha por las calles de Lisboa encaramados en los «chaimites», los carros de combate.

«Debemos trascender las falsas divisiones que los contrarevolucionarios, los parlamentarios, los "doctores" y sus partidos han creado entre nosotros», proclamaba uno de los líderes de Inter dirigiéndose a la multitud. «Debemos unirnos a los verdaderos revolucionarios dejando todos los sectarismos estériles atrás. Los comités de trabajadores son los órganos que deben avanzar en la lucha revolucionaria. Debemos poner fin a este gobierno partidario de la colaboración entre clases, a este gobierno que es incapaz de lidiar con nuestros problemas. Dentro de ese gobierno se encuentran quienes conspiran, quienes dudan, quienes no quieren la revolución. La Asamblea Constituyente de la burguesía debe ser abolida, puesto que es ahí donde los fascistas de CDS, los derechistas de PPD y los falsos socialistas se dan la mano para detener el proceso revolucionario. Nuestra unidad los arrojará al basurero de la historia».

Muchos grupos izquierdistas condenaron la manifestación que el PS convocó en Lisboa para el fin de semana del 18 de

julio. Los rumores se extendieron como la pólvora. Por todo el país se levantaron barricadas para detener la marcha. Soldados armados custodiaban las carreteras principales y todas las entradas a la capital fueron bloqueadas. En el puente 25 de Abril, los bañistas que volvían de la playa mostraban su indignación con pitidos de claxon mientras esperaban en fila a que jóvenes militantes registraran sus coches. La marcha nunca tuvo lugar y el PS pasó a la semiclandestinidad. El 28 de julio de 1975, Mário Soares dio un discurso que, si hubiera sido pronunciado por alguien menos claramente comprometido, habría sido realmente muy revelador.

La lucha autónoma de los trabajadores

El apoyo del MFA a las nuevas instituciones de poder popular, junto con la victoria momentánea de la clase trabajadora en Radio Renascença y el *República,* dio un gran impulso a las luchas. En Setúbal, se produjo una purga de una institución dirigida por la Iglesia Católica. Se trataba de una residencia de la tercera edad en la que los internos, ayudados por otros trabajadores, expulsaron a seis monjas franciscanas acusándolas de «prácticas inhumanas». A pesar de estar pagando mil escudos mensuales, los ancianos estaban muy mal alimentados y apenas tenían ropa. La población local, horrorizada por lo que se encontró, se puso de inmediato a adecentar el lugar. Llegados a este punto, el sentimiento en contra de la manipulación era tan fuerte que cada partido u organización trataba de minimizar su papel. No obstante, eso solo sirvió para que enmascararan todavía mejor sus intenciones. Se contaba la historia de cómo, cuando se juntaron las dos grandes manifestaciones «indepen-

dientes» del 4 de julio[11], muchos trabajadores se preguntaron por qué no era una marcha unitaria. Los «líderes» camuflados de cada una hicieron su aparición para discutir si unir fuerzas o no. Los manifestantes permanecieron pasivos, manipulados y deprimidos. ¿No se habían convertido en una manifestación autónoma de clase? ¿Entonces por qué no unirse?

De hecho, ¿por qué no? La respuesta se encuentra en la explosiva proliferación de grupos mesiánicos de vanguardia tras el 25 de abril. Esta proliferación se debió a dos factores. Frente a la posibilidad de cambiar las cosas de forma radical a través de los canales oficiales, los revolucionarios encontraron en el bolchevismo una opción más sencilla que la autoorganización. Pero esto solo refleja lo profundo que había penetrado la ideología burguesa, que veía «natural» la división de la sociedad en dirigentes y dirigidos. Esta actitud había permeado tanto en la propia izquierda, que asumía la forma de pensamiento leninista según la cual los trabajadores «solo podrían desarrollar una conciencia sindicalista». Todos querían ser los líderes. Los grupos más sofisticados, sintiendo el rechazo popular frente a la manipulación, trataban de minimizar su propia presencia y buscaban relacionarse de forma más directa con las organizaciones obreras, intentando dominarlas desde dentro.

Sin embargo, tal y como muestra el siguiente episodio, no siempre fue así. Había un grupo de maoístas manifestándose en Oporto al grito de «¡Viva a Grito do Povo!» (¡Viva el *Grito del Pueblo*!, nombre de su periódico), cuando un grupo de trabajadores se unió, sin oír bien la consigna, y –sin duda haciendo oír sus esperanzas para el futuro– comenzó a gritar «¡Viva a Rico Povo!» (¡Viva el pueblo rico!). Cuando los militantes del partido

11. Ver en este capítulo, página 278.

les explicaron que esa consigna «era incorrecta», los trabajadores contestaron: «¿Y qué importa? ¡Lo importante es gritar!». No obstante, también podían haber añadido: «De todas formas, ¿cuál es más real?».

El verdadero movimiento se desarrolló considerablemente durante el verano de 1975. En Marinha Grande setecientos trabajadores ocuparon la fábrica de vidrio Manuel Pereira Rodao, purgaron la administración y comenzaron a hacer funcionar la compañía por su cuenta. El ministro de Trabajo pagó algunos salarios atrasados y otorgó una ayuda de alrededor de tres millones de escudos. Los trabajadores rechazaron cualquier control partidista de la fábrica. En la planta de yogures Bom Dia diecinueve trabajadores ocuparon las instalaciones y establecieron un sistema de autogestión. No recibieron ninguna ayuda del gobierno. La empresa Turiaga, que tenía intereses tanto turísticos como agrícolas, también decidió hacer una purga de la administración. Tampoco esta vez el gobierno dio ninguna ayuda. El 26 de junio, ciento cincuenta trabajadores acudieron a Lisboa e iniciaron una huelga de hambre a las puertas de la residencia del primer ministro, en Sao Bento, «para demostrar cómo estaba el país».

En mayo de 1975, en Unhais da Serra, los mil cien trabajadores textiles de Penteada y las empresas vecinas, propiedad de Garrett Brothers, decidieron establecer un comité de trabajadores y tomar la dirección. Después de pedir ayuda al gobierno, los Garrett –uno de los cuales había sido diputado de la ANP– se reunieron con el comité de trabajadores y el ministro de Trabajo, quien pidió que se llegara a un acuerdo. Los trabajadores fueron a la huelga y rompieron las negociaciones. Una granja de unas trescientas hectáreas, propiedad de los mismos hermanos, también fue tomada por los trabajadores, que pusieron en marcha

una especie de «precooperativa». COPCON envió once soldados a defender la ocupación. Los Garrett aseguraron a los trabajadores de la fábrica textil que debido a la ocupación de la granja, no podían pagar los sueldos atrasados. Esto produjo una división entre los trabajadores de la fábrica y de la granja –en la que tuvieron parte de responsabilidad los militantes de FEC-ml que apoyaron a estos últimos. El comité de trabajadores de la granja, junto con los once soldados, decidió llevar a cabo una marcha contra los patrones. Después de una reunión entre los dos comités se llegó a una solución mediante la cual los trabajadores de la fábrica pagarían los salarios de los trabajadores de la granja mientras estos no obtuvieran ayuda financiera del IRA. Toda la población apoyaba ambas ocupaciones. Igualmente, se cerró la casa de los jefes hasta que el IRA no elaborara un inventario. Varios trabajadores ocuparon la casa del capataz. Entre las cosas que encontraron había varios *thrillers* baratos y manuales sobre cómo ser un súperhombre. Los Garret se largaron a España.

Cerca de Avo, la fábrica de Manuel Dinis Dias, que empleaba a cuarenta personas, también pasó a ser autogestionada. En Oporto, hicieron lo propio los sesenta trabajadores de la marca de ropa sintética Manuel Esperança Vieira. Igual que la fábrica de galletas de Guetara de Pombal –con un 90% de capital mexicano y cincuenta y cinco trabajadores. La Clana Mining Co., en Loule, en la que trabajaban cien mineros, recibió medio millón de escudos del gobierno cuando pasó a régimen de autogestión. En Setúbal, los trabajadores de la fábrica de Sapec –fertilizantes y otros productos agrícolas– secuestraron a dos de los administradores y los mantuvieron cautivos para «mostrar al gobierno lo mala que era la situación». La empresa quería trasladarse a Bruselas.

En Évora, los cuarenta y siete trabajadores del concurrido café de Arcada lo ocuparon tras no cobrar sus salarios. Empezaron a llevar el sitio por su cuenta y, eventualmente, recibieron un préstamo del gobierno de ciento setenta y cinco mil escudos. El 11 de junio, el personal del Hotel Baheira, en Sagres, ocupó el establecimiento y empezó a gestionarlo por sí mismo.

Estas son solo algunas de los cientos de luchas que se desarrollaban por todo el país. A principios de agosto de 1975 se estimaba que había cerca de trescientas ochenta fábricas que habían pasado a ser autogestionadas. Merece la pena coger un ejemplo concreto y analizar algunos de los problemas prácticos con los que se encontraron.

La empresa Fabril de Malhas era una fábrica textil, en Coimbra, de treinta y dos trabajadores. Uno de ellos explicó lo ocurrido de la siguiente manera:

«En los tiempos del 25 de abril funcionábamos con una semana de cuatro días. En mayo [de 1974] se decretó un salario mínimo [de tres mil trescientos escudos]. El patrón decidió cerrar la fábrica, pero los obreros no lo aceptaron. Se ocupó la planta y formamos piquetes. En julio decidimos vender el stock *existente para pagar los sueldos. La mujer del patrón, Maria Clara, decidió unir su suerte a la nuestra. Tras el 11 de marzo, las mujeres organizaron piquetes nocturnos ante el temor de que ocurriera algo. Maria nos ayudó abriendo el armario de los archivos y la caja fuerte. La mayoría de los trabajadores pensaba que el patrón –Aires de Acevedo– debería ser encerrado. El MFA le arrestó el 15 de mayo de 1975».*

Los sindicatos textiles e Intersindical ofrecieron su apoyo, pero los trabajadores pensaban que Intersindical era una camarilla y su comité de trabajadores estaba mucho más cerca de ellos

que el sindicato. La propia empresa estaba pasando por todo tipo de problemas financieros. Toda la industria textil portuguesa estaba en crisis porque en los países asiáticos podían producir de forma mucho más barata.

El comité de trabajadores había sido elegido por las diferentes secciones dentro de la fábrica. Primero estaba compuesto por diez miembros, luego por cinco. Se estableció un «comité de gestión» que incluía a Maria, la antigua socia de la empresa. El comité debía presentar informes semanales a un plenario de todos los trabajadores. Se discutió la idea de dividir la empresa en acciones, pero se rechazó porque los trabajadores «no querían convertirse en pequeños jefes». Había negociaciones en marcha con el ministro de Trabajo para conseguir un préstamo de ciento ochenta mil escudos que crearía otros diez empleos, incluida la contratación de un guardia que se encargara de la labor de los piquetes. «Recibimos promesas, pero no dinero». La socia había sido desautorizada en muchas cuestiones relativas a la gestión de la fábrica, incluyendo su idea de que todos los trabajadores fueran socios y se repartieran los beneficios. Los trabajadores creían que su situación no era de «participación obrera» sino de «gestión obrera». Por supuesto, también eran conscientes de todas las limitaciones de intentar algo así en una sociedad capitalista. No tenían ni idea de cómo resolver la contradicción, excepto mediante «la unión y la lucha conjunta de todos los trabajadores revolucionarios». Pero eso habría significado derrocar el sistema.

Este patrón fue bastante típico en fábricas de tamaño similar –aunque lo de la antigua socia uniéndose a los trabajadores fue excepcional. Los obreros eran plenamente conscientes de vivir en una sociedad capitalista, de tener que obedecer todas las leyes de una economía de mercado que se les imponía; y aun así, tenían que rechazar constantemente a las organizaciones «elitis-

tas» que querían meterse dentro, que buscaban dirigir su lucha o que les decían que estaban explotados y que debían abolir en sistema salarial.

Hubo muchos casos de delegados expulsados por los trabajadores –o incluso casos en los que el comité de trabajadores fue revocado durante una asamblea general. En Provomi, una fábrica de pienso para ganado cerca de Alverca, todo el comité fue expulsado por haber intentado ocultar información y subirse los sueldos. No obstante, debido a la crisis y la situación política general, era muy difícil para los comités de fábricas pequeñas establecerse como los «nuevos gerentes», o distanciarse demasiado de los trabajadores que los habían elegido.

Inter-Empresas y los sindicatos

En enero de 1975, casi todos los grupos de izquierdas habían apoyado la lucha por la *unicidade* –la estructura sindical monolítica. Pronto, incluso para ellos lo obvio se hizo evidente: esa *unicidade* significaba el dominio de Intersindical y el PCP. Entre tanto, el reformismo de Intersindical y sus descarados ataques a ciertas luchas de la clase trabajadora –Timex, CTT, Mabar, TAP, *Jornal do Comércio*, Carris, etc.– hizo que los trabajadores siguieran manteniendo sus comités.

La manifestación del 7 de febrero de 1975 en contra del aumento del paro y de la posible amenaza de la OTAN fue la culminación de varias reuniones entre distintos comités de trabajadores. Después de esa manifestación, Inter-Empresas, que había sido el convocante, se debilitó. Y por buenos motivos. Para todo partido de vanguardia que se preciara era el lugar obvio

donde había que estar –o meterse. Todo grupo leninista a la vista, y alguno invisible, se dirigió a Inter-Empresas ofreciendo oro, incienso y mirra. No se trataba de ninguna unión de nadie, y no tenía nada que ver con el sindicalismo. En este país loco por el fútbol, una ocurrente pintada resumía perfectamente la situación: Inter: 2 – Sindical: 0.

Al principio, algunos delegados de Intersindical, que también habían sido elegidos para sus respectivos comités, intentaron formar un bloque dentro de Inter-Empresas. A través de ellos, el PCP trató de forzar su «batalla por la producción». El resultado fue que muchos comités de trabajadores dejaron de mandar delegados a las asambleas generales. Esto facilitó la manipulación del esqueleto de la organización por parte de los delegados del PCP y otros leninistas –PRP-BR, MES, MRPP, FEC-ml– y contribuyó aún más a que se marchitara. Los comités eran órganos representativos mucho más genuinos de los trabajadores.

Existían de forma paralela a los sindicatos, que, como ya se ha dicho, fueron tan numerosos como inefectivos, a pesar de contar con algunas personalidades y ciertos líderes dinámicos. En TLP, la compañía telefónica, solo dos miembros del comité –compuesto por catorce– eran delegados sindicales. Se trataba de algo típico en muchas empresas. Existían treinta y dos sindicatos diferentes en TLP sin ningún tipo de unidad real.

A pesar de su naturaleza democrática, muchos comités de trabajadores aún podían ser manipulados por cualquiera que intentara «capturarlos» y utilizarlos como base política para «luchar» dentro de Inter-Empresas. En Efacec-Inel, los maoístas lo intentaron con todas sus fuerzas. Haciéndose elegir para el *Jornal da Greve*[12], se aseguraron una firme implantación en

12. Órgano de los comités de Efacec-Inel. (N. del T.)

la industria. Su posición fue anunciada de forma muy explícita en el número 55 del periódico, publicado el 6 de julio de 1975: «*El hecho de que no exista en Portugal un verdadero partido marxista-leninista no debería impedir la acción de los verdaderos comunistas y revolucionarios en los sindicatos. Abandonar los sindicatos a los reformistas es una postura completamente anarquista…*». Los maoístas defendían la perspectiva de controlar los sindicatos. Querían su propia versión, más «radical», de Intersindical. Para lograrlo necesitaban un trampolín, y si no hubiera uno inmediatamente a mano, habrían creado uno capturando algunos comités para utilizarlos como instrumento en su lucha por el poder. Mientras el PCP usaba el lenguaje más populista que se pueda imaginar, MRPP se decantaba por consignas más obreristas. Aun así, al final, ambas perspectivas eran muy similares.

Pero MRPP no era la única organización que trataba de capturar o manipular Inter-Empresas. Todas lo hacían. En Siderurgia, la gran fundición de hierro justo a las afueras de Lisboa, trabajaban cuatro mil doscientos obreros. Durante junio y julio de 1975, UDP consiguió meter un pie. A partir de ahí, la ideología de UDP empezó a estar asociada al comité de Siderurgia en Inter-Empresas.

El 4 de junio, los delegados de Efacec propusieron en la asamblea general la formación de una «nueva Inter-Empresas». Lo que algunos maoístas no podían hacer a través de la toma del Secretariado lo intentarían a través de la creación de una nueva organización con el mismo nombre. Una delegada de Melka, empresa textil, analizó la participación de Inter-Empresas en la manifestación convocada por los grupos marxistas-leninistas para el 1 de mayo. Criticaba al Secretariado por no haber publicitado el punto de la manifestación en la asamblea, y por no

haber elegido delegados. También hubo críticas al Secretariado por no haber contactado a los organizadores de la manifestación para insistir en las consignas que se habían decidido en Inter-Empresas: «Ni un despido más, todos reincorporados» y «¡Cuarenta horas semanales, sí!, ¡cuarenta y cinco, no!». Habían sido sustituidas por: «Contra el desempleo: Cuarenta horas semanales», lo que provocó bastantes roces.

Las críticas llevaron a la demanda de que se reorganizara el Secretariado. Las divergencias aparecieron a la hora de decidir cómo debían ser representados algunos grupos de la clase trabajadora. Los delegados de Efacec, que habían jugado un papel importante durante su corta historia, no habían logrado imponer sus perspectivas sobre los demás delegados. Llegados a este punto, un delegado de CDDT –Comité por la Defensa de los Derechos de los Trabajadores, uno de los comités establecidos en Efacec después de la huelga– anunció que algunos trabajadores estaban reuniéndose para revisar su postura respecto a Inter-Empresas.

«Así que, compañeros, lo que está ocurriendo –y tenemos pruebas de ello– es que los delegados de Efacec-Inel están tratando deliberadamente de crear una división en nuestras filas, dado que están pensando en organizar otra "Inter-Empresas"».

«Estos delegados de Efacec llevarán su "lucha" hasta el final: la creación de otra Inter-Empresas. Están intentando dividir a los trabajadores contactando e invitando a otros compañeros y comités. Aparte de asumir el nombre de Inter-Empresas, afirman que esta está acabada. Aseguran que la nueva será fruto de la antigua, pero al mismo tiempo difaman a militantes de la clase obrera… Todo esto demuestra hasta qué punto han llegado aquellos que dicen ser amigos de los trabajadores, pero que en realidad hacen todo lo posible por

dividirlos. Dado que aún no ha ocurrido nada, solo podemos preguntarnos por qué, y en interés de quién, están intentando dividir la organización a la que ellos mismos pertenecen, y que lucha desde la necesidad y los sentimientos de clase».

Puede que el nombre del compañero o compañera de Sotenica –empresa lisboeta de electrónica– que informó de esta reunión no se sepa nunca. Sin duda, se hacía ilusiones sobre los «sindicatos revolucionarios», pero la descripción de la reunión puso el dedo en la llaga. Inter-Empresas estaba siendo manipulada por grupos de comités que tenían una orientación partidista similar. Las facciones de izquierda estaban haciendo todo lo posible para sofocar su autonomía.

El patrón se repitió infinidad de veces. Los delegados de comités se presentarían en las reuniones de Inter-Empresas haciendo declaraciones de partido. He aquí una con un origen ligeramente distinto:

«La clase trabajadora no puede esconderse de la política. Justo al revés que los fascistas, los comités defienden que la política debe entrar en la fábrica por la puerta grande. Saben que solo pueden tomar el poder si son conscientes. Saben cuáles son sus intereses. Esto no es defender un partido político, que es algo que no deberían hacer. Los comités son órganos que actúan de forma autónoma contra la burguesía y el capital. Al contrario que los sindicatos, no están condicionados por la ley. Deberían por tanto estar en contra de los sindicatos, o al menos intentar superarlos, e incluso establecerse como organizaciones paralelas. Ambas son organizaciones de la clase obrera cuando permanecen bajo control de la clase obrera, aunque tengan distintos objetivos».

Y luego el remate, revelando la autoría leninista:

«Los comités no deberían hacerse ilusiones sobre que la clase trabajadora pueda tomar el poder sin un Partido. Pero el Partido no puede reemplazar a todos los órganos de la clase. Los comités tienen una estructura que es genuinamente propia, democráticamente elegida y revocable. Pueden valorar las líneas políticas de lucha y analizar las diferentes maneras de responder a los problemas prácticos. Y pueden hacer esto como el verdadero Partido de la clase obrera».

Los «consejos obreros revolucionarios»

En abril de 1975, tanto PRP-BR como LUAR habían alertado al pueblo de que no se sorprendiera si se producía un resultado liberal en las elecciones capitalistas. Durante toda la campaña, el PRP había estado hablando de «Consejos Obreros». El 19 de abril, seis días antes de los comicios, organizaron una gran asamblea en Lisboa con militantes de Inter-Empresas y algunos comités de trabajadores. Se juntaron delegados de Lisnave, TAP, Setenave –y otros de la industria textil y la construcción– para debatir el establecimiento de un nuevo tipo de organización. También acudieron, de uniforme, representantes de los comités de soldados y marinos. Por supuesto, estaban igualmente presentes, y con fuerza, miembros de PRP-BR. Se acordó un programa. La reunión lanzó los Consejos Revolucionarios de Trabajadores, Soldados y Marineros (CRTSM).

En Marinha Grande, los obreros habían organizado un consejo. El PRP decidió que, dadas las asociaciones históricas del lugar y de la propia idea, esa iba a ser la forma de organización más apropiada para los trabajadores en general. Estaban cauti-

vados por la palabra «consejo», a pesar de que los trabajadores de las minas de Panasqueira, por ejemplo, ya habían establecido su «centro revolucionario», y que, por todas partes, los trabajadores habían instaurado sus comités sin necesidad de indicación alguna. Lo que el PRP estaba defendiendo era un tipo de institución concreta. La realidad del presente tenía que acoplarse a los moldes del pasado.

La estructura de consejo que se propuso fue descrita al detalle. Los consejos locales de empresas, barrios y cuarteles elegirían representantes a consejos de área. Estos elegirían consejos regionales y estos, a su vez, un «consejo nacional revolucionario» –que sería la encarnación del poder de la clase obrera. Las funciones que se definieron para los consejos fueron: clarificación política de los trabajadores, control de los aspectos económicos y financieros de las distintas empresas, *saneamento* y la entrega de armas a la clase trabajadora.

Se evadieron las cuestiones fundamentales respecto al lugar real de la toma de decisiones en esta estructura de cuatro capas. ¿Eran los consejos el embrión de una nueva forma de organización social? ¿Debían encarnar una fusión entre el poder político y el económico o habría también instituciones políticas paralelas? Parece que apenas se dedicó demasiado tiempo a pensar cuestiones más complejas como el peso específico y la naturaleza de la representación de los trabajadores agrícolas, o de las mujeres, o de los jóvenes, o de los consumidores. ¿Cada cuánto debían informar los «delegados revocables»? ¿Seguirían trabajando durante el ejercicio del cargo? ¿Cómo rotarían las funciones para asegurar que no se creaban burocracias basadas en el monopolio de la información? Estas cuestiones seguramente eran cruciales para asegurar un poder genuino de la clase obrera

y no un poder meramente formal. Mientras los anteproyectos seguían siendo prematuros, era alarmante ver con cuánto detalle se habían pensado las formas organizativas, y compararlas con la falta total de imaginación, o incluso de conciencia, del contenido realmente importante.

La confusión política que subyacía al pensamiento del PRP sobre los consejos era enorme. Nunca entendieron realmente la naturaleza del capitalismo de Estado y las acciones que lo llevarían a cabo. Se invitó a enviar delegados al Secretariado Provisional –que estaba a favor de los consejos– a todos los «partidos de la clase trabajadora» a la izquierda del PS, incluido este. Iban a traer a las masas. Pero era ingenuo y peligroso en extremo esperar la cooperación de Soares y Cunhal en un movimiento de consejos que pretendía destruir la base misma de su poder. La participación de estalinistas y socialdemócratas no habría sido «neutral». Habría sido profundamente contrarrevolucionaria. EL PS y el PCP habrían sido agentes conscientes de la centralización de la economía en una dirección de capitalismo de Estado. Todo el peso de sus respectivos aparatos de partido se habría utilizado para destruir las organizaciones autónomas de la clase obrera. Los consejos pronto se habrían convertido en instrumentos típicos de la recuperación capitalista.

Otra zona de ambigüedad era la relación de los consejos con un MFA compuesto por «oficiales progresistas», «derechistas» y «todavía indecisos». El MFA nunca fue analizado explícitamente en términos de clase. Documentos de los consejos revolucionarios incluso alardeaban del «apoyo» a su movimiento entre los altos oficiales

La idea de los consejos ganó publicidad cuando Otelo y COPCON se sumaron a ella. *«No veo ningún peligro en estos con-*

gresos o consejos», dijo Otelo en una entrevista en la televisión. *«Los considero similares a los soviets rusos en 1917… Los anarco-sindicalistas son muy divertidos cuando pintan en las paredes consignas como «A Portuguesa so temos cozido»*[13]*. Es completamente cierto. Debemos construir nuestro propio socialismo. Doy mi apoyo de todo corazón a estos consejos revolucionarios».*

El 10 de mayo tuvo lugar en Oporto una reunión de los consejos a la que acudieron abiertamente uniformados soldados y marinos. En otro plenario, el secretario provisional –Vitar Crespo, obrero metalúrgico– dijo: *«Deberíamos empezar a convertir los consejos revolucionarios de trabajadores en la organización del pueblo portugués, una organización que pueda ejercer poder, en la que todo el mundo tenga voz. En cada fábrica, los trabajadores deberían juntarse para discutir los problemas y elegir cuerpos que implementen lo que hayan decidido».*

El 2 y el 3 de agosto de 1975 tuvo lugar el Segundo Congreso de Consejos en el Instituto Tecnológico de Lisboa. Sin embargo, la diferencia ya era apreciable. Mientras en el Primer Congreso había habido una representación genuina de trabajadores, en el segundo era prácticamente al contrario. Había algunas empresas «representadas», pero la mayor parte de la audiencia la constituían miembros de PRP-BR, sus amigos y sus contactos. Las pancartas de las paredes buscaban capturar nostálgicamente la atmósfera, e incluso el lenguaje, de Petrogrado en 1917. «¡Fuera la canalla! ¡Poder a los obreros!» «Larga vida a la Revolución Socialista». Los izquierdistas soñaban entre el humo de los cigarros. El Instituto Tecnológico era para ellos Smolny, y los astilleros de Lisnave, la planta de Putilov. El congreso discutió hasta la

13. Se trata de un juego de palabras con el que bromeaban los anarquistas haciendo referencia al cocido a la portuguesa como lo único genuinamente portugués. (N. del T.)

saciedad ciertas resoluciones respecto a la alianza entre el pueblo y el MFA, ninguna de las cuales supuso una ruptura clara con ese concepto mistificador. En aquel momento, las relaciones entre el PRP y COPCON eran muy estrechas, y era esencial no comerle la tostada a nadie. La postura se explicó claramente en un panfleto que se distribuyó en el Congreso:

«Los Consejos son la organización propuesta para los obreros en sus lugares de trabajo, en sus barrios, en los cuarteles. Los consejos buscan formar estructuras para tomar el poder, tanto político como económico, con el objetivo de establecer el socialismo. Los CRTSM no pueden convertirse en el instrumento de ningún partido debido a la forma en la que son elegidos. Esto no quiere decir que estos no puedan tener un papel importante en la revolución socialista. Su tarea es la de organizar ideológicamente a los militantes y presentar sus propuestas a la clase. Dependerá de la clase, y solo de la clase, decidir qué es lo que quiere».

El PRP-BR no tenía que convocar manifestaciones con el nombre de Inter-Empresas para crear una estructura apartidista. «Los consejos son nuestra organización», proclamaban, «y no se les puede acusar de partidismo solo porque haya sido un partido el que los ha lanzado. Los miembros del consejo son elegidos en sus lugares de trabajo y siempre pueden ser revocados por los trabajadores».

En sentido formal era cierto, pero, aun así, los consejos ofrecían un gran campo para las maniobras políticas. Habían «aparecido» en el mismo momento en el que, tras el fracaso de Inter-Empresas, los trabajadores estaban buscando el camino a nuevas formas de organización, pero no nacieron directamente de la lucha. Su creación fue planeada. Como lo explicaba *Combate* en 1975:

«Es en el momento de estancamiento de la lucha autónoma de los trabajadores, cuando la gente está saturada de la política de partidos –pero al mismo tiempo, cuando aún no ha creado organizaciones autónomas que relaciones las luchas unas con otras–, que aparece este amplio espacio abierto para aventuras oportunistas».

El espacio apareció y el PRP lo colonizó. Los consejos se implantaron en unas pocas compañías: Lisnave, Setenave, Efacec, Cambournac, etc. Sus manifestaciones tuvieron un claro efecto en Otelo y la «izquierda» del MFA en general. Gracias a esto, los consejos revolucionarios de trabajadores podían apoyar a COPCON y al ala «progresista» del MFA sin pensar demasiado en toda la cuestión del capitalismo de Estado.

Como realidad en la vida diaria de la clase, apenas existieron. Solo eran significativos en las mentes de los intelectuales y dirigentes del PRP que habían convertido la forma «consejo» en un fetiche, es decir que mantenían una perspectiva tradicional. Aunque los trabajadores participaran en las manifestaciones que organizaban los consejos, estos apenas tenían raíces en las fábricas, donde eran vistos como otra facción de un partido político. Solo dos o tres docenas de los mil trescientos trabajadores de Lisnave apoyaban activamente a los consejos. Otros, buscando nuevos medios de expresión autónoma, apoyaban los consejos temporalmente, como en la manifestación del Primero de Mayo de 1975. La mayoría de los trabajadores pronto volvieron a sus instrumentos de lucha originales: los comités de trabajadores. Los consejos nunca fueron más que una idea, jamás un movimiento real.

El movimiento cooperativo

Hasta agosto de 1975, habían sido creadas trescientas «cooperativas»; en septiembre se formaron doscientas más. En general, estas unidades productivas –ya fueran industriales o agrícolas– habían aparecido, bien cuando un patrón abandonaba la compañía o cuando se declaraba incapaz de seguir llevándola de forma rentable. Menos de la mitad fueron jamás «legalizadas». Existían en un limbo entre las compañías capitalistas establecidas y las empresas autogestionadas por los trabajadores. Se creó una federación de cooperativas que intentó definirse poco a poco, tanto en términos de estructura como en sus funciones.

Echemos un vistazo a los problemas de una cooperativa específica. Los diecisiete trabajadores de Termo e Sal, en Lisboa, habían estado empleados en la instalación de equipos de aire acondicionado. Debido a las dificultades para pagar el sueldo mínimo, el jefe había abandonado la empresa y los trabajadores se hicieron con ella. Con mucho sacrificio y muchas horas extra lograron cambiar el tipo de producción y pasaron de instalar aire acondicionado a instalar drenajes y componentes eléctricos, que consideraban más importante. Se estableció un comité de gestión para lidiar con los aspectos de la financiación. No se tomaba ninguna decisión sin el plenario. Así fue como me describió la situación uno de los trabajadores en agosto de 1975:

«En términos de papeleo, habría sido más fácil establecer una sociedad limitada que una cooperativa. La cooperativa no ha sido legalizada todavía, aunque se creó en noviembre de 1974. Se pagan salarios distintos, pero todo el mundo tiene la misma responsabilidad. Es imposible dar marcha atrás. Si fuera necesario tomar las armas para defender la cooperativa, algunos estaríamos preparados

para hacerlo. El patrón está reclamando una indemnización que no es justa. Hay muchos patrones que se han unido a cooperativas. Yo no tengo ningún problema con ello, también tienen que comer. Al principio éramos veintidós trabajadores, pero cinco se negaron a unirse [a la cooperativa]. Creo que el motivo fue que tenían miedo. Son muchas las dificultades de construir el socialismo en un mundo capitalista, pero el movimiento cooperativo es un paso en la dirección correcta. Por supuesto que todavía soy un asalariado, pero ¿qué otra manera hay aquí y ahora para resolver el problema? La cooperativa ha firmado un contrato con una asociación vecinal de un poblado chabolista (en el barrio de Faqueira, en Amadara, Lisboa). Nuestra oferta fue la más barata que recibieron. Se trataba de hacer todas las cañerías y el cableado. Casi cinco mil escudos por casa, frente a los siete mil o nueve mil que les habrían pedido otros».

Ocupaciones de tierras

Las estadísticas oficiales no publicadas muestran que, para el 8 de agosto, seis mil trabajadores habían ocupado 206 645 hectáreas de trescientos treinta latifundistas distintos. Las principales regiones afectadas fueron el Alentejo, Ribatejo y el área alrededor de Castelo Branca. La organización de esta tierra en cooperativas y colectivos era menos proclive a la manipulación por parte de la izquierda. El instrumento del gobierno para llevar a cabo el cambio social en el campo fue el Instituto para la Reorganización de la Agricultura. En cada uno de sus ocho centros regionales trabajaban equipos de agrónomos y especialistas. En Évora, el IRA funcionaba con un horario de dieciocho horas al día.

El 17 de mayo, unos cien trabajadores ocuparon doscientas hectáreas –entre otras, las fincas de Mantargil, Leitoes o Pipas de Baixo– en el Alentejo. Tanto el IRA como el MFA apoyaron la ocupación y prometieron fertilizantes. Para empezar a trabajar los trabajadores necesitaban quince tractores, pero cuando la zona estuviera a pleno rendimiento puede que necesitaran treinta.

El 11 de junio, la Quinta da Torre, cerca de Cabanas, se transformó en una cooperativa. También esta recibió el apoyo del IRA. La tierra había sido abandonada por su antiguo dueño, el conde de Taja. La ocupación se llevó a cabo con la ayuda del comité de barrio local. Se usó maquinaria de una fábrica cercana para ayudar a limpiar treinta hectáreas. Las casas que había en el terreno iban a ser parte de la cooperativa.

Las trescientas hectáreas de la Quinta de Alagoas, cerca de Lagoa, en el Algarve, se convirtieron en un colectivo llamado «Estrella Roja». Unas dos mil hectáreas de la Quinta de Sousa de Sé, cerca de Évora, también fueron ocupadas. Doce latifundistas atacaron con armas a los trabajadores, hiriendo a uno de ellos. El 16 de julio, la Quinta de Tío Pedro del pueblo de Cuba, en el Mentejo, fue tomada y convertida en una cooperativa.

El 25 de julio, trescientos cincuenta y cuatro trabajadores ocuparon diez mil hectáreas en el distrito de Santarem y formaron un colectivo. Hubo otros trabajadores que se subieron a los camiones, armados con hachas de mano, y ayudaron a los campesinos a llevar a cabo esta ocupación masiva.

Esta es una relación de las tierras, el tamaño y los trabajadores que formaron el colectivo: en Engal, 2000 hectáreas y 23 trabajadores; Monte Couco 3000 hectáreas y 62 trabajadores; Esparteiro 300 hectáreas y 45 trabajadores; Faias 350 hectáreas y 45 trabajadores; Aguas Belas 700 hectáreas y 62 trabajado-

res; Aldeja VeIha 1100 hectáreas y 59 trabajadores; Courela dos Barreiros 500 hectáreas y 59 trabajadores; Palma 300 hectáreas y 19 trabajadores; Monte Novo 1000 hectáreas y 19 trabajadores; y Ruivos 700 hectáreas y 48 trabajadores.

Para finales de julio de 1975 estaba emergiendo una pauta clara. Lo más notable es que nunca se habló de dividir la tierra; había que trabajarla colectivamente y pertenecería al pueblo en su conjunto. La disponibilidad de trabajadores nunca fue un problema, pero la falta de maquinaria causó un sinfín de dificultades. El Sindicato de Trabajadores de la Banca –afiliado a Intersindical– había colaborado asegurando que se garantizarían los créditos para las fincas ocupadas. Pero los bancos agrícolas insistieron en que los préstamos se hicieran bajo la supervisión del ministro de Agricultura, Baptista, y a través del los centros regionales del IRA.

Inmediatamente después de que se produjera una ocupación, aparecían los equipos de estos centros para discutir cuestiones con los trabajadores. Solo se tomarían decisiones si los trabajadores se mostraban de acuerdo. Se concederían los créditos a las nuevas cooperativas a la tasa de mercado del momento (6,5%) e incluirían un fondo de emergencia con el que se pagarían los salarios atrasados. Muchas cooperativas utilizaron las reservas de corcho y madera para pagar los sueldos.

La ley de reforma agraria había establecido un techo de quinientas hectáreas de tierra como el máximo que podía acumular una sola persona. Gracias a esto, el gobierno logró el poder necesario para expropiar los terrenos que necesitaban las cooperativas. En muchas zonas los centros regionales del IRA legalizaban las ocupaciones al instante. Sin embargo, los trabajadores de estos centros tenían que recordar constantemente a los campesinos que su tarea era servir a las cooperativas, no gestionarlas.

Aparte del movimiento cooperativo, existía también una «Liga de pequeños y medianos granjeros». Estos estaban perplejos con las ocupaciones y temían que sus tierras también fueran expropiadas. Muchos, cuando no se oponían abiertamente, estaban secretamente en contra de este movimiento.

En el distrito de Évora ya se habían dado unas cien ocupaciones. Durante el mes de agosto de 1975 hubo nuevas ocupaciones a diario. Analicemos, una vez más, un caso específico: la cooperativa de Safira, cerca de Montenor, en el Alentejo. Habiendo ocupado dos fincas, con un total de mil cien hectáreas, los ochenta y nueve trabajadores involucrados eligieron un comité que fue rápidamente contactado por el centro regional del IRA. La ocupación fue inmediatamente registrada. El comité, que se reunía en un granero, decidió pedir un préstamo de trescientos mil escudos para hacer funcionar las fincas. Zé, el miembro más activo del comité, me habló de algunos de los problemas:

«Los dueños de los terrenos se presentaron por la noche con la intención de llevarse parte de la maquinaria que habían dejado en la finca. Debido a esto, se ha establecido un piquete nocturno. En una granja cercana, perdieron dos tractores debido a la falta de vigilancia. La mayoría de las ocupaciones están protegidas por trabajadores armados. La gente lo sabe, por eso aparecen así, por la noche. Otro problema es que los trabajadores siguen teniendo mentalidad capitalista. Nuestros vecinos de Infanta tienen dos máquinas que nos gustaría que nos prestaran. Pero en lugar de eso, quieren alquilárnoslas por cuatrocientos escudos al día. Hemos resuelto el problema en una reunión, analizando la política oculta tras esa pequeña transacción. También hay una pequeña propiedad que está justo en medio de las dos fincas ocupadas. Aunque no tienen especial respeto por este propietario, quieren alquilarle el terreno y que el gobierno pague la renta. Le

invitaron a unirse a la cooperativa, pero se ha negado. El problema sigue sin resolverse. Pertenece a la Liga de pequeños y medianos agricultores, así que dependerá de la línea que esta tome. Los trabajadores llevan siete meses sin cobrar. No se les ha dado ninguna ayuda de emergencia. Cortamos veinticuatro mil toneladas de corcho y confiscamos otras veinticinco mil cuando ocupamos la finca. Pretendemos venderlo para pagarnos los salarios».

Zé también me habló –y aquí fue interrumpido por otros miembros del comité– sobre la cantidad de conejos salvajes que correteaban por los campos. Debido a la oposición general a cazar conejos –fundamentalmente un pasatiempo aristocrático y una de las razones por las que la tierra no estaba cultivada– había una cierta confusión sobre qué hacer. Los trabajadores del centro regional en Évora aconsejaron a los hombres hacer lo que les pareciera mejor. Conocían los problemas. Como dijo uno de esos trabajadores del IRA:

«Durante cuarenta y ocho años has tenido a gente tomando decisiones por ti. Si ahora nosotros hiciéramos lo mismo, todo seguiría igual. Has ocupado la tierra, ahora haz lo que te parezca. Dispara a los conejos si quieres».

En general esta era la actitud de los trabajadores del IRA. Había poca burocracia, y el único control que ejercía el centro era sobre la asignación de préstamos, que en la mayoría de casos estaban garantizados automáticamente. Aun así, había grandes diferencias de clase entre el comité y los técnicos del IRA. El equipo les pedía a los trabajadores que criticaran al centro. Zé me habló principalmente de dos quejas. La primera era cierta desorganización. Cuando iba al centro, se reunía cada vez con alguien diferente. La segunda es que, a veces, lo que decía un trabajador del IRA no se correspondía con lo que decía otro.

Por supuesto, esto no fue una sorpresa. Dentro del centro había todo tipo de tendencias políticas tecnocráticas; desde el PCP al MRPP, pasando incluso por algunos «libertarios». En general, el rol del IRA era el de la recuperación. Igual que el COPCON contribuyó a extender el mito de que la clase trabajadora no necesitaba estar armada, el IRA promovió el mito de que la clase trabajadora no necesitaba hacerse con el control total del poder judicial y financiero. Da igual cuánto repitieran que eran amigos de los trabajadores, la mera existencia del IRA era un hilo de vida con el poder que impedía que se establecieran organizaciones obreras paralelas y autónomas.

Comités de barrio

Aquí, una vez más, las luchas partidistas tendieron a dominar al movimiento autónomo. Los comités de barrio se toparon con la interferencia del PRP y de UDP, y en algunos casos también del MRPP. Además de las luchas viciadas por el control de las asambleas, los problemas locales se subordinaban a los asuntos de partido. Como era habitual, muchos habitantes perdieron interés. De los treinta y ocho comités que habían sido representados en la manifestación del 19 de abril, para agosto solo ocho atendían regularmente al CRAM.

Los comités de los poblados chabolistas eran más difíciles de manipular. Sus luchas estaban motivadas por la necesidad absoluta: querían casas y las querían cuanto antes. Mientras el PCP hablaba de «anarcopopulismo» –para describir cualquier movimiento que no pudieran controlar– y el PPD de «poder popular ficticio» –con lo que querían decir que la democracia burguesa

estaba en crisis– los propios comités de barrio se enfrentaban a muchas dificultades. He aquí alguna de ellas:

1) Representatividad. Cerca de diecisiete mil personas vivían en el barrio de Anjos. No obstante, solo trescientas acudían a la asamblea que se reunía «en nombre» de todos ellos, lo cual no quiere decir que dieciséis mil setecientas estuvieran en contra del comité de barrio. Muchos no podían acudir porque trabajaban de noche, porque estaban cansados después de un día de trabajo, porque tenía visitas familiares, porque no pensaban que una asamblea en concreto fuera importante o porque estaban hartos de las disputas. Tendía a dominar un cierto tipo de persona, los que hablaban mejor, explicaban sus ideas más claramente y estaban acostumbrados a organizar y controlar.

2) Pasividad. En los poblados muchos trabajadores permanecieron pasivos respecto a la cuestión de qué tipo de vivienda debía construirse para ellos. «Espera y verás. Lo sabremos cuando nos den la llave», era la actitud más habitual. No había mucha discusión sobre la naturaleza de la familia en las nuevas casas: quedaba implícito que continuarían existiendo estructuras similares –aunque, obviamente, en un entorno mejor.

3) Individualismo. En conjunto, el espíritu era colectivo, no individualista. Cuando algún trabajador expresaba opiniones individualistas –por ejemplo, abusando de los que no podían pagar el alquiler– era inmediatamente criticado. Se debatían propuestas para crear fondos para aquellos que estuvieran en dificultades. También hubo casos en los que se expulsó a gente de los comités. La causa más común era haber recibido dinero por ocupar casas.

4) Recuperación. Las Juntas de Distrito y demás instrumentos de gobierno local eran un freno para todo el proceso de cambio social, a menudo saboteando o manipulando las demandas. Así, la Junta que controlaba un área de viviendas burguesas tuvo la gran idea de construir un «parque popular» donde estaba el asentamiento. Obviamente, esta Junta del MDP-CDE estaba intentando hacer un parque que solo iban a utilizar quienes ya tuvieran vivienda.

5) Estatificación. De alguna forma, tanto el SAAL como el IRA actuaron como agentes del capitalismo de Estado, dirigiendo las luchas a formas que fuera aceptables para este último, realizando inventarios de lo que se ocupaba e informando a los ministros de lo que estaba ocurriendo. Muchos revolucionarios se unieron a estas organizaciones y, conscientes de los problemas de base, trataron de poner sus recursos físicos y mentales a disposición de los comités. Aun así, muchos trabajadores los temían, como temían a todas las instituciones del Estado, pese a la ayuda recibida.

XII. Crisis

Entre junio y agosto de 1975, se hace cada vez más difícil hablar de un gobierno o, incluso, de una oposición. El poder real empezaba a estar cada vez más y más en las calles. Con la salida del PPD del Cuarto Gobierno, el PCP y el MDP se quedaron con el control virtual del Estado. Los «gonçalvistas», como se llamaba al ala militar del PCP, dominaban el Consejo de la Revolución, mientras que el resto del PCP y sus simpatizantes controlaban la mayoría de los ministerios. No obstante, su base en el país era pequeña y ciertamente no mostraba signos de expandirse.

El PCP había encabezado la respuesta al 11 de marzo, y tanto el ala «moderada» del MFA como el PS habían tenido que seguir su estela, aceptando las nacionalizaciones como un precio a pagar por su participación del poder. Entre marzo y junio, el PS –y el ala socialdemócrata del MFA– estuvieron desorganizados. Su posición era minoritaria pese al apoyo que iban a revelar las elecciones de abril.

El recién formado Quinto Gobierno tenía opositores en muchos frentes. Es un gran error representar todo el apoyo

como «revolucionario» y toda la oposición como «reaccionaria» –como ahora sugiere cierta mitología del PCP. Según Arnaldo Matos, «El Quinto Gobierno nació muerto». Pero también heredó todos los gobiernos muertos antes que él. Las mismas fuerzas que se oponían al quinto se habían opuesto al tercero y al cuarto. La única diferencia era la ausencia del PCP y el MDP de algunas de esas oposiciones. Estos autoproclamados partidos de los trabajadores ahora estaban en el poder y, según algunos, todo lo que hicieran debía ser defendido. Pero también había otras oposiciones, e iban a tomar una forma violenta.

El contraataque en el norte

Los ataques incendiarios que se extenderían por el norte empezaron en serio el 11 de junio en Fafe, cerca de Oporto, cuando una granada explotó en las oficinas del PCP. La mayoría de las acciones terroristas que siguieron fueron claramente llevadas a cabo por parte de la derecha. En Povoa de Varzim, cerca de Oporto, se repartieron panfletos asegurando que el MDP había planeado secuestrar al cura local. En Trofa, el 16 de junio, simpatizantes del CDS organizaron una manifestación contra el PCP.

El amplio apoyo que esta «oposición» recibió en el norte y el centro del país solo se puede explicar debido a la estrategia que adoptó el PCP en esas regiones. Había demostrado no ser muy distinto de los partidos tradicionales en su manejo de las Casas do Povo y las Juntas que había tomado. Las caras tras los mostradores habían cambiado, pero las actitudes no. El «clientelismo» del PCP en esas regiones lo llevó a ayudar a la gente en función de a qué partido pertenecieran, y no de acuerdo a sus necesidades.

El 1 de julio, los obreros de Moleflex (fábrica de colchones) dejaron las herramientas y marcharon desde S. Joao da Madeira a los cuarteles del ejército en Oporto. Casi doscientos de los dos mil trabajadores afirmaban que el PCP estaba manipulando el Consejo Administrativo –designado por Vasco Gonçalves– y que su comité estaba completamente controlado por el Partido.

En Lourinha, en el centro del país, la mayoría de pequeños agricultores y trabajadores habían apoyado a los movimientos sociales después del 25 de abril. El PCP local criticó a un mesonero de la zona por alquilar su sala al PPD para que este hiciera un encuentro. Se trataba de un hombre popular en la región, que había alquilado el espacio a casi todos los trabajadores en un momento u otro para bodas, fiestas, etc., incluso cobrando menos a los trabajadores pobres. Cuando el PCP le llamó «fascista» y «reaccionario», los campesinos y pequeños agricultores salieron en masa a mostrarle su apoyo. Su manifestación, como muchas otras, era más contra la célula del PCP local que a favor del PPD –o el CDS, etc. Durante la manifestación se arrojaron cócteles molotov. La única respuesta del PCP fue etiquetar a toda la población local como «reaccionaria y analfabeta». Este tipo de paternalismo era abrumador. Para explicar las divisiones entre la clase, los grupos de izquierdas se limitaban a hablar del atraso del proletariado. Esto enardecía al «proletariado atrasado» todavía más. Mientras que a nivel teórico, grupos como UDP o PRP-BR discutían entre ellos problemas como los de los campesinos y jornaleros, a nivel práctico, su comportamiento mostraba la peor forma de exclusivismo.

El contraataque continuó sin tregua durante julio y agosto. En Santa Comba, el fin de semana del 26 de julio, una multitud arrasó los cuarteles locales de la GNR donde se mantenía preso

a un exagente de la PIDE. En Bragança, casi diez mil personas se presentaron para escuchar la misa del obispo y empezaron a gritar: «Abajo Otelo, Otelo a Mozambique». En Águeda y Esmoriz las sedes del PCP fueron destruidas. El 29 de julio, también los locales del MDP fueron reducidos a cenizas al grito de «Viva el CDS». En Lourinha, donde los periódicos de Lisboa habían sido quemados durante una manifestación «anticomunista», cerca de trescientos pequeños agricultores y empresarios locales marcharon a uno de los bancos nacionalizados –ahora controlados por el PCP– y pidieron el *saneamento* de tres miembros del partido que trabajaban allí. Afirmaban que el crédito agrícola se estaba garantizando en función del color del partido y que trabajadores del PCP local estaban informando al banco sobre las ideas políticas de los clientes. Cuando el PCP fue acusado por casi treinta miembros del «Comité por la extinción de la PIDE» de usar archivos de esta para chantajear a la gente y conseguir su apoyo, el PS solicitó una investigación. El hecho de que el PS –y otros– también los habrían usado de haber tenido la más mínima oportunidad es lo de menos. El escándalo ayudó a desacreditar todavía más al Quinto Gobierno.

A finales de agosto, habían sido atacados la mayoría de grupos –con la excepción de los maoístas más ortodoxos–, incluyendo Intersindical, PCP, MDP, FSP, MES, UDP, PRP-BR, FEC-ml y varias organizaciones controladas por ellos. Para entender esta ola de ataques incendiarios en el norte y el centro, uno debe mirar las peculiaridades sociales y culturales de la zona. No era la primera vez que un régimen centrado en Lisboa era atacado con violencia desde el norte. En las famosas guerras de Patuleia (1846-1848) los disturbios se habían extendido desde Oporto contra las reformas introducidas por el régimen derechista de Cabrales. Este, establecido en un sangriento golpe

de Estado, había sufrido la oposición de muchas clases –aristócratas, artesanos y campesinos– y muchas tendencias políticas –monárquicos, generales, clero e izquierdistas radicales. La revuelta de aquella vez, también conocida como la revuelta de Maria da Fonte, había sido ciertamente muy popular, a pesar de que sus contradicciones internas eran tan agudas como las de la oposición de 1975.

Antes de abril de 1974, los teóricos y economistas del PCP y el MDP solo habían intentado analizar seriamente la situación del sur, donde las contradicciones capitalistas eran mucho más evidentes. Diseñaron sus planes para desmantelar los grandes latifundios y los monopolios con la reforma agraria. El norte, casi olvidado, reclamaba ser recordado a través de la venganza.

La estructura y los problemas del norte eran muy distintos de los del sur. En Évora, el 71% de las fincas se componían de menos de cuatro hectáreas. Pero en conjunto, esta gran cantidad de terrenos solo cubría una pequeña parte de la tierra (6%). El resto estaba en manos de propietarios de grandes haciendas. En el otro lado del espectro, en la región de Viseu, había muy pocas grandes fincas y casi el 92% de la tierra eran pequeños lotes de menos de cuatro hectáreas. De forma similar, todas las grandes fábricas de trabajo intensivo de Portugal estaban en el sur. Veintiuna de las cuarenta y nueve fábricas que empleaban a más de mil trabajadores se encontraban en Lisboa y Setúbal.

La reforma agraria en el sur apenas presentó dificultades. Los latifundistas abandonaron la tierra –o fueron expulsados– y los campesinos simplemente entraron y la ocuparon. En Évora, el 90% de la población agrícola eran asalariados. En Viana, en el norte, esa cifra era solo del 27%. La desigualdad del desarrollo industrial estaba asociada con un desarrollo muy desigual de la agricultura.

En el sur había cierto apoyo a las políticas de capitalismo estatal del PCP y el MDP. Abrían una puerta por la que los trabajadores podían ocupar la tierra y confiscar la maquinaria y las casas que hubiera en ella. Los latifundistas –a través de la PIDE y la GNR– habían atado muy corto a los trabajadores. Los salarios miserables habían generado una solidaridad real y un gran odio hacia los grandes propietarios. La nacionalización de los bancos y la centralización del crédito eran las respuestas evidentes del PCP a las presiones desde abajo. El apoyo a las ocupaciones de tierras y la aceptación de las cooperativas también era algo necesario, al menos en los primeros momentos.

El norte era otra cosa. La mayoría de las familias campesinas alquilaban sus pequeñas parcelas a propietarios locales que tenían un poder sobre ellos mucho mayor que nada que pudiera darse en el sur. Las «leyes de arrendamiento», que databan de principios de los cuarenta, permitían a los arrendadores negar la renovación del acuerdo de cesión a cualquier familia con un año de aviso. El Cuarto Gobierno modificó esta ley. Ahora, casi ningún terrateniente podía desalojar a su arrendatario en los siguientes dieciocho años de la firma del contrato. La nueva ley, típica de la nueva legislación, era un acuerdo mutuo con los propietarios locales. Por un lado ayudaba a los arrendatarios, mientras por el otro legitimaba todo el concepto de arrendamiento agrícola, reconociendo el «derecho» de los terratenientes a la tierra.

Los campesinos del norte habían proporcionado la poca «base de masas» que había tenido el régimen anterior. Aun así, las manifestaciones en apoyo a Salazar tras la Segunda Guerra Mundial eran a menudo situaciones ridículas. Los campesinos del norte eran metidos en autobuses y conducidos a Lisboa –por lo que se les pagaba veinte escudos al día. Los agentes de

la PIDE era quienes confeccionaban las listas de manifestantes con ayuda de los clérigos parroquiales.

A menudo, las familias norteñas vivían completamente de lo que cultivaban, comiendo verduras y haciendo trueques por lo esencial, sin casi utilizar o necesitar dinero. Algunos pueblos eran tan remotos que las noticias de que había habido un golpe en Lisboa tardaban un tiempo considerable en calar. El programa de «dinamización cultural» de la Quinta División durante muchos años se llevó a cabo de manera ofensiva contra estos campesinos. Las estructuras de poder locales eran difíciles de desmantelar, y los intentos se topaban con la resistencia combinada de los patrones rurales, un clero muy influyente y la policía.

La Iglesia Católica había promovido la ignorancia durante generaciones. Incluso hoy, portavoces del Vaticano siguen teniendo influencia tanto en el norte como en Lisboa. Al cardenal Cerejeira, mano derecha de Salazar, se le permitió moverse con libertad por Lisboa, mientras sus amigos, jefes de la PIDE, eran arrestados. Pero todo esto solo ofrece una explicación parcial. Medio siglo de salazarismo nunca generó tanto anticomunismo entre la gente corriente como dieciocho meses de participación del PCP en el gobierno. El MFA no había amenazado en absoluto las raíces reales del poder en el campo. Según un periodista lisboeta cercano al PCP, de las detenciones de agentes de la PIDE por parte del Primer Gobierno Provisional, el 75% habían sido en el sur y apenas el 6% en el norte. Ningún cura fue arrestado, ni en el norte ni en el sur.

Está muy extendida la idea de que el PCP fue culpable de malas prácticas manipuladoras en el norte. Aunque esto es cierto, también merece la pena comentar que ni el PCP ni nin-

guno de los grupos de izquierdas dedicó mucho pensamiento o mostró mucha preocupación por los problemas en esa área. El anticomunismo del norte era un sentimiento complejo con distintos componentes:

a) El hecho de que la vieja estructura de poder hubiera quedado intacta en el campo y las pequeñas ciudades. Con nuevos nombres, los viejos grupos se habían organizado contra el arrebato de capitalismo estatal que tan exitoso había sido en el sur.

b) La falta de empatía o estrategia general hacia los campesinos del norte, en un momento en que ciertamente existía una práctica comunista «primitiva» en algunos pueblos, incluso bajo el fascismo.

c) La ausencia de cualquier vínculo directo entre la «izquierda» y los desfavorecidos del norte. La influencia del PCP en el ministerio de Agricultura apenas hizo nada por los campesinos septentrionales. La célula del PCP en este ministerio, SADA, destinaba miembros del partido a los puestos en diferentes regiones del país que a continuación designaban subdirectores. Pero hasta ahí llegaron. No empezaron a preocuparse hasta que el IRA –una rama distinta del mismo ministerio– no empezó a tomar posiciones radicales, sorteando al Partido. Cuando el IRA apoyó tres ocupaciones norteñas que tuvieron lugar durante los primeros seis meses tras el 25 de abril, el SADA contactó con ellos para que «cuidaran» del norte.

Lo situación de muchos de estos pequeños granjeros arrendatarios nunca cambió. De hecho, en algunos casos empeoró. Los precios aumentaron mientras los salarios permanecían congelados. Las familias podían comer porque producían para sí mismas, pero apenas había nada que pudieran permitirse comprar en las ciudades. Este deterioro de la situación fue un regalo

para muchos grupos de derechas. Las elecciones de abril de 1975 fueron una farsa. En Sao Joilo do Campo los resultados favorecían a CDS, con el PPD y el PS en segundo y tercer lugar. Hubo muy pocos votos para el PCP. De los doscientos cincuenta votantes del pueblo –que pensaban que por ley estaban obligados a votar– dos optaron por el PUP. Este jamás había estado en el lugar, y era bastante improbable que el maoísmo hubiera echado raíces en la zona de repente. Se trataba de votos protesta, para molestar a amigos locales o para simbolizar que el PUP era más atractivo. El cura local había dado un sermón el domingo previo sobre que «ciertas acciones conducen al infierno». Todo el mundo sabía que era miembro de CDS… y en ese momento no se refería al fornicio.

El camino al capitalismo de Estado

Comparado con el conjunto de Europa, se mire como se mire, Portugal era un país atrasado. Por ejemplo, si analizamos la renta per cápita anual en 1974, la cifra portuguesa era de 760 dólares estadounidenses. Solo Turquía tiene una renta per cápita inferior en la OCDE. Para que sirva de referencia, la de EE UU era de 5130, la de Francia de 3180, y la España y Grecia estaba en torno a los 1100.

Estas cifras no incluyen los ingresos derivados de las antiguas colonias ni las remesas enviadas por los trabajadores emigrados. Tampoco tienen en cuenta las materias primas todavía no explotadas, como las menas de hierro en el sur o el petróleo de la costa de Sines. También quedan fuera de la ecuación los millones que llovieron simultáneamente desde la CIA y desde fuentes rusas.

La economía portuguesa se componía de cuatro sectores principales:

a) Un sector semifeudal en el que campesinos arrendatarios pagaban parte de la renta como fuerza de trabajo o con producción agrícola. Grandes zonas del norte estaban estructuradas con esta pauta.

b) Un sector «capitalista liberal» en el que los medios de producción los poseían individuos o compañías.

c) Monopolios gigantes y bancos poseídos o controlados por las cien grandes familias. CUF era uno de esos monopolios y sumaba el 10% del PIB.

d) Empresas propiedad del Estado involucradas en la organización general de las materias primas, la energía y el transporte. Su nacionalización comenzó en la época de Salazar.

Los partidos políticos eran el reflejo de todo esto. En distintos grados, representaban a cada uno de los sectores de la economía. Las alianzas surgían en apoyo –u oposición– a estos intereses. Pero la vida real era mucho más compleja que lo que este modelo básico podría sugerir. Tenían que hacerse acuerdos; el PPD tenía que apoyar al PS aunque no le gustara en absoluto su retórica de capitalismo de Estado. La mayoría de los grupos leninistas apoyaban al PCP, aunque estaban en contra de su tolerancia hacia el «capitalismo liberal». El MRPP, llevado por un miedo paranoico a que los tecnócratas del PCP pudieran hacerse con el cotarro, fraguaba alianzas tácticas con el PS, admitiendo la contradicción inherente que suponía.

La historia de la fábrica de Manuel Gonçalves, en Famalicao, muestra algunos de los problemas a los que se enfrentaban los trabajadores debido a las ramificaciones internacionales del capi-

tal. Poco después del 11 de marzo, la fábrica fue nacionalizada como consecuencia de la participación del patrón en el intento de golpe. Desde España, este hombre había escrito a los proveedores internacionales –una empresa suiza– dando instrucciones de retener las materias primas a menos que los encargos estuvieran firmados por él personalmente. Los trabajadores estuvieron cuatro semanas sin trabajo y sin paga. El consejo administrativo había sido nombrado por el PCP, y un comité de trabajadores, también dominado por el partido, se había nombrado a sí mismo.

El propio Manuel Gonçalves era de origen humilde. Había construido una piscina en la fábrica para los trabajadores y les había proporcionado una nueva cantina. Los salarios eran miserables, pero eran mejor que nada. Miembros de la familia Gonçalves en la fábrica iniciaron una campaña para que se restituyera al patrón. Cuando doscientos trabajadores –liderados por esos familiares de Gonçalves– pidieron nuevas elecciones al comité, el PCP se negó alegando que era una «maniobra reaccionaria». Una manifestación en Famalicao a finales de junio iba a llevar al ataque incendiario contra la sede local del PCP en julio.

Algunos de los trabajadores señalaban que la nacionalización no les había traído más que dificultades. Se referían a que su nuevo jefe, el Estado, no era mejor que el anterior, el capitalismo privado. De hecho, el capitalismo estatal era, en muchos casos, peor: todas las dificultades previas seguían ahí, pero ahora con la amenaza añadida de perder sus empleos. Dentro de la fábrica las relaciones laborales no habían cambiado; los salarios no aumentaron, solo lo hizo la inseguridad.

Los únicos grupos que apoyaban a estos trabajadores eran el CDS, el PPD y el PS; y solo lo hacían atacando a la nueva administración del PCP. Los trabajadores estaban confusos sobre lo que querían o cómo se podían resolver sus problemas.

Después de una manifestación en Famalicao en agosto –con el lema: «Abajo el comité de trabajadores, viva el patrón»– hablé con algunos de los implicados a la salida del cine local donde se reunían. Sus sueldos eran inferiores al mínimo legal definido por el gobierno. Toda su rabia se expresaba como anticomunismo.

Las bombas y los ataques terroristas continuaron. Es cierto que el tiempo era seco, pero el número de incendios forestales registrados durante los meses estivales fue mucho mayor que el habitual. Grupos como el Ejército para la Liberación de Portugal (ELP) encabezaban muchos de los ataques. Pero se pasarían por alto las verdaderas cuestiones si se les atribuyera el hecho de que veinte mil personas se presentaran en la manifestación de Braga, a principios de agosto, para escuchar el discurso del obispo denunciando a los países «tras el telón de acero».

Sin duda alguna, los problemas económicos eran muy serios. Casi un cuarto de millón de portugueses estaba sin trabajo y sin medios reales de subsistencia. El fondo de desempleo establecido por el Tercer Gobierno era ineficaz en muchas partes del país. Muchas empresas habían sido abandonadas por los patrones porque ya no eran rentables y los trabajadores las habían tomado porque necesitaban trabajo. El 75% del déficit en la balanza de pagos entre enero y abril de 1975 se daba con países de la CEE y la AELC. Tanto los mercados externos como los internos se cerraban.

La crisis de las ideas leninistas

El 21 de julio, Vasco Gonçalves hizo su propio análisis de la situación: «*La creación de condiciones por las que los trabajadores puedan ir tomando el poder progresivamente implica la existencia de*

una vanguardia capaz de desarrollar la práctica socialista». Luego pasó a hablar de las políticas de capitalismo estatal del PCP y de sus reservas respecto a la izquierda:

«El voluntarismo y el idealismo tienen una relevancia limitada a la hora de construir el socialismo… el izquierdismo está objetivamente de lado de la reacción… su desarrollo yace en el fracaso de las autoridades para cumplir los requerimientos del proceso revolucionario».

Fue una de las primeras veces en las que se admitía que se habían cometido errores, y que el PCP se arriesgaba a perder terreno a menos que se rectificaran. Costa Gomes alertó que la «columna de Lisboa corre el riesgo de desgajarse del resto del país» y que «la revolución está teniendo lugar de una forma que el país no puede seguir». La división que estaba ocurriendo en el Consejo Revolucionario era el reflejo de las divisiones que se daban fuera. Vitor Alves diría más tarde (*Expresso*, 20 de septiembre de 1975) que el Consejo se había derrumbado y que por eso se había decidido concentrar el poder en las manos de un triunvirato. Este consistía en Vasco Gonçalves (reformismo del PCP), Costa Gomes («el Corcho») y Otelo (populismo). Este movimiento no solo no iba a resolver las divisiones, sino que terminaría por agravarlas.

El 7 de agosto, un grupo de oficiales del Consejo produjeron un documento práctico que iba a ser conocido como el «Documento de los Nueve». Estos nueve eran: los capitanes Vasco Lourenço y Sousa e Castro, los mayores Costa Neves, Canto e Castro, Melo Antunes and Vitor Alves, el comandante Vitor Crespo y los generales de brigada Francisco Charais y Pezerat Correia. Los dos últimos, comandantes de la regiones sur y central respectivamente –Corvacho, que apoyaba al PCP, era responsable del norte. Vasco Lourenço había sido el portavoz

del Consejo de la Revolución y Melo Antunes había escrito el Primer Programa de las Fuerzas Armadas. También había diseñado el borrador del plan económico previo al 11 de marzo; un plan que iba a ser descartado con las nacionalizaciones. Crespo y Alves habían sido miembros del «Movimiento de los Capitanes» desde sus orígenes, y habían estado profundamente involucrados en los acontecimientos posteriores. Junto con sus simpatizantes, formaban un bloque poderoso en el Consejo de la Revolución.

El punto esencial del «Documento de los Nueve» era que la revolución estaba sucediendo demasiado rápido y, como resultado, se estaba dañando el tejido social y cultura del país. El aparato del Estado estaba «degenerando en la anarquía». «El propio país está defraudado respecto a las esperanzas del 25 de abril», afirmaba, «y la brecha entre aquellos en Lisboa y los del Alentejo –y casi el resto del país– es cada día más grande». Rechazando tanto el modelo de organización burocrática del este de Europa, como los modelos de liderazgo y socialdemocracia del oeste, «Los Nueve» afirmaban que los problemas de la sociedad portuguesa necesitaban algo nuevo. Destacando la naturaleza de «izquierdas» de su proyecto, pedían que se establecieran vínculos con los países de la CEE y la AELC, así como con los «socialistas» y los de COMECON; en resumen, con cualquiera dispuesto a hacer negocios con Portugal. «Es necesario denunciar –decían– el espíritu fascista de un proyecto que se reclama socialista, pero que acaba como una dictadura burocrática contra las masas inertes de ciudadanos».

Mientras las señales de agitación social crecían a diario, los grupos de izquierda –desde el PCP a LUAR– condenaron el documento. Los firmantes fueron inmediatamente suspendidos de sus deberes en el Consejo –cuyas prácticas democráticas centralistas habían violado al hacer público el documento–, pero

siguieron al frente de sus tareas militares. Por mucho que hubieran querido, los simpatizantes del PCP en el Consejo y la Quinta División no tenían poder para degradarlos o destituirlos. La postura frente al documento fue casi unánime desde la izquierda, solo ciertos grupos maoístas –como el PCP-ml y AOC– lo apoyaron en oposición a las políticas socialfascistas del PCP.

El PS vio su oportunidad. Se apresuró a sacar su propio programa «para salvaguardar la revolución y superar la crisis» y lo propuso, junto con el «Documento de los Nueve», como base de un nuevo gobierno.

Cuatro días después, el 13 de agosto, un grupo de oficiales de COPCON publicó su propia interpretación de la crisis. Su documento juntaba de forma un tanto extraña textos que habían estado circulando por PRP-BR y UDP durante más de un mes. Titulado *Una propuesta obrera para un programa político* –y subtitulado *Una autocrítica de COPCON*–, culpaba a los partidos políticos de la coalición, sobre todo al PCP, de generar la crisis. La práctica de este último de ocupar las Juntas de Distrito y adjudicar las ayudas en función del color del partido había empeorado la situación de los pequeños agricultores. La dinamización cultural se había llevado a cabo, argumentaba el documento, sin el debido respeto por los hábitos culturales de los pueblos. Sin embargo, el PCP no era el único culpable, puesto que todos los partidos de la coalición eran responsables de las políticas gubernamentales. La solución no era hacerle concesiones a la derecha. El documento señalaba que los liberales que hacían concesiones a la derecha históricamente eran los primeros en caer. Reclamaba un «refuerzo de la alianza entre el MFA y el pueblo» y el fortalecimiento de los órganos de poder popular. Había que acabar con la dependencia del imperialismo, Portugal debía ser autosuficiente. Se tendrían que congelar los alquileres y abo-

lir la especulación con la vivienda. Debían instituirse la medicina socializada y la educación generalizada. El poder, según el documento de la COPCON, debía mantenerse en manos de las Fuerzas Armadas hasta que se formara una Asamblea Popular a nivel nacional. La elección de oficiales era la única forma de mantener la disciplina.

Ninguna de las vanguardias políticas podía esperar llevar a cabo el programa de COPCON. Ninguna tenía la base de masas necesaria. Todo el mundo era consciente de que la implementación de esa política por cualquiera de los grupos –por muy deseable que fuera el programa en sí– significaría una reestructuración de la sociedad portuguesa y de sus relaciones exteriores con las tendencias «china» o «rusa». La gente se daba cuenta de que esas sociedades eran una parodia grotesca del socialismo. Eran sociedades en las que el marxismo se había reducido a una «disciplina de la producción» determinada por una elite dirigente. No eran los trabajadores quienes decidían lo que era necesario, sino los líderes economistas. Las decisión sobre cómo producir, el qué, a qué coste, o a coste de quién, se tomaban según los intereses de la burocracia dominante. Los trabajadores tenían que llevar a cabo políticas que nunca habían decidido.

Parte de la crisis se debía a la ambigüedad sobre quién organizaría a las masas para el «socialismo». La gente discutía los asuntos que habían embrujado al movimiento comunista desde la revolución rusa. ¿Era necesario el Partido? ¿La «vanguardia» vendría del interior de la clase o «de fuera»? En la mente de algunos, los órganos de «poder popular» proveían los ladrillos con los que se podría construir el «Partido». Manipulando los comités de trabajadores y los comités de barrio –y manteniendo el control sobre ellos siempre que fuera posible– los distintos grupos leninistas escondían su propio vanguardismo. No obstante, la clase tenía otras ideas. El

número de manifestaciones apartidistas lo mostraba claramente. Es esas manifestaciones, cuando los grupos políticos trataban de izar sus banderas, se les increpaba: «Aquí no hay partidos».

Los firmantes de los dos documentos –«Los Nueve» y COPCON– se reunieron en una cena el 14 de agosto para trabajar en un tercer documento que combinara los puntos esenciales de ambos. Charais y Pezarat –comandantes del sur y del centro– se quejaban de que las propuestas de COPCON eran irrealizables. Las conversaciones fueron infructuosas. Muchas unidades apoyaban el documento de COPCON en las asambleas, pero muchos oficiales, e incluso las ADU, apoyaban a «los Nueve». Un alto mando en el sur dijo que la disciplina del ejército se estaba desintegrando y que ya no se sentía al mando de su propia unidad.

La Quinta División, influida por el PCP, criticó el documento de COPCON y pidió una investigación sobre las actividades de Vasco Lourenço y «los otros oficiales manipulados por el PS contra Vasco Gonçalves y los representantes del MFA». Sin embargo, sus intentos por urdir una trama creíble fracasaron.

El PS y el PPD lanzaron una nueva ofensiva contra el gobierno de Gonçalves. Convocaron manifestaciones que sacaron a diez mil personas a las calles coreando «Fuera Vasco», «Por un gobierno de salvación nacional». Debido a las amenazas fue necesario emplazar una reunión del PCP en Oporto. El 13 de agosto, soldados en Braga se negaron a proteger la sede del MDP a pesar de las órdenes recibidas por Corvacho, el comandante del norte.

El 18 de agosto, Vasco Gonçalves dio un discurso en Almada –en Lisboa, pero al otro lado del río– que iba a convertirse en su epitafio. El lenguaje del PCP y el suyo empezaban a ser

indistinguibles. Proclamó su convicción de que el capitalismo de Estado era el siguiente paso en la transición al «socialismo». Destacaba la necesidad de una vanguardia fuerte basada en los sindicatos y un poder centralizado sólido radicado en el Quinto Gobierno. Pero por más que reclamara semejante «vanguardia» y tal «poder», estos simplemente no existían. Ni los trabajadores industriales en el norte o en el sur, ni los campesinos y jornaleros en el norte, confiaban en Intersindical o en el Quinto Gobierno. Decidido, Gonçalves fue todavía más allá. Dijo que si era necesario llevar a cabo su programa con «fuerzas reducidas», estaba dispuesto a hacerlo.

El mismo día, el PCP convocó una huelga general de media hora. Fue completamente ignorada. Al mismo tiempo, algunos comités de trabajadores y de barrio de PRP-BR y UDP convocaron una manifestación, el 20 de agosto, en apoyo al documento de COPCON. El día antes, Radio Renascença mantuvo sus canales abiertos para los grupos que apoyaban la manifestación. El movimiento creció como una bola de nieve. Al final, entre doscientos y doscientos cincuenta comités apoyaron formalmente lo que se convirtió en una de las mayores manifestaciones en Portugal desde la de *unicidade* en enero de 1975. Casi setenta mil personas marcharon a Sao Bento. Los trabajadores del campo llegaron desde Ribatejo y el Alentejo a Lisboa en riadas de tractores y camiones, portando pancartas en las que se leía «Revolución Agraria».

Después de una virtuosa exhibición de acrobacia política, el PCP terminó «apoyando» la manifestación que habían denunciado una semana antes. Los lemas principales fueron: «Aplicación inmediata del documento de COPCON», «Muerte al ELP y a aquellos que lo defiendan», «Fin de la miseria para la gente del campo», «Soldados y marineros, obreros y campesinos, uni-

dos ganaremos», «Contra el fascismo, contra el capital, ofensiva popular», «Contra el imperialismo, independencia nacional» y «Derecho al trabajo».

Todo el énfasis de la manifestación había cambiado. Originalmente, se había planeado como una manifestación «en apoyo al documento de COPCON» y ahora se convertía en una a favor del Quinto Gobierno. El episodio fue una clara ilustración del poder de movilización que todavía tenía el PCP, cuya actitud pareció ser «si no puedes hacerles frente, únete a ellos». Muchos grupos de izquierda jugaban a lo mismo. Apoyaban al Quinto Gobierno, a menudo de forma acrítica. «Defendían» al PCP-MDP –en mayor o menor medida dependiendo del grupo– a costa de no debatir de forma abierta y honesta los problemas de la clase. Sus actitudes esta una extraña mezcla de oportunismo y sectarismo. Algunos incluso proclamaban que no había debate posible con los pequeños agricultores… porque eran pequeños agricultores. Sin embargo, muchos de estos pequeños propietarios eran perfectamente conscientes de las divisiones de clase, algunos incluso ponían los intereses del proletariado por encima de lo que parecían sus propios intereses.

El 25 de agosto se estableció el Frente de Unidad Revolucionaria (FUR). Acabaría siendo uno de los flirteos políticos entre el Partido Comunista y la «izquierda» más breves de la historia. Aparte del PCP, el «Frente» estaba compuesto por compañeros de cama tan raros como MDP, FSP, PRP, MES, LCI, LUAR y el grupo maoísta Primero de Mayo. Todos estaban convencidos de que a través de esa «alianza» daban un paso hacia el poder político, y todos estaban dispuestos a permitir que el PCP hiciera el camino por ellos en esta dirección en particular. A pesar de sus críticas al PCP, la izquierda estaba dispuesta a apoyar al Quinto Gobierno cuando las cartas estuvieran boca arriba.

Se justificaban diciendo que este gobierno sería mejor que cualquier Sexto concebible y que por tanto necesitaba apoyo.

El 26 de agosto, un día después de formarse, el FUR convocó una manifestación. El lema era: «La continuación del proceso revolucionario». Antes de que la marcha diera comienzo, el grupo maoísta Primero de Mayo lo abandonó. Entonces el PCP introdujo otras consignas que no eran las acordadas y, tras la marcha del PRP y el MES, la manifestación resultó ser un fiasco. Al día siguiente, el PCP fue expulsado del FUR, con lo que perdieron su única oportunidad de entrar al gobierno.

Todos los grupos del FUR tenían sus propias ideas sobre cómo construir el partido de la clase obrera. MES y PRP-BR quizá fueran los típicos grupos izquierdistas. Querían fortalecer primero los grupos de base, con la esperanza de que luego estos tomaran el poder –mientras ellos mantenían un papel de liderazgo. Más tarde, se formaría el «verdadero» partido del proletariado.

Sin embargo, la idea de la revolución «desde fuera» era cuestionada repetidamente por la propia base. El FUR solo era una vanguardia para sí mismo. La gran mayoría de los grupos de base, donde los había, tenían poco que ver con él. En conjunto, estaba formado por intelectuales pequeñoburgueses –antiguos estudiantes, profesores y profesionales– con la idea de «salvar a la clase obrera» –o utilizarla conscientemente para sus propios objetivos. La diferencia con grupos similares de otros países es que aquí tenían un vago y efímero apoyo por parte de la base. Aun así, para la mayoría de los trabajadores esas idas y venidas ideológicas de las facciones eran incomprensibles. Se hartaban de problemas que sentían que no tenían nada que ver con ellos y se retiraban a la apatía.

A pesar del apoyo que llegaba a cuentagotas de oficiales de la Quinta División o de la Armada, el Quinto Gobierno estaba acabado. La mayoría de los oficiales, y muchas unidades, apoyaba a «los Nueve». Al verse cerca del final, el gobierno aceleró una serie de leyes que incluían más nacionalizaciones –como la del gigantesco monopolio de CUF.

En el norte se seguían quemando oficinas del PCP sin descanso. El PS y el PPD empezaban a hablar de un nuevo gobierno. A través de la radio fluían acusaciones y contraacusaciones. En Leiria, en el centro, fueron atacadas oficinas del PCP y el MDP. Los militantes del PCP que acudieron desde las ciudades cercanas, armados, para defender sus sedes fueron arrestados. En el sur y en el centro, unas unidades pedían la dimisión de los oficiales de derechas, mientras en el norte otras pedían el *saneamento* de Corvacho –el comandante del PCP. Es difícil discernir con exactitud cuál era la relación de fuerzas. Salían a la luz todo tipo de comunicados ambiguos.

Al principio, el PCP reaccionó produciendo más y más pósteres de «MFA-VASCO-POVO», en un intento de personalizar la revolución en la figura de Vasco Gonçalves. Pero el triunvirato se derrumbó cuando Otelo rompió finalmente con este en la Asamblea del MFA de Tancos[14]. Buena parte de la base del MFA que apoyaba al Quinto Gobierno cayó con él. Cuando el PCP se dio cuenta de que estaba en apuros en la calle, con la izquierda, etc. –y viendo que Gonçalves era un lastre– comenzó a negociar con el PS y el PPD con vistas a lograr un puesto en el Sexto Gobierno.

14. Ver en el próximo apartado.

El Sexto Gobierno y el avance de «los Nueve»

El Quinto Gobierno dimitió el 9 de septiembre. Diez días más tarde ocupó su lugar el Sexto. Entretanto, se había producido un cambio importante en el centro neurálgico del poder militar. En la Asamblea General del MFA del 6 de septiembre, en Tancos, el «Grupo de los Nueve», con Melo Antunes a la cabeza, logró persuadir a la mayoría de los delegados de que no aceptaran la reelección de Vasco Gonçalves. Los enviados de la Fuerza Aérea, fundamentalmente de derechas, forzaron una moción contra él. Habiendo perdido la mayoría, Gonçalves tuvo que dimitir. Las repercusiones de estos hechos iban a afectar a toda la estructura de poder del MFA.

Con la marcha de diez miembros cercanos a Gonçalves –incluyendo a Corvacho, el comandante del norte, y Costa Martins, exministro de Trabajo– los veintinueve miembros del consejo se vieron reducidos a diecinueve. Se tomó la decisión de no reemplazar a los oficiales salientes. De esos diecinueve, siete serían elegidos por el presidente y doce por cada una de las tres ramas de las Fuerzas Armadas – tres la Marina, tres la Fuerza Aérea y seis el Ejército de Tierra. La composición política de este nuevo consejo favorecía mucho a «los Nueve».

La hegemonía gonçalvista del PCP que se había desarrollado durante los gobiernos Cuarto y Quinto se había deshecho. El partido tuvo dificultades incluso para constituirse como oposición significativa dentro del MFA. Jugaron la partida del poder y perdieron, y en ese proceso fueron literalmente desalojados de los eslabones de alto rango del aparato militar. Fuera de la cabeza de este escalafón en concreto, el PCP empezó a apoyar y manipular a los grupos de base buscando así presionar al MFA para que reintegrara a alguno de sus miembros.

Al nuevo Consejo no le fue mucho mejor. Su primera intentona fue un fracaso total. Prohibió a todas las unidades producir textos o emitir manifiestos, a menos que hubieran sido aprobados primero por el propio Consejo. La directriz fue condenada en toda la prensa y las unidades simplemente la ignoraron. Su objetivo era impedir que grupos como los SUV (Soldados Unidos Vencerán), que habían surgido a principios de septiembre, hicieran comunicados políticos. Pronto fue evidente que esta orden no podía ser aplicada.

El almirante Pinheiro de Acevedo pasó a ser el primer ministro del Sexto Gobierno Provisional. Había sido miembro fundador del «Movimiento de los Capitanes» y había dirigido el asalto a las oficinas de la PIDE el 25 de abril. El régimen todavía necesitaba una imagen radical, aunque solo fuera para envolver la píldora de lo que iba a proponer. Los objetivos de la nueva administración fueron detallados sin ningún tipo de ambigüedad:

1) Establecer su propia legitimidad.
2) Garantizar el funcionamiento de la Asamblea Constituyente.
3) Descentralizar la administración.
4) Evitar que las purgas tomaran una forma «arbitraria».
5) Crear las condiciones para que pudieran funcionar los juzgados.
6) Promover una legislación que castigase a los civiles armados.
7) Reanimar el sector privado y reestructurar el sector estatal.
8) Fortalecer las relaciones con los países de la CEE y AELC.

El Sexto Gobierno estaba compuesto por cuatro ministros del PS, dos del PPD, uno de SEDES y uno del PCP. Las cuatro plazas «militares» fueron ocupadas por oficiales que apoyaban a «los Nueve». Los dos independientes eran completamente de centro. La creación de un nuevo gobierno fue aclamada, tanto por el PS como por el PPD, como una «victoria de la democracia». Internacionalmente fue bien recibido por las clases dirigentes. EEUU y la CEE se comprometieron a enviar ayuda masiva. Sin embargo, iba a quedar claro que el problema de gobernar Portugal no sería sencillo.

XIII. La situación en la clase

Mientras el norte explotaba en un aluvión de acciones «anticomunistas», el sur evolucionaba de forma totalmente distinta. La crisis política se agudizaba. Amplios sectores de la sociedad se oponían a la vez al recién formado Sexto Gobierno y al «Consejo de la Revolución» desde lugares muy distintos. En muchos aspectos, el Sexto Gobierno solo era una realidad nominal. En aquel momento no existía un solo Estado en Portugal, sino varios «paralelos».

La caída del aparato del Estado tuvo dos consecuencias inmediatas. La primera, y más importante, fue que los trabajadores, tanto industriales como agrícolas, podían ejercer más presión sobre sus empleadores. La segunda fue que varios grupos trataron las reivindicaciones de manera completamente demagógica. Todo se vio incrementado: la manipulación de la prensa, la fachada de las organizaciones fingiendo ser «grupos apartidistas unidos», las mentiras «triunfalistas» en la radio y los periódicos –en un optimismo que había perdido la cabeza–, etc.

El PCP tenía un pie en el Sexto Gobierno, pero también se oponía a él desde fuera. FUR y UDP, cada uno a su manera,

hacían llamamientos a un «Gobierno Obrero Revolucionario». Sus proyectos de capitalismo de Estado y de «independencia nacional» tenían más fuerza a nivel de los medios que en términos de apoyo real. La plataforma de FUR, creada el 25 de agosto de 1975, veía el documento de COPCON y el documento del PCP –*Líneas de acción programada y tareas de transición*– como una base para la acción en común. Después de la separación con el PCP, todavía explicaban la necesidad de su propia existencia de la siguiente manera:

«Ahora el proceso revolucionario se encuentra en un punto muerto… es necesario cerrar filas y prepararse para el combate. La burguesía está intentando ganar el terreno perdido el 11 de marzo, y debemos oponernos a las fuerzas reaccionarias con una ofensiva revolucionaria. En este momento, cuando las fuerzas reaccionarias están extendiendo la confusión y la discordia entre los trabajadores… es necesario unir las fuerzas revolucionarias contra la socialdemocracia y el fascismo». (*A Capital*, 12 de septiembre de 1975).

Para FUR, los grandes enemigos eran el PS, el PPD y la extrema derecha –que utilizaba estos grupos como tapadera. Aunque no había ninguna duda de que la reacción estaba a la ofensiva. Se difundían informes que hablaban de dinero de la CIA lloviendo en Portugal (*New York Times*, 25 de septiembre de 1975). Circulaban hasta siete millones de dólares en billetes falsos de veinte dólares. También llegaban, tanto a Angola como a Portugal, grandes cantidades de dinero ruso.

Reducido a un extraño remanente de seis grupos (MDP, PRP-BR, FSP, MES, LUAR y LCI), FUR emitió un manifiesto el 9 de septiembre. Culpaban a la Iglesia, a «los Nueve», a los refugiados angoleños, a los «grupos económicos», a los «golpistas de las Fuerzas Armadas». Alertaban que la disolución de

varias unidades, como la Quinta División, estaba preparando el terreno para un golpe de derechas. Sin duda, el punto fuerte de FUR era la manipulación del gran espectáculo. Más adelante examinaré de forma separada su uso de la prensa y los medios.

Las ocupaciones de tierras seguían aumentando. A finales de septiembre diez mil ochocientos trabajadores habían tomado 393 000 hectáreas, y en noviembre ya eran más de un millón. Es decir, en menos de dos meses, se había triplicado el número de ocupaciones. El motivo principal fue la ausencia de control estatal. Los burócratas y representantes habían bajado el ritmo de sus inventarios y del desarrollo de sus políticas de capitalismo de Estado para la producción agrícola. La GNR –siempre el principal guardián del orden en el campo– había sido parcialmente neutralizada. En este contexto, la revolución agraria siguió adelante. Los trabajadores se tomaron la justicia por su mano. No esperaron, y ocuparon sin preocuparse de las formalidades «necesarias», es decir sin preocuparse debidamente de los «requerimientos» legales como obtener el apoyo del IRA. El sentimiento era que se trataba del momento propicio de ocupar, ahora que la GNR era débil. Cientos de trabajadores agrícolas impusieron ocupaciones en las regiones de Beja, Portalegre, Évora, Setúbal, Santarem, Lisboa, Faro y Castelo Branco. La debilidad del aparato de Estado impedía a los técnicos del IRA legalizar inmediatamente la mayoría de las ocupaciones.

Los nombres de las nuevas cooperativas hablan por sí mismos: «Váyanse al infierno», «Ahora o nunca», «Nuevas almas», «Muro de acero», «Estrella resplandeciente», «Libertad o muerte», «Soldado Luis», «Otelo Saraiva de Carvalho»… pero también «Estrella Roja», «Libertad o fascismo», «Vasco Gonçalves» o, incluso, «Bento de Jesús Caraca[15]».

15. Se trataba de un matemático antiguo militante del PCP. (N. del T.)

Asambleas populares

En muchas zonas, los grupos de base entendían perfectamente la necesidad de coordinar sus luchas. La estrechez mental no era una de sus debilidades. Eran profundamente conscientes de la necesidad de autodefensa, algo de lo que por sí mismos tendrían muy difícil proveerse. Soldados y trabajadores intentaron establecer contactos sin la mediación de los partidos. Los distintos grupos leninistas funcionaban dentro de estas organizaciones autónomas, pero, si querían tomar parte, tenían que ocultar sus alineaciones partidistas.

En Marvila, cerca del aeropuerto de Lisboa, las tropas de RAL-1 se reunieron con comités de moradores y de trabajadores. Alrededor de veintitrés de esos comités, colectivos y cooperativas fundaron lo que iba a ser conocido como asamblea popular, que se definía a sí misma, y sus funciones, en los siguientes términos:

La Asamblea Popular de Marvila:

1. *Es una organización de trabajadores y habitantes de Marvila. Es autónoma, apartidista y busca representar sus propios intereses a todos los niveles.*
2. *Reconoce los comités de trabajadores y los comités de moradores ya elegidos.*
3. *Reforzará la alianza entre las masas populares y el MFA, garantizada por los comités antes mencionados y las ADUS de RAL-1.*
4. *Busca movilizarse por una sociedad socialista, contribuyendo a la solución de los problemas más urgentes.*

5. *Representa a las organizaciones y aspiraciones de clase de los trabajadores.*

6. *Progresivamente, deberá reemplazar a los órganos del aparato de Estado, actualmente decrépitos e ineficaces, y tomar en sus manos el poder para legislar, a nivel local, sobre los problemas que afectan a los trabajadores.*

La Asamblea Popular de Marvila está compuesta por comités de moradores y comités de trabajadores, con un representante de la Junta de Distrito y un representante de los centros sociales. Habrá un delegado para los colectivos de menos de doscientos miembros y dos delegados para los colectivos de mil miembros. También habrá representantes de las ADU de RAL-1.

La primera acción de la asamblea fue la recolección y filtro de información sobre la zona: empresas en dificultades, casos de sabotaje económico, problemas de vivienda, transporte y alcantarillado, etc.

A principios de septiembre surgían, o planeaban surgir, muchas otras asambleas. La mayoría eran de Lisboa, pero aparecieron algunas en Faro, Coimbra, Oporto y Braga. En ciertas áreas participaron miembros del PS, pero, en general, la participación de los partidos se limitó a los grupos a la izquierda de este.

Se ocuparon casas y se crearon parques. Brotaban centros sociales donde antes no habían existido. En general, se vivió una gran explosión de energía. Incluso en las ciudades del norte, tachadas de «reaccionarias» y «anticomunistas», la autoorganización en busca de una mejora de las zonas de vida no estuvo ausente del todo.

En Setúbal, la asamblea popular decretó un techo mensual para los alquileres de quinientos escudos por habitación. Este

«alquiler social» se puso en práctica en toda la ciudad. Se creó un fondo para mejorar los barrios, construir zonas recreativas y planificar parques y zonas comunes.

La unión de soldados de las ADUS y delegados de los comités relacionados con el trabajo y la vivienda representa un intento muy interesante de derribar las barreras que tradicionalmente separan estas tareas. Pero, como en muchas otras áreas, las formas por sí solas eran insuficientes. Los militantes más activos de las asambleas populares eran leninistas de un tipo u otro, con todo lo que ello implica en términos de comportamiento y preocupaciones.

Vida cotidiana en las cooperativas

No puede haber un levantamiento revolucionario significativo sin un cambio en la forma de vida de las personas. Si uno compara la vida cotidiana en 1975 con cómo era en 1973, o incluso en 1974, había una clara diferencia. Las señales externas eran suficientemente evidentes. Los políticos hacían giras por los pueblos del sur dando entre tres y cinco grandes mítines al día en los que «daban la vuelta a bonitas frases marxistas». Las estaciones de radio ponían canciones de revuelta a todo volumen. Pero también había agitación en los gestos y los hábitos culturales, y aquí era donde tenían lugar los cambios más importantes. Era en la profundidad de ese sentimiento donde intentaba desarrollarse la verdadera revolución. Es mucho más fácil cambiar regímenes que cambiar vidas.

Si los trabajadores luchan con éxito, el único perdedor es el patrón. Es a él a quien le entra el pánico o a quien le da un

ataque al corazón, el que huye o emigra a Brasil. Los trabajadores quedan deslumbrados, libres para empezar de nuevo. Sus historias a veces cuentan en unas pocas líneas lo que páginas de estadísticas no pueden expresar.

La cooperativa agrícola de Casebres fue establecida en febrero de 1975 y comprendía casi cuatro mil hectáreas. En muchos sentidos, había sido un modelo de ocupación y ahora prometía ser una cooperativa modelo, un ejemplo para otras. Los viejos patrones habían dejado la tierra en barbecho, utilizando algunas partes como terrenos de caza para latifundistas portugueses y sus amigos alemanes y estadounidenses. Ahora se había trabajado la tierra y crecían diferentes cultivos. Los trabajadores eran comunistas de pura cepa: la tierra y todo lo que hay en ella es de todos, decían. En marzo de 1975 erigieron un gran letrero en la entrada proclamando «la dictadura del proletariado».

Álvaro Cunhal iba a visitar la cooperativa, y se envió delante a una tropa de asistentes para tantear el recibimiento. El letrero de la puerta es «correcto ideológicamente –explicó el PCP–, pero hay que retirarlo. Hay que ganar las elecciones». «Pero está en vuestros escritos –argumentó uno de los trabajadores–. Lo vimos ahí». «Hay un error –explicó el delegado del PCP–. En el Séptimo Congreso del Partido votamos en contra de la dictadura del proletariado». Los trabajadores insistieron. «Ves, aquí está», afirmaban sacando una copia manoseada de las *Obras de Marx y Engels* para probarlo. Los militantes del PCP de Lisboa no sabían qué decir. Estaban completamente perdidos.

Esta otra historia muestra un profundo sentido de justicia de clase y de principios comunistas. En una entrevista en RTP que realizó un grupo del PCP a los trabajadores de una cooperativa cerca de Évora, el moderador fue interrumpido cuando

repetía la consigna habitual: «la tierra para quien la trabaja». Un trabajador le dijo que la consigna estaba mal. Debería ser: «la tierra para todos los que trabajan». Y entonces pasó a explicar cómo funcionaba la cooperativa: «este coge más porque necesita más, y este coge menos porque necesita menos».

No obstante, también había zonas oscuras. En una cooperativa con dos tractores, a menudo había disputas para ver quién debía utilizarlos. En Aveiras de Cima, una granja autogestionada a 40 km al norte de Lisboa, este problema llevó a una pelea entre los trabajadores. En ocasiones, en la raíz de amargas disputas había conflictos relacionados con la división del trabajo. El trabajo doméstico era uno de estos casos. En la cantina de «la Comuna» –una mansión del siglo XIX que pertenecía al duque de Lafões y que incluía una librería, salas de reuniones, una escuela y un centro médico– había un letrero que afirmaba abiertamente: «El que se deja los platos sucios en la pila para que otro los friegue, se deja también su socialismo». En una reunión se había criticado la falta de iniciativa de los hombres de la zona, y una «huelga» de las mujeres obligó a que el trabajo se repartiera más equitativamente. A pesar de esto, y pese a sus quejas, las mujeres siguieron fregando y haciendo el trabajo doméstico.

La asignación de tareas variaba de una cooperativa a otra. En las mejor organizadas se estableció una rotación. Pero a menudo el trabajo no se hacía cuando se debía. La mayoría de las veces simplemente se dejaba así, pero había casos en los que unos trabajadores disciplinaban a otros.

Otro problema fue el alcoholismo. Después de Francia, Portugal es el país que más alcohol consume por habitante. Al menos es lo que dice la OCDE, pero con todos los licores caseros –tanto vino como aguardiente– es bastante probable que Portugal consuma más. La mayoría del vino se bebe en el campo.

En cooperativas cerca de Évora muchos hombres bebían hasta cinco litros al día. Algunos, incluso más.

En la cooperativa de Torre Bela, en la región de Azambuja, al norte de Lisboa, las mujeres mantuvieron una reunión para debatir los hábitos de beber de los hombres. Se decidió que estaban bebiendo demasiado y que había que establecer un límite. El compromiso que se alcanzó fue que el límite sería… ¡cuatro litros!

A menudo la embriaguez señalaba fuertes divisiones. Había peleas y reyertas, y la producción se resentía. En muchos sitios, junto con la tierra, se había ocupado la casa del antiguo propietario. Se mudaban a ella entre ocho y diez personas. Los hombres se sentaban alrededor del fuego bebiendo y hablando hasta la madrugada, haciendo que otros perdieran horas de sueño y estuvieran cansados al día siguiente.

La fábrica de muebles Nefil, cerca de Oporto, había empezado a autogestionarse a finales de 1974. Las relaciones en la planta mejoraron mucho y una de las mejoras más populares había sido la construcción de un bar en las instalaciones. El único problema fue que los trabajadores empezaron a utilizarlo. La producción se desplomó. Cuando se encontró a uno de los miembros de comité roncando alegremente debajo de una de las máquinas se convocó una reunión y se decidió cerrar el bar. Más tarde los trabajadores revocaron la decisión y votaron mantener el bar abierto –durante ciertas horas. No fue el único caso.

La embriaguez a veces producía situaciones divertidas. Durante la campaña electoral de abril de 1975 se prohibió arrancar los carteles de otros grupos. En Lisboa, muchos militantes de MRPP fueron encarcelados por hacerlo –se centraban sobre todo en los del PCP. Un cooperativista de mediana edad fue parado por la policía por arrancar un cartel del PS. El hombre esta visiblemente borracho y había utilizado el cartel para

envolver un pedazo de pollo. Cuando la policía le registró le encontraron un carnet del Partido Socialista.

Muchos militantes se tomaron la campaña electoral con una seriedad que rozaba la obsesión. Las actitudes legalistas se desbocaron por todo Portugal. Todo tenía que estar dispuesto en el papeleo y se necesitaba un sinfín de firmas para llevar a cabo cualquier trámite legal. Muchos partidos empezaron la campaña un par de horas antes de la medianoche. Cuando unos militantes del PPD descubrieron a un grupo arrancando los carteles de todos los partidos, amenazaron con llamar a la policía. Los saboteadores señalaron que todavía quedaban diez minutos para las doce y que la regulación aún no era aplicable. Los militantes sintieron que se habían burlado de ellos y se marcharon. Otros se tomaron las cosas de forma menos dócil. Las batallas callejeras entre el MRPP y el PCP se resolvían con amenazas de tiros. En una ocasión, militantes de UDP lanzaron al río a un militante del MRPP al que habían pillado falsificando una de sus notificaciones. El hombre no sabía nadar y se ahogó. En general, siempre aparecían las fuerzas de COPCON y «restauraban el orden», pero en la mayoría de casos apoyaban más al PCP que al «ilegalizado» MRPP.

Los partidos a favor del capitalismo de Estado que se situaban a la izquierda del PCP normalmente eran muy puritanos. Los maoístas eran especialmente notorios en este aspecto, idealizando el ascetismo, la monogamia y siendo muy duros con las relaciones extramatrimoniales. Hubo muchos trabajadores jóvenes que abandonaron el MRPP porque, como dicen los portugueses, *gostavam de copos*[16]. De alguna forma, los partidos reforzaron bastante el moralismo tradicional del país.

16. Expresión portuguesa que significa que les gustaba el alcohol; generalmente se usa para referirse a contextos sociales en los que se bebe. (N. del T.)

Pese a toda la libertad para manifestarse y acudir a asambleas, las actitudes cotidianas y las relaciones no habían cambiado demasiado. Los hombres seguían yendo a las tascas y las mujeres, aunque ahora podían asistir a reuniones, generalmente se quedaban en casa. Se habían dado más cambios en las cooperativas rurales que en las ciudades.

Claramente, el modo de vida no fue alterado de la noche a la mañana. El establecimiento de guarderías por todo el país fue algo positivo, aunque no fue resultado de la planificación estatal. Liberó a las mujeres del cuidado constante de los niños, pero un nivel de desempleo del 12% no las liberaba precisamente para poder ir a la fábrica. Los jardines de infancia eran organizados a través de los comités de barrio por mujeres locales, a las que a menudo ayudaban profesores progresistas u otros jóvenes profesionales. También se construyeron muchos parques.

Dentro de las cooperativas y las fábricas autogestionadas las relaciones de trabajo cambiaron de forma evidente. Los trabajadores tenían más libertad para ir y venir. En muchos casos podían llegar tarde e irse más tarde todavía. Lo importante era no parasitar el trabajo de los demás. Esta conciencia, sin embargo, no era la misma en todos sitios. En algunas situaciones, los comités empezaron a comportarse como si fueran los nuevos jefes. Las decisiones no siempre se tomaban en común y ciertos comités ocasionalmente husmeaban alrededor de los trabajadores. En la fábrica textil de Jotocar, en Vila Nova de Gaia, cerca de Oporto, se dio un caso de este tipo. El comité de trabajadores, compuesto por miembros del Sindicato de Trabajadores Textiles, pasaba más tiempo haciendo política «nacional» que ocupándose de los problemas de la fábrica. Esto llevó a que fuera «despedido» por los trabajadores, acusado de estar orientado hacia intereses

partidistas; concretamente del PCP. En muchos otros casos, los trabajadores no estaban tan vigilantes y el comité se convirtió en una organización burocratizada con poco contacto con la base. En la cooperativa agrícola de Torre Bela –cuya mansión también había pertenecido al duque Lafões– Camilo Mortigna, líder del comité y ex militante de LUAR, había requisado para sí la habitación principal. También pasaba más tiempo en otras cooperativas que en la suya propia.

Estos casos, y las fricciones que producían, provocaban altercados en la vida diaria. Los intentos por resolver los problemas que se derivaban ofrecían una rica lección de entendimiento mutuo.

Las cooperativas eran lo que sus miembros hacían de ellas. Unas fueron mucho más radicales que otras. Cooperativas con nombres como «Estrella Roja» o «Los pasos de Lenin» funcionaban con instrucciones del Sindicato de Trabajadores Agrícolas de Beja, plaza fuerte del PCP. En estas, la vida cambió muy poco, aunque el trabajo estuviera organizado comunalmente, y los miembros no podían evitar algunos de los problemas inherentes a esa dominación. Otras cooperativas más autónomas intentaron establecer relaciones de trabajo muy diferentes para lidiar con sus conflictos.

Tomemos por ejemplo el caso de Argea, un pueblo de unos trescientos habitantes a veinte kilómetros de Santarem. Allí, la cooperativa se estableció inicialmente por un grupo de intelectuales de Lisboa. Debido al nivel de desempleo del pueblo, enseguida integró a muchos de los paisanos locales. De hecho, pronto se convirtieron en mayoría. La sospecha inicial con la que los autóctonos veían la cooperativa se transformó eventualmente en un apoyo entusiasta. Se estableció una carnicería colectivizada en el pueblo –para molestia del carnicero residente

que se vio obligado a bajar los precios– y una cantina local. La gente que no estaba vinculada a la cooperativa podía comer allí, siempre que ayudara en la rotación de tareas que compartían todos los simpatizantes.

Quizá el problema más complejo era organizar la acomodación en las fincas ocupadas. El espacio era escaso y cuando solo había dos o tres casas había que compartirlas. La unidad familiar sufrió algunas modificaciones. La idea de familias individuales que luchan por su cuenta fue superada enseguida; la supervivencia económica de la cooperativa era una preocupación comunal.

En la cooperativa de Unhais da Serra[17] los trabajadores pidieron que se enviaran tropas para protegerlos de un ataque inesperado de los patrones. Los dos soldados se paseaban todo el día por ahí con la lujuria colgando de sus rifles automáticos G3. Cuando se descubrió que estaban manteniendo relaciones sexuales con algunas de las esposas dejaron de ser tan bienvenidos. Uno de los trabajadores dijo que había sido un error pedir ayuda del exterior, que dependía de los trabajadores defenderse a sí mismos.

Las actitudes acerca de los asuntos sexuales siempre ofrecían una rica perspectiva sobre la vida cotidiana en la fábrica. En Portugal, el moralismo sexual estaba muy extendido debido a la influencia de la Iglesia Católica. Hay muchas expresiones de burla en portugués, normalmente dirigidas hacia las mujeres. Siempre se las responsabilizaba de «dudosa moral» mucho más que a los hombres.

No obstante, también se dieron respuestas de clase a los problemas sexuales. Cuando, a finales del verano de 1975, todo Portugal se vio inundado por «revolucionarios» de toda Europa,

17. Ver el capítulo 10, página 291.

muchos trajeron problemas con ellos que los trabajadores portugueses bien se podrían haber ahorrado. La emigración a Portugal siempre había sido un fenómeno predominantemente burgués y los habitantes extranjeros rara vez se relacionaban con los nativos. Vivían en sus villas del Algarve o en las «comunidades foráneas» de Estoril y Cascais. Los nuevos «turistas revolucionarios» eran diferentes. Acudían a Portugal a observar el proceso revolucionario. Muchos visitaban las cooperativas agrícolas para «trabajar» junto con los trabajadores. Se quedaban durante un mes o seis semanas y luego se iban.

Al principio eran bienvenidos. Sin embargo, muchos de estos visitantes creaban más problemas de los que ayudaban a resolver. Tenían muy poco respeto por la autonomía de los trabajadores y no entendían la profundidad, el significado personal, de estas luchas. En muchos casos, incluso llegaron a decirles a los trabajadores cuál era la mejor manera de gestionar sus problemas. En Torre Bela, por ejemplo, los trabajadores decidieron limitar el número de «ayudantes» a seis. Los ocho extranjeros que había en aquel momento se reunieron y «decidieron no aceptar la decisión». Los trabajadores estaban molestos, pero intentaron explicar la situación en términos de clase: «*Vosotros, en vuestras universidades alemanas, puede que tengáis problemas. Nosotros os ayudamos enviándoos buenos vinos y quesos. Durante las vacaciones podéis venir aquí y trabajar. ¿Pero creéis que podemos ir nosotros allí y decirle al director de vuestra universidad cómo llevar el sitio?*».

A finales de verano, también visitaron Portugal algunos izquierdistas suecos que se alojaron en varias cooperativas, incluyendo «Estrella Roja» y «Torre Bela». Las mujeres a menudo aparecían en los campos con poca ropa. El contraste entre estas

chicas, desnudas bajo los vaqueros y las camisetas, y las mujeres de los trabajadores, intimidadas y profusamente ataviadas, era enorme. Cuando empezaron a darse relaciones sexuales entre los hombres y las chicas, las mujeres de la cooperativa se sintieron heridas y traicionadas. Después de reunirse y discutir el problema decidieron expulsar a las burguesas. Independientemente de los comentarios que se puedan hacer sobre el «oportunismo» de los hombres, las mujeres experimentaron el comportamiento de estas chicas como una forma de terrorismo.

Muchos de estos problemas fueron arrojados a las vidas diarias de los trabajadores. Se resolvieron, o no, de las formas más diversas. En todo caso, la discusión era desenfrenada, a veces educada, a veces no, y estas fueron algunas de las experiencias más ricas que se vivieron.

A veces las cosas llegaban a niveles surrealistas. Un latifundista de Elvas resultó ser también el propietario de la compañía local de taxis. Sus tierras habían sido ocupadas y sus conductores pensaron que se trataba de un buen ejemplo. Aparecieron en masa en el Centro de Reforma Agraria y pidieron que se legalizara la toma de sus taxis.

El comportamiento de la gente no siempre siguió pautas racionales. Muchos trabajadores se enfadaban, pero la vida era así. Cuando una cooperativa se enfrentaba al caos debido a problemas internos, algunos de los trabajadores más mayores amenazaban con marcharse. Y algunos lo hacían. Volvieron a sus pueblos y buscaron trabajo allí. Al tiempo, algunos volvían y se reintegraban. Otros no volvieron jamás.

¿Y más allá de los comités locales de trabajadores?

Muchas de las setecientas cooperativas solo sobrevivieron gracias a las horas extra o debido a préstamos de ayuda del gobierno. Se enfrentaban a los mismos problemas que las empresas privadas, e incluso más. Debido al boicot de las compañías internacionales, y la negativa de los mercados, solo sobrevivían por medio de dos métodos interrelacionados.

En primer lugar, a través de créditos. Uno de los líderes de la CIP estimaba que la circulación de papel moneda durante los últimos meses de 1975 había pasado de mil cien millones de escudos a tres mil setecientos millones de escudos. Muchas de las compañías autogestionadas habrían quebrado de no haber sido por el incremento constante de los préstamos bancarios. Semejante aumento del papel moneda significaba una tasa de inflación de entre el 50% y el 100%.

Los créditos otorgados, ya fuera a unidades industriales o agrícolas, constituían una manipulación política de primer orden. Las cooperativas del PCP tuvieron asegurado el crédito con el Quinto Gobierno; las del PS tuvieron que esperar al Sexto.

El segundo sistema de apoyo a las cooperativas vino de los propios trabajadores. La «Cooperativa 25 de abril» comenzó a construir viviendas en los poblados chabolistas después de ganar un contrato de seiscientos pisos. Los trabajadores de los astilleros de Lisnave encargaban sus monos de trabajo a compañías autogestionadas. Las cooperativas agrícolas organizaban mercados a través de los comités de barrio y vendían sus productos directamente a la población. La Federación de Comités de Barrio de Setúbal obtenía sus productos de las cooperativas agrícolas de la región de Azambuja, mientras que los comités de barrio de Lisboa sostenían las cooperativas de Alcácer y Évora.

Pero si los comités de trabajadores querían ser una alternativa real al capital, debían enfrentarse tarde o temprano con algunos problemas políticos e institucionales. El más importante fue cómo organizarse ellos mismos en una federación más grande. Se habló sobre esto en muchas ocasiones, pero normalmente eran los partidos políticos los que lo hacían, no los propios trabajadores. Sin embargo, «la política» era una cosa que no podía dividirse. Uno no podía evitar relacionarse, de una forma u otra, con todo lo que estaba ocurriendo. Los comités de trabajadores hacían elecciones políticas cada día, ya fuera reuniéndose en plenarios o tomando iniciativas por sí mismos. Se publicaban miles de comunicados en los periódicos. Este es un ejemplo publicado en *República* el 27 de septiembre de 1975. Los trabajadores de Entreposto –una unidad de reparación de coches de EIA, S.L.– se reunieron en asamblea el 22 de septiembre y decidieron:

1) Apoyar a la gente de Oporto en su lucha contra las leyes fascistas que usaba el gobernador de la ciudad para cerrar el consejo municipal.

2) Apoyar el manifiesto de los SUV y la manifestación que habían convocado.

3) Apoyar a los trabajadores rurales del Alentejo en su lucha revolucionaria.

4) Apoyar la justa lucha de los veteranos discapacitados, víctimas de las vergonzosas guerras coloniales sostenidas por el régimen fascista, tanto contra el pueblo de las colonias como contra el portugués.

5) Apoyar la lucha de los trabajadores de *República* y Radio Renascença en defensa del poder popular y de una información al servicio de los trabajadores y sus organizaciones.

En algunos casos –como en Auto Succo– los trabajadores ocupaban la rama de Lisboa de una empresa y enviaban mensajes a la sección de Oporto. Los trabajadores de Timex hicieron llamadas internacionales para pedir solidaridad, pero su entusiasmo se enfrió cuando al otro lado de la línea contestaban los patrones y no los trabajadores. Sin embargo, lo que es digno de mención en todos los casos era la solidaridad de clase, el apoyo que ofrecían unos trabajadores a otros.

La Inter-Empresas formada en diciembre de 1974 ahora se había fragmentado en varias «Inter» controladas por distintas facciones políticas. Incluso se peleaban por rescatar los fragmentos. El 13 de septiembre, cerca de cincuenta comités de trabajadores del cinturón industrial de Lisboa mantuvieron una conferencia en la fábrica de Copam cuyo tema general fue «Avanzar en la revolución». Una de las decisiones que se tomaron fue convocar una manifestación rigurosamente apartidista el 18 de septiembre. Las fábricas que tomaron parte incluían Copam, Fima, Robbialac, Corame, Volvo, Lever, Luso-Italiano, Autosil, Sorefame, J. Pimenta, H. Parry & Son, etc. La manifestación no acabaría en Sao Bento, donde estaba establecida la Asamblea Constituyente, sino en el Parque Eduardo.

Durante la manifestación –apoyada por el PCP– ciertos elementos, mostrando una absoluta falta de imaginación, empezaron a gritar: «Vasco, Vasco». A partir de ahí, fue considerada una manifestación del PCP, lo cual era injusto para los trabajadores que tomaron parte y que no pertenecían al partido o no estaban de acuerdo con él.

Otro intento de reagruparse fue la «Federación de Covilhã». Covilhã *era una ciudad del centro en la que se concentraban muchas fábricas textiles, y con una rica tradición de lucha obrera. Durante el*

fin de semana del 26 y 27 de septiembre de 1975 se reunieron más de noventa comités. Cincuenta y dos de ellos habían sido enviados por sus plenarios. La base de la representación, es decir, el derecho a hablar y a votar, en este Congreso de Comités de Fábrica era el siguiente: Las empresas con menos de cien trabajadores tenían derecho a hablar y un voto; entre doscientos y mil, derecho a hablar y dos votos; entre mil y cuatro mil, derecho a hablar y cuatro votos; más de cuatro mil, derecho a hablar y seis votos. Los comités de barrio y los comités de soldados y marinos tenían derecho a hablar y cero votos. Los sindicatos y los partidos políticos, ni derecho a hablar ni derecho a votar.

Los temas que se debatieron en el Congreso incluyeron el control obrero –formas de producción y horas de trabajo, desempleo, control de los comités sobre el consumo, autogestión, etc.–, la toma de armas de la clase obrera, las purgas, las alianzas entre obreros y campesinos, las nacionalizaciones, etc.

El Secretariado de la Federación acusó a ciertos comités de sectarismo: «*Somos apartidistas, pero aun así, se insiste en que ha de resolverse la cuestión del partido de la clase obrera. Nuestra posición es clara: el Congreso está abierto a todos los delegados de organizaciones que en sus programas, políticas y prácticas apoyen los órganos de poder popular, se den cuenta de su importancia y los defiendan… Estos comités tienen su propio significado político. Lo importante es el simple hecho de que se estén reuniendo en un congreso nacional, no solo para discutir los problemas de sus propias fábricas o sectores económicos, sino todo el espectro de problemas políticos generales que son de gran importancia para la clase obrera*». El Secretariado condenó el hecho de que el PCP hubiera tratado de boicotear el congreso organizando un picnic en Coimbra el mismo fin de semana, con el auspicio de los Sindicatos Textiles del Sur. «*Mientras que en Intersindical defienden la* unicidade, *en el caso de los comités de*

trabajadores se permiten tomar estas actitudes –como la de boicotear el Congreso–, ignorando el hecho de que este está abierto a todos los comités de trabajadores elegidos libremente y revocables».

«Dudamos que la manifestación del 18 de septiembre fuera rigurosamente apartidista. Sabemos que la mayoría de comités pertenecían a una tendencia política bien definida. Pero si fueron elegidos democráticamente en sus fábricas, si aceptan el principio de libre revocabilidad, si defienden la democracia absoluta en los plenarios, asambleas y discusiones ideológicas de sus propias fábricas, entonces, esos comités, son representativos. No consideramos incorrecto defender una línea política. Lo que es incorrecto es que tengan una actitud sectaria en relación a nuestro Secretariado y a Intercomisiones, y que jueguen a políticas partidistas, escondiéndose bajo un disfraz de apartidismo. Creemos que la situación política exige unificación y centralización de los órganos de poder político. Hoy todo el mundo habla de la vuelta al fascismo y de golpes por parte de la derecha. La cuestión para nosotros es saber quién es políticamente responsable de esto. Y esta responsabilidad debe caer en las fuerzas políticas que han participado en el gobierno hasta el momento y que continúan con sus pactos, conciliaciones y traiciones de los intereses del pueblo. Son ellos quienes han abierto la puerta al retorno del fascismo. Estos elementos ahora tratan de recuperar la iniciativa política, intentando manipular incentivos de este tipo, ocultándose con un manto de apartidismo mientras movilizan a ciertos comités. Es importante resaltar que no estamos en contra de que esos comités tengan una línea política. Para nosotros se trata de una línea incorrecta, pero si esos comités son representativos de la clase obrera, es una línea que debe ser debatida». Secretariado de Intercomisiones (Inter-Empresas), 27 de septiembre de 1975.

No obstante, este Congreso de Covilhã era apoyado por el MRPP, y por todo el país aparecieron miles de sus característicos

carteles «apartidistas» rojos y amarillos anunciándolo en fábricas y plazas públicas. El MRPP se había infiltrado en la Inter-Empresas original y, ahora a través de comités como el de Efacec-Inel, lo volvía a intentar en todos los comités relacionados con esta nueva Inter. El comunicado anterior criticaba al PCP e Intersindical, pero fracasaba en amagar siquiera con hacer lo propio respecto al papel del MRPP en todo el proyecto de coordinación[18]. El Congreso eligió un nuevo Secretariado que incluía a las fábricas de Hoechst (Oporto), Celnorte (Viana do Castelo), Cravinhos (Covilhã), TAP (Lisboa), Cambournac, Efacec-Inel, Timex, Plessey y Sacor. Los comités de Cambournac, Efacec-Inel y Celnorte estaban fuertemente orientados hacia el MRPP.

Otro intento de federación fue la creación de los Comités TUV (Trabajadores Unidos Vencerán) basados en el modelo de los SUV. Aun así, fue una intentona más propagandista que real que lanzó el *Diário de Noticias*, en ese momento controlado por el PCP.

La debilidad del aparato de Estado y el descrédito de los propios partidos políticos dejaban la tarea y la carga de la autoorganización en las manos –y los hombros– de los trabajadores. Tanto unos como otros, el Estado y los partidos, eran conscientes de esa realidad y trataron de manipularla creando estructuras suprapartidistas. El PCP fue el más notorio en este aspecto, pero el MRPP lo seguía de cerca en segundo lugar. También el PS, consciente de su falta de apoyo en la clase trabajadora, estuvo presente en Covilhã.

Estas experiencias ofrecen ricas lecciones sobre técnicas de manipulación y las formas de resistirse a ellas. Sin embargo, no fueron asimiladas con la suficiente rapidez. La mayoría de los trabajadores que querían luchar contra el capitalismo nunca toma-

18. Ver página 373.

ron la iniciativa. Durante este período habría sido muy fácil, pero no lo hicieron. Aunque, hay que admitirlo, algunos intentaron moverse en esa dirección. Se prohibió portar pancartas de partidos en las manifestaciones –y había trabajadores que obligaron a grupos como LCI a quitarlas al tiempo que les espetaban que «aquí no hay partidos». La gente pasó de una situación en la que ridiculizaban las reivindicaciones de partidos vanguardistas concretos a decir abiertamente que había demasiados partidos vanguardistas. Habría sido necesario ir un paso más allá, y decir que las vanguardias eran superfluas. Si los partidos no podían llevar a cabo el cambio radical –si lo que uno quería era un cambio radical– había que considerar formas alternativas de conseguirlo. Si el sueño iba a convertirse en realidad, había que comenzar una movilización autónoma a gran escala y crear nuevas instituciones. Este iba a ser el mayor problema de todos durante toda la revolución portuguesa. Y permanecería sin resolver.

XIV. Desocialización

Cuando Zé Diogo –el trabajador agrícola arrestado por matar a un latifundista– fue declarado inocente por un «tribunal popular» reunido a las puertas del juzgado civil de Tomar, la Asociación de Abogados denunció el veredicto: «El poder judicial del país ha sido insultado –dijeron–. La autoridad democrática ha sido usurpada por el delirio de gente que tiene la absurda noción de que incluso el derecho de un hombre a la vida es un derecho burgués».

El acontecimiento fue un ejemplo típico del declive de la autoridad de los órganos centrales del Estado. El Sexto Gobierno, en el cargo desde el 19 de septiembre, no tenía apenas base para gobernar. Un Estado necesita un ejército, o como mínimo una fuerza policial, para imponer sus decisiones. Pero la GNR había sido neutralizada y el aparato militar estaba fragmentado, incapaz, llegado este punto, de ser movilizado contra la izquierda. El gobierno solo lo era de nombre. Aunque los ministros y el Consejo de la Revolución se juntaban regularmente, su mandato apenas se extendía más allá de las paredes de la habitación en la que se reunían.

El ejército seguía existiendo pero estaba desgarrado por los conflictos en todos los niveles. Había gobierno, pero la movilización en la calle amenazaba cada uno de sus decretos. Pero si el Estado era débil… ¿Quién estaba en el poder?

La respuesta dependía del lugar donde se formulara. En el Alentejo, la fuerza principal era, sin duda, el Sindicato de Trabajadores Agrícolas, controlado por el PCP. Lo que dijera iba a misa. El problema era que no decía gran cosa. Tenía un poder tremendo de movilización… y de desmovilización. En el norte, el poder estaba en manos de los patrones locales; los terratenientes lo ejercían a través del cura del pueblo, de los representantes locales, de los profesores. En el sur esas voces ya no contaban tanto.

En los cafés y las tascas, los que una vez fueron críticos y vehementes contra el Quinto Gobierno, ahora callaban. Cada vez aparecían más y más carteles del PCP sobre «poder popular». Los trabajadores que habían llevado insignias del PS se las quitaron discretamente. Algunos propietarios de cafés, solo por si acaso, mantenían carteles del PS y del PCP, uno al lado del otro.

En el norte la derecha avanzaba de forma clara. Pequeños grupos, normalmente de cuatro o cinco, quemaban las oficinas del PCP y de FUR mientras la población local simplemente miraba. Ni lo evitaban, ni colaboraban. ¿Por qué habían de defender las oficinas del PCP o del MDP, que nada habían hecho por ellos? El clero local convocaba «misas» políticas que se hacían eco de los puntos de vista de los patrones, quienes casi siempre eran partidarios de CDS o PPD. El obispo se mantenía alerta ante potenciales disidentes entre los corderos del rebaño.

El grupo de «los Nueve» intentó fortalecer su posición en el MFA creando una nueva fuerza policial para contrarrestar a COPCON. También trataron de silenciar a los medios,

que estaban realizando una campaña constante contra el Sexto Gobierno. Tenían una actitud belicosa pero, a pesar del resultado electoral, no podían competir con el PCP o la izquierda en términos de movilización. Votar al PS o al PPD era una cosa, salir a las calles a defenderlos era otra bien distinta.

Para llevar a cabo su programa, el nuevo gobierno debía controlar los medios de comunicación, las Fuerzas Armadas y a los trabajadores. En cada uno de estos ámbitos sus intentos se toparon con resultados dispares.

Medios de control y el control de los medios

En una entrevista en el *Expresso*, el 15 de noviembre de 1975, el mayor Aventino Teixeira proclamó que si Lenin hubiera tenido acceso a la televisión, la revolución de octubre habría ocurrido en septiembre. El mayor, simpatizante del MRPP, había sido el director militar del periódico matutino *O Seculo* en los meses posteriores al 25 de abril, y después sería miembro del Consejo de Información del MFA. Su actitud era la típica actitud de la izquierda respecto a los medios. Todos creían que quien controlara los medios controlaría el pensamiento de la gente. La lucha por hacerse con ellos fue una de las más feroces que jamás se lucharon. Después del 11 de marzo, era la izquierda, y en concreto el PCP, quien manejaba la radio, la televisión y la mayoría de los periódicos.

El 22 de agosto de 1975, cuando el Quinto Gobierno estaba a punto de derrumbarse y se mantenían conversaciones en el MFA entre COPCON –a grandes rasgos, la izquierda–, los gonçalvistas –mayormente el PCP– y «los Nueve» –de largo, el PS–, los periódicos daban diferentes versiones de los hechos.

Los titulares eran muy interesantes: «La Revolución triunfante», afirmaba exultante el *Diário de Lisboa*; «Desacuerdo entre "Los Nueve" y COPCON», avisaba *A Capital*; «El Partido Socialista propone un programa de transición económica», proclamaba *Jornal Novo*; «Horas decisivas para la Revolución», pontificaba *República*. La gente compraba el periódico que esperaba que trajera las noticias que quería. La clase media por su parte empezó a pasarse a las cadenas extranjeras como la BBC.

Los periódicos y las radios se enredaban en una orgía de propaganda. Y la verdadera víctima siempre era la verdad. El Sexto Gobierno, después de mucho esfuerzo, cambió algunas caras en ciertos ministerios, pero tampoco alteró mucho más. El ministro de Comunicaciones, Almeida Santos (PPD), no tenía control sobre los periódicos o la televisión. El PCP todavía dominaba *Diário de Noticias.* Con un pie en el gobierno, intentaba socavarlo a cada paso. Como dijo un periodista: «cazando con los zorros y corriendo con las liebres». Había que leer siempre entre líneas, recordando constantemente quién tenía intereses en juego. Como crónica de lo que ocurría, la mayoría de los periódicos eran inútiles, sobre todo los nacionales. La mayoría de los periodistas se dejaban llevar tanto por su poder para crear acontecimientos que muchos empezaron a creerse sus propios mitos.

La oposición PCP-FUR se basaba precisamente en la manipulación del gran espectáculo. Se daba cobertura masiva a cosas que apenas ocurrían. Se dedicaba un vasto espacio a organizaciones que solo existían nominalmente. Lo efímero se presentaba como duradero y lo establecido como fugaz. Todo en un intento de crear «apoyo» o una posición ventajosa desde la que negociar el poder. A menudo se informaba de que habían acudido miles a las manifestaciones –y que estas habían sido apoyadas por cientos de comités– cuando, de hecho, uno había

visto con sus propios ojos que apenas había mil personas y quizá una docena de comités. El entusiasmo periodístico alimentaba la necesidad de creer que el movimiento era más grande de lo que era. La confianza popular se ahogaba en las olas de un triunfalismo contraproducente.

Los titulares del *Diário de Noticias* durante septiembre y octubre de 1975 fueron una constante tirada contra el Sexto Gobierno. La propia decadencia de este reforzaba y sostenía la campaña. Radio Renascença mantenía una melodía de canciones revolucionarias, algunas portuguesas, otras chilenas, cubanas o del mayo francés. Por la mañana, la estación emitía para los trabajadores agrícolas del área de Lisboa –tenía un radio de sesenta kilómetros. Por la noche, tenía un programa especial para los trabajadores en el que se emitían nuevos artículos sobre organizaciones de soldados en Francia e Italia, comentarios de *Lotta Continua* (Italia) y comunicados de comités de trabajadores de todo el país. En ese momento, Radio Renascença estaba firmemente en manos de UDP y PRP.

Enfrentados a semejante oposición, los dirigentes no podían dirigir. El 29 de septiembre, mientras Costa Gomes se encontraba de visita oficial en Polonia, el primer ministro Pinheiro de Acevedo ordenó la ocupación militar de todas las estaciones de radio. La acción iba dirigida también contra Rádio Clube Portugués, que había abierto su canal a los veteranos discapacitados cuando ocuparon el puente sobre el Tajo en defensa de sus reivindicaciones. Amenazando con un estado de sitio, Pinheiro de Acevedo justificó su movimiento asegurando que existía una «emergencia». Se ordenó a las fuerzas de COPCON que llevaran a cabo la ocupación, pero estas dejaron claro que no iban a permitir que el Sexto Gobierno las utilizara con esos fines. El

regimiento de infantería RIOQ, con muchas pegatinas de FUR en los rifles, también se negó a cumplir la orden. Primero ocuparon la estación, pero luego se retiraron.

A las dos y media de la tarde, los astilleros de Lisnave organizaron una manifestación, apoyada por dos mil trabajadores del cinturón industrial de Lisboa, que marchó a las estaciones de radio –donde dejó varios contingentes– y luego al Palacio Foz, cerca de Rossio, donde Otelo estaba discutiendo varios asuntos con el ministro de Comunicaciones (PPD). Los trabajadores le exigieron que tomara una «posición de clase». Otelo dudó durante dos horas. Para deleite del PRP, el momento de la verdad había llegado. Varios trabajadores dieron discursos afirmando que Otelo era básicamente un socialdemócrata. Cuando, después de haber recibido a una delegación, finalmente se asomó a la ventana, aseguró que estaba muy dolido por haber escuchado esas acusaciones. Defendió que no «se le había dado una oportunidad» al Sexto Gobierno. Los trabajadores de Lisnave comenzaron a abuchearle. La confusión se extendió entre la multitud y Otelo parecía preocupado, como sin duda tenía motivos para estar. «Llevad vuestras demandas al primer ministro a Belem», dijo. «Guíanos», le respondió la multitud. Otelo, más en apuros que nunca, finalmente decidió encabezar la manifestación a Radio Renascença –que, de todas formas, estaba mucho más cerca que Belem. Una vez allí, ordenó a las tropas de CIAC que mantenían la ocupación que se retiraran. La radio volvió a emitir.

Esa manifestación dejó un sabor extraño. Estaba contento por la crisis del poder del Estado, pero en realidad me sentía un espectador, un izquierdista perdido. Un amigo de Évora con el que quedé me contó historias alentadoras sobre lo que la gente corriente había hecho allí. Él ayudó en lo que pudo. No que-

ría nada a cambio, ni promesas, ni recompensas, ni prestigio, ni votos. Luchaba por su propia liberación.

Pero los medios se burlaban de esta clase de autonomía. Se deleitaban con ella y luego la escupían a trozos, alineándose detrás de un partido u otro del conflicto. «Solo la verdad es revolucionaria». Incluso el ELP usaba la famosa frase de Gramsci para justificarse a sí mismo. Era confuso, deprimente y triste. Apareció por allí una trabajadora del IRA que conocía. Yo sabía que compartíamos deseos y propósitos, que ella odiaba las «cúpulas» y que solo se sentía a gusto con los movimientos de base. Era honesta, incluso, aunque tuviera un empleo público. Había sumergido sus problemas en la melé general. También ella se sentía deprimida. Era imposible desembarazarse de las cúpulas. La manifestación había estado orquestada, como muchas otras antes y después. Se podía palpar la diferencia entre quienes acudían de parte de su partido y quienes lo hacían porque sentían que un movimiento revolucionario era posible o deseable.

Había muchos de estos últimos. Incluso los líderes tenían dificultades para controlarlos. Cuando el LCI, totalmente insensible a todo esto, izó su bandera, los trabajadores de Lisnave empezaron a gritar. Se sentían desesperados cuando aparecían elementos externos, a los que eran hostiles, y trataban de tomar la manifestación que ellos mismos habían organizado. Los discursos –pronunciados desde el techo de un autobús– eran sinceros y apremiantes. «Son los trabajadores, y solo los trabajadores, los que pueden reclamar qué quieren los trabajadores». Claro y directo. Al contrario que los militantes de partidos, o incluso Otelo, ellos estaban vivos y eran reales.

Pero esas voces de la base pronto eran enterradas por los titulares de *Diário do Noticias,* o suavizadas por los elocuentes

panfletos de FSP o MES, extensamente citados en los medios. Especialmente en Radio Renascença.

Seis horas después de ser liberada, la radio fue reocupada temporalmente por tropas al mando de Jaime Neves. La estación se convirtió en el centro de muchas luchas que, en las siguientes semanas, iban a sepultar Portugal –manifestaciones de SUV, huelgas de los trabajadores del metal y la construcción, etc. Era a la vez una consigna y una cruda realidad, un tema y una obsesión. El 16 de octubre, una manifestación de jóvenes izquierdistas, incluyendo muchos extranjeros, acudió al transmisor en Buraca y la volvió a tomar haciendo que las tropas se retiraran. A las tres de la madrugada, Radio Renascença volvió a estar en el aire.

Las historias de la radio y de *República* subrayan una tendencia que aparecía en la mayoría de luchas de Portugal. Las iniciativas tomadas por los trabajadores serían asaltadas por los grupos políticos, que empezarían a maniobrar entre bastidores. La lucha real se ahogaba en una retórica izquierdista demasiado familiar. Los asuntos iniciales se perdían en la ciénaga del movimiento izquierdista.

Radio Renascença era, sin duda, una de las mejores estaciones de radio, pero no pudo resistir la arremetida de los grupos de izquierda. Creó una mitología, la propagó y empezó a creérsela ella misma. Elaboró un folclore de la revolución que no se correspondía con el aspecto real y radical de la historia y la política portuguesas. Creó un Disneylandia de fantasía revolucionaria. Alentó personalidades superrevolucionarias, y cuando la burbuja estalló, todos los implicados se sorprendieron al descubrir que nada de eso había existido. Los fracasos de Radio Renascença eran los fracasos de FUR-UDP, una creencia sobreestimada en su propio poder. La fuerza de FUR estaba en la

zona de Lisboa, y Renascença era la sangre que circulaba por ella. No sorprende que periódicos como *Expresso* empezaran a hablar de la «Comuna de Lisboa».

Sin embargo, por mucho que Renascença lanzara el lema de «poder popular», solo era humo. No había apenas debate sobre qué implicaba eso. No se hizo ningún intento por entender los miedos y las ansiedades de lo desconocido y así superarlo racionalmente. Los temas fundamentales –y, aun así, inmediatamente relevantes– como la estructura del trabajo, la internalización de la jerarquía, las relaciones entre trabajo manual e intelectual y otros problemas con los que se encontraría una sociedad comunista, fueron todos evitados. En su lugar solo había clamores revolucionarios. A veces era incluso agotador: revolución, revolución, revolución. Después de un duro día de trabajo uno quería relajarse, solo un poco. Tenía que apagar la radio, dejar de escucharla o hacer como si fuera un sonido de fondo. La gente cambiaba de emisora. Es triste porque a pesar de sus carencias –como por ejemplo, actitudes ambiguas respecto a temas del tercer mundo y los países del capitalismo de Estado–, les daba duro a los dirigentes y los tecnócratas locales. Tan duro que la única solución que encontraron fue volarla por los aires.

Facciones militares

Tras su ruptura con los gonçalvistas en Tancos, «los Nueve» y el grupo de oficiales reaccionarios que les respaldaban, avanzaron para el mate. El poder militar estaba distribuido de manera bastante difusa. Por un lado estaba el Consejo –ahora dominado por «los Nueve»– que había rechazado el poder popular y bus-

caba repudiar la orientación que se tomó en julio en el Plan de Acción Política[19]. También estaba COPCON, bajo el mando de Otelo, que apoyaba a la izquierda y había jurado «defender a los trabajadores». Su respaldo principal se encontraba en Lisboa y sus alrededores. Y, por último, estaban los gonçalvistas, que, aunque habían perdido mucho terreno, todavía tenían fuerza en los ministerios y los medios. Una serie de purgas culminó con el *saneamento* de Corvacho, el comandante gonçalvista del norte. En general apoyaban a COPCON frente a «los Nueve». A la derecha de estos últimos, se posicionaba una serie de oficiales de extrema derecha cada vez más alarmados por la creciente indisciplina de las tropas y la erosión de la jerarquía militar. El MFA como bloque ya no existía.

Esencialmente, lo que ocurrió fue que los diferentes proyectos de capitalismo de Estado, latentes desde el principio, ya no se podían contener en una misma organización. La gente bromeaba sobre un MEB o un MFC. La organización original se había fragmentado en las diferentes partes y tendencias que la componían, y todas proclamaban ser «el verdadero MFA». Sin embargo, lo que los diferenciaba no era tanto los fines que tenían en mente, sino los medios que estaban dispuestos a usar para alcanzar y defender esos fines.

La facción de COPCON estaba basada en algunas de las unidades mejor armadas del área de Lisboa: RAL-1, Policía Militar (PM), EPAM, el Primer cuerpo de ingenieros, EPSM, los cuarteles de Beirolas y el fuerte de Almada. Controlaban Lisboa y las zonas del sur, y, en el centro, también controlaban el regimiento de infantería de Abrantes.

Lo que quedaba de la facción gonçalvista era la antigua Quinta División, todavía con el control del CODICE (Comité

19. Ver capítulo 10, página 268. (N. del E.)

de Dinamización Central) y el SDCI (Servicio de Detección y Coordinación de Información), lo que muchos llamaban la nueva PIDE. Quedaba algo de influencia gonçalvista dispersa entre los oficiales de ciertas unidades paracaidistas y de COPCON. Y también podía contarse la Marina, a las órdenes de Rosa Coutinho, ya que el primer ministro Pinheiro de Acevedo, pese a ser almirante, tenía muy poca influencia en su cuerpo. Y la unidad de artillería de Vendas Nocas, bajo el mando de Andrade e Silva, también era considerada «gonçalvista».

Entre «los Nueve», se encontraban los oficiales originales del MFA leales a Melo Antunes y Vasco Lourenço. Podían contar con el CIAC de Cascais, las unidades de infantería de Mafra, la caballería de Santarem y, hasta cierto punto, con la caballería de Estremoz y muchos de los oficiales del norte.

La derecha, tras el ascenso de «los Nueve», estaba representada por todos aquellos oficiales –y eran muchos– que nunca se habían identificado con el MFA. Los comandos del área de Lisboa eran su principal fuerza de choque, pero tenían el apoyo firme de la mayoría de unidades del norte –ahora a las órdenes de Pires Veloso– y de las unidades de las Azores y Madeira –que amenazaron con separarse de Portugal a menos que restaurara la disciplina militar. Muchas de las bases aéreas también eran consideradas feudos de la extrema derecha, aunque ahí el movimiento de los sargentos era un obstáculo importante.

Por último, había ciertos grupos autónomos de soldados rasos, aunque aquí es más difícil trazar límites. Se concentraban en unidades de COPCON, de CICAP-RASP en el norte, RI en Abrantes y los SUV en todos aquellos lugares en que estaban bajo control de UDP-PRP. Pero, como en las luchas civiles, todo grupo autónomo pronto sufría la arremetida de una

de las fuerzas contendientes. En este contexto, el «partido de la clase obrera», constituido en los pasillos del poder burgués por quienes estaban más versados en las artes de la manipulación, empezó a buscar aliados entre las tropas rasas.

Así fue, de hecho, como aparecieron los SUV. El 21 de agosto, cientos de soldados y suboficiales se reunieron en un bosque de pinos, entre Oporto y Braga, para discutir la situación política y militar. La asamblea decidió establecer su propia red de abajo a arriba. Había habido intentos previos de crear una organización de este tipo –como ARPE o CUV-RA– pero solo habían funcionado como instrumentos para filtrar información a las tropas sobre operaciones militares, maniobras planeadas, etc.

Pronto la influencia de los SUV se extendió a Coimbra y Lisboa. Inicialmente no era una creación del PCP, pero este se subió al tren en cuanto empezó a moverse. Las tres organizaciones regionales de los SUV –norte, centro y sur– tenían ligeras diferencias en términos de su composición y de los grupos que intentaban potenciarlas. El 8 de septiembre, emitieron su primer manifiesto:

«Durante más de seis semanas se ha visto claramente que la reacción está levantando la cabeza en los cuarteles. Hay muchos factores que lo demuestran: la purga de soldados de izquierdas en CIAC, CIOL en Lamego, RIP en Viana y otras zonas; los ataques a compañeros que luchaban por el poder popular en los cuarteles; el hecho de que las ADU estén siendo convertidas en instrumentos disciplinarios que condenan a los compañeros en lugar de ser lo que deberían ser: órganos en los que debatir y luchar por los intereses de los trabajadores uniformados, por el aumento del salario, por el transporte gratuito, por la purga de elementos reaccionarios de los cuarteles, por establecer vínculos entre organizaciones de base… Debemos unirnos todos para

enfrentarnos a estas maniobras… Por el aumento de nuestra miserable paga. Reaccionarios fuera de los cuarteles. Portugal no será el Chile europeo. Trabajadores, vecinos, soldados, siempre, siempre del lado del pueblo».

Los grupos SUV convocaron una manifestación en Lisboa el 13 de septiembre en la que estuvieron representadas treinta y tres unidades de todo el país. FUR, UDP y muchos comités de barrio la apoyaron. También el PCP ofreció su apoyo, pero cuando trataron de introducir sus propias consignas se les frenó. Una de las pancartas rezaba: «Los soldados tenemos el control. No obedecemos a ningún Secretariado».

Otra organización «militar» que iba a aparecer en todos los titulares de aquel momento fue RPAC, el «frente» del MRPP entre los soldados. El 13 de septiembre, cerca de trescientos PM, apoyados por quinientos maoístas –aunque los periódicos dijeran miles–, se manifestaron ruidosamente para no ser enviados a Angola. La guerra se denunciaba como un conflicto interimperialista, pero la comprensión política del tema nunca generó un conocimiento mayor. EL MRPP manipulaba sin disimulo el movimiento de los soldados. En el norte trataron de presionar un plenario de la policía militar introduciendo miembros de los comités de barrio y de trabajadores que simpatizaban con sus posturas. Los PM, sin embargo, se reunieron al día siguiente y decidieron que su asamblea había sido manipulada y que, por tanto, no era representativa. Los puntos tres y cuatro de su comunicado destacaban que «todas las fuerzas que apoyen su lucha son bienvenidas, dado que solo dentro del propio pueblo se pueden resolver las contradicciones» y que «todo lo que divida esas fuerzas es demagógico». Denunciaron como antidemocráticas las actitudes de los comités y sindicatos presentes en

su asamblea. «Solo representan un tipo de opinión… hay otros trabajadores y vecinos que también desean ayudarnos».

Sin embargo, el MRPP no era el único grupo que intentaba hacerse con estas asambleas. FUR, UDP y PCP jugaban al mismo juego.

Se habló mucho sobre la cuestión de las armas. Aunque pudieran contar con ciertas unidades que les apoyarían en caso de estallar la guerra civil, era claramente esencial que los propios trabajadores estuvieran armados. *A Luta* estimaba que había veinte mil armas en manos de civiles, mientras que *O Seculo Ilustrado* (11 de octubre de 1975) elevaba la cifra a cuarenta mil. El periódico realizó una entrevista a unos trabajadores a los que los soldados habían ofrecido rifles G3. Por otro lado, numerosos civiles todavía tenían armas escondidas de las guerras coloniales y muchas otras que habían sido «redirigidas» desde varios cuarteles.

El capitán Fernandes planeó una «sustracción» espectacular. Fernandes, angoleño de treinta y tres años, había pertenecido al «Movimiento de los Capitanes» y era uno de los autores del documento de COPCON. Se descubrió que había «redirigido» casi mil quinientos rifles automáticos G3 desde los cuarteles de Beirolas. «Las armas no se entregaron en función de la ideología o afiliación política –explicó justificando su acción–. Solo se entregaron a trabajadores que estuvieran verdaderamente interesados en el desarrollo del proceso revolucionario». Todo el mundo sospechaba que los principales beneficiarios habían sido PRP, LUAR y UDP, y que las habían enterrado en algún sitio.

Poco antes, Otelo había hecho las famosas declaraciones sobre que el gran error del 25 de abril había sido el fracaso de no haber llenado la plaza de toros de fascistas y haberlos fusilado.

Cuando se le preguntó sobre la «filtración» de armas, aseguró que estaban «en buenas manos».

El 26 de septiembre, los SUV organizaron una manifestación inmensa en Lisboa. La marcha finalizó en la prisión militar de Trafaria, donde dos soldados habían sido encarcelados por repartir panfletos en la escuela militar de Mafra. Fue una concentración enorme, algunas estimaciones hablaban de ciento veinte mil participantes. Se leyeron mensajes de grupos de soldados de Italia y Francia. Pero la manifestación también mostró parte de la inseguridad con la que se vivía todo. Al llegar al parque Eduardo VII se extendió el rumor de que los comandos y RIOQ estaban en camino para reventar la manifestación. ¡Alguien tuvo que señalar que la mayoría del contingente de RIOQ estaba allí manifestándose!

El Sexto Gobierno necesitaba urgentemente una nueva fuerza policial para lidiar con lo que fue descrito como «la anarquía extendiéndose por el ejército». De una forma u otra había que cortarle las alas a COPCON, así que se estableció el AMI (Agrupamiento Militar de Intervención). Tanto RAL-1 como la Policía Militar y RAC se negaron a tener nada que ver con el nuevo cuerpo. Los comandos, una unidad de fusileros y los paracaidistas aceptaron el rol y eventualmente se convirtieron en el núcleo del AMI. La nueva fuerza policial nació en la víspera del 27 de septiembre –la noche que fue reducida a cenizas la embajada española. Después del 1 de octubre, se extendió rápidamente debido a la alerta que dieron los periódicos afines al PS de que RAL-1 pretendía dar un golpe de Estado de izquierdas.

En este punto, el periódico *O Seculo* logró hacerse con un documento secreto, que iba a ser ampliamente conocido como el «Plan de los Coroneles», y lo filtró al público. El documento

revelaba la estrategia oculta tras los movimientos del gobierno. Aunque oficialmente se negara, el plan tenía el claro respaldo del Consejo Revolucionario. Los diez objetivos principales eran:

1. Control del SDCI.
2. Control de las «relaciones públicas del MFA».
3. Creación del AMI.
4. Creación, dentro del AMI, de una fuerza policial antidisturbios.
5. Cambio de actitud frente al MPLA.
6. Ocupación militar de la radio y la televisión.
7. Desmantelamiento de ciertas unidades militares progresistas, especialmente RAL-1.
8. Lograr que el control absoluto pasase a manos del Consejo Revolucionario. Purga de Otelo y Fabiao.
9. Colocación de miembros de «los Nueve» en puestos clave.
10. Cerrar de una vez los asuntos de *República* y Radio Renascença.

Todos y cada uno de estos objetivos debían lograrse antes de finales de noviembre.

Es importante valorar contra qué contexto fueron concebidos e implementados estos objetivos. No solo es que el ejército ya no pareciera un ejército –pelo largo y barba con el uniforme–; es que tampoco se comportaba como tal. La lucha de los veteranos discapacitados había resaltado la ruptura de la autoridad militar en algunas unidades –y su preservación en otras– y la ausencia total de una estructura de mando significativa.

Durante los años de guerra, cerca de cien mil civiles y treinta mil soldados habían sido lisiados o heridos de gravedad. Muchos habían perdido un brazo o una pierna y no podían trabajar. Para un soldado raso la pensión era de dos mil escudos al mes. Para un sargento, cuatro mil. Un capitán recibía ocho mil, y un general dieciocho mil. Los veteranos discapacitados habían estado activos desde noviembre de 1974, cuando se manifestaron frente al palacio presidencial. A pesar de las promesas recibidas, no obtuvieron ningún aumento de la pensión.

El 20 de septiembre de 1975, volvieron a marchar, cojear o impulsarse en las sillas de ruedas hasta Sao Bento. Una unidad de los comandos, cuerpo de élite aún organizado bajo una fuerte disciplina, les ordenó dispersarse. Los manifestantes se negaron. Cuando los comandos trajeron un carro blindado e intentaron ponerlo en la puerta principal del palacio, les cerró el paso una silla de ruedas con otro comando en ella. Por un instante la duda se apoderó de ellos. En ese momento aparecieron en escena las fuerzas de RIOQ. El oficial de los comandos dio orden de avanzar y las tropas de RIOQ les dispararon por encima de la cabeza. Solo entonces se retiraron.

Mientras tanto, los manifestantes mantuvieron el terreno. Esperaron hasta las once y entonces decidieron levantar barricadas en la línea cercana del ferrocarril, que corre a lo largo del Tajo, y en la Marginal, la carretera principal que discurre paralela a la vía. Durante todo el día siguiente obligaron a los trenes a detenerse unos minutos mientras leían un manifiesto por el megáfono. El gobierno aún no sabía cómo respodner.

Entonces los veteranos decidieron ocupar el puente que cruzaba el Tajo y abolir el peaje. La situación duró toda una semana. La estación de Rádio Clube Portugués les cedía sus micrófonos

durante media hora al día y todos los periódicos los apoyaban. A finales de semana, después una asamblea que mantuvieron en la sala de reuniones del *Voz do Operario* bajo el auspicio del *República*, decidieron cobrar el peaje durante una noche y donar lo recaudado al periódico. Esa fue la gota que colmó el vaso. El gobierno envió tropas a retomar el puente. Sin embargo, estas se negaron y el gobierno tuvo que capitular.

Durante este periodo, las alianzas políticas de los diferentes oficiales al mando iban a jugar un papel esencial. Muchas unidades llevaban a cabo asambleas generales para debatir la situación, incluso votaban para designar delegados, pero mantenían la estructura jerárquica. Como unidades, se mantenían cohesionadas. Muchos soldados estaban orgullosos de sus regimientos o batallones. Quizá esta actitud «esquizofrénica» no fuera tan extraña después de todo. Incluso en las unidades de RIOQ enviadas a defender la manifestación de los veteranos había una actitud acrítica respecto al mando. Los soldados dirían que tenía un oficial muy bueno porque ponía música *groovy* en los *walkie-talkies* cuando no estaban en funcionamiento oficial y podían movilizarse si se despedía a un oficial progresista. Mientras condenaban el modo en que se usaba un ejército burgués, mantenían su estructura. Por supuesto, los oficiales, incluso aquellos que apoyaban a FUR, promovían estas actitudes. Así pues, los soldados obedecían a sus oficiales, fueran progresistas o lo que fueran. A menudo actuaban sin pensar siquiera en las consecuencias. La tradición de la obediencia no fomentaba el pensamiento crítico.

Los SUV se crearon en un momento en que nadie podía ejercer control. Cuando el general de brigada Charais, de «los Nueve», visitó los cuarteles, un de los grupos comentó: *«Charais visitó nuestros cuarteles. ¿Para responder las ansiedades de los solda-*

dos? No. Para amenazarlos. Para anunciarles formas más represivas y sofisticadas de purgar a la izquierda. Para preparar formas aún más violentas de represión». En una unidad de transporte cercana a Oporto, la lucha alcanzó un nivel muy alto de intensidad. CICAP era una escuela de conducción militar que había tomado parte activamente en el 25 de abril. El nuevo comandante del norte –Pires Veloso, derechista– decidió cerrarla. Algunos soldados describieron así lo que ocurrió:

«CICAP se está convirtiendo en un baluarte de la reacción en la región militar norte. Todas nuestras conquistas han sido neutralizadas. A finales de julio fueron encarcelados tres compañeros y cuando llegó agosto el mal campó a sus anchas. Los oficiales reaccionarios y los sargentos mantuvieron reuniones secretas constantes. Sin consultar a los cuerpos democráticos que hemos instituido, decidieron enviar a la Asamblea al capitán Morais, spinolista. Junto a él acudió el capitán Loureiro, exmiembro de Mocidade Portuguesa. No tardaron mucho en comenzar la purga de soldados progresistas… Anunciamos una manifestación y el comandante hizo todo lo posible para detenerla, incluso amenazarnos. Aun así, acudimos muchos. El 11 de septiembre, justo en mitad de nuestro desfile ordinario, mantuvimos un minuto de silencio por el pueblo chileno. Trataron de encontrar a los "cabecillas". Nos quejamos de la comida, pero no tenían ningún interés por mejorarla. Simplemente querían un cabeza de turco, así que expulsaron a un recluta. Nos opusimos a estas purgas y ocupamos el patio de instrucción al grito de "reaccionarios fuera de los cuarteles". No tardaron mucho en llegar más purgas. Esta vez de manera legal y sutil. Dijimos que ya era suficiente. Entrada la madrugada mantuvimos una reunión en la que pedimos explicaciones por las purgas. Aunque hicieron todo lo posible por boicotear la reunión, al final conseguimos una votación. El resultado fue de trescientos doce votos a favor de que los hombres se quedaran y seis abstenciones. Nadie

apoyó las expulsiones. Cientos de personas que esperaban en las puertas aplaudieron nuestra victoria… La consecuencia inmediata fue el desmantelamiento de la CICAP por órdenes directas de Pires Veloso. No obstante, justo cuando ocurría esto, otra unidad tomó sus cuarteles en solidaridad con nosotros…».

Esa otra unidad era RASP, un regimiento de infantería en Serra do Pilar. Sus hombres llevaron a cabo una acción incluso más radical. De forma desafiante introdujeron a civiles en los cuarteles:

«Nuestra lucha empieza con un objetivo: la reapertura de la CICAP y la reintegración en los cuarteles de todos los soldados purgados. Hoy, tras una semana de experiencias extraordinariamente ricas y de fuerte e irrompible unidad, nuestros objetivos siguen siendo los mismos, pero más apremiantes. ¿Por qué luchamos? Hay que ver el cierre de CICAP en su verdadera dimensión. La intención de quien diera la orden debe ser condenada. El cierre de CICAP fue la culminación de una campaña de expulsión de varias docenas de soldados progresistas y personal militar de las unidades de esta región; más de cincuenta de RIP, CICAP, CIOE en Lamego, Braga, Vila Real, etc. El cierre de CICAP es un intento deliberado de acallar a quienes dicen "no a la disciplina militar"… Un ejército manipulado y controlado por los reaccionarios, tarde o temprano, atacará a los trabajadores… CICAP ya no pertenece a Veloso. Pertenece al pueblo».

Cuando los hombres de RASP ocuparon sus cuarteles, invitaron a civiles y celebraron una larga semana de festival. Se hicieron proyecciones de películas, discutieron, debatieron, cantaron canciones y disfrutaron. Poco a poco otras unidades votaron mociones de solidaridad a favor de que Fabio «estableciera un compromiso», es decir, reestableciera el «orden», la «disciplina», la «normalidad». Después de varias discusiones, este prometió

que Veloso sería relevado y que la CICAP no sería desmantelada. RASP suspendió su ocupación. Igual que en las cuestiones civiles, se usaba al PCP para apaciguar las crisis. En la industria lo hacían a través de Intersindical; en el ejército, a través de los pocos oficiales gonçalvistas que le quedaban.

Cuando los comandos se retiraron del transmisor de Buraca el 16 de octubre, la estación volvió a emitir, pero apenas duró tres semanas en el aire. El 7 de noviembre, un grupo de especialistas de la policía y un escuadrón de paracaidistas hicieron una visita nocturna a las instalaciones, ordenaron a todo el mundo que se marchara y pusieron una bomba en el edificio. Más tarde, los paracaidistas afirmaron que «no se habían dado cuenta de lo que hacían», que pensaban que las órdenes venían «de la izquierda». Uno no debería ni reír ni llorar, sino tratar de entenderlo. ¿Es suficiente desestimar su acción por ser debida a una extrema ingenuidad política? ¿Por qué esa acción respondía a la imagen mental que tenían de la izquierda? La pregunta no fue nunca respondida. Una unidad de fusileros a quienes trataron de encargar el trabajo se había negado a llevarlo a cabo. Según explicaría más adelante Vasco Lourenço, hablando en nombre del Consejo Revolucionario, tenían tres alternativas:

Primera, devolver Radio Renascença a la Iglesia Católica, pero dudaban que pudieran mantenerla. Segunda, ocupar la estación militarmente, pero dudaban que las tropas cumplieran con la orden. Tercera, volarla por los aires.

Esta duplicidad por parte del Estado –en la que podías decir lo que quisieras siempre y cuando nadie te oyera– y el vandalismo terrorista –si ellos no podían controlarlo, no lo haría nadie– provocaron un profundo enfado. De hecho, iba a tener repercusiones inesperadas en esos paracaidistas supuestamente

«políticamente atrasados». Radicalizó tanto a algunos de ellos que después iban a tener un papel muy importante en los acontecimientos del 25 de noviembre. Pero los auténticos responsables de la debacle fueron los grupos políticos que había propagado el mito de la alianza entre el MFA y el pueblo. En el laberinto del folclore aún no se habían captado los verdaderos límites de la situación.

Eventualmente, los SUV perdieron su carácter autónomo debido al «apoyo» que recibió de varios grupos del PCP y FUR. Se terminó viendo como otro grupo más de hombres armados, paralelo a COPCON o al AMI, que trabajaba por los intereses de partidos de «izquierda» y, por tanto, por el capitalismo de Estado. AMI, dada su existencia, no representaba otra cosa que mercenarios pagados por el Estado. Pero el folclore de izquierdas promovió la idea de que, de alguna forma, COPCON era distinto. Arnaldo Matos lo había denominado la «fuerza policial más democrática del mundo» –pero solo después de reunirse con Otelo y llegar a la conclusión de que él también podía usarla. En términos cotidianos, la Policía Militar, la principal fuerza de choque de COPCON, funcionaba como cualquier otra fuerza policial. Era igual de corrupta. Mientras los maoístas proclamaban que el «amanecer era rojo», en el distrito del Barrio Alto de Lisboa, cada noche se encendían otro tipo de luces rojas. Los patrulleros de COPCON recibían sobornos de las prostitutas y los proxenetas, justo como había hecho antes la fuerza policial ordinaria, y justo como harían más tarde los comandos tras el 25 de noviembre.

Hacia el punto crítico

El advenimiento del Sexto Gobierno no detuvo los atentados en el norte, pero cambió su carácter. Se volvieron más abiertamente terroristas. El 16 de septiembre se encontraron en Oporto coches con matrícula francesa llenos de explosivos, y pocos días después estalló una bomba en el Consejo Municipal.

En el Alentejo, aún mantenía el control un Sindicato de Trabajadores Agrícolas dominado por el PCP. El 17 de septiembre convocaron una huelga que paralizó toda la provincia. Las únicas regiones que no fueron afectadas fueron las zonas limítrofes, como Elvas, predominantemente del PS.

Los grupos de izquierda seguían peleando entre ellos. En Lisboa y Oporto se sucedieron tiroteos entre el PCP y el MRPP o UDP, o entre estos dos. Dependiendo de qué unidad interviniera, la situación se «resolvía» más o menos rápidamente.

Cuando el 27 de septiembre un Franco moribundo ordenó la ejecución de cinco prisioneros políticos, una reacción de horror recorrió toda Europa. En Lisboa y Oporto se celebraron grandes manifestaciones en protesta. En la capital, se prendió fuego tanto a la embajada como al consulado. La multitud cantaba la Internacional mientras las llamas se elevaban en el aire. El sentimiento era de una rabia despiadada. Ni siquiera UDP, que lo intentó, o RAL-1, que se negó, podían controlar a la muchedumbre. Incluso los bomberos se unieron a los cánticos y se limitaron a evitar que el fuego se extendiera. El Sexto Gobierno se comprometió de inmediato a compensar al Estado español. Melo Antunes denunció el ataque a la embajada como un acto de «vandalismo», mientras el ministro de Asuntos Exteriores explicaba que el 30% de la energía venía a través de España y que

era importante mantener buenas relaciones, etcétera, etcétera. El *República* escribió:

«España, el horror. España, la muerte. España, nuestra hermana y compañera. La revolución ha sido atacada: la tortura, la policía, los verdugos. La España revolucionaria y heroica de la que tanto hemos aprendido. Debemos aplastar al fascismo. No debemos dejar que nada de este mundo infernal sobreviva, un mundo que antes era nuestro y que todavía nos amenaza. Franco el asesino morirá. No queremos ningún rey. El pueblo en lucha tomará su propio destino entre las manos. El capital y sus armas serán destruidos en el crisol y el brillo rojo de Europa…».

Entretanto la división entre PCP-FUR por un lado, y PS-PPD por el otro, se acentuaba. Un periodista comentó que durante este periodo solo había manifestaciones «inmensas» y «gigantescas». Todo esto tendía a abrumar cualquier movimiento autónomo. La mayoría de las manifestaciones se declaraban «unitarias» y «apartidistas», pero todo el mundo sabía que no era cierto. El PCP ejercía cada vez más presión sobre organizaciones como los SUV en el centro y el sur, y sobre los comités de trabajadores en el cinturón industrial de Lisboa. Algunos comités burocratizados, como el de EC Esteves (transporte industrial), trabajaban codo con codo con el Sindicato de Transporte, que a la vez trabajaba muy de cerca con Intersindical, que a su vez estaba tomada por el PCP. Se estableció un Secretariado basado en este tipo de comités. Aun así, muchos de los comités que se afiliaron no estaban dominados por el PCP, como tampoco lo estaban sus trabajadores. Simplemente, el sistema burocrático los atrapó entre sus redes.

Fue así como la huelga de los obreros metalúrgicos de mediados de octubre se vio dirigida y manipulada por los sin-

dicatos del PCP. El PS intentó desafiar ese dominio tanto en los SUV como en los medios. El 1 de octubre alertaron de un «golpe de la izquierda» dirigido por L-1 y convocaron a sus militantes para una movilización general. La respuesta fue patética. Si realmente hubiera habido un golpe planeado, habría tenido éxito muy fácilmente.

El 13 de octubre, una semana después de los hechos de RASP-CICAP, PCP-FUR organizaron una gran manifestación que acabaría en el Consejo de Lisboa. Sin duda soñando con que se hacía realidad el lema «todo el poder para los soviets», querían que el Consejo fuera entregado a los comités de moradores y de trabajadores de la zona. Muchos miembros honestos de los comités que se presentaron en apoyo al «poder popular» quedaron horrorizados por la manera en la que el PCP introducía sus propias consignas. Creían en la «democracia directa» y estaban deseosos de salir a la calle a demostrarlo, pero no querían ser utilizados como peones en las luchas de poder.

La referencia a distintos «golpes» se convirtió en un tema de movilización. El 25 de octubre, COPCON alertó de un levantamiento de la derecha y levantó barricadas en las principales carreteras a Lisboa. Jóvenes soldados registraron los coches, pero eran registros poco entusiastas. Cuatro días más tarde, el Comité de la Fuerza Aérea para la Vigilancia Revolucionaria –esta vez vinculada al PCP– avisó de nuevo de otro golpe de derechas. Tanto *O Seculo* como *Diário do Noticias* publicaron la alerta en sus portadas con grandes letras. El día antes había sido atacado el centro del IRA en Setúbal y la población local había respondido inmediatamente ocupando el palacio del duque de Palmela, y convirtiéndolo en un nuevo centro del IRA. ¿Qué era rumor? ¿Qué era realidad? Uno se despertaba por la mañana y

descubría –si confiaba en los periódicos– que habían sucedido tantos golpes y que se habían frustrado tantos otros. Detrás de toda esta manipulación del gran espectáculo estaba la necesidad de crear y mantener una atmósfera de inseguridad política. El 31 de octubre, trabajadores del MRPP ocuparon *O Seculo*, intentando desplazar al comité de trabajadores (PCP), y publicaron su propia versión del periódico durante una semana.

Las amenazas continuaron. El 3 de noviembre hubo un nuevo aviso del mencionado Comité de la Fuerza Aérea sobre un golpe planeado para el fin de semana del 7 al 9 de noviembre, coincidiendo con maniobras militares en la región central del país. Una vez más, *O Seculo* y *Diário do Noticias* le dieron grandes titulares a la historia. A Otelo se le veía cada vez más en reuniones del PCP, con una pegatina de Radio Renascença en la solapa. Exigió que las maniobras fueran canceladas.

El 30 de octubre, oficiales gonçalvistas ordenaron a los soldados de los principales arsenales que «juraran lealtad a la clase obrera». En respuesta, el 4 de noviembre, tanto *A Luta* como *Jornal Novo* publicaron un comunicado del Frente Militar Unido. Supuestamente, esta organización, que incluía al MRPP, a Melo Antunes y a Ramalho Eanes, era un vehículo para extender las ideas políticas de «los Nueve» entre la tropa rasa. El PS y el PPD convocaron una manifestación conjunta en Faro en apoyo al Sexto Gobierno. Mientras esto ocurría, un «tribunal popular» en Boa Hora, al que acudieron doscientos izquierdistas, decretó un veredicto de no culpabilidad a favor de un ocupa que había sido arrestado por la policía.

En este contexto, y como intento por «apaciguar la crisis», tuvo lugar el 6 de noviembre un debate televisado entre Soares y Cunhal. Por supuesto, no resolvió nada. Ese mismo día, el

Consejo de la Revolución reiteró su apoyo al Sexto Gobierno. El rencor crecía cada día. El 7 de noviembre, el ministerio de Comunicación Social fue ocupado por sus trabajadores, acusando a uno de los altos oficiales de estar relacionado con la PIDE. Después de abrir fuego contra la multitud que se concentraba fuera, la GNR reocupó la planta baja del edificio. Aun así, no lograron desalojar a los trabajadores, que se habían atrincherado detrás de barricadas en las plantas superiores.

El 9 de noviembre, el PS convocó una enorme manifestación en Terreiro do Palco que congregó a un extraño elenco de simpatizantes: PPD, CDS, AOC y PCP-ml. La visión de una plaza hasta los topes gritando «¡Disciplina, Disciplina!» era repugnante y aterradora a la vez. El PCP-ml quemó una efigie de Cunhal. El domingo siguiente, el 16 de noviembre, los comités del cinturón industrial de Lisboa, partidarios del PCP, contraatacaron con otra manifestación «unitaria». En cada una de ellas se juntaron cerca de setenta mil personas –aunque las cifras que daban distintos periódicos eran de doscientas mil. La única diferencia fue que la del PCP era más colorida y tenía tractores, cementadoras y camiones. Los partidos movían a las multitudes de forma cínica, como piezas en un tablero de ajedrez.

Cada vez era más difícil desenmarañar los lenguajes de la revolución y de la contrarrevolución. La autoridad se desmoronaba. Entre octubre y noviembre de 1975 se ocuparon seiscientas mil hectáreas, el doble que entre marzo y septiembre. El número de fábricas autogestionadas también se duplicó. Pero esta debilidad del Estado llevó a los contendientes por el poder a aumentar la demagogia y subir las apuestas.

Las manifestaciones del 9 y el 16 de noviembre revelaron parte de la polarización, pero sepultadas debajo, invisibles y olvi-

dadas, estaban las frustraciones acumuladas de muchos comités de trabajadores e individuos que querían genuinamente una revolución, pero que no eran capaces de organizarse fuera de los grupos establecidos. El FUR se enfrentaba al mismo problema desde su fundación. Cuando no se manifestaba con el PCP, le apoyaba críticamente. Era demasiado tarde para resolver una «contradicción» que tenía profundas raíces en la historia. En cierto sentido, ni siquiera era una contradicción en absoluto. Sus políticas la hacían inevitable. Cada vez que un comité de trabajadores trataba de liberarse, uno u otro partido se abalanzaban sobre él y lo neutralizaban.

La principal voz de FUR, y no solo la suya, fue silenciada cuando se volaron los transmisores de Radio Renascença. La mañana siguiente, 8 de noviembre, el PRP defendió la insurrección armada como la única solución a la crisis:

«El PRP defiende la insurrección armada… Hoy en día existen en Portugal las condiciones objetivas para un levantamiento armado victorioso. Sabiendo la devoción de muchos oficiales del Ejército y la Marina por el proceso revolucionario, y sabiendo también las posiciones que sostienen a nivel de las unidades, es fácil concebir un plan basado en una incursión de estas tropas, una operación como la del 25 de abril».

Las ambigüedades de la postura del PRP se exponían ahora como venganza. Aún no asumían el hecho de que el ejército era un ejército de clase. Aún hablaban de una división, de «usar» ciertas unidades. Sus «brigadas revolucionarias» ya habían pasado a la clandestinidad –decisión que «perturbó» a Otelo porque dijo que no se le había consultado– cuando, el 23 de octubre, el Sexto Gobierno decretó la ilegalidad de que los civiles llevaran armas. En un artículo publicado en *A Capital*, el 10 de noviembre, expli-

caban: «*Como demuestra la historia, la burguesía fomenta la guerra civil para defender sus intereses. Felizmente, en Portugal la derecha no tiene ejército. Confían en mercenarios con bases en España o en los ejércitos de EE UU y la OTAN*». Por supuesto, se equivocaban de cabo a rabo. La derecha, es decir el capitalismo, tenía ejército en Portugal. Eran los cuerpos de oficiales que dominaban los altos cargos del MFA. El PRP sacó miles de carteles con los que cubrieron los distritos de clase trabajadora de Lisboa: «Organízate, Ármate y Avanza por el Poder Popular». Aun así, estos carteles no sustituirían la creación de milicias obreras o una propaganda consciente por la desintegración del MFA.

A pesar de ser detenidos a cada paso por movilizaciones callejeras, el PS y el PPD estaban avanzando. Empezaron a purgar al PCP de los ministerios. La respuesta de este fue un giro demasiado tardío hacia las organizaciones de base. El 13 de noviembre, los sindicatos de la construcción convocaron una huelga. Casi treinta mil obreros de todo el país marcharon sobre Sao Bento, atrapando a los ministros en el interior del palacio presidencial. Uno de los carteles rezaba «Señor ministro, vaya a trabajar a la obra». El ministro de Trabajo ordenó cerrar su ministerio ante el temor de que los trabajadores pudieran asaltarlo. Un panfleto afirmaría más tarde: «Qué triste figura representa este ministro, que cierra sus puertas a los trabajadores. Haz las maletas y lárgate al Gremio. No se preocupe, señor ministro. Los trabajadores, que han levantado siempre estos edificios, no van a destruirlos ahora. Lo que queremos es el fin de los salarios miserables y de la explotación».

La huelga de los trabajadores de las construcción fue apoyada por el PCP, Intersindical y todos los grupos de izquierda, excepto los maoístas más ortodoxos. Los campesinos del Alen-

tejo y los militantes del cinturón industrial lisboeta llevaron a cabo acciones en solidaridad. Los diputados estaban atrapados dentro del edificio sin comida. Un helicóptero de la Fuerza Aérea sobrevoló la zona para «rescatarles de la inanición» –como diría un panfleto más adelante, esa misma tarde, después de que un diputado de PPD se desmayara, no sabemos si de hambre o de miedo. Los trabajadores siguieron concentrados fuera del edificio. El gobierno convocó a las tropas de COPCON para que los rescatara, pero se negaron a intervenir. Los trabajadores y los soldados encendieron hogueras, cantaron canciones, se emborracharon, durmieron y esperaron. Los obreros de la construcción habían establecido cuatro demandas: nacionalización de las principales obras, debates sobre un nuevo convenio colectivo, una investigación sobre las actividades del ministro de Trabajo y un aumento de los salarios. A las cinco de la madrugada, el primer ministro rechazó las tres primeras, pero garantizó la cuarta.

Los trabajadores no aceptaron ese «acuerdo» y emitieron un ultimátum que expiraba a las diez de la noche. El primer ministro dijo que era difícil mantener una reunión con todos los diputados porque… ¡algunos ni siquiera estaban allí! Los trabajadores respondieron que «irían y los traerían». El presidente Costa Gomes emitió cinco «declaraciones a la nación» durante todo el día pidiendo calma… y un incremento de la productividad.

Los trabajadores se negaron a moverse. Cuando el primer ministro les comunicó que quería acudir a una reunión importante en Belem, le contestaron por «dónde podía meterse su importante reunión». Al final, a la una de la madrugada del 14 de noviembre, el primer ministro cedió. Todas las demandas fueron concedidas.

El mismo día, una manifestación en Oporto apoyada por el PS, el PPD y CDS quemó una oficina de Intersindical. El 15 de noviembre, una enorme manifestación del PCP –por supuesto, «unitaria» y «apartidista»– demostró que el partido todavía era una fuerza a tener en cuenta. Otelo, que no apareció en la reunión, envió un mensaje que revelaba un cambio en la relación de fuerzas. Parodiando el conocido «Soldado, amigo, el pueblo está contigo», el mensaje leído por los potentes altavoces decía: «Pueblo, amigo, Otelo está contigo».

Tres días más tarde, el 18 de noviembre, *O Seculo* y *Diário de Noticias,* ambos periódicos del PCP, alertaron de otro golpe por parte de la derecha. Los titulares del día 19 de *A Luta* y *Jornal Novo* condenaban la influencia del PCP-FUR en las Fuerzas Armadas.

Era una situación insostenible para la democracia burguesa. El gobierno se había convertido en un hazmerreír. El 17 de noviembre, el propio Pinheiro de Acevedo había sugerido la suspensión de sus actividades, aunque esto no se hizo público hasta tres días más tarde. Dicho en las inmortales palabras de Brecht, habrían querido «disolver el pueblo y elegir a otro». El 21 de noviembre, el Sexto Gobierno se declaró «en huelga» y amenazó con moverse a Oporto, donde podrían –o no– encontrar más apoyo. Las preocupaciones del primer ministro eran más o menos las mismas que las de «los Nueve», y habían sido claramente expresadas en el «Plan de los Coroneles». El PS y el PPD ahora pedían abiertamente la dimisión de Otelo por haberse negado a ordenar a las tropas que actuaran contra los obreros de la construcción. También pedían la cabeza de Fabio. El 19 de noviembre, la Asamblea Constituyente estaba a rebosar debatiendo sobre el asunto. Una manifestación del PRP,

MES y UDP en la galería pública gritó «Reaccionarios fuera de la Asamblea ya». Los delegados del PCP y el MDP presentes se unieron a los gritos dirigidos contra el CDS y el PPD. Jaime Neves, jefe de los comandos, amenazó sin rodeos a Costa Gomes que si no se hacía algo pronto, él mismo «arreglaría todo este desastre». «El Corcho», como siempre, deambulaba sobre aguas turbulentas, pero esta vez se estaba enfrentando de verdad con un golpe palaciego liderado por «los Nueve» y respaldado por la extrema derecha.

Con el gobierno «en huelga», el camino estaba despejado para que alguien lo tomara. La situación no podía durar mucho. Algo tenía que ocurrir. Había reuniones por todas partes: en los escalafones superiores de los partidos, de los frentes, de los ministerios, de los sindicatos, de las Juntas locales. En los cafés. En los cuarteles.

Pero detengámonos un momento para analizar las principales fuerzas en contienda. Por un lado, el Sexto Gobierno, respaldado por el PS y PPD, quería un tipo de socialismo completamente burgués, un «socialismo» que emanara de las instituciones parlamentarias y que consistiera en una economía mixta de tipo europeo, enlazada liberalmente con la empresa privada y asegurada por un ejército de confianza y una fuerza policial eficaz. Se veían a sí mismos al frente de la maquinaria de Estado que lo administraría todo. El PCP era un poco más radical en el sentido de que quería que un poder central controlara grandes sectores de la economía. También quería que los sindicatos –«sus» sindicatos– fueran un estamento establecido. Las demás fuerzas capitalistas estaban dispuestas a ir «a por todo». Lo que las dividía era cuánta intervención estatal lograrían –y si lo harían pronto– y cuánto debía, o podía, controlar su propia

tendencia política las instituciones existentes o las de cualquier sociedad nueva que se formara.

Con tantos gobiernos potenciales alineándose en paralelo, la situación general era extremadamente confusa. Uno vivía en una isla donde el enemigo acechaba en las sombras. Se forzaba cruelmente a la gente a hacer falsas elecciones: defender esto o condenar lo otro. Las opciones permanecían confinadas a la esfera política, a pesar del sentimiento ampliamente extendido de apartidismo que había entrado en acción en los meses anteriores. Por tanto, el aislamiento era peor todavía, pese a que muchos izquierdistas radicales lo llamaron el periodo más «revolucionario». Mucha gente bebía más, incluido yo. Ahora me avergonzaba acercarme a las cooperativas del Alentejo, siendo extranjero, por el tipo de turistas revolucionarios que ya habían pasado por allí.

Mi antigua vecina –dado que me había mudado a un apartamento más grande compartido con otras tres personas– regañaba a los hombres del barrio por apoyar al PCP, para dos frases después expresar el miedo que tenía a que el CDS lo aplastara. Se había hecho con una copia de la *Voz do Povo* (UDP) y le había gustado. «Soy comunista, solo que no entiendo todo esto de los partidos». La gente, decía, tenía que unirse para superar toda esta confusión, ir más allá de los grupos. El problema era cómo.

Para ella, la revuelta portuguesa había empezado con la esperanza como medio de deshacerse de la desesperación, pero ahora regresaba contra ella precisamente con esa forma. Había vuelto a tomar sus pastillas, igual que antes del 25 de abril. Solo que ahora había dado un paso irreversible. Tenía conciencia política y esa conciencia se mezclaba con una emoción extrema. «Los fascistas están volviendo a tomar el poder». Escupía las pala-

bras con odio puro. Aunque fuera infundado, ese sentimiento estaba muy extendido. Parecía como si se negara a admitir que podía desmoralizarse, como si de alguna forma, en el laberinto de la ideología izquierdista, la desmoralización no existiera solo porque iba en contra de la imagen armada del socialismo real que uno se encontraba en cada esquina. Yo también era vulnerable. No quería ver como todo se derrumbaba en un conflicto político. No podía admitirme ciertas cosas a mí mismo –o las admitía en secreto y no se las admitiría a otros, que era aún peor. Y aún así, paradójicamente, había una paz mental que duró lo que duró la crisis. Los acontecimientos se sucedían uno tras otro y era imposible darse cuenta de todo en aquel mismo instante. Era como despertarse después de una maraña de sueños y tener que ordenar qué era real y qué no.

La gente reaccionaba de distintas maneras a todo esto. En muchas tascas la discusión política se evitaba por completo, no fuera que la tela de la supervivencia diaria, tejida durante tantos años, se rasgara debido a un debate ideológico en voz alta. La discusión empezó a centrarse en temas como dónde estaba exactamente la base de Ota, o si el vecino del final de la calle era de RAL-1 o de la PM. Era más seguro hablar de asesinatos, involucrarse en historias sensacionalistas. Recuerdo ir a un café en octubre donde había conocido a algunas personas. La única conversación que acabé manteniendo fue sobre un neurótico que se creía un vampiro y que había matado a cinco personas en Alemania. La historia había sido publicada en la portada del *Diário do Noticias.* Más tarde se acercaron a hablarme en privado militantes del PCP y del PS. La gente que había ido a ver me ignoraba o me demostraba lo terrible que se sentía, cabizbajos y mostrando un forzado interés en sus partidas de dominó. Me marché hecho una mierda.

Por otro lado, los bares públicos de Lisboa estaban llenos de capitalistas de Estado. La «Comuna de Lisboa» la formaron las clases profesionales. Estaba dominada por un sector de trabajadores asalariados improductivos, muy afines a posturas leninistas o ultraleninistas: grupos de intelectuales, funcionarios del aparato del Estado, representantes sindicales que antes habían sido trabajadores, todos declarándose a sí mismos como los guardianes del saber de la clase obrera. Se decía que Mário Soares y Cunhal salían a cenar en los restaurantes elegantes donde antes cenaban los diputados de Caetano. Lisboa es una ciudad relativamente pequeña; a pesar de sus diferencias, en la clase tecnocrática, políticamente poderosa pero numéricamente escasa, se conocían perfectamente unos a otros. Actuaban como si poseyeran el único modelo de revolución y el resto –los revolucionarios «inferiores»– tuvieran que seguirles o renunciar a la salvación. Parecían decir que el proletariado puede ser salvado, pero solo gracias al nivel superior de consciencia que poseían ellos y a la importancia de sus relaciones personales. Parecía como si hubiera un leninismo cotidiano que relegaba a quienes no fueran de tal o cual tendencia política a una consciencia meramente emocional y primitiva.

La única esperanza de la izquierda era empujar al PCP cada vez más lejos por el camino del capitalismo de Estado. A nivel de masas, ningún grupo organizado criticó al capital *per se*: sus jerarquías, sus prioridades, sus relaciones sociales, su esencia. Ningún grupo criticó de forma explícita y sistemática a la izquierda como comadrona del capitalismo de Estado. Las diferentes Inter-Empresas se alineaban detrás de los partidos que las dominaban. Esperaban, completamente indiferentes, a ver qué tipo régimen traería la lucha por el poder de los partidos políticos.


CANTINFLAS
P

XV. Noviembre

Después de que el 7 de noviembre la unidad de paracaidistas volara por los aires *Radio* Renascença, Vasco Lourenço acudió a la base de Tancos en representación del Consejo, para explicar la decisión en un plenario convocado por los oficiales. Algunos soldados se presentaron en esa asamblea para decirle lo que pensaban de él, antes de marcharse a un contraplenario que habían convocado los sargentos. Al día siguiente, ciento veintitrés oficiales de la base dimitieron de sus cargos. El 19 de noviembre, el comandante Morais e Silva tomó una decisión drástica y ordenó a mil doscientos soldados que se marcharan inmediatamente y evacuaran la base. Los paracaidistas no podían aceptar esa decisión, así que «despidieron» a su oficial al mando y se colocaron a las órdenes de COPCON. «Les ofrecemos veinte mil disparos por minuto», dijo uno de los sargentos.

A nivel de base nadie sabía realmente qué estaba pasando. La derecha había pasado a la ofensiva a lo grande. ¿O acaso se trataba de una ofensiva camuflada del PCP? La gente se llamaba para informarse unos a otros de movimientos de tropas en distintas zonas del país, y preguntaba si había soldados en las

calles de Lisboa. Los rumores se extendían. Era difícil distinguir entre verdades manipuladas por los intereses partidistas y mentiras manufacturadas para protegerles. Una de las historias que circulaban era que había un plan para acordonar Lisboa, donde se encontraban la mayoría de tropas de la izquierda, y tomar el control en el norte. Si aun así la capital ofrecía resistencia, entonces se cortarían el gas y la electricidad.

El grupo alrededor de «los Nueve» trataba de apuntalar su organización. Nadie estaba seguro de si la iniciativa era suya o había otras fuerzas que los estaban utilizando como fachada. En aquel momento, una consigna típica del PRP-MES era: «Portugal no será el Chile europeo».

El 20 de noviembre, una asamblea de delegados del PS-PPD debatió si trasladar la Asamblea Constituyente, y posteriormente el propio gobierno, al norte. Una gran manifestación del PCP-FUR acudió a Belem –de todos los sitios posibles– a pedir un «gobierno revolucionario». El inevitable Costa Gomes se asomó a la ventana. Como de costumbre se las arregló para esquivar a una multitud que, en principio, estaba en su contra, y acabó agradeciéndoles su apoyo y alertándoles de los peligros de la guerra civil.

Más tarde, esa noche, se leyó un manifiesto de las «Intercomisiones de Soldados y Marinos». Esta federación, nacida solo unos días antes, se había reunido en Óbidos para debatir «asuntos concretos relacionados con los soldados». En realidad se trataba de los grupos SUV –es decir, PRP-UDP– reorganizándose y tratando de ponerse al mando. El manifiesto pedía un salario de dos mil quinientos escudos mensuales –en lugar de doscientos cincuenta– y transporte gratuito. Un «Grupo de Oficiales Progresistas» leyó otro manifiesto. Se trataba de una

adaptación del documento de agosto de COPCON, pero con una diferencia importante: pedía que se entregaran armas a la clase trabajadora.

Ese mismo día, algunos oficiales de los cuarteles de Beirolas prometieron que distribuirían armas entre los trabajadores: «suficientes para armar una manifestación». El Estado Mayor del Ejército estaba agitado y presa del pánico –ya apoyaran al Frente Militar Unido, a COPCON, a «Los Nueve», a los poco gonçalvistas que quedaban, al PS, al PPD o al PCP.

«Los Nueve» decidieron permanecer firmes, respaldados por toda la derecha. Era como en una película del oeste. «*El primero que se mueva se lo come*», como dicen los portugueses. Nadie quería avanzar ni retroceder. La mayoría de los rumores de golpes y contragolpes eran meros faroles que pretendían sacar ventaja. La mayoría, pero no todos.

El 21 de noviembre, RAL-1 realizaba sus ejercicios matutinos como de costumbre, pero esta vez era un entrenamiento diferente. Contaba con la presencia del general Fabiao y representantes de muchos comités locales de moradores y trabajadores. «*Los soldados juramos ser leales a la madre patria y luchar por su libertad e independencia. Juramos estar siempre, siempre, del lado del pueblo, al servicio de la clase obrera, de los campesinos, de la gente que trabaja. Juramos luchar con todas nuestras fuerzas, aceptando voluntariamente la disciplina revolucionaria, contra el fascismo, contra el imperialismo, por la democracia, por el poder popular o la victoria de la revolución socialista*».

Uno de los trabajadores que habló en la asamblea dijo que le alegraba que «*los soldados ya no aceptaran la ciega disciplina*», pero se había dejado llevar por el foclore del acto. Era horrible verlo por la televisión: los nuevos oficiales «progresistas» y los genera-

les en posición de «descansen», mientras los soldados recitaban obedientemente las palabras prescritas. Al infierno la disciplina militar, sea de «izquierdas» o de «derechas».

Por supuesto se trataba de un *show* llevado a cabo por las fuerzas gonçalvistas del PCP que buscaban tomar el control del Sexto Gobierno – o compartirlo; en este sentido no eran demasiado quisquillosos. Pero «los Nueve» no eran idiotas. Al día siguiente decidieron que Otelo se tenía que ir. Pidieron a Vasco Lourenço, uno de los suyos, que ocupara su lugar, pero este aceptó con la condición de que Otelo también estuviera de acuerdo. Muchos oficiales de COPCON se negaron. Inter-comisiones prometió apoyar a Otelo y los hombres de RAL-1, junto con la mayoría de oficiales de Lisboa, también se negaron a aceptar el cambio propuesto. En una reunión que mantuvo con oficiales clave de la región en Alto do Duque, Otelo acordó mantener su puesto.

Sin embargo, los comandos no estaban solos en contra de Otelo. Tampoco les gustaba la nominación de Vasco Lourenço. Jaime Neves afirmó que había «muchos coroneles competentes que también podían hacer el trabajo». La CICAP de Cascais, que días antes había detenido a militantes del MES por pintar un gran mural en la pared de sus cuarteles, también estaba en contra de Lourenço. Pires Veloso aún no se había formado una opinión. Envió un mensaje para que se leyera en todos los regimientos del norte durante el saludo a la bandera, instando a «la aceptación voluntaria y total, y la subordinación a los deberes militares, la disciplina y el respeto por la jerarquía».

El domingo, 23 de nobiembre, el PS convocó una gran manifestación criticando a Otelo y Costa Gomes. Soares salió en apoyo de Vasco Lourenço y Pires Veloso. Una vez más volvie-

ron a oírse los abominables cánticos de «¡disciplina, disciplina!». Fue un fin de semana caliente, en todos los sentidos de la palabra. El PPD y el PS azotaban a lo que llamaban la «Comuna de Lisboa». El PCP, como siempre políticamente promiscuo, adulaba a todo el mundo al mismo tiempo. Eran conscientes de que Lisboa y el Alentejo solos apenas durarían un par de días contra el norte.

Aun así, para la mayoría, en la capital todo seguía como de costumbre. Los atascos de costumbre, las colas en el autobús para ir al trabajo, las mismas colas para volver del trabajo, ir a la compra, visitas a los familiares. Quizá los trabajadores de las cooperativas o las grandes empresas fueran un poco más conscientes de la crisis general.

El fin de semana no resolvió nada. Los mil quinientos paracaidistas, oficialmente licenciados, se mantenían firmes en Tancos, a ciento treinta kilómetros de Lisboa. Ya habían sido engañados el 28 de septiembre y el 11 de marzo, y manipulados en el atentado contra Radio Renascença. Ahora se revolvían contra lo que llamaban sus «comandantes nazis». Un miembro de su comité declaró al *República* el 22 de noviembre: «*Hay enormes diferencias entre nosotros: en las cantinas, en la comida, incluso en la cubertería, por no hablar de los ajustes por el coste de vida que reciben los oficales… El comité de soldados rasos trabaja junto con el comité de sargentos. No hay manipulación de partido. O, si prefiere, la única manipulación es la del PS que apoya a los oficiales. La solidaridad aumenta cada día. Muchos comités de trabajadores de la zona nos apoyan*».

El lunes, 24 de noviembre, los comités de trabajadores del cinturón industrial de Lisboa convocaron un paro de dos horas para debatir la situación. Los paracaidistas que acababan de llegar de Angola ese mismo domingo, y que habían sido destina-

dos a la base de la Fuerza Aérea de Ota, prometieron apoyar a sus compañeros de Tancos. En el propio Tancos, algunos civiles nombraron un comité para que se hiciera cargo de las cocinas. La Base Aérea 3, a través de su SUV, criticó a su oficial al mando y prometió apoyar a Tancos y a su segundo al mando. Otelo dio un discurso en la televisión criticando la naturaleza «antiobrera» del Sexto Gobierno.

En la manifestación del 23 de noviembre, Soares había dicho que el PS no tenía miedo a una guerra civil y que ellos «también tenían armas». Fue como incitar a «los Nueve» a no ceder ni una pulgada. «No hay alternativa de izquierdas al Sexto Gobierno» dijo, amonestando al PCP por la crisis actual y denunciando a «los soldados que se organizan dentro de las Fuerzas Armadas para servir como instrumento del PCP, a fin de que este pueda imponer su dictadura». Había señalado a Dinis de Almeida de RAL-1, el grupo mejor armado de toda el área de Lisboa.

Esa misma noche, una reunión de la Confederación de Agricultores de Portugal (CAP) decidió que la situación era intolerable. El 7 de noviembre habían organizado una manifestación en Santarem contra el PCP, criticando las «ocupaciones salvajes» que estaban teniendo lugar por todo el país. Esta confederación estaba compuesta por antiguos miembros de ALA, es decir, latifundistas y sus partidarios. En la reunión se habló de un posible golpe de izquierdas perpetrado por RAL-1. Estos agricultores, sólidamente conservadores, decidieron «partir el país por la mitad». Y lo decían literalmente. Unas semanas antes, Galvao de Melo (CDS) se había dirigido a ellos para hablarles de la necesidad de «empujar a los comunistas al mar y ahogarlos». Era el momento de la verdad, el límite entre el folklore revolucionario del sur y el norte «reaccionario». Miembros de CAP de todo el país –incluyendo los propietarios a quienes se habían restaurado sus posesiones en

el Alentejo y los terratenientes arrendadores del norte– se prometieron unos a otros cortar árboles y bloquear aeropuertos y líneas de ferrocarril entre el norte y el sur. La reunión, que en un principio había sido convocada para movilizar apoyos contra el IRA, acabó siendo un golpe de suerte para la derecha.

A las cuatro de la madrugada del 25 de noviembre, los comandos tomaron posiciones alrededor del palacio de Belem. En realidad, no había nada extraño en ello, ya que las unidades militares cada vez se tomaban más «la justicia» por su mano. Más o menos al mismo tiempo, un grupo de miembros de CAP salían del palacio con sus demandas «satisfechas» y asegurando que retirarían las barricadas. COPCON alertó a sus miembros. A las cinco de la mañana se habían establecido guardias en RTP y EN. Los rumores de un golpe de la derecha se extendieron como la pólvora por los teléfonos. Los paracaidistas ocuparon sus bases de Monte Real y Montijo, así como la Monsanto, para defenderse de cualquier maniobra reaccionaria y apoyar a sus compañeros en Tancos. No obstante, se trataba de acciones puramente defensivas.

El Consejo de la Revolución aún no había confirmado la degradación de Otelo. En la versión «oficial» de los acontecimientos, se acusó a los oficiales de COPCON que aguardaban cerca de Alto do Duque de dar la orden de ocupar las bases. No obstante, el sentimiento en las bases había estado cociéndose durante días y probablemente fue una serie de coincidencias lo que llevó a que fueran ocupadas. A las cinco y media, fuerzas de la Escuela Práctica de Administración Militar (EPAM) tomaron la estación de televisión a las afueras de Lisboa.

Por la mañana, las noticias en Rádio Clube Portugués afirmaban que Vasco Lourenço había sido nombrado comandante

militar de la región de Lisboa sin el respaldo de Otelo. La emisión convocaba a todos los militantes del PCP y el MDP a informar a sus sedes locales. También informó de un manifiesto de PRP-MES en apoyo a la ocupación de la base de Tancos. Los manifiestos de Intercomisiones y del Grupo de Oficiales Progresistas se leyeron una y otra vez. Cuando las noticias informaron de que la estación de televisión de Monsanto había sido ocupada, algunos trabajadores comenzaron a armarse.

La radio informaba que el conjunto de las tropas del norte se mantenía fiel a Pires Veloso y al Consejo. A las tres de la tarde, un teletexto del Consejo prohibía cualquier otro comunicado militar que no saliera de sus propias oficinas. A las cuatro se declaró el «estado de emegencia». Desde el cuartel general de mando de Amadora, Ramalho Eanes anuncia que toma el mando de todas las operaciones militares en representación de «los Nueve». Por toda Lisboa se extiende el rumor de un golpe «a lo Pinochet». Las tropas de EPAM toman posiciones en los tejados de edicificios como General Electric. Una nota del Comandante General de las Fuerzas Armadas afirma que el «pretexto de la rebelión [de los paracaidistas] es una lucha contra Morais e Silva y Pinho Freire», pero que «obviamente ese no es el objetivo real de la manipulación a la que están siendo sometidos».

A mitad de la tarde, el capitán Clemente, organizador de la ocupación del transmisor de televisión, se dirige a los potenciales televidentes. Pero dado que la televisión había estado fuera de funcionamiento, muy poca gente escucha su mensaje. Intersindical convoca a la movilizarse a través de Rádio Clube Portugués. A las cuatro y media de la tarde, unos pocos trabajadores levantan barricadas en Lisboa utilizando autobuses. A las cinco y media, Rádio Clube pide el apoyo de las «masas populares». Pero la gente estaba comprometida de otra manera. A las seis,

pequeños grupos de veinte o treinta trabajadores de varias fábricas tratan de bloquear el avance de los comandos en Monsanto. En Rua Castillo, de nuevo un pequeño grupo de trabajadores levanta una barricada similar. La mayoría de sus compañeros no sabían lo que ocurría. Se encontraban en las fábricas, sin radios. Y la mayoría de los que lo sabían no hicieron nada.

A las siete de la tarde, el capitán Clemente lee dos comunicados del Sindicato del Metal convocando una «huelga general» y condenando el estado de emergencia y el toque de queda. A las nueve las noticias revelan que Otelo está prisionero en Belem. «Para probar que está libre», da un discurso ante trescientas o cuatrocientas personas a través de una ventana en la propia Belem. Los comandos toman la estación de televisión cercana a Lisboa desalojando sin sangre a las tropas de izquierdistas que la habían tomado por la mañana. Es evidente que los paracaidistas están perdiendo. Solo queda Rádio Clube como fuente de información. Un obrero de la construcción, hablando por su sindicato, urge a todos los trabajadores a presentarse en sus secciones sindicales con maquinaria pesada. «La revolución está en peligro» afirma, como un eco de 1973. La llamada es virtualmente ignorada. Después de meses de desmovilización sistemática no se puede improvisar la militancia repentinamente. La acción directa, largo tiempo denunciada como «aventurismo de izquierdas», no puede encenderse de repente como el agua de un grifo.

Pero era mucho, mucho más profundo que todo eso. Yo estaba en las calles como todo el mundo. En los cafés y las plazas la gente discutía animadamente en grupos. «¿Es un golpe del PCP?» preguntaba alguien. «Creo que es la revolución», contestaba otro. «¿Qué pasa con Rusia, entonces?», preguntaba un tercero. Las discusiones eran intensas, pero ajenas a la vida real de la gente. Podía haber estado ocurriendo todo en otro mundo.

Los trabajadores no iban a apoyar a un bando u otro de ninguna manera. Después de veinte meses de «proceso revolucionario» y de cháchara izquierdista habían llegado a una conclusión: revolución o contrarrevolución eran cosa de especialistas. Y, de todas formas, había que trabajar al día siguiente. Un grupo fuimos a los cuarteles locales. Esperábamos de verdad –si la mitad del folklore hubiera sido real– que nos entregaran armas. Su comandante salió a decirnos bruscamente que nos metiéramos en nuestros asuntos. ¿Qué queríamos? Anhelábamos contestar: «Armas». Queríamos hablar de verdad de grandes cosas como «luchar por la revolución». En lugar de eso, solo le preguntamos si sabía lo que estaba pasando. «Nada, no es nada», contestó al tiempo que indicaba a sus hombres que se metieran para dentro. Los soldados, que intentaban acercarse rápidamente, casi saltaron de vuelta a los barracones. ¡Hasta ahí llegaron nuestras armas!

Fuimos a la sede de LUAR que había cerca de donde vivíamos. Nos encontramos con un puñado de militantes confusos tratando de sintonizar la BBC. Sin armas. Sin líderes. Sin plan. Ni siquiera una radio que funcionara bien. Nada. Solo mitos del pasado. Hacia la medianoche las calles se fueron quedando rápidamente desiertas. Todo el mundo se fue a la cama, tal y como le habían ordenado.

Dos horas antes se había pasado del estado de emergencia al estado de sitio. A la una de la madrugada del 26 de noviembre, las barricadas de Rua Castilho que habían levantado los trabajadores de EC Esteves fueron desmanteladas pacíficamente. La mayoría de los que se encargaban de ellas se habían ido a dormir. Las calles de Lisboa estaban en silencio, habitadas solo por unos pocos borrachos, y embrujadas por unos pocos espíritus revolucionarios como nosotros deambulando sin propósito. La «Comuna de Lisboa» era una ciudad fantasma.

La burbuja había estallado. A las tres de la mañana, «los Nueve» y la derecha tenían la situación firmemente bajo control a través de los comandos y el Frente Militar Unido. Cerca de Belem, los comandos dispararon a unos pocos *poltergeists* revolucionarios, hiriendo a tres de ellos. Un amigo me llamó a las cinco de la mañana y me dijo que la Policía Militar todavía resistía. Se disculpó por llamar a esta hora, «no sabía si era pronto o tarde». A las siete, una llamada desde Belem a la Policía Militar les dijo que tenían hasta las ocho para rendirse. Los mayores Campos e Andrade, Tomé y Cuco Rosa convocaron un plenario que tomó la decisión de resistir. Campos e Andrade decidió rendirse de todas maneras, pero antes de que pudiera hacerlo llegaron los comandos. Abrieron fuego contra los cuarteles. Murieron dos policías militares y un comando. Campos e Andrade llamó por teléfono a Costa Gomes para pedir un alto el fuego, pero fue inútil. El mayor Tomé pidió a sus tropas que dejaran de disparar «para evitar un mayor derramamiento de sangre». Los tres mayores fueron arrestados. A las tres de la tarde, toda la Policía Militar fue enviada a casa licenciada. Era una escena triste: «la vanguardia armada de la revolución» haciendo las maletas ante un grupo de trescientos espectadores atónitos.

En otras partes del país, concretamente en el sur, la situación había sido un poco diferente. El día 24, en Alcacer, los campesinos se habían manifestado a las puertas del sindicato preguntando qué ocurría. Este les dijo que no había recibido órdenes y que todo el mundo volviera a casa. Los trabajadores estaban indecisos. Un representante sindical se encaramó a un camión y afirmó que era hora de ser «serios», pero que creía que era mejor para todos dispersarse y esperar instrucciones. Había unos dos mil trabajadores involucrados. El 25 y el 26 empezaron a darse cuenta de que el sindicato no sabía o no quería saber. «Algo

ocurre en Setúbal», dijo uno de los trabajadores. Muchos de ellos quisieron acudir. El PCP y los sindicatos, esta vez sin perder un minuto, levantaron barricadas para impedir que abandonaran Alcacer. Les dijeron que la situación estaba bajo control y que, de todas formas, en Setúbal solo había unos pocos izquierdistas.

También en Vendas Novas, esta vez el 25 de noviembre, se juntaron trabajadores de casi treinta cooperativas y decidieron acudir al edificio del sindicato. Una vez más, este les dijo que se marcharan a casa. Cuando los trabajadores protestaron, les dijeron que fueran a los cuarteles de Vendas Novas, «a defender a las tropas». Los militantes del PRP afirmaban que un tal capitán R había prometido armamento y que debían esperar. Las armas del PRP están en camino, decían. Los trabajadores, no fiándose del PRP, decidieron ir al centro del IRA a por ellas. Allí, perplejos, les dijeron que no tenían. No les creyeron. Los jóvenes volvieron a los cuarteles a esperar a que llegaran, pero nunca lo hicieron.

En Évora la situación fue una de las más confusas. Nadie sabía qué hacer. Todo el mundo esperaba. La radio y la televisión habían sido suspendidas, por lo que la población local estaba a merced de los rumores que traían los militantes de los partidos. Todo el que llegaba era interrogado durante un buen rato. En otras regiones prevaleció la misma ignorancia y la misma confusión.

Muchos militantes acudieron a Tancos. Reunión tras reunión pedían disciplina revolucionaria. Zeca Alfonso cantaba canciones revolucionarias y todo el mundo se le unía. La atmósfera era frenética. Se supo que no solo Otelo había sido despedido, sino que la propia base iba a ser cerrada. El fracaso de COPCON a la hora de movilizar cualquier tipo de acción conjunta –y el éxito de «los Nueve» y su Frente Militar– dejaron a los políticos de izquierdas completamente desorientados.

Aviones de la Fuerza Aérea zumbaron sobre Lisboa el día 26 anunciando la victoria. Los comunicados por la radio y la televisión de Oporto contaban la misma historia: «A la una de la madrugada la base aérea de Montijo se ha rendido. También la Base Aérea 3 ha sido normalizada». El 27 de noviembre fue arrestado el capitán Luz en el distrito obrero de Fuerte Almada. Se trataba de un baluarte del PCP, y aunque estos trataron de desmovilizar una manifestación espontánea, los trabajadores acudieron en masa a los cuarteles buscando información.

Setúbal fue quizá el único sitio donde la cosa fue un poco más allá. Se activó un «comité de lucha» formado por militantes de PRP-UDP. En ese momento, la ciudad vivía una lucha feroz de los comités de moradores contra los alquileres y el coste de la vida. El mismo 26 de noviembre, este comité convocó a todo el mundo a concentrarse a las puertas de la Base II de infantería. Se exigieron armas y, de hecho, se entregó algunas en secreto a conocidos militantes. Los aviones sobrevolaron la Cámara que el comité había tomado como cuartel general. Este abandonó el edificio y se instaló en las oficinas del periódico local, *O Setubalense.* Se preparó una edición especial. En ese momento era el único periódico diario publicado en el sur. Informaba sobre Tancos y otras bases y convocaba una movilización popular contra los comandos. El 27, todos los trabajadores del periódico fueron arrestados. No había milicia que los defendiera.

A las diez de la mañana del mismo 27, en los astilleros de Lisnave, los trabajadores se reunieron para discutir la situación, como en muchas otras fábricas. Apareció una delegación de Setenave, la empresa hermana. También estaban presentes soldados de Forte Almada. El PCP rechazó cualquier demostración de fuerza de los trabajadores, pero los trabajadores de

PRP-UDP afirmaban que «algo había que hacer». Se estableció un «comité de lucha» formado por cuarenta trabajadores –de ocho mil cuatrocientos– y se convocó una huelga. La mayoría de los trabajadores la ignoraron.

Se trasladaron tropas desde el norte. Una a una fueron neutralizadas todas las unidades sospechosas. Entre tanto, para justificarse, «los Nueve» empezaron a inventarse un golpe de la izquierda, que ellos, auténticos revolucionarios, estaban supuestamente desmantelando. Claramente iban dominando la crisis. En los cuarteles de RAL-1, se reunieron cientos pidiendo información. A las puertas, los guardias daban mensajes confusos a las multitudes que les llevaban a otras unidades todavía más confusas. Aparecieron carteles en las esquinas y en las paredes de las sedes de los partidos. El MRPP apoyó al gobierno y atacó a los socialfascistas. Al final del día, Otelo y Fabio habían dimitido oficialmente del Consejo.

El PRP había estado activo en Setúbal, y UDP en Lisboa. Comités de veinte o treinta fábricas se reunieron en Baixa da Banheria, justo al otro lado del río. Se constituyeron como «Federación de Órganos de Unidad Poplar» y el 29 de noviembre publicaron un periódico en formato grande titulado *Estado de Sitio.* Mientras el encuentro de Setúbal reunió a auténticos trabajadores, y tuvo lugar en una atmósfera completamente apartidista –dado lo tenso y confuso de la situación–, la asamblea de UDP fue totalmente distinta. El periódico preguntaba «¿Y ahora? ¿Nos vamos a quedar de brazos cruzados?», y convocaba un plenario en Baixa da Banheria el 30 de noviembre, «donde todos los comités de trabajadores y moradores y demás organizaciones de base, debían reunirse». De ahí salió otro frente de UDP, pero nada más.

Para el miércoles 27 de noviembre, la mayor parte del país había vuelto a la normalidad. Los periódicos del norte disfrutaron de un momento dulce. Algunos oficiales gonçalvistas huyeron, los demás fueron arrestados. También hubo trabajadores arrestados: los que levantaron las barricadas y los de un par de empresas –J. Pimienta, por ejemplo– que habían enviado exploradores la noche del 26 para ver qué ocurría.

El 28, los paracaidistas trataron de negociar un acuerdo con el Consejo. Había rumores de que iban a ser bombardeados en sus últimas bases. En un plenario decidieron que era inútil continuar la lucha y que solo resultaría en un baño de sangre sin sentido. Algunos lloraban al abandonar los cuarteles. Decían que habían sido traicionados una vez más. La escena era patética. Un comunicado oficial restregó el mensaje. «El espíritu que llevó a cabo el 25 de abril era un espíritu apartidista; por desgracia ciertos soldados se han dejado manipular estableciendo vínculos con los partidos. Buscaban supervivencia política bajo el falso estandarte del progresismo, que el golpe ha desenmascarado». El comunicado pedía el arresto del capitán Clemente y Varela Gomes (antiguos oficiales de la Quinta División). El mismo día Vasco Lourenço asumía el cargo de Comandante del Área Militar de Lisboa.



Epílogo - Balance de cuentas

El fortalecimiento del capitalismo de Estado

No es difícil de entender la indiferencia prácticamente espectacular con la que la mayoría de trabajadores reaccionaron a los acontecimientos del 25 de noviembre. Ni «los Nueve» y el FMU, ni el PCP o el FUR, tenían algo relevante que ofrecerles en relación a sus necesidades fundamentales, a su vida real. Elegir a uno en lugar del otro era como elegir a un patrón antes que a otro. En muchos aspectos, las fuerzas que salieron vencedoras el 25 de noviembre fueron las que parecían ofrecer la salida más sencilla, dado que llevar adelante los proyectos de FUR o COPCON habría desatado la ira de Europa y América sobre los trabajadores.

En algún momento durante aquella tarde del 25, el comité central del PCP había extraído determinadas conclusiones. Tenían dos opciones. La primera era apoyar a los paracaidistas y llamar a la movilización en la calle. Seguramente, esto habría conducido a una «Comuna de Lisboa y el Algarve», rechazada por el resto del país, que habría podido sobrevivir durante algu-

nas semanas. Semejante «aventura», debieron calcular, les habría hecho perder todo el liderazgo de la crisis. El poder estaría en las calles y las barricadas, y ellos mismos serían desbordados. La segunda opción era recular, negociar con «los Nueve» –a través de Costa Gomes– y tratar de cosechar todos los frutos que pudieran. Dada la naturaleza de capitalismo de estado del Partido, la segunda estrategia era la menos peligrosa. Aunque perderían su poder en los ministerios, retendrían un control considerable en las infraestructuras del estado, es decir, en los sindicatos, los comités de barrio, los comités de trabajadores, las cooperativas y los medios.

Sea como sea, la participación en el 25 de noviembre había sido pobre. El PCP se enfrentaba a la perspectiva de perderlo todo. Así que decidió entregar a los lobos a los oficiales que había utilizado anteriormente, a cambio de mantener su puesto en el gobierno. «Los Nueve» sabían que no podían controlar a los trabajadores por sí mismos. Necesitaban al PCP. El coronel de brigada Charais prácticamente lo reconoció en una entrevista de radio el 29 de noviembre.

Como en todas las crisis portuguesas hasta la fecha, el resultado fue una expansión del control del Estado: el capital que quedaba de ocho periódicos y todas las estaciones de radio fue nacionalizado. Pero no era tanto la nacionalización lo que tenían en mente «los Nueve», sino el control del vasto sector de la economía que ya se encontraba en manos del Estado (el 65% según las estadísticas oficiales, aunque otros informes –como el elaborado por el Banco Pinto Magalhies, por ejemplo– elevaba esa cifra al 74%). Se designaron nuevas direcciones en cinco periódicos matutinos y tres vespertinos. La información se convirtió en una prerrogativa principal del Estado. *O Seculo*, *Diário de Noticias*, *A Capital*, *Jornal de Noticias*, *Diário de*

Lisboa, Diário Popular, Jornal do Comércio y *Comercio do Porto*, así como un buen número de revistas y estaciones de radio de propiedad estatal, sufrieron «ajustes» de gran calado. El PCP, a pesar de sus maquinaciones, perdió muchas de sus posiciones en los medios.

Los partidos políticos, quizá para su propia sorpresa, sobrevivieron al 25 de noviembre. Quienes heredaban el recién fortalecido aparato estatal se dieron cuenta de que los partidos políticos –ya fueran de izquierdas o de derechas– eran un ingrediente necesario para el disfraz democrático. El domingo 30 de noviembre, todos los partidos (PPD, PS, PCP, CDS FUR, UDP, PCP-ml y MRPP) fueron invitados a «conversar» en Belem. Sabiendo que solo iba a ser recibido por un ayudante del presidente, el líder del MRPP, Arnaldo Matos, adoptó su pose habitual de niño mimado burgués y envió a su propio ayudante a la reunión. Típico de la personalidad de los líderes leninistas.

Los grupos de trabajadores autónomos –es decir, aquellos fuera del partido o frentes «no partidistas»– recibieron la peor parte. Se llevó a cabo un registro en busca de armas. La GNR –ahora rearmada– investigó a más de cuarenta cooperativas y organizaciones proletarias autónomas. La Escuela de Infantería local y la GNR establecieron un perímetro alrededor de la cooperativa de Averías de Cima, en Ribatejo. Reunieron a los trabajadores en pijama en mitad de la gélida noche. «¿Dónde están las armas?» Nadie respondió. La GNR empezó a buscar y encontró un G3. Nadie lo reconoció. Los soldados amenazaron con detenciones y un trabajador admitió ser el dueño por el resto; de cualquier manera, acabaron arrestando a dos. «¿Así que viviendo juntos? ¿También dormís juntitos?» –se burló un oficial del GNR. Nadie le contestó. También fueron registradas algunas fábricas y las clínicas populares de Santa Cruz y Cova da Piedade.

Los cuarteles del PRP sufrieron redadas, pero ahí eran casi «de rigor» en vista de sus alardes sobre las armas. No se encontró ninguna. ¿Se habían distribuido? ¿Estaban escondidas en otro sitio, para una «emergencia» mayor? ¿Llegaron a existir alguna vez? El capitán Fernandes –quien desde luego había distribuido mil quinientos rifles automáticos G3 y luego había desaparecido prudentemente– fue declarado desertor y se emitió una orden de arresto. Esos registros, cuyo objetivo era disciplinar a las organizaciones, iban a continuar hasta marzo de 1976.

La repercusión principal del 25 de noviembre fue un fortalecimiento del aparato estatal que permitió una estrategia de control y «planificación» más coherente y coordinada. Esto requería la modificación de los otros proyectos de control estatal. Algo que se logró drásticamente a través de una serie de purgas en varios ministerios –en concreto los de Economía, Interior y Agricultura y Pesca. De forma más específica, requería un control más firme de las organizaciones de trabajadores y del Ejército. La diferencia entre los dos proyectos tecnócratas –«los Nueve-PS» y PCP-FUR– se puede analizar desde el punto de vista económico, pero obviamente tenía más ramificaciones. Las «soluciones» que se proponían diferían en la forma de ver las nacionalizaciones y en los sectores que debían ser nacionalizados. Aquello que constituía las cimas dominantes de la economía dependía de la dirección general que se adoptara para el «desarrollo de las fuerzas productivas» y, a su vez, estaba relacionada con los acuerdos internacionales entre varios Estados. «Los Nueve» nunca cuestionaron el principio de la nacionalización; la discusión era acerca de qué áreas o sectores se consideraba que necesitaban más desarrollo.

Lo que la gente pensó que era el colapso del capitalismo fue, de hecho, una crisis que permitió que este modo de producción

avanzara. Los monopolios privados habían sido neutralizados y los diferentes grupos tecnócratas luchaban por lo que viniera después. Cada uno tenía su propia visión de la distribución y concebía la producción de acuerdo a esta. Para el PS y el PPD, el futuro era Europa. Para los demás, Melo Antunes, por ejemplo, era el Tercer Mundo. Unos pocos sin duda soñaban con un comercio infinito con Albania y China. Nadie preguntaba a qué coste –o a coste de quién– se establecería la nueva producción. No se tenía ni el conocimiento más básico sobre la ley del valor. De ahí la ambigüedad sobre toda la cuestión de la producción y el propio proletariado.

Estos tecnócratas –desde el PS y la «izquierda» militar hasta los autodenominados grupos de extrema izquierda– compartían las mismas perspectivas históricas: subordinar lo económico a lo político y el esfuerzo de la producción –llevado a cabo por los trabajadores– a los cálculos sobre la distribución –realizados por los tecnócratas. El proletariado, como dijo Marx, no tenía ideales que defender. Era un organismo en el que habría que encajar los ideales. Tanto los capitalistas como los capitalistas estatales se dedicaban solamente a eso. Para las masas de individuos inválidos la salvación era elegir entre una vanguardia u otra –cada una intentando hacer creer que no era una vanguardia. Las vanguardias superrevolucionarias nunca son como la gente común. Es por eso que siempre debemos respetarlas y no expresar en voz alta lo que nuestra alienación reclama. Para los revolucionarios inadaptados, es decir, el proletariado, las decisiones sobre sus vidas las tomaban otros. Mañana, «el género humano será la Internacional», pero, por desgracia, hoy las perspectivas y las reivindicaciones se centran en la «independencia nacional»

El «golpe» del 25 de noviembre no fue «a lo Pinochet» como habían previsto el PRP y compañía. Ni siquiera fue «a lo Noske». Y no proclamó un retorno del capital a manos privadas

como toda la prensa extranjera –incluyendo al *Financial Times* y a *Le Monde*– dijo que haría.

Representó un paso, una pausa, un intento del Estado de ponerse al día consigo mismo, de tomar aliento y generar políticas desde arriba para poner la casa en orden. Como primer paso, se prohibieron todos los comunicados militares que no emanaran del Estado Mayor o del Consejo Revolucionario. Se decidió que para 1978, las Fuerzas Armadas debían de haberse reducido a doce mil efectivos. Muchos reclutas fueron eximidos. Sin embargo, en aquel entonces, el Ejército daba empleo a miles de jóvenes y esto acarrearía algunas dificultades. Mientras tanto, se abolieron las ADU en los cuarteles y se reinstauró la disciplina tradicional.

Se elaboraron planes para la «censura de la pornografía», ya que los militares siempre habían tenido una obsesión con este asunto. El ministro de Agricultura prohibió que se llevaran a cabo más ocupaciones de tierras. Entre noviembre de 1975 y febrero de 1976, solo tuvieron lugar cuatro ocupaciones, frente a las cuatrocientas que se habían dado entre septiembre y noviembre. Aún había setecientas mil hectáreas que reasignar si se implementaba la «ley de Reforma Agraria», pero el Estado claramente quería asimilar primero lo que ya había sido tomado antes de seguir adelante con ninguna otra ocupación.

Por supuesto, todo esto no satisfizo a la extrema derecha, que veía a Melo Antunes como un «consumado» comunista. Las fuerzas del ELP y el MDLP continuaron organizándose y soñando con la vuelta de los «buenos tiempos». En el norte, en Braga, en Pavoa de Varzim, etc. siguieron los atentados. Solo en Braga explotaron no menos de siete bombas durante el fin de semana del 28 y 29 de enero. UDP y los sindicatos eran los

principales objetivos. Las fuerzas que habían participado en el 28 de septiembre y el 11 de marzo volvían a estar a la ofensiva. Se hablaba mucho, principalmente desde la izquierda, de la «vuelta de los patrones» de Brasil y EE UU. Pero el Estado no estaba preparado para devolverles lo que había conquistado. En algunos casos, a ciertos patrones se les permitió volver como gerentes. Para mediados de enero de 1976, se habían recibido alrededor de ciento veintiocho peticiones por parte de los antiguos propietarios. Es revelador que fuera el ministro de Trabajo el encargado de aclarar esta situación. El ministro de Agricultura dio instrucciones estableciendo el 1 de marzo de 1976 como fecha límite para las peticiones de compensación por parte de antiguos dueños. Para el 19 de marzo, se habían registrado solo diecinueve casos de «reocupación» y unos diez de «reprivatización», es decir, retorno a propiedad privada. Estos últimos casos –que se dieron todos en la industria textil del norte– fueron una petición de los propios trabajadores. En muchos casos en los que los trabajadores pidieron apoyo para el antiguo jefe, este fue denegado por las autoridades estatales.

Lo que ocurrió el 25 de noviembre fue que uno de los grupos de burócratas militares –de hecho, una alianza de grupos– logró imponer su voluntad a los demás. Sin embargo, había enormes diferencias entre la vieja PIDE y la nueva policía. El nuevo régimen consideraba esenciales a los partidos de oposición y concentraba sus ataques en los grupos de base. Durante la primera ola de represalias, los partidos, ante todo, trataron de defenderse a sí mismos. «Olvidaron» todas las bellas frases sobre la «defensa de los trabajadores». Su primer acto reflejo fue endurecer su propio aparato. No obstante, tenían poco que temer; eran esenciales para el nuevo esquema.

En general, el gobierno se movió con cautela en relación a la clase trabajadora. Tenían que hacer frente a cerca de ochocientas cooperativas industriales y alrededor de doscientas empresas bajo control obrero, por no mencionar los miles de casos de «vigilancia obrera» –este término fue acuñado por un trabajador de Lisnave para describir la situación en esa empresa. Además, había más de seiscientas cooperativas agrícolas, la mayoría de ellas legalizadas para mayo de 1976. Esto suponía que más de una quinta parte de toda la tierra agrícola de Portugal (un millón de hectáreas de poco menos de cinco) estaba bajo algún régimen de control colectivo. Las ocupaciones de casas, que habían alcanzado las treinta y cinco mil antes del 25 de noviembre, se mantuvieron. Los ocupas no estaban dispuestos a entregar sus derechos solo porque el PCP y los partidos de izquierdas hubieran perdido unos pocos ministerios.

Aun así, el 25 de noviembre iba a afectar a los trabajadores de forma muy directa. Los precios se habían congelado después del 11 de marzo «para lo que restaba de año». Ahora fueron «refijados», lo que suponía que incorporaban toda la inflación oculta, respaldada por el Estado, que se había acumulado durante los nueve meses de intervención. En enero de 1976 se produjo un aumento del precio de los alimentos de alrededor del 40%. La gente se quejó, y en algunos casos se negó a pagar, pero no hubo ninguna oposición generalizada, pese a los intentos de UDP y PRP. Los trabajadores intentaron incrementar sus salarios y obtener la paga extra que prácticamente se había «ganado» el año anterior, pero que muchas empresas, tanto privadas como públicas, se negaban a pagar. Durante febrero y marzo de 1976 fueron a la huelga unas trescientas ochenta fábricas, y fueron miles las que elevaron mociones de protesta contra las nuevas políticas. Los patrones habían ganado confianza y el Estado iba gradualmente extendiendo sus alas sobre las cosas.

Las respuestas de los trabajadores

Lavandaria Portugalia es una compañía de limpieza en seco. Tiene ramas por todo Portugal y una planta central en Ajuda (Lisboa) en la que emplea a ciento noventa y ocho trabajadores, sobre todo mujeres. En noviembre de 1974, tras un cierre patronal y un día de huelga, «despidieron» al jefe y pasaron a un sistema de autogestión. El entusiasmo era abrumador: a todo el mundo se le pagaba el mismo sueldo (cuatro mil quinientos escudos al mes). Unas treinta mujeres que trabajaban en los peores puestos –en el sector de planchado, trabajando a una temperatura de 400 ºC– pidieron un aumento de salario. La petición fue rechazada en una asamblea general dado que el punto de vista de la mayoría era que el socialismo debía empezar con la igualdad de salarios para todos. En septiembre de 1975 las planchadora habían organizado un comité de lucha para llevar sus demandas al comité de trabajadores, pero fueron denunciadas por el resto de trabajadores.

Después del 25 de noviembre, los antiguos jefes empezaron a pasearse por las oficinas centrales –como muchos otros patrones. Una parte del comité de lucha –unos noventa trabajadores en total– apoyaba al patrón. «Al menos él entendía la necesidad de diferencias». El comité de trabajadores condenó al de lucha como «un intento de crear una situación financiera intolerable en la empresa con el objetivo de traer al jefe de vuelta». El comité de lucha aseguró que «el jefe debe volver. Es el garante de nuestro pan. Y, en cualquier caso, es el dueño de todo esto». El jefe afirmó que solo pagaría salarios si despedía a la mitad de la plantilla. El comité de trabajadores decidió acudir al ministerio de Trabajo (PS), que recomendó traer de vuelta al jefe como gerente.

En la fábrica textil de Manuel Gonçalves, en Famalicao, las cosas se desarrollaron de forma muy diferente. El PCP se había desacreditado a sí mismo por completo. Gonçalves podía contar con que los trabajadores masculinos votaran en su favor. Expuso sus propias condiciones para volver: democracia absoluta para el comité de trabajadores en la fábrica, ayuda estatal y libertad para determinar su propio mercado. El gobierno aceptó las dos primeras, pero no la tercera –tenían su propia política general para la industria textil. Pero el hecho de que Gonçalves, quien antes del 25 de abril había sido partidario de la ANP, pudiera estipular la «democracia obrera» como condición para su retorno solo ilustra la ausencia de semejante democracia cuando el PCP ejercía el control. Diecisiete trabajadores del PCP fueron despedidos y se les negó la entrada a la fábrica. El gobierno se opuso a esta decisión afirmando que Gonçalves solo podría regresar si los diecisiete trabajadores se quedaban.

El caso de Sanimar, una fábrica de Lisboa que hacía lavabos y retretes y que empleaba a cerca de trescientos cincuenta trabajadores, es aún más revelador. En octubre de 1975, un plenario había despedido al patrón y había elegido un comité de cinco trabajadores para gestionar la compañía. Algunos trabajadores administrativos y del departamento de ventas se pusieron del lado del jefe y boicotearon el plenario. Más tarde, el comité descubrió que los amigos del jefe de estos departamentos le estaban ayudando a llevarse bienes por valor de seis millones de escudos. Estos se estaban almacenando en un local en Setúbal, donde el departamento de ventas había abierto una tienda y se encargaba de venderlos.

Al principio, el «secretario de Estado de Inversiones Públicas» reconoció la representatividad del comité de trabajadores elegido en el plenario. Pero después de unas conversaciones entre el patrón, el ministro de Trabajo (PS) y el ministerio de

Finanzas se decidió nacionalizar la empresa y designar a un funcionario como administrador. Se argumentó que era la única manera de asegurar la «unidad» de los trabajadores. El comité se negó a aceptar esta decisión por considerarla antiobrera y antidemocrática y decidió expulsar de las instalaciones a los «tres bienhablados caballeros» de los ministerios. El ministro de Trabajo convocó a la GNR para que respaldara sus planes de nacionalización. Cerraron la fábrica y echaron a los trabajadores durante tres semanas. Al final fueron obligados a aceptar la nacionalización y volver al trabajo.

En enero y febrero de 1976, hubo cientos de casos en que los trabajadores tomaron posiciones y acciones más radicales de las que tenían antes de noviembre de 1975. Solo que ahora ya no era espectacular. En Termo-Eléctrica Genia, una firma de componentes eléctricos de Lisboa, el centenar de trabajadores tomó la fábrica. En Conlus (lencería femenina) los trabajadores fueron a la huelga para cobrar sus salarios atrasados. El gobierno saldó su deuda. Las huelgas de conductores de autobús en Coimbra, Oporto y Barreiro tomaron la forma de negativa a cobrar los billetes. En Firestone, los trabajadores secuestraron a los jefes estadounidenses y pidieron un rescate de la casa matriz para saldar los sueldos atrasados. Son luchas que aún continúan[20].

Cooperativas

Con un millón de hectáreas ocupadas, los trabajadores se preparaban para su primera cosecha colectiva. El plan del gobierno era «comercializar» estas cooperativas, obligándolas a vender su aceite de oliva, su vino y sus cereales a instituciones controladas

20. Se refiere al momento en que fue escrito el libro: 1977. (N. del E.)

por el Estado –la Asociación de Productores de Vino, el Instituto del Cereal, etc.– para que estas luego se encargaran de su distribución. En caso contrario, no se asignarían créditos.

Al prohibir que se realizaran nuevas ocupaciones, el Estado estaba creando cierta división entre los trabajadores agrícolas, esperando así controlarlos mejor. Se intentaron muchas nuevas ocupaciones, como en Vale de Sobrados, cerca de Évora, pero la GNR era avisada inmediatamente y los trabajadores desalojados.

Los problemas de los pequeños agricultores arrendatarios se agudizaban. Había muchos que había alquilado la tierra por una temporada, para cultivar un determinado producto –trigo o tomates, por ejemplo– y empezaron a pedir al Estado tierra para poder continuar cultivando. Este respondía tarde. En muchos casos, simplemente se negaba, a pesar de que aún existían setecientas mil hectáreas de latifundios. La CAP, antigua ALA, empezó a utilizar a estos agricultores arrendatarios en su campaña contra las ocupaciones de tierras, sugiriendo que las cooperativas les ofrecieran tierra y extendiendo la falacia de que los trabajadores de las cooperativas estaban sacando fabulosos beneficios y viviendo la gran vida. Un grupo de estos pequeños agricultores arrendatarios que ocuparon una finca cerca de Santarem fueron desalojados por la GNR. Acto seguido, procedieron a ocupar parte de una cooperativa. Los trabajadores de esta necesitaban esa tierra para cultivar lo que estaban planeando. Criticaron al ministro de Agricultura, Lopes Cardoso (PS) y pidieron que se les entregaran otras tierras a los agricultores arrendatarios. El ministro se negó. Finalmente, los trabajadores les «entregaron» tierras de la cooperativa, pero de otra parte de la finca. A partir de esa vez, ocurrieron casos similares. En 1975, se habían pagado dos mil millones y medio de escudos, como

créditos de emergencia, a los trabajadores que habían ocupado fincas –para pagar salarios y comprar fertilizantes y semillas. Estaba claro que la nueva Administración no tenía intención de volver al sistema previo. Se intentó utilizar a las «cooperativas» para modernizar la economía.

En algunos sitios, los trabajadores intentaron establecer estructuras económicas paralelas. La venta directa de las cooperativas a los comités de barrio se organizó a gran escala en el centro y en el sur, y demostró ser muy popular dado el aumento de precios. Las cooperativas vendían por cuatro escudos los repollos que en el mercado costaban quince. También el vino y el aceite de oliva se vendían mucho más baratos.

Aun así, las manipulaciones partidistas continuaron. Ahora se trataba de quién «apoyaba» a qué ocupación. Se recaudaba dinero para tractores y edificios, pero estas campañas fueron, al menos en parte, trucos para captar votos. Y no fueron solo el PCP y el PS quienes se involucraron en esto. Fragmentos de FUR, desintegrado tras el 25 de noviembre, empezaron a reagruparse. PRP, UDP, MES y otros grupos maoístas más reformistas ahora actuaban más unidos. Su apoyo a las cooperativas se organizó a través de los comités de barrio que todavía controlaban.

A veces el apoyo provenía de las fuentes más extrañas. La Cooperativa Hissapa (Bulgaria) regaló ocho tractores a la cooperativa de Casebres. También le habían entregado cuatro sembradoras de trigo y otra maquinaria, todo con aspecto bastante anticuado. La delegación búlgara se mostró extremadamente avergonzada cuando no se consiguió arrancar los tractores. Al final, usando gasolina para empezar, los trabajadores consiguieron que los motores diesel funcionaran.

Se formaron sindicatos de cooperativas. De nuevo, el PCP empezó a intervenir aquí, pidiendo que fueran readmitidos los técnicos «progresistas» de los centros del IRA que habían sido purgados. Uno de esos sindicatos –que incluía cooperativas llamadas con nombres como Nueva Esperanza, Buena Esperanza, Flor del Alentejo, Rosa Roja, Futuro, Libertad, Poder Popular, Bento Gonçalves, etc.– estaba, como habrán podido adivinar, completamente dominada por el PCP. Se concentraba en realizar peticiones de maquinaria al Estado socialista. Otro era el «Sindicato de Vimeiro», que intentó federar a determinadas cooperativas orientadas al apoyo mutuo y la defensa contra el Estado.

En Barcouço, cerca de Coimbra, un grupo de cuarenta y seis pequeños granjeros decidieron agrupar parte de sus tierras para crear una cooperativa: «Los más avanzados ya no dicen "hey, vamos a mi tierra", ahora dicen "vamos a la cooperativa". Desde luego, todavía hay gente, y la seguirá habiendo los próximos años, que piensa "esta es mi tierra"… La idea [de la cooperativa] surgió durante un plenario para resolver el problema de recolectar la resina de los árboles… Decidimos formar una cooperativa, juntar nuestros pequeños lotes. Incrementaríamos la producción y alquilaríamos un tractor».

De hecho, fueron militantes del PS, que organizaron un concierto con ese objetivo, quienes les dieron ese tractor a los agricultores arrendatarios. No obstante, Barcouço fue una excepción, y en el norte la situación de los pequeños agricultores arrendatarios continuó como había sido siempre. Ya eran pobres y se empobrecían aún más.

En el norte, la ley relativa a los «baldíos» –las tierras comunales– había sido elaborada por el Cuarto Gobierno. Establecía que se entregaran estas tierras a los agricultores más pobres para que

apacentaran al ganado con ellas. Cuando finalmente se promulgó la ley en enero de 1976, había sufrido tantas modificaciones que ningún agricultor podía usar los «baldíos». Esto provocó que los agricultores arrendatarios atacaran al PS –a quien identificaban como los detentores del poder del Estado y responsables de las decisiones. Esto en cuanto a su anticomunismo constitucional.

La información

Las televisiones y la radio, ahora completamente nacionalizadas, fueron fusionadas. La nueva compañía evitaría la confrontación de perspectivas políticas que se había escuchado antes del 25 de abril. En los periódicos nacionalizados se nombraron nuevos equipos editoriales, la mayoría partidarios del PS, aunque también se incluyó a «independientes» cercanos al PPD. Era horrible. «La radio habla por el pueblo –se le decía al pueblo–, por el verdadero pueblo de Portugal que está cansado de canciones de revuelta». Las autoridades parecían pensar que la gente preferiría la suave música socialdemócrata de las heladerías americanas. Diariamente, se urgía a la gente a ejercer la autodisciplina, que en su boca era un eufemismo de autorrepresión.

Poetas, novelistas y abogados profesionales se enrocaron en las mesas editoriales de los despachos de periódicos y revistas. El semanario *Vida Mundial* y *A Capital*, que había sido razonablemente objetivo, fueron encomendados a la tímida imaginación de mentes mediocres. Las noticias consistían en información sobre los que los tecnócratas estaban pensando, haciendo, o pensando hacer. Mientras que antes del 25 de noviembre todas las noticias eran relativas a Portugal, ahora era al contrario. Terremotos, visitas oficiales, la guerra en el Líbano, todo recibía máxima

cobertura. Los comentarios sobre asuntos locales consistían en diatribas contra el anarcopopulismo, el «copconismo» y el ataque a la embajada española. Quienes protestaban –e incluso quienes preguntaban– eran denunciados por un coro al grito de «¡disciplina, disciplina!». Se predecía el colapso económico cien veces al día, y los trabajadores servían como chivos expiatorios. Parecía que todos estaban siendo manipulados. Excepto, por supuesto, aquellos que habían seguido a los partidos «victoriosos» el 25 de noviembre. La vida diaria estaba trillada hasta la muerte con medias verdades seleccionadas del repertorio masoquista de oficiales mezquinos. Entraban ganas de gritarles, a su «libertad», arrojarles la callada desesperación de Mallarmé: «la carne está triste, ay, y ya he leído todos los libros». ¿Tenían la más remota idea del tormento que estaban causando, del pozo al que estaban empujando a sus oyentes? ¿Qué sabían de los anhelos que, en los frenéticos días de antes de noviembre, había ofrecido esa extraña paz mental? ¿Les dijo alguien que las pastillas y el alcohol eran formas reprimidas de lucha de clases? ¿Podían sentir la miseria real del proletariado, la que en su boca –y en las de las facciones de izquierdas– se volvía inmediatamente retórica vacía?

Estos nuevos dirigentes, todos grandes antifascistas, pretendían destruir tanto la imaginación como cualquier atisbo de vida. Estos imbéciles, con sus ideas de «pluralismo», tenían una visión tan muerta del socialismo que, como dijo Lukács, «paralizaba hasta la anormalidad». El moralismo y la mediocridad se reforzaban mutuamente. Toda esta mezquindad, en nombre del orden, la «sensatez», la productividad…

Pero si no satisfacía a los trabajadores, tampoco satisfacía a la extrema derecha. Gracias al apoyo internacional lanzaron una serie de periódicos para atacar a la izquierda: *O Pais, Rua, Rossio, Retornado, O Dia.* El PCP, que había perdido la influencia

dominante en el *Diário de Noticias* –ahora convertido en órgano de propaganda agresivamente insípida del PS–, estableció su propio diario insípido: *O Diário*. La izquierda, habiendo perdido el *República* debido a dificultades financieras, estableció semanarios como la *Gaceta da Semana* y *Página Um*. El primero era editado por antiguos militantes del MES, que había dimitido del Quinto Gobierno acusándolo de capitalismo de estado. El segundo estaba en manos del PRP.

Radio Renascença fue devuelta a manos de la Iglesia. Incluso Otelo empezaba a plantearse si su decisión de respaldar a los trabajadores había sido la correcta, estratégicamente. La Iglesia demostró seguir siendo fuerte. Los domingos se volvía a oír a las masas, después de seis meses de silencio sublime. El misticismo se extendía por todas partes.

El 8 de marzo, *Diário Popular* informaba que mil cuarenta *pides* habían sido liberados desde el 25 de noviembre. Solo quedaron trescientos en prisión, que iban a ser soltados más adelante. Seiscientos de los liberados estaban bajo un semiarresto domiciliario. Sin embargo, esto no es impidió moverse libremente por el país, acudir a reuniones y llevar a cabo propaganda política. Hasta abril de 1976, no se formuló ningún cargo contra los *pides*. En mayo de 1976, dos años después del golpe, solo ciento ocho casos estaban siendo procesados.

La recuperación del poder popular

El movimiento cooperativo no nació como un desafío revolucionario al capitalismo, sino como un intento del capitalismo de estado de controlar la crisis y guiarla por los cauces institucionales que puede dominar. Los trabajadores ocuparon tierras, casas y

fábricas. El Estado apareció prometiendo «legalizar» algunos de sus logros. Para sobrevivir, los trabajadores se vieron forzados a aceptar la recuperación de su propia actividad autónoma.

¿Qué interés tenía el gobierno en cooperativas industriales o agrícolas? La respuesta es sencilla. Creyendo que las tierras o las fábricas eran suyas, los trabajadores trabajarían el doble de duro de lo que nunca lo hicieron para sus jefes. El gobierno no contaba con liquidez suficiente para invertir en la reestructuración del capitalismo, por lo que encontró otra cosa en que invertir: fuerza de trabajo. Así, el gobierno garantizaba su objetivo de incrementar la producción. Mientras los trabajadores trabajaban por su propia integración, los tecnócratas se congratulaban por haber evitado una avería completa del sistema. Muchos trabajadores agrícolas faenaban de diez a doce horas al día para reorganizar las fincas. En las empresas industriales producían más plusvalor del que ningún empleador privado habría podido extraerles jamás. Autogestionaron su propia explotación.

Es obvio que la nacionalización –o estatificación, como debería ser llamada– no tiene nada que ver con el socialismo: es simplemente un medio para asegurar el buen funcionamiento de sectores vitales de la economía como el transporte, la energía, la distribución de materias primas para hacer posible tanto la planificación estatal como el desarrollo general de las fuerzas productivas. Pero si esto beneficia a los trabajadores o no depende de cómo se hayan tomado las decisiones fundamentales y quién las haya tomado. En última instancia, de quién tiene el poder. Las mismas clases dirigentes que hace casi sesenta años se horrorizaban cuando Lenin y los bolcheviques les enseñaron cómo llevar a cabo una reestructuración fundamental y el desarrollo del capitalismo, hoy se horrorizan cuando el Estado es amenazado por trabajadores que quieren gestionar las cosas para ellos y por sí

mismos. La nacionalización es la salida del tipo clásico de crisis capitalista y, lo que antes era una «herejía», poco a poco –y a veces no tan poco a poco– está empezando a convertirse en tendencia principal del pensamiento de la clase dominante.

La experiencia portuguesa es moderna en todos los sentidos. Igual que el movimiento revolucionario portugués. Moderna no solo en las actitudes de los trabajadores y la naturaleza de sus demandas, sino también en la pauta de contraataque en forma de capitalismo de estado que las prácticas de la clase trabajadora han desatado. Se trata de un movimiento que ha trascendido las discusiones estériles entre leninistas y el resto de comunistas que han arrasado durante más de cincuenta años. Los defensores del partido de vanguardia están obligados a renunciar al núcleo mismo de sus ideas y afirmar que no son un partido. Las formas de los consejos son fetichizadas y sacadas a escena, incluso aunque no tengan contenido socialista algunos. Y quienes se autodenominan materialistas –e incluso materialistas dialécticos o históricos– se niegan a ver la realidad material que tiene delante.

La revolución portuguesa entre 1974 y 1976 demuestra que la actividad revolucionaria no puede desarrollarse como el resultado de estrategias concebidas por analistas del sistema o planificadores burgueses, disfrazados de generales revolucionarios como Otelo o Costa Gomes. Surge de la propia lucha y se expresa en sus formas más avanzadas por aquellos para quienes luchar es una necesidad. Cientos de miles de trabajadores se involucraron en la lucha. Pero el enemigo aparecía constantemente ante ellos con el atuendo más inesperado: sus propias organizaciones. Cada vez que establecían una organización la veían manipulada por autoproclamados líderes o vanguardistas que no pertenecían a su clase y que no entendían por qué luchaban. Incluso los grupos que criticaban con la boca pequeña al capitalismo de Estado

lo hacían como consecuencia de su debilidad. Por el momento, se veían obligados a apoyar a las organizaciones de base. Pero no eran menos leninistas por criticar al capitalismo de estado, pues sus denuncias demostraron ser denuncias de determinados equipos de burócratas, no críticas del sistema *per se*.

Los revolucionarios, prácticamente todos, terminaron siendo parte del problema, no parte de la solución. En esto, la experiencia portuguesa puede ser una prefiguración de las revoluciones que vengan. Hay que reflexionar sobre las lecciones mientras haya tiempo. La alternativa está clara. Hace muchos años que se puso negro sobre blanco: «la liberación de los trabajadores es la tarea de los propios trabajadores».

Otros títulos publicados

El 1000 y la OLLA
Por la memoria anticapitalista
Historia de 10 años
Los Incontrolados
Crítica de la Internacional Situacionista
Gamonal
El actual estado del malestar
Para que no me olvides
Ormai è fatta!
Del Tiempo En Que Los Violentos Tenían Razón
Maderos, cerdos, asesinos
No podréis pararnos
El timón y los remos
Ob skené
Comunización
Guerra, capital y petróleo
The Housing Monster
Abajo los restaurantes
Redes de solidaridad de Seattle
Decimocuarto asalto
La Comuna de París






NUVA
IMAVERA
MAIS
VIVA
A LIBERDADE
AMOR


A PARTIR DE AGORA
A HORA É DE FEST
MAS NÃO PARA FEST
EMPRE, UNIDOS
ENCEREMOS
NACIONAL
INDEPENDENCIA
DAS
COLONIAS
E
REGRESSO
DOS
SOLDADOS
PORTUGAL
LIVRES
TÃO
IZERAM
POR

